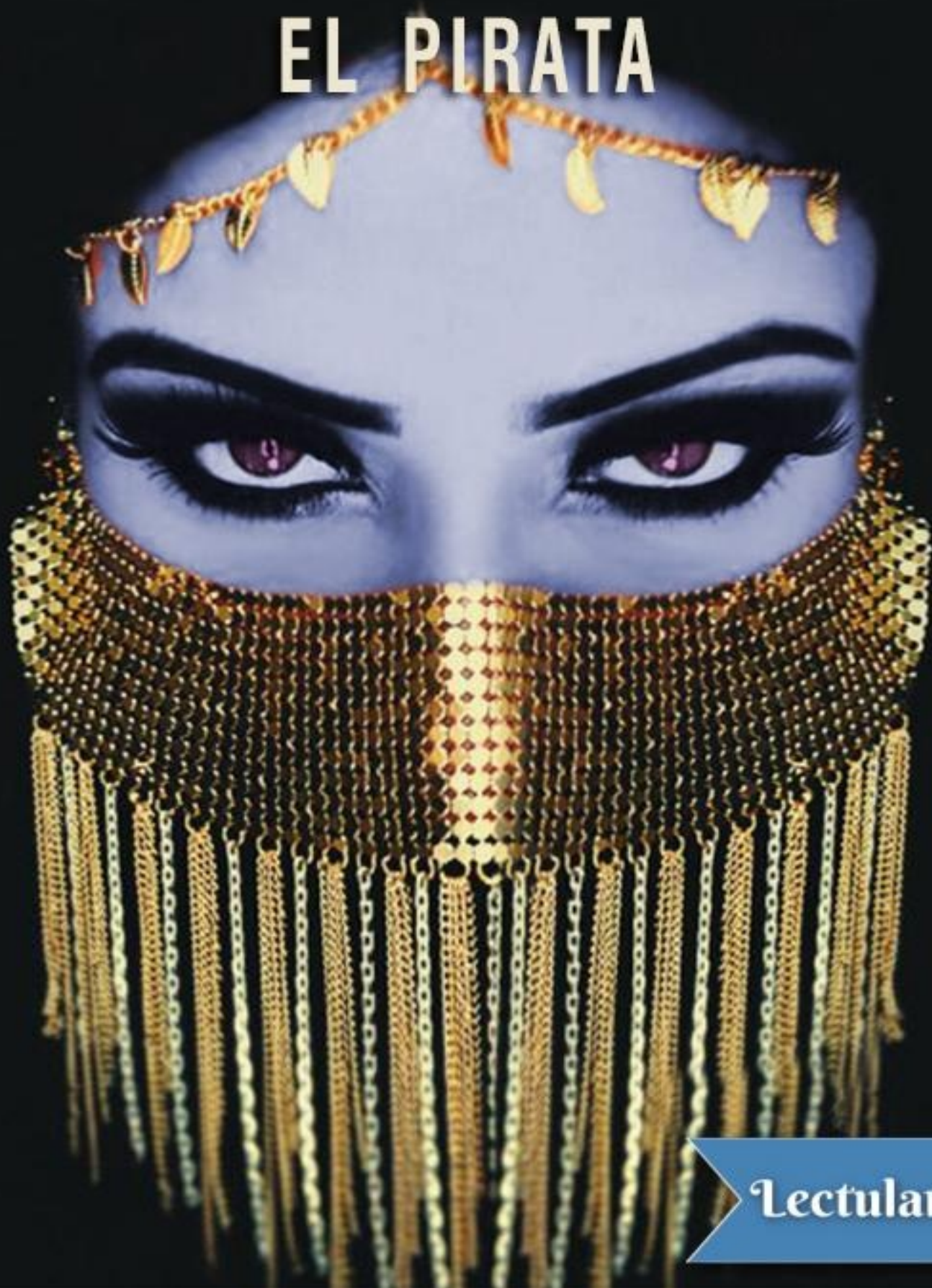


Harold Robbins

EL PIRATA



Lectulandia

Badyr Al Fay, un árabe joven y brillante es enviado a los Estados Unidos para que complete su formación y se familiarice con el modo de vida occidental. En pocos años Badyr consigue triunfar en los negocios y codearse con las elites empresariales y sociales tanto en América como en Europa.

Sin embargo, su vida dará un vuelco con el comienzo de la guerra del Yom Kippur y el conflicto árabe-israelí que amenaza gravemente no solo sus intereses económicos, sino también la paz mundial.

A partir de eso momento, Baydr, acostumbrado a tratar a las personas independientemente de su raza, credo o religión, deberá tomar partido. Pero esta vez hay en juego algo más que dinero. En esta ocasión, si se equivoca, el castigo puede ser el más grave de todos.

Con *El pirata*, una novela repleta de acción y suspense, Harold Robbins se consagró como el escritor estadounidense más leído de todos los tiempos.

Lectulandia

Harold Robbins

El pirata

ePub r1.0

Titivillus 25.06.17

Título original: *The Pirate*

Harold Robbins, 1974

Traducción: Estela Canto & Francisco Torres Oliver

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis hijas Caryn y Adriana.
Ojalá su mundo esté lleno de entendimiento, amor y paz.

En el nombre de Alá, el Compasivo, el Misericordioso.
El afán de lucro os distrae,
hasta la hora de la muerte.
¡No! ¡Ya veréis...!
¡No y no! ¡Ya veréis...!
¡No! Si supierais a ciencia cierta...
¡Veréis, de seguro, el fuego de la *gehena*!

El Corán
Sura 102, «El afán de lucro»

Prólogo

1933

Era el octavo día de la tormenta. Nunca habían visto otra igual. Ni siquiera en el recuerdo del viejo Mustafá, el cuidador de camellos, que ya era viejo cuando todos en la caravana eran muchachos.

Sujetando la *ghutra* contra su cara, se abrió paso laboriosamente hacia la tienda de Fuad, el jefe de la caravana, deteniéndose a cada momento para espiar entre las estrechas rendijas de la tela, para estar seguro de no perder el camino y vagar luego lejos del pequeño refugio del oasis entre la desgarradora y revuelta arena del desierto abierto. Cada vez que se detenía, los granos de arena se le clavaban, como perdigones, en la cara. Gargajeó y reunió saliva para aclararse la garganta antes de entrar en la pequeña tienda. Pero su boca no tenía humedad, solo la granulosa sequedad de la arena.

Fuad miró hacia el camellero desde la silla contigua a la mesita en la que parpadeaba una lámpara de petróleo, proyectando sombras en la oscuridad. No habló. Era un hombre gigantesco, no muy comunicativo.

Mustafá se incorporó en toda su altura de apenas un metro sesenta, como hacía siempre que hablaba con el jefe de la caravana.

—Hay arena en los ojos de Dios —dijo—. Está ciego y nos ha perdido de vista.

Fuad gruñó. Por una vez supo qué decir.

—Burro —dijo—, ahora que hemos hecho el viaje hasta La Meca, ¿crees que Alá va a perdernos de vista cuando volvemos a casa?

—Hay muerte en el aire —dijo Mustafá tercamente—. Hasta los camellos pueden olerla. Por primera vez están nerviosos.

—Colócales mantas sobre las cabezas —dijo Fuad—. Si no pueden ver, soñarán sus sueños de camellos.

—Ya lo he hecho —dijo Mustafá—. Pero tiran lejos las mantas. He perdido dos mantas en la arena.

—Entonces dales un poco de hachís para masticar —dijo Fuad—. Pero no tanto como para enloquecerlos. Lo justo para tranquilizarlos.

—Dormirán dos días.

El jefe de la caravana lo miró.

—No importa. No vamos a ninguna parte.

El hombrecito no perdió terreno.

—Sigue siendo un mal presagio. ¿Cómo está el amo?

—Es un buen hombre —contestó Fuad—. No se queja. Pasa el tiempo atendiendo a su mujer, y su alfombrilla de plegarias está siempre puesta en dirección a La Meca.

El camellero chasqueó los labios.

—¿Crees que sus plegarias serán oídas por haber hecho la peregrinación?

Fuad le miró expresivamente.

—Todo está en manos de Alá. Pero se acerca el momento del parto. Pronto lo sabremos.

—Un hijo —dijo Mustafá—, ruego a Alá que les dé un hijo. Tres hijas son ya bastante carga. Incluso para un hombre tan bueno.

—Un hijo —repitió Fuad—. Alá, ten misericordia. —Se levantó de la silla y pareció como una mole junto al hombrecito—. Bueno, burro —rugió de pronto—. Vete a atender tus camellos o enterraré tus viejos huesos en su estiércol.



La gran tienda clavada en el centro del oasis entre cuatro palmeras gigantescas brillaba con la luz de las lamparillas eléctricas colocadas estratégicamente en los rincones del cuarto principal. Desde detrás de las cortinas llegaba el débil sonido del pequeño generador a gasolina que suministraba electricidad. Desde otra cortina llegaba el olor dulzón de la carne que se estaba asando sobre pequeñas brasas de carbón.

Por vigésima vez aquel día el doctor Samir Al Fay levantó la cortina y salió a la protección externa de la tienda, para contemplar la tormenta.

La arena le lastimó los ojos a través de la estrecha abertura, y ni siquiera pudo ver la parte alta de los árboles, a unos diez metros de la tienda, ni el borde del oasis, donde los remolinos de arena parecían formar un muro que subía hasta el cielo. Cerró la abertura y se frotó la arena que le cubría los ojos mientras volvía al cuarto principal de la tienda. Sus pies calzados con zapatillas se movieron sin ruido al hundirse en las tupidas alfombras que cubrían totalmente el suelo de arena.

Nabila, su mujer, lo miró.

—¿Mejora el tiempo? —preguntó, con su voz suave.

Él agitó la cabeza.

—No mejora.

—¿Cuándo crees que cesará? —preguntó ella.

—No sé —respondió él—. Por ahora no hay señales de que cese.

—¿Lo lamentas? —la voz de ella era suave.

Él se acercó al asiento de la mujer y la miró.

—No.

—No hubieras hecho esta peregrinación si yo no hubiese insistido.

—No es por ti por quien he hecho esta peregrinación. Es por nuestro amor.

—Pero tú no crees que una peregrinación a La Meca pueda cambiar nada —dijo ella—. Me has dicho que el sexo de una criatura está determinado en el momento de la concepción.

—Dije eso porque soy médico —respondió él—. Pero también soy creyente.

—¿Y si la criatura es niña?

Él no contestó.

—¿Te divorciarás entonces de mí, o tomarás una segunda esposa, como desea tu tío, el príncipe? Le tomó la mano.

—Eres una tonta, Nabila.

Ella lo miró a la cara, y las sombras oscurecieron sus ojos.

—Ya casi es el momento. Y tengo miedo.

—No hay nada que temer —dijo él para tranquilizarla—. Además, tendrás un hijo. ¿No te he dicho acaso que los latidos del corazón de la criatura son los de un varón?

—Samir, Samir —murmuró ella—. Eres capaz de decirme cualquier cosa para que no me preocupe.

Él atrajo la mano de la mujer a sus labios.

—Te quiero, Nabila. No quiero otra esposa, otra mujer. Si no tenemos un hijo esta vez, será la próxima.

—Para mí no habrá otra vez —dijo ella sombríamente—. Tu padre ya ha dado su palabra al príncipe.

—Dejaremos el país. Nos iremos a vivir a Inglaterra. He estudiado allí. Tengo amigos.

—No, Samir. Tu lugar está aquí. Nuestro pueblo te necesita. Las cosas que has aprendido los ayudan. ¿Quién iba a suponer que el generador que trajiste de Inglaterra para iluminar tu sala de operaciones llevaría a formar una compañía que ha traído luz a nuestro país?

—Y más riquezas a nuestra familia —añadió él—. Riqueza que no necesitamos, ya que lo tenemos todo.

—Pero solo tú puedes hacer que la riqueza sea empleada para el bien de todos y no para el de unos pocos. No, Samir, no puedes irte. Nuestro pueblo te necesita.

Él guardó silencio.

—Debes hacerme una promesa. —Lo miró a los ojos—. Si es una niña, me dejarás morir. No puedo soportar la idea de vivir sin ti.

—La tormenta —dijo Samir—. Ha de ser esta tormenta. No hay otra explicación para los pensamientos locos que tienes en la cabeza.

Ella bajó los ojos ante su mirada.

—No es la tormenta —murmuró—. Ya empiezan los dolores.

—¿Estás segura? —preguntó él. Según sus cálculos faltaban todavía tres semanas.

—He tenido tres hijas —contestó ella con calma—. Y lo sé. El primero me ha venido hace unas dos horas, el segundo ahora, cuando estabas mirando la tormenta.



Mustafá dormía protegido de la tormenta por tres mantas sobre la cabeza y abrigado por el calor de los camellos que tenía a cada lado. Soñaba con un paraíso lleno de luz dorada y preciosas huríes del mismo color oro, y grandes pechos, vientres y nalgas.

Eran hermosos sueños del hachís, porque no había tenido el egoísmo de negarse a compartir el hachís que había dado a sus camellos, dejándolos vagar por el paraíso sin su guía. Sin él los pobres animales se habrían extraviado.

Sobre su cabeza rugía la tormenta, y la arena se acumulaba sobre las mantas, y desaparecía después al cambiar el viento. En el borde del paraíso un camello se movió, y un súbito frío se apoderó de sus viejos huesos. Instintivamente avanzó hacia el calor del animal, pero el camello se apartó. Envolviéndose con las mantas, se acercó al otro camello. Pero aquel también se había movido, y ahora el frío le atacaba desde todos los lados.

Lentamente, empezó a despertar.

Los camellos se pusieron de pie con dificultad. Como siempre cuando estaban nerviosos, empezaron a orinar y defecar. Las salpicaduras sobre las mantas lo despertaron del todo. Soltando maldiciones por haber sido arrancado de su sueño, se apartó del caliente y ácido chorro.

Incorporándose sobre manos y rodillas, espió entre las mantas. Y bruscamente el aliento se heló en su garganta. Surgiendo del muro de arena avanzaba un hombre montado en un burro. Detrás del hombre venía otro burro, cuya silla estaba vacía. El jinete se volvió a mirarlo.

Fue entonces cuando Mustafá gritó. El hombre tenía dos cabezas. Dos cabezas blancas que le miraban con un brillo maligno en los ojos.

Mustafá se puso en pie de un salto. Olvidando la arena que le cortaba la cara, corrió hacia la tienda del jefe de la caravana.

—¡Ayyy, ayyy, él ángel de la muerte viene a buscarnos!

Fuad salió de la tienda como un relámpago, agarró a Mustafá con sus gigantescos brazos y lo sujetó en el aire, sacudiéndolo como si fuera un niño.

—¡Cállate! —rugió el jefe de la caravana—. ¿Acaso nuestro amo no tiene ya bastante con su mujer de parto para atender a tus sueños de drogado?

—¡El ángel de la muerte! ¡Lo he visto! —Los dientes de Mustafá castañeteaban. Señaló—. ¡Allí, junto a los camellos!

En ese momento les rodeaban ya varios hombres. Todos se volvieron a mirar en la dirección del dedo de Mustafá. Un suspiro colectivo de miedo brotó cuando los dos burros emergieron de la oscuridad y la cegadora arena, y en el primer burro venía un hombre con dos cabezas.

Casi tan rápido como habían surgido desaparecieron los otros hombres, cada uno corriendo a su refugio privado, dejando solo a Mustafá, que seguía forcejeando entre los brazos de Fuad. Involuntariamente, Fuad aflojó la mano que aferraba al camellero, y el hombrecillo se apartó y se deslizó hacia la tienda, dejando que se enfrentara solo al ángel de la muerte.

Casi paralizado. Fuad vio cómo los burros se detenían ante él. Una voz de hombre saludó:

—*As-salaam alaykum.*

Automáticamente, Fuad contestó:

—*Alaykum as-salaam*.

—Necesito ayuda —dijo el jinete—. Hace días que estamos perdidos en la tormenta, y mi mujer está enferma y a punto de dar a luz.

Lenta, cuidadosamente, el hombre empezó a desmontar. Fue entonces cuando Fuad vio que la manta del jinete había cubierto a dos personas. Se adelantó rápido.

—Cuidado —dijo con suavidad—. Deje que lo ayude.

Samir surgió de la oscuridad, envuelto en un pesado *mishlah* beis.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Fuad se volvió, con la mujer desmayada en sus brazos, leve como una pluma.

—Unos viajeros que han perdido el camino en la tormenta, patrón.

El hombre permanecía apoyado débilmente en su burro.

—No sé cuántos días llevamos vagando por ahí. —Empezó a resbalar hacia el suelo.

Samir trató de sostenerlo pasando su brazo por debajo de los brazos del hombre.

—Apóyese —dijo.

Agradecido, el hombre se apoyó en él.

—Mi mujer —murmuró—. Está enferma..., sin agua.

—La atenderemos —dijo Samir, tranquilizándolo. Miró al jefe de la caravana—. Tráela a mi tienda.

—Los burros... —murmuró el hombre.

—También serán atendidos —dijo Samir—. Bienvenidos a mi casa.



La cara del hombre estaba arañada y sangraba por la tormenta de arena; tenía los labios hinchados y con ampollas. Las manos llenas de cicatrices cubrían totalmente la pequeña taza de té que aferraban. Era alto, más alto que Samir, más de un metro ochenta, con una gran nariz y unos penetrantes ojos azules ocultos bajo los hinchados párpados. Miró a Samir mientras el médico se enderezaba junto a la camilla en la que yacía la esposa del hombre.

Samir se volvió hacia él. No sabía qué decir. La mujer se estaba muriendo. Estaba casi totalmente deshidratada, con el pulso débil y errático y una tensión alarmanamente baja.

—¿Cuántos días han permanecido ustedes en la tormenta? —preguntó.

El hombre lo miró con fijeza. Agitó la cabeza.

—No sé. Me parece que desde siempre.

—Ella está muy mal —dijo Samir.

El hombre guardó silencio un momento. Miró su taza de té. Sus labios se movieron, pero Samir no oyó sonido alguno. Después miró a Samir.

—¿Es usted médico?

Samir asintió.

—¿Vivirá?

—No sé —dijo Samir.

—Mi mujer quería que nuestro hijo naciera en la tierra prometida —dijo el hombre—. Pero los ingleses no nos dieron el visado. Pensamos entonces que, atravesando el desierto, podríamos entrar ilegalmente en el país.

La sorpresa asomó en la voz de Samir.

—¿Solo con dos burros? Tienen todavía casi mil kilómetros de desierto que cruzar.

—Vino la tormenta y perdimos nuestras provisiones —dijo el hombre—. Fue una pesadilla.

Samir se volvió hacia la mujer. Dio unas palmadas y Aída, la sirvienta de su mujer, entró en el cuarto.

—Prepara agua azucarada —le dijo. Cuando ella salió del cuarto se volvió hacia el hombre—. Debe procurar que trague el agua —le dijo.

El hombre asintió. Por un momento guardó silencio, después dijo:

—Usted sabe, naturalmente, que somos judíos.

—Sí.

—¿Y sigue queriendo ayudarnos?

—Todos somos viajeros en un mismo mar —dijo Samir—. ¿Me rechazaría usted si estuviéramos en la situación inversa?

El hombre negó con la cabeza.

—No. ¿Cómo podría hacerlo en nombre de Dios?

—Entonces ya está todo dicho —dijo Samir, y tendió la mano—. Soy Samir Al Fay.

El hombre estrechó la mano.

—Isaías Ben Ezra.

Aída volvió a la habitación con un platito y una cuchara. Samir los cogió.

—Trae una servilleta limpia —dijo.

Se sentó junto a la camilla, con la servilleta que le habían dado. Empapó la servilleta en el agua caliente azucarada y la apretó contra la boca de la mujer.

—Venga, mire lo que estoy haciendo —dijo al hombre—. Debe separarle con suavidad los labios y dejar que las gotas se deslicen por su garganta. Es el único sustituto que se me ocurre para la alimentación intravenosa por medio de glucosa. Pero muy lentamente; no tiene que ahogarse.

—Entiendo —dijo Ben Ezra.

Samir se puso en pie.

—Ahora debo atender a mi mujer.

Ben Ezra le lanzó una mirada interrogante.

—Volvíamos a casa después de una peregrinación a La Meca y la tormenta nos ha cogido aquí. Al igual que usted, queríamos que nuestro hijo naciera en su tierra, pero ahora es difícil que ocurra. El parto se ha adelantado tres semanas. —Samir hizo un

gesto expresivo—. Los caminos de Alá son misteriosos. Si no hubiéramos ido a La Meca a pedir por un hijo, si no hubiera querido usted que su hijo naciera en la tierra prometida, no nos habríamos encontrado.

—Agradezco a Dios que esté usted aquí —dijo Ben Ezra—. Ojalá Él le conceda el hijo que desea.

—Gracias —dijo Samir—; y que Alá proteja a su mujer y a su hijo.

Dejó la cámara encortinada que separaba los cuartos, mientras Ben Ezra se volvió hacia su mujer y apretaba contra sus labios la servilleta mojada.

Fue en la hora antes del alba cuando la tormenta alcanzó su apogeo. Fuera de la tienda el viento rugía como el eco de un distante cañón y la arena golpeaba contra la tienda como granizo desde un cielo enfurecido. Fue en ese momento cuando Nabila gritó en medio del terror y el dolor:

—¡El niño que tengo dentro de mí está muerto! Ya no siento su vida y movimientos.

—¡Silencio! —dijo Samir con suavidad—. Todo está bien.

Nabila le agarró el brazo. Había una nota de desesperación en su voz.

—Samir, por favor. Recuerda tu promesa. Déjame morir.

Él la miró, con lágrimas que empezaban a enturbiarle la visión.

—Te quiero, Nabila. Vivirás para darme un hijo... —Fue rápido, tan rápido que ella no sintió la aguja hipodérmica en su vena, sino la dulzura del dolor que cesaba cuando la invadió la morfina.

Él se incorporó pesadamente. Desde hacía dos horas no había podido localizar el latido del corazón de la criatura con su estetoscopio. Los dolores de Nabila habían aumentado constantemente, pero había poca dilatación.

—Aída —dijo a la vieja criada—, llama al jefe de la caravana. Voy a necesitarlo para sacar a la criatura. Pero que se lave bien antes de entrar en la tienda.

Ella asintió y salió corriendo, asustada, del cuarto. Rápidamente, Samir empezó a colocar los instrumentos en el limpio mantel blanco junto a la cama.

Súbitamente, Nabila se estremeció y la sangre empezó a manar de ella. Algo andaba muy mal... Nabila tenía una hemorragia. Su cuerpo parecía querer expulsar al niño. Pero Samir no podía notar la cabeza de la criatura. Comprendió ahora cuál era la dificultad. La placenta tapaba la salida de la matriz.

La mancha en las sábanas aumentaba con rapidez, y Samir trabajaba febrilmente, contra su creciente miedo. Hundió la mano en Nabila y dilató su cuerpo, para poder sacar la placenta. Al retirar el sangrante tejido rompió la bolsa de aguas, mientras guiaba a la criatura hacia abajo, para sacarla del cuerpo de ella. Rápidamente, cortó el cordón umbilical y se volvió hacia Nabila. Contuvo un momento el aliento, después tuvo un suspiro de alivio cuando cesó la sangre. Por primera vez miró a la criatura.

Era una niña, y estaba muerta. Lo supo incluso sin tocarla. Las lágrimas llenaron sus ojos cuando se volvió a mirar a Nabila. Ahora nunca podría darle ya un hijo varón. Ni ningún otro hijo. Él se encargaría de que no volviera a quedar

embarazada..., el peligro para su vida sería demasiado grande. Sintió una oleada de desesperación. Tal vez ella había tenido razón: la muerte hubiera sido preferible.

—Doctor —Ben Ezra asomó por la abertura encortinada.

Miró al judío con ojos nublados: no podía hablar.

—Mi mujer, doctor —la voz de Ben Ezra estaba asustada—. ¡Ha dejado de respirar!

Por reflejo, Samir recogió su botiquín médico. Volvió a mirar a Nabila. La morfina había trabajado bien. Dormía tranquilamente. Se dirigió con rapidez al otro cuarto.

Se inclinó sobre la silenciosa mujer, buscando los latidos del corazón con el estetoscopio. No había sonido. Preparó a toda prisa una dosis de adrenalina y la inyectó directamente en el corazón de la mujer. Le abrió la boca a la fuerza y procuró insuflarle un poco de aire en los pulmones, pero fue inútil. Finalmente, se volvió hacia el hombre.

—Lo siento —dijo.

Ben Ezra lo miró fijamente.

—No puede estar muerta —dijo—. Su estómago se mueve.

Samir miró a la mujer. Ben Ezra tenía razón. El vientre de la mujer se agitaba.

—¡El niño! —exclamó Samir. Rebuscó en su maletín y tomó un bisturí.

—¿Qué está haciendo? —dijo Ben Ezra.

—El niño —explicó Samir—. No es demasiado tarde para salvar al niño. —Samir no perdió tiempo en quitar las ropas de la mujer. Las cortó, con rapidez. Dejó expuesto el vientre, de un tono azulado e hinchado—. Cierre los ojos..., no mire —dijo.

Ben Ezra hizo lo que le decían. Rápidamente, Samir trazó una incisión. La fina piel crujió con un ruido casi de estallido. Samir abrió el abdomen y, un momento después, tenía al niño entre las manos. Cortó el cordón y lo ató. Dos brascas palmadas en las nalgas de la criatura, y el sano llanto del niño inundó la tienda.

Miró al padre.

—Tiene usted un hijo —dijo.

Ben Ezra lo miró con una expresión extraña. No habló.

—Tiene usted un hijo —repitió Samir.

Los ojos de Ben Ezra se llenaron de lágrimas.

—¿Qué voy a hacer con un hijo? —preguntó—. Estoy sin mujer y tengo mil kilómetros de desierto que atravesar. El niño morirá.

—Le daremos provisiones —dijo Samir.

El judío meneó la cabeza.

—No servirá de nada. Estoy escondiéndome de la Policía. No puedo ofrecerle nada a este niño.

Samir seguía en silencio, con el niño en brazos.

Ben Ezra le miró.

—¿Y su hijo? —preguntó.

—Muerto —dijo Samir rápidamente—. Supongo que Alá, en su sabiduría, creyó que era mejor no escuchar nuestras plegarias.

—¿Era varón? —preguntó el judío.

Samir agitó la cabeza.

—Una niña.

Ben Ezra lo miró.

—Tal vez Alá es más sabio que nosotros dos, y por eso nos ha juntado en el desierto.

—No entiendo —dijo Samir.

—De no haber sido por usted, el niño habría muerto con la madre. Usted es más su padre que yo.

—Está usted loco —dijo Samir.

—No —la voz de Ben Ezra pareció cobrar fuerza—. Conmigo morirá. Y el trabajo de llevarlo tal vez me conduzca también a mí a la muerte. Pero Alá ha respondido a su plegaria pidiendo un hijo. Con usted, él estará a salvo y se hará fuerte.

Samir miró al judío directamente a los ojos.

—Pero será musulmán, no judío.

Ben Ezra le devolvió la mirada.

—¿Realmente importa? —preguntó—. ¿No ha dicho usted que somos viajeros en un mismo mar?

Samir miró la pequeña criatura que tenía en brazos. Súbitamente, se sintió inundado por un amor como nunca antes había sentido. En verdad, Alá había tenido una manera especial de responder a las plegarias.

—Tenemos que ser rápidos —dijo—. Sígame. Coja a la otra criatura.

Ben Ezra recogió a la niña muerta y atravesó la cortina. Samir colocó a su hijo sobre la mesa y lo envolvió en una toalla limpia. Acababa de terminar cuando entraron Aída y Fuad.

Miró a la mujer.

—Limpia y lava a mi hijo —ordenó.

La mujer lo miró a los ojos un momento, después sus labios se agitaron.

—Alabado sea Alá.

—Tendremos tiempo para eso en las plegarias de la mañana —interrumpió él. Miró al jefe de la caravana—. Ven conmigo —dijo, haciéndolo pasar al otro lado de la cortina.



Tan bruscamente como había caído sobre ellos, la tormenta se fue. El día amaneció claro y brillante. Los dos hombres estaban de pie junto a las tumbas, en el borde del oasis. Al lado de Ben Ezra estaban sus dos burros, uno cargado con agua y

provisiones, el otro con la gastada montura de cuero. Ben Ezra y Samir se miraron, embarazosamente. Ninguno sabía qué decir.

Isaías Ben Ezra tendió su mano.

Samir la tomó en silencio. Había un lazo cálido entre ellos. Después de un momento se separaron, y el judío saltó a su montura.

—*Jatrak* —dijo.

Samir lo miró. Con la mano derecha hizo el gesto tradicional. Se tocó la frente, los labios, finalmente el corazón.

—*As-salaam alaykum*. Ve en paz.

Ben Ezra permaneció un momento en silencio. Miró las tumbas, después a Samir. Los ojos de ambos hombres estaban llenos de lágrimas.

—*Aleihem Sholem* —dijo, alejándose con los burros.

Por un momento, Samir se quedó mirándolo, después, con lentitud, regresó a la tienda. Aída le esperaba en la entrada, y había excitación en su voz.

—El ama se está despertando.

—¿Se lo has dicho? —preguntó él.

La criada negó con la cabeza.

Él atravesó las cortinas y recogió a la criatura. Estaba junto a su mujer cuando ella abrió los ojos. Sonriente, él la miró.

—Samir... —murmuro ella—. Lo siento.

—No hay nada que sentir —dijo él con suavidad, poniendo el niño entre sus brazos—. Alá ha escuchado nuestras plegarias. Tenemos un hijo.

Por un largo momento ella miró a la criatura, después volvió el rostro hacia él. Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas.

—He tenido un sueño atroz —murmuró—. He soñado que la criatura había muerto.

—Fue un sueño, Nabila —dijo él—. Nada más. Nabila miro a la criatura, y sus dedos retiraron la tela blanca de la cara del niño.

—Es hermoso —dijo. Después, una expresión atónita apareció en su rostro. Miró a su marido—. Samir —exclamó— ¡nuestro hijo tiene los ojos azules!

Él rio con fuerza.

—Mujer, mujer —dijo—. ¿Nunca vas a aprender? Todos los recién nacidos tienen los ojos azules.

Pero Alá realmente había hecho un milagro. Porque Baydr Samir Al Fay creció con ojos azul oscuro, casi violetas, el color del cielo sobre la noche del desierto.

Libro primero

EL FINAL DE LA PRIMAVERA

1973

El fuerte chorro de la ducha sobre su cabeza casi ahogó el ruido de los cuatro grandes propulsores del avión. El vapor empezó a empañar las paredes del estrecho cubículo de la ducha. Rápidamente, frotó el caro jabón hasta formar una capa perfumada sobre su cuerpo, después se enjuagó y cambió el agua caliente a fría. Instantáneamente la fatiga lo abandonó y quedó totalmente despierto. Cerró la ducha y salió del cubículo.

Jabir le esperaba, como de costumbre, con el pesado albornoz y las tupidas toallas en el brazo. Envolvió con las toallas el cuerpo de su amo.

—Buenas noches, patrón —dijo suavemente en árabe.

—Buenas noches, amigo —dijo Baydr, frotándose vigorosamente—. ¿Qué hora es?

Jabir miró el pesado reloj Seiko de acero inoxidable que su amo le había regalado.

—Son las diecinueve horas quince minutos, hora francesa —dijo con orgullo—. ¿Ha descansado bien el señor?

—Sí, gracias —dijo Baydr, dejando caer las toallas y metiéndose en la ropa que le tendían—. ¿Dónde estamos?

—Sobre la Mancha —contestó Jabir—. El capitán me ha pedido que le diga que estaremos en Niza a las veinte horas cuarenta minutos.

—Bien —dijo Baydr.

Jabir sostuvo abierta la puerta del pequeño cuarto de baño mientras Baydr pasaba a la cabina. Aunque el camarote del patrón era amplio y ocupaba casi una tercera parte del Boeing 707, el aire era pesado y estaba saturado por el penetrante perfume del hachís y del nitrato de amilo.

Baydr hizo una pausa. No le molestaban los aromas cuando los usaba: después le desagradaban.

—Aquí apesta —dijo—. Lamento que no podamos abrir una ventana para airear el cuarto. Aunque sería un poco molesto, me parece, a nueve mil metros de altura...

Jabir no sonrió.

—Sí, patrón. —Recorrió rápidamente la cabina, abriendo todas las tomas de aire; después cogió un pulverizador y perfumó el cuarto. Volvió junto a Baydr—. Patrón: ¿ya ha decidido qué traje va a ponerse?

—Todavía no —contestó Baydr. Miró hacia la cama de tamaño gigantesco que ocupaba casi la mitad de la cabina.

Las dos muchachas estaban tendidas una en brazos de la otra, sus cuerpos desnudos brillando a la suave luz dorada de la cabina. Estaban profundamente dormidas. Los recuerdos de Baydr de lo que había ocurrido hacía unas horas era tan vívidos como si estuvieran ocurriendo ahora.

Había permanecido de pie al lado de la cama, viéndolas hacer el amor. Las

cabezas de cada una estaban entre las piernas de la otra, sus bocas y lenguas devorándose viciosamente, cuando inesperadamente giraron la una encima de la otra y se le aparecieron las medias lunas gemelas de un par de blancas nalgas. Sintió la excitación fluir en él y mirando hacia abajo vio su erección, dura y pulsante. Moviéndose con rapidez, tomó las cápsulas de encima de la mesa y, arrodillándose sobre la muchacha, situó su pene ante la abertura del ano de ella. Deslizó un fuerte brazo bajo el vientre de la muchacha y la apretó fuertemente contra él. Tanteó con su mano hasta encontrar su vello púbico. La lengua de la otra muchacha, lamiendo el clítoris de su compañera, tocó el borde de sus dedos. Salvajemente, tiró de la espalda de ella contra él y con una poderosa arremetida penetró profundamente en su ano.

La muchacha se inmovilizó por un instante ante el inesperado asalto, luego abrió la boca para gritar. Mientras inspiraba aire para ella, él rompió dos cápsulas bajo su rostro. En vez de gritar ella alcanzó el clímax de un frenético espasmo orgásmico. Un segundo más tarde, rompió otra cápsula para sí mismo y estalló en un orgasmo que creyó nunca iba a terminar. La habitación empezó a dar vueltas a su alrededor y se sumió en la oscuridad. Su próximo acto consciente fue despertarse y dirigirse a la ducha.

Ahora estaba junto a la cama, y volvió a miraras. Pero ya no sentía nada. Todo había terminado. Las muchachas habían sido usadas, habían cumplido con su función. Habían aliviado el aburrimiento del largo viaje desde Los Ángeles. Ni siquiera recordaba sus nombres. Se alejó y fue a la puerta de la cabina. Desde allí se volvió hacia Jabir.

—Despiértalas y diles que se vistan —dijo, cerrando la puerta tras él.

Avanzó por el estrecho corredor pasando ante las dos cabinas para invitados, y fue al salón principal. Dick Carriage, su secretario privado, estaba en la oficina en el extremo del salón, cerca de los teléfonos y del *télex*. Como siempre, el joven abogado iba formalmente vestido: camisa blanca, corbata, traje oscuro. Baydr no recordaba haberlo visto jamás en mangas de camisa.

Carriage se puso de pie.

—Buenas noches, jefe —dijo ceremoniosamente—. ¿Ha descansado bien?

—Sí, gracias —dijo Baydr—. ¿Y usted?

El joven abogado hizo una breve mueca, el máximo de expresión que se permitía.

—Nunca he aprendido a dormir en los aviones.

—Ya aprenderá —dijo Baydr, sonriendo—. Es cuestión de tiempo.

Carriage no sonrió.

—Si no he aprendido en dos años, creo que no aprenderé nunca.

Baydr asintió. Era sábado. No esperaba novedades. Era la una de la madrugada cuando habían salido de Los Ángeles.

Raoul, el mayordomo principal, se asomó por la cocina.

—¿Deseaba algo, señor?

—Café —dijo Baydr—. Café norteamericano. —Su estómago no estaba del todo

habituatedo al fuerte café de colador que el mayordomo prefería servir. Se volvió hacia Carriage—. ¿Se ha puesto en contacto con el yate?

Carriage asintió.

—He hablado con el capitán Petersen. Lo tiene todo preparado para la fiesta de esta noche. El Rolls y la San Marco estarán en el aeropuerto. Dice que, si el mar está bien, la San Marco podrá llevarlo a Cannes en veinte minutos. El coche tardaría una hora, debido al tráfico del festival de cine.

El camarero volvió con el café. Mientras le llenaba la taza, Baydr encendió un cigarrillo. Bebió un sorbo de café.

—¿Desea comer algo, señor? —preguntó el camarero.

—Por el momento no, gracias —dijo Baydr. Se volvió hacia Dick—. ¿Está mi mujer a bordo del yate?

—El capitán me dijo que estaba en la villa. Pero Yusef ha venido de París y ya está a bordo. Me pidió que le informara que tiene preparado algo sensacional para usted esta noche.

Baydr asintió. Yusef Ziad era jefe de su despacho en París. Tenía uno en cada país. Jóvenes inteligentes, encantadores, educados, que amaban el dinero y estar cerca de los poderosos. Su tarea principal era encontrar muchachas bonitas para adornar las fiestas que Baydr daba cuando estaba realizando negocios.

—Llame por teléfono a la señora Al Fay de mi parte —dijo.

Volvió a la zona del comedor y se sentó ante la mesa redonda de caoba. Raoul volvió a llenarle la taza. Baydr bebió el café en silencio. Sonó el teléfono. Lo tomó. Oyó la voz de Carriage:

—La señora Al Fay no está en casa. He hablado con su secretaria, que me dice que ha ido a ver una película y que, desde allí, irá directamente al yate.

—Gracias —dijo Baydr, colgando el teléfono. No estaba sorprendido. No había esperado que Jordana estuviera en casa..., no al menos con el festival de cine en marcha y una fiesta en perspectiva. A ella le gustaba estar donde había acción. Por un momento se sintió enojado, después se le pasó. Era eso lo que le había atraído de ella desde el primer momento. Era norteamericana, no árabe. Las mujeres norteamericanas no se quedan en casa. Una vez había querido explicárselo a su madre, pero ella nunca lo había entendido. Todavía estaba desilusionada de que no se hubiera casado con otra muchacha árabe tras divorciarse de su primera esposa.

El teléfono sonó de nuevo. Alzó el auricular. Era el piloto, el capitán Andrew Hyatt.

—Con su permiso, señor —dijo—. Querría que Air France se ocupara del avión, si tenemos que quedarnos algún tiempo en Niza.

Baydr sonrió para sí. Aquella era la manera cortés del capitán de averiguar cuánto tiempo iban a estar en tierra.

—Creo que podemos planear quedarnos hasta el miércoles. ¿Será suficiente, Andy?

—Sí, señor.

—Ha sido un buen vuelo, Andy. Gracias.

—Gracias, señor. —La voz del piloto sonó satisfecha al cortar.

Baydr apretó el botón llamando a Carriage.

—Inscriba a la tripulación en el Negresco hasta el martes.

—Sí, jefe. —Carriage vaciló—. Y las chicas... ¿Las invitamos a la fiesta?

—No. —La voz de Baydr era inexpresiva. Yusef ya se había encargado de aquel punto.

—¿Qué hacemos con ellas entonces?

—Inscríbalas en el Negresco con la tripulación —dijo—. Dele a cada una quinientos dólares y un billete de vuelta para Los Ángeles.

Dejó el teléfono, y miró fijamente por la ventana. Era casi de noche, y a lo lejos empezaban a parpadear las luces sobre la campiña francesa. Se preguntó qué estaría haciendo Jordana. Hacía casi un mes que la había visto en Beirut, con los chicos. Habían acordado encontrarse en el sur de Francia el día del cumpleaños de ella. Recordó el collar de diamantes de Van Cleef y se preguntó si iba a gustarle. En verdad, no lo sabía. La moda actual eran descoloridos pantalones vaqueros y joyas falsas. Ya nada era auténtico, ni siquiera lo que uno sentía por el otro.



Jordana se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño, recogiendo de paso su ropa.

—¿Por qué tanta prisa, preciosa? —dijo la voz del hombre desde la cama.

Ella se detuvo en la puerta del cuarto de baño y le miró.

—Vuelve mi marido —dijo—, y tengo que estar en el barco a tiempo de vestirme para la fiesta.

—Tal vez su avión se retrase —dijo el hombre.

—El avión de Baydr nunca se retrasa —dijo ella con sequedad. Entró en el cuarto de baño y cerró la puerta tras sí. Se inclinó sobre el bidé y abrió los grifos, regulando los chorros de agua fría y caliente hasta conseguir la temperatura que deseaba. Abrió el bolso y sacó un recipiente de plástico con su propio jabón y, sentándose a horcajadas en el bidet, empezó a lavarse. «Algún día simplemente no me lavaré —pensó—. Me pregunto si él se daría cuenta.»

Rechazó la idea, riéndose para sí misma. Los hombres estaban tan obsesionados con la idea del irresistible poder de sus pollas que no podían imaginar que una mujer no tuviera un orgasmo tras otro al ser penetrada. Casi podía contar con los dedos de ambas manos el número de veces que realmente había alcanzado el clímax. Pero de una cosa estaba segura. Si alguna vez se le ocurría a alguien dar Premios de la Academia por la actuación en fingir orgasmos, ella ganaría uno cada año.

Quitó el tapón y se puso de pie, secándose mientras el agua gorgoteaba por el desagüe. Los bidés de los hoteles franceses siempre sonaban igual, ya fuera en París,

Cannes o en provincias. Glug, glug, pausa, glug, glug, glug. Ya seca, puso algo de perfume en la punta de sus dedos y se frotó ligeramente el suave y sedoso vello púbico. Luego, rápidamente, se vistió y salió del cuarto de baño.

El hombre estaba sentado en la cama, desnudo, jugando con su pene, aún erecto.

—Mira lo que ha pasado, querida.

—Estupendo para ti —dijo ella.

—Chúpamela —dijo él—. *Pas partir comme ça.*

Ella agitó la cabeza.

—Lo siento, querido. Se me hace tarde.

—Quizá después, en la fiesta —dijo él—. Podemos encontrar algún rincón tranquilo, apartado de la multitud.

Ella le miró a los ojos.

—No vas a venir a la fiesta.

—Pero, querida —protestó él—. ¿Por qué no? He estado en el barco contigo toda la semana.

—Por eso precisamente —dijo ella—. Baydr no es tonto.

—Entonces, ¿cuándo te veré? —preguntó él, mientras su pene empezaba a menguar.

Ella se alzó de hombros.

—No lo sé. —Abrió su bolso y sacó un sobrecito lleno de billetes de cien francos. Lo dejó caer en la cama, junto a él—. Esto cubrirá tu cuenta del hotel y tus gastos —dijo—. Y te quedará algo hasta que puedas hacer otro contacto.

La voz del hombre sonó herida.

—Pero querida, ¿crees que lo he echo por dinero?

Ella rio.

—Espero que no. ¡No me gustaría nada pensar que valgo tan poco!

—Nunca encontraré otra mujer como tú —dijo él con tristeza.

—Sigue buscando —le contestó ella—. Hay muchas por ahí. Y si necesitas recomendaciones, diles que yo afirmo que eres de lo mejor.

Salió del cuarto antes de que él pudiera contestar. Mientras estaba en el vestíbulo, esperando el ascensor, miró el reloj. Las ocho menos cuarto. Apenas tenía tiempo para llegar al barco y darse un baño caliente antes de vestirse para la fiesta.

Yusef vio el convertible blanco de Jordana estacionado frente al Hotel Carlton. Cuando bajó del taxi la buscó con la mirada mientras pagaba al taxista, pero a quien pudo ver fue solamente a Guy, el chófer de ella, hablando con otros chóferes. Se dio la vuelta y entró en el vestíbulo.

Era el día antes de la apertura oficial del festival de cine, y ya casi todos los anuncios estaban colocados en los puestos y los *stands* de los pequeños vendedores de films. Se detuvo un momento para mirarlos.

El despliegue más importante era el gigantesco anuncio que ocupaba toda la sala: ALEXANDER SALKIND PRESENTA: «LOS TRES MOSQUETEROS». Lentamente leyó el reparto del film: Michael York, Oliver Reed, Richard Chamberlain, Raquel Welch, Charlton Heston, Fave Dunaway. Un verdadero film de estrellas. Incluso él, aficionado al cine desde pequeño, se quedó impresionado. Se volvió hacia el mostrador del conserje.

Elie, el conserje principal, sonrió y se inclinó.

—*Monsieur* Ziad, me alegro de volver a verle.

Yusef le devolvió la sonrisa.

—Siempre es bueno estar aquí, Elie.

—¿Y en qué puedo servirle, *Monsieur* Ziad? —preguntó el hombrecillo.

—Tengo que encontrarme aquí con el señor Vincent —dijo Yusef—. ¿Todavía no ha llegado?

—Le espera en el bar pequeño —dijo Elie.

—Gracias —dijo Yusef. Se alejó y después se volvió, como si se le hubiera ocurrido algo—. A propósito: ¿ha visto a *Madame* Al Fay?

Sin vacilar, Elie negó con la cabeza.

—No la he visto. ¿Quiere usted que la busquen?

—No es importante —dijo Yusef. Se volvió y se dirigió hacia el pequeño bar que había junto a los ascensores.

Elie cogió un teléfono que tenía detrás del mostrador y murmuró un número. El ascensorista contestó. Un instante después dejó el teléfono y se volvió hacia Jordana.

—*Monsieur* Elie sugiere que *Madame* salga por el ascensor que da a la *rue* de Canadá. Ha enviado a un hombre para que la espere en la entreplanta.

Jordana miró al ascensorista. La cara del hombre era impávida: el ascensor se detenía ya en el entresuelo. Asintió.

—Gracias.

Salió y caminó por el corredor hasta el extremo del hotel. Cumpliendo su palabra, Elie había mandado a un hombre a esperarla frente al pequeño ascensor de estilo antiguo que todavía servía en ocasiones especiales en aquella parte del edificio.

Jordana salió del hotel por el bar del Carlton, cruzó la terraza, y después siguió

por el sendero hasta la entrada del hotel. Guy, su chófer, la vio y saltó hacia la puerta del Rolls. Ella se volvió y miró hacia el vestíbulo antes de bajar los peldaños. En medio de la muchedumbre de gente frente a la conserjería, vio los ojos de Elie. Asintió, dando las gracias. Sin cambiar de expresión, él inclinó la cabeza en un leve saludo.

Guy sostuvo la puerta del coche cuando ella entró. Jordana no sabía por qué Elie la había hecho escabullirse, pero bastaba con que lo hubiera hecho. El conserje era probablemente el hombre más sagaz de la Riviera. Y probablemente el más discreto.



El pequeño bar estaba repleto, pero Michael Vincent tenía una mesa apartada de las otras, entre la barra y la entrada. Se puso de pie cuando entró Yusef y le tendió la mano.

Yusef se la estrechó.

—Lamento llegar tarde. El tráfico en la Croisette es horrible.

—No hay problema —contestó Michael. Era sorprendente oír aquella voccecita emergiendo de un gigante de metro ochenta y cinco. Hizo un gesto hacia las mujeres jóvenes que estaban sentadas a la mesa con él.

—Como usted ve, he estado gratamente ocupado.

Yusef sonrió. Las conocía. Eran parte del grupo que había traído desde París.

—Suzanne, Monique —murmuró, sentándose.

Ellas se levantaron de inmediato. Conocían las señales. Esta era una reunión de negocios. Tenían que ir a sus cuartos a prepararse para la fiesta de esa noche.

Se presentó el camarero con una botella de Dom Pérignon y la mostró a Yusef, para su aprobación. Yusef asintió. El camarero descorchó la botella con presteza y le sirvió una copa para que lo probara. Yusef asintió nuevamente, y el camarero miró a Michael Vincent.

—Yo sigo con el whisky —dijo el productor-director.

El camarero terminó de llenar la copa de Yusef y se fue. Yusef levantó el vino.

—Confío en que está usted instalado a gusto.

El hombre grandote sonrió.

—¿Tengo la mejor *suite* del hotel, y me pregunta si me gusta? Me agradecería saber cómo la consiguió. Hace dos semanas, cuando llamé por teléfono, durante el festival no había un cuarto disponible en ninguna parte. Usted llama con un día de antelación y, como por obra de magia, hay un sitio.

Yusef sonrió misteriosamente.

—Hay que reconocer que no carecemos de influencia.

—Bebamos por eso —dijo el norteamericano. Terminó su whisky e hizo señas por otro.

—El señor Al Fay me pide que le diga que aprecia la molestia que representa para usted haber venido hasta aquí. Está deseando conocerle.

—También yo —dijo Vincent. Vaciló un momento, después, volvió a hablar—. Casi me parece demasiado para creerlo.

—Para creer ¿qué? —preguntó Yusef.

—Todo —dijo Vincent—. He tardado más de cinco años en conseguir el dinero para hacer *Gandhi*, y ahora viene usted con diez millones de dólares y me pregunta si estoy interesado en hacer un film sobre la vida de Mahoma.

—Para mí no es una sorpresa —dijo Yusef—. Y tampoco lo será para usted cuando conozca al señor Al Fay. Es un hombre de gran instinto. Y después de ver sus películas sobre los grandes filósofos: Moisés, Jesucristo y Gandhi, ¿qué cosa más natural que dirigirse a usted, un hombre capaz de dar vida a esa gran historia?

El director asintió.

—Habrá problemas.

—Naturalmente —dijo Yusef—. Siempre los hay. Vincent frunció el ceño.

—Habrá dificultades para el lanzamiento. Hay demasiados judíos en la industria del cine.

Yusef sonrió.

—Nos preocuparemos de eso cuando llegue el momento —dijo con suavidad—. Tal vez el señor Al Fay compre alguna de las grandes compañías y distribuya él mismo la película.

Vincent tomó otro trago de whisky.

—¡Debe de ser un gran tipo ese Al Fay!

—Eso creemos —dijo Yusef lentamente. Estudió al fabricante de películas y se preguntó si el hombre sentiría lo mismo si llegaba a saber lo cuidadosamente que había sido investigada su vida antes que Baydr lo eligiera. Todo lo que Vincent había hecho desde niño estaba en una carpeta en el escritorio de Baydr. Ningún elemento de la vida privada del hombre le era desconocido. Las muchachas, las mujeres, la bebida, incluso el hecho de que fuera miembro de la sociedad secreta de John Birch y de otros grupos sutilmente antisemitas. Todo estaba allí. Incluido un análisis del porqué no era persona grata en la industria cinematográfica. El antisemitismo era difícil de ocultar en una industria tan sensible como la del cine. Hacía cinco años que se había hecho *Gandhi*, y todavía no había sido estrenada en occidente. Y ni un solo proyecto se había materializado para Vincent desde entonces. Había estado viviendo de amigos y de promesas durante los últimos años. Y de la botella de whisky.

Yusef no le dijo que Baydr había iniciado tratos con varios otros antes de buscarle a él. Pero todos habían rechazado la oferta. No porque no estuvieran de acuerdo con que el Profeta fuese un buen tema para una película, sino porque creían que, en ese momento, aquella película sería más propagandística que filosófica. Todos sabían algo más. Temían a los judíos; los judíos tenían mucho poder en el negocio, y no querían provocarles.

Miró el reloj y se puso de pie.

—Lo siento, pero debo irme. Tengo asuntos importantes que atender.

Vincent le miró.

—Claro, entiendo. Gracias por sus atenciones.

—Ha sido un placer —dijo Yusef, mirándolo—. El yate estará en la bahía frente al hotel. A partir de las diez y media habrá una flotilla de lanchas al final del muelle del Carlton para llevar a la gente a bordo. Le esperamos en cualquier momento a partir de esa hora.

Se acercó el camarero con la cuenta. Yusef la firmó mientras Vincent se ponía de pie. Los dos hombres se dieron la mano, y Yusef dejó el bar mientras Vincent pedía otro whisky.

El coche de Jordana ya se había ido cuando salió del hotel. Miró el Piaget que tenía en la muñeca. Eran poco más de las ocho. Descendió los peldaños y se dirigió hacia el Martínez. Los curiosos se estaban ya arremolinando. Iba a ser una locura noche tras noche, durante las próximas semanas, cuando la gente llegara de todas partes para ver por un instante a las celebridades y a las estrellas de cine. Caminó rápidamente entre la gente, sin mirar a derecha o izquierda. Le quedaba todavía una hora antes de volver al barco, para ver a Baydr.

El vestíbulo del Martínez no estaba tan repleto como el del Carlton. Se dirigió directamente al ascensor y subió hasta el piso más alto. Desde el ascensor marchó directamente por el corredor hasta la *penthouse suite*. Apretó el timbre. Dentro se oyó un suave repiqueteo. Esperó un momento; después, con impaciencia, volvió a apretar el timbre.

Una voz recia llegó desde la puerta cerrada.

—*Qui est là?*

—*C'est moi. Ouvrez la porte.*

Se oyó el ruido de la cadena al ser quitada, y después la puerta se abrió de golpe tras la cual había un joven alto y rubio que miró a Yusef de manera truculenta.

—Llegas tarde —dijo—. Prometiste que ibas a estar aquí hace una hora.

—Te dije que tenía unos asuntos —explicó Yusef, entrando en el apartamento—. Tengo que ganarme la vida, ¿sabes?

—¡Mentira! —la voz del joven sonó enojada al cerrar la puerta—. Estabas con Patrick.

—Te he dicho que Patrick está en París —dijo Yusef—. No quise que viniera aquí.

—Pues está aquí —dijo secamente el joven rubio—. Lo he visto esta tarde en el avión. Estaba con ese inglés dueño de los grandes almacenes.

Yusef guardó silencio, dominando la rabia que le agitaba. Había dado a Patrick órdenes expresas de quedarse en el hotel y de no salir hasta el día siguiente. «Puto —se dijo—. Ya me las pagará cuando le vea.»

Atravesó el cuarto hasta la mesa, donde habían instalado un bar. Había una botella abierta de Dom Pérignon en un cubo de hielo. Se sirvió una copa y se volvió hacia el joven.

—¿Quieres un poco de vino, querido?

—No —el joven estaba enfurruñado.

—Vamos, Jacques —dijo Yusef para aplacarle—. No seas así. Ya sabes los planes que tengo para ti.

Por primera vez desde que había entrado, Jacques le miró.

—¿Cuándo voy a conocerla? —preguntó.

—Esta noche, en el yate —dijo Yusef—. Lo tengo todo arreglado.

—¿Iré contigo? —preguntó Jacques.

Yusef negó con la cabeza.

—No. Ni siquiera me conoces. Si ella sospecha que somos amigos, no podrás hacer nada. Lo he arreglado para que acompañes a la princesa Mara a la fiesta. Ella te presentará a la dueña de la casa.

—¿Por qué Mara? —protestó Jacques—. Sabes que no puedo soportarla.

—Porque ella hará lo que yo diga —contestó Yusef secamente—. Llevará a Jordana aparte en algún momento de la noche y le dirá que eres fantástico en la cama y que eres muy bueno en todo.

Jacques le miró.

—¿Y eso hará que esa dama se enamore de mí?

—No —contestó Yusef—. Eso dependerá de ti. Pero Jordana todavía es lo bastante norteamericana como para quedar impresionada si una mujer de la experiencia de Mara te recomienda. Además, Jordana se vuelve loca por los hombres.

El joven permaneció silencioso mientras se dirigía al bar y se servía una copa de champán.

—Espero que tengas razón —dijo, bebiendo un sorbo—. Pero: ¿y si está interesada en otro?

—Lo estaba —dijo Yusef—. Me he enterado por la tripulación del barco. Pero, si conozco bien a Jordana, ya debe haberse librado de él, porque no quiere complicaciones cuando su marido anda por aquí.

—¿Y si no le gusto? —preguntó Jacques.

Yusef sonrió y dejó su copa. Se acercó al joven, y desató el lazo que sujetaba su batín. La ropa se abrió. Yusef tomó el pene de Jacques en su mano y lo apretó suavemente.

—Veinticinco hermosos centímetros —murmuró—. ¿Cómo podría no gustarle esto?

El teletipo empezó a repiquetear en cuanto el avión se detuvo en el extremo Oeste del campo, cerca de los hangares. Dick Carriage se desató el cinturón de seguridad y se dirigió hacia el receptor. Esperó a que cesara el sonido, después arrancó el mensaje, se sentó ante el escritorio, y abrió el libro de claves que siempre llevaba consigo.

Baydr lo miró, después se volvió hacia las dos muchachas. Ya se habían soltado los cinturones y estaban de pie. Él se levantó con ellas y sonrió.

—Espero que disfrutéis de vuestra estancia en la Riviera.

La rubia le devolvió la sonrisa.

—Estamos muy excitadas. Es la primera vez que venimos aquí. Lo único que lamentamos es que no vamos a verte.

Él hizo un gesto vago.

—Negocios, siempre negocios. —Su mente estaba en el mensaje. Tenía que ser importante para que el teletipo trabajara un fin de semana—. Si necesitáis algo llamad a Carriage: él se encargará de arreglar las cosas.

—Lo haremos —dijo la morena. Le tendió la mano formalmente—. Muchas gracias por este precioso viaje.

La rubia rio.

—¡De verdad que ha sido un viaje!

Baydr rio con ella.

—Gracias por haber venido.

Raoul se les acercó.

—El coche de las señoritas espera junto a la entrada.

Baydr observó a las mujeres que seguían al camarero hacia la salida, y se volvió hacia Carriage. Un momento después el joven había descifrado el mensaje. Lo arrancó de la libreta y lo tendió a Baydr.

DIEZ MILLONES LIBRAS ESTERLINAS DEPOSITADAS SU CUENTA BANCO SIRIA
GINEBRA SEGÚN ACUERDO. PÓNGASE EN CONTACTO ALÍ YASFIR MIRAMAR HOTEL
CANNES PARA MÁS DETALLES.

(Firmado) ABU SAAD.

Baydr miró impasible el mensaje, después lo hizo trozos, con cuidado. Carriage hizo lo mismo con la hoja del teletipo y puso los pedazos en un sobre. Se dirigió al escritorio y sacó de debajo lo que parecía una papelería corriente con una tapa con rendijas. Abrió el cesto y tiró allí los papeles, lo cerró, y apretó un botoncito que tenía a un lado. El botón brilló rojo un momento, después se apagó poco a poco. Dick abrió el recipiente y miró. De los papeles quedaban unas retorcidas cenizas grises. Asintió y se dirigió a Baydr.

—¿Cuándo quiere ver usted al señor Yasfir? —preguntó.

—Esta noche. Invítele a la fiesta.

Carriage asintió y regresó al escritorio. Baydr volvió a reclinarse en el sillón, pensando. Así eran las cosas. Por cuidadosamente que uno planeara las vacaciones, siempre había algo que interfería. Pero esto era importante y debía ser atendido. Abu Saad era agente financiero del Al-Ijwah, uno de los más poderosos grupos escindidos de los *fedayines*, y las sumas de dinero que corrían por sus manos eran astronómicas. Recibía contribuciones de los dirigentes de los ricos *sheikdoms* petroleros y de monarquías como Kuwait, Dubai y Arabia Saudita, que estaban ansiosas por mantener su imagen intacta ante el mundo musulmán. Con precaución típica de Oriente Medio, parte del dinero era apartado para inversiones y guardado, para el caso de que fallara el movimiento. Quizá no más del cincuenta por ciento de las cantidades recibidas eran utilizadas en la lucha por la liberación.

Baydr suspiró suavemente. Los caminos de Alá eran extraños. La libertad siempre había sido para el mundo árabe un sueño que huía. Tal vez estaba escrito que siempre iba a ser así. Es verdad que había algunos, como él, a los que Alá sonreía, pero para los otros había tan solo una existencia sombría y lucha, aunque las puertas del paraíso estaban abiertas para todos los creyentes. Algún día llegarían a esas puertas. Tal vez.

Se puso de pie y se dirigió al escritorio.

—Saque el collar de la caja fuerte —dijo a Carriage. Se metió el estuche recubierto de terciopelo en el bolsillo de la chaqueta y se dirigió a la puerta del avión. Volvió a mirar a Carriage—. Nos veremos en el barco a las once.

Jabir le esperaba al pie de la escalerilla.

—El coche espera para llevarle a la lancha, patrón. La gran limusina Rolls negra estaba en la pista junto al avión. Al lado del coche se hallaba Raoul y un hombre con el uniforme de la aduana francesa. El hombre se tocó la gorra en una especie de saludo.

—*Avez vous quelque chose a déclarer, monsieur?*

Baydr negó con la cabeza.

—No.

El aduanero sonrió.

—*Merci, monsieur.*

Baydr entró en el coche. Jabir cerró la puerta tras él y se metió en el coche junto al chófer. El motor se puso en marcha, el coche giró y se dirigió hacia la zona occidental del aeropuerto.

La San Marco estaba allí, amarrada a un embarcadero viejo y destartado. Dos marineros y el primer oficial del yate lo esperaban. El primer oficial saludó cuando él salió del coche.

—Bienvenido, señor Al Fay.

Baydr sonrió.

—Gracias, John.

Un marinero tendió la mano, y Baydr la tomó para saltar a la lancha. Lo siguió Jabir y después los marineros, Baydr se adelantó y se puso a los mandos.

El primer oficial le tendió un impermeable amarillo y una gorra.

—Se va a mojar, señor. Se ha levantado viento, y esta «nena» hace saltar mucha espuma.

En silencio, Baydr tendió los brazos, y el marinero lo ayudó a enfundarse el impermeable. Jabir cogió otro, se lo puso, y los marineros le imitaron. La máquina cobró vida con un rugido que sacudió la noche. Baydr miró por encima del hombro.

—Arranquemos.

El marinero asintió y soltó la amarra. La cuerda saltó del poste como una serpiente que se retuerce, y el marinero empujó la lancha apartándola de la escollera.

—Todo listo, señor —dijo, irguiéndose y enroscando la amarra que tenía a sus pies.

Baydr empujó la palanca, y la gran lancha empezó a avanzar lentamente. Poco a poco, Baydr apretó el acelerador y dirigió la lancha hacia el mar. Se deslizaba sin esfuerzo por el agua. Baydr se sentó y se ajustó el cinturón de seguridad.

—Sujétense —dijo—. Vamos a correr.

Se oyeron ruidos detrás de él, y después la voz del primer oficial gritó sobre el rugido de la máquina:

—¡Todo listo, señor!

Baydr puso el acelerador al máximo. La lancha pareció trepar como queriendo salir del agua, y la espuma de la proa formó un arco incandescente sobre sus cabezas. El viento le castigaba la cara y Baydr hizo una mueca mostrando los dientes, mientras contenía el aliento. Una mirada al control le dijo que marchaban a cuarenta nudos. Casi rio fuerte mientras giraba con lentitud el volante para dirigir la lancha hacia Cannes. La fuerza de trescientos veinte caballos en la punta de los dedos, el viento y el agua castigándole la cara. En cierto modo era mejor que el sexo.



El teléfono empezó a sonar en el apartamento de Alí Yasfir. El rechoncho libanés se arrastró hasta el teléfono y lo cogió.

—Yasfir.

La voz norteamericana le golpeó el oído. Escuchó un momento, después asintió.

—Sí, claro. Será un placer. Estoy deseoso de conocer a su excelencia.

Dejó el teléfono y se dirigió a sus amigos.

—Está hecho —anunció con satisfacción—. Esta noche nos veremos en su barco.

—Le felicito —dijo el francés delgado y moreno que estaba en el diván—. Pero nuestro problema sigue sin resolverse.

—Pierre tiene razón —dijo el norteamericano vestido con la deportiva camisa de colores brillantes—. Mis contactos en los Estados Unidos tienen un problema muy grande.

Alí Yasfir se volvió hacia él.

—Lo comprendemos, y estamos haciendo todo lo posible por resolverlo.

—Pero no lo hacen con bastante rapidez —dijo el norteamericano—. Tendremos que hacer negocios con otras fuentes.

—¡Maldición! —dijo Pierre—. Justo cuando las plantas de procesado están marchando tan bien.

—Y no ha habido escasez de materia prima —dijo Alí—. Los granjeros han respondido. La cosecha ha sido buena. Las entregas en las fábricas se han realizado sin interferencias. Me parece, Tony, que estamos pagando caro el fallo en el sistema de entregas. Los dos últimos grandes cargamentos desde Francia han sido interceptados en los Estados Unidos.

La cara del norteamericano se endureció.

—Las filtraciones han salido de aquí. De otro modo los policías nunca lo hubieran sabido. Tendremos que encontrar otro camino para entrar en el país.

—Desde Sudamérica —dijo el francés.

—No sirve —dijo Tony secamente—. Ya lo hicimos la última vez, y también fue descubierto. Si la cosa empieza así, lo pasaremos bastante mal.

Alí miró al francés.

—La filtración tiene que haber salido de su organización.

—Imposible —dijo el francés—. Cada hombre de los que trabajan para nosotros ha sido controlado y vuelto a controlar.

—Puede que no tengamos elección —dijo Alí—. No podemos seguir financiando las operaciones de ustedes si la mercancía no llega al mercado.

El francés guardó silencio mientras pensaba.

—No nos precipitemos —dijo al fin—. Tenemos un cargamento que sale esta semana. Veremos qué pasa.

Alí Yasfir miró al norteamericano. El norteamericano asintió. Alí se volvió hacia el francés.

—*D'accord*, Pierre. Esperemos y veamos.

Cuando el francés se fue, Tony miró a Alí.

—¿Usted qué opina?

Alí se alzó de hombros.

—¿Quién puede pensar nada?

—Tal vez nos está vendiendo él —dijo Tony—. La mercancía todavía llega a la costa Oeste. Estamos pagando primas a la gente de allí nada más que para poder seguir en el negocio.

—¿La mercancía viene de Indochina? —preguntó Alí.

Tony asintió.

—Y es más barata que la nuestra.

Alí meneó la cabeza.

—Con razón. Nuestros costes también serían menores si estuviésemos

financiados por la CIA.

—Eso es solo parte del problema —dijo Tony—. Lo que más de moda está en Estados Unidos es la coca. Y ahí somos débiles.

—Hemos examinado ese punto —dijo Alí—. Tenemos algunos contactos en Bogotá, y yo mismo iré allí la próxima semana.

—Los muchachos van a alegrarse cuando lo sepan. Preferimos seguir negociando con usted y no andar buscando otros socios.

Alí se puso de pie. La entrevista había terminado.

—Seguiremos haciendo negocios juntos por mucho tiempo.

Acompañó al norteamericano a la puerta. Se dieron la mano.

—Nos veremos en Nueva York a principios del próximo mes.

—Espero que las cosas hayan mejorado para entonces.

—Estoy seguro de que así será —dijo Alí. Cerró la puerta tras el hombre, corrió el cerrojo, y puso la cadena sobre la cerradura. Se dirigió luego directamente al cuarto de baño, donde se lavó meticulosamente las manos y se las secó. Después se dirigió a la puerta del dormitorio y llamó con suavidad.

La puerta se abrió y apareció una muchachita. Su piel aceitunada, sus ojos oscuros y su largo pelo negro contrastaban con sus modernos pantalones vaqueros y su camisa con botones a la St. Tropez.

—¿Ha terminado la reunión? —preguntó ella.

Él asintió.

—¿Quieres un refresco?

—¿Tienes una Coca?

—Claro —contestó él. Fue a la cocina y sacó una botella de la nevera. La sirvió en un vaso y se la tendió.

Ella bebió con avidez.

—¿Cuándo nos iremos? —preguntó.

—He hecho las reservas para mañana en el avión que sale para Beirut —contestó él—. Pero puede haber alguna demora.

Ella le miró, interrogante.

Él enfrentó directamente su mirada.

—Esta noche tengo una cita con tu padre.

Una expresión sorprendida apareció en los ojos de la muchacha.

—¿No irás a denunciarme? —Dejó el vaso a un lado—. Me has prometido que no iba a saber nada. De no ser así, no habría dejado el colegio en Suiza.

No tiene nada que ver contigo —dijo él, tranquilizándola—. Tu padre no sospecha nada. Tenemos negocios con él.

—¿Qué clase de negocios? —dijo desconfiada.

—Tu padre maneja muchas inversiones nuestras. Tiene acceso a zonas en las que no podemos penetrar de otro modo. También puede comprar suministros y materiales que nosotros no podemos adquirir.

—¿Está enterado de que es para la causa?

—Sí.

Una expresión extraña cruzó el rostro de la chica.

—Es simpatizante —dijo Alí rápidamente.

—¡No me fío de él! —contestó ella con vehemencia—. Mi padre simpatiza solo con el dinero y el poder. El sufrimiento de la gente y la justicia no significan nada para él.

—Tu padre es árabe —contestó él con sequedad.

Ella lo miró fijamente.

—¡No lo es! ¡Es más occidental que árabe! De otro modo no se hubiera divorciado de mi madre para casarse con esa mujer. Lo mismo ocurre con los negocios. ¿Cuánto tiempo pasa entre su propia gente, en su patria? Dos semanas al año. No me sorprendería saber que incluso comercia con los israelíes. Tiene muchos amigos occidentales que son judíos.

—A su manera, tu padre ha hecho mucho por la causa —dijo Alí, defendiendo a un hombre al que no conocía—. Nuestra batalla no puede ser ganada solamente por los soldados.

—Nuestra batalla será ganada por aquellos que estén dispuestos a derramar su sangre y dar la vida, no por hombres como mi padre, cuyo único interés está en el dinero. —Enojada, volvió al cuarto y cerró de un portazo.

Alí llamó a la puerta.

—Leila —dijo con suavidad—, Leila, ¿quieres que pida la comida?

La voz llegó débil desde el cuarto.

—Vete. Déjame sola. No tengo hambre. —Un débil sonido de sollozos atravesó los paneles de madera de la puerta.

Él permaneció un momento indeciso, después se fue a su cuarto a vestirse para la cena. Los jóvenes estaban llenos de ideales. Para ellos todo era blanco o negro. No veían matices intermedios. Era bueno y era también malo.

Pero no estaba en el negocio para juzgar. Las causas no se manejaban solo con ideales. Los jóvenes nunca estaban enterados de que se necesitaba dinero para que pasaran las cosas. Dinero para comprarles uniformes, para alimentarles, para darles fusiles y armas y para entrenarles. La guerra moderna, incluso la guerrilla, era costosa. Y ese era el motivo por el que habían pasado tanto tiempo adoctrinándola. Habían usado el resentimiento que sentía contra su padre hasta el momento en que estuvo dispuesta a comprometerse físicamente con los *fedayines*. No era por lo que personalmente pudiera hacer. Había muchas jóvenes que podrían haber servido lo mismo.

Pero ninguna tenía un padre que era uno de los hombres más ricos del mundo. Sintió que un suspiro escapaba de sus labios. Pasado mañana Leila estaría en un campo de entrenamiento en las montañas del Líbano. Una vez allí, y bajo el control de los *fedayines*, quizá Baydr se mostrara más accesible para algunos de los planes

que ya había rechazado. Leila valía más que un revólver apuntándole a la cabeza.

cuatro

—Su llamada a los Estados Unidos, señor Carriage —dijo en inglés el operador del hotel.

—Gracias —dijo Dick. Hubo un zumbido, una serie de clics, después se oyó una voz.

—Hola —dijo Dick.

Se produjeron nuevos clics, y después otro zumbido.

—Hola, hola —gritó. De pronto la línea se aclaró y oyó la voz de su mujer.

—¡Hola, Margery! —gritó.

—¿Richard? —parecía dubitativa.

—Claro que soy Richard —exclamó él, curiosamente enojado—. ¿Quién iba a ser?

—Te oigo desde tan lejos —dijo ella.

—Estoy lejos —respondió él—. En Cannes.

—¿Qué haces ahí? —preguntó Margery—. Creía que estabas trabajando.

—Por Dios, Margery, estoy trabajando. Te dije que el jefe pensaba pasar aquí el fin de semana para el cumpleaños de su esposa.

—¿El cumpleaños de quién?

—De su esposa —gritó él—. Oh, basta, Margery. ¿Cómo están los chicos?

—Muy bien —dijo ella—. Pero Timmy está resfriado. Hoy no ha ido a la escuela. ¿Cuándo vuelves a casa?

—No sé —contestó él—. El jefe tiene muchas cosas en marcha.

—Pero dijiste que esta vez era solo por tres semanas.

—Las cosas se han acumulado. No es culpa mía.

—Estábamos mejor cuando trabajabas para la Aramco. Por lo menos venías a casa todas las noches.

—Y también ganaba mucho menos dinero —dijo él—. Doce mil al año en lugar de cuarenta.

—Pero te echo de menos —contestó Margery; había un asomo de lágrimas en su voz.

Richard se ablandó.

—Yo también te echo de menos, querida. Y echo de menos a los chicos.

—Richard —dijo ella.

—Sí, querida.

—¿Estás bien?

—Muy bien —dijo él.

—Estoy preocupada todo el tiempo. Me parece que siempre estás volando, que nunca estás bastante tiempo en un sitio como para descansar.

—He aprendido a dormir en el avión —mintió—. Es perfecto. —Buscó un cigarrillo con la mano libre y lo encendió—. De todos modos nos quedaremos aquí hasta el miércoles. Entonces podré ponerme al día.

—Me alegro —dijo Margery—. ¿Volverás pronto a casa?

—En cuanto pueda.

—Te quiero, Richard.

—Yo también te quiero —dijo él—. Da un beso a los chicos de mi parte.

—Lo haré —contestó Margery—. Adiós.

—Adiós, querida. —Dejó el teléfono y aspiró largamente el cigarrillo. Miró a su alrededor en el cuarto de hotel. Parecía extrañamente vacío. Los cuartos de hotel son iguales en todo el mundo. Están hechos para que uno no se sienta en casa.

Hubiera deseado parecerse más a Baydr. Baydr parecía estar en casa en cualquier parte. Los cuartos extraños y los lugares extraños no parecían afectarle. Es verdad que tenía su propio hogar o apartamento en casi todas las ciudades principales: Nueva York, Los Ángeles, San Francisco, París, Londres, Ginebra, Beirut, Teherán. Pero incluso cuando estaba en un hotel adaptaba el cuarto a su propio estilo.

Tal vez fuera porque había pasado casi toda su vida en el extranjero. Cuando era niño su padre le había enviado al colegio en Inglaterra, después a cursar estudios secundarios en Estados Unidos, primero a Harvard para estudiar negocios, después a Stanford. Su vida había sido planeada antes de que naciera. Primo hermano del emir reinante, y único descendiente varón de su familia, había sido natural que le encargaran de sus negocios. Con el desarrollo de los contratos petroleros, el dinero había empezado a manar en sus arcas. Las inversiones de la familia eran confiadas a Baydr, porque no podían tener confianza en los occidentales. Además de las diferencias básicas en filosofía y religión, había habido una historia colonial de opresión demasiado larga. Rico de nacimiento, Baydr se hizo aún más rico. Nada más que en comisiones su renta empezó a tener un exceso de cinco millones de dólares al año, y controlaba una inversión internacional de más de quinientos millones. Tal vez lo más raro de todo era que llevaba sus negocios sin una organización centralizada. En cada país había un pequeño grupo de empleados que se comunicaban directamente con él. Pero era él quien tomaba finalmente todas las decisiones. El único que sabía cómo iban las cosas. Ahora, después de dos años, Dick empezaba a presentir un poco la magnitud de las operaciones, pero todavía diariamente aparecía alguna nueva vinculación que le cogía por sorpresa.

La primera vez que se le ocurrió que Baydr podía estar en relaciones con los Al-Ijwah fue cuando vio un cable firmado por Abu Saad, el representante financiero del grupo. Siempre había pensado que Baydr, con su conservadurismo básico, debía poner mala cara al tipo de acción de los *fedayines*, a los que consideraba más dañinos que útiles para la causa árabe. Y, sin embargo, aparentemente, estaba haciendo negocios con ellos. Carriage era lo bastante inteligente como para comprender que debía haber un motivo. Sucedió algo de lo que Baydr estaba enterado. Se preguntó

qué podría ser. Pero no había manera de adivinarlo. Con el tiempo lo sabría. Cuando Baydr decidiera contárselo.

Carriage miró su reloj de pulsera. Eran casi las diez. La hora de vestirse e ir al yate. A Baydr le gustaba que estuviera por allí cuando se hacían negocios.



Baydr se detuvo ante la puerta de comunicación de los dos camarotes. Meditó un momento, después volvió junto a su tocador y recogió el estuche de terciopelo. Sus zapatillas no hicieron ruido sobre la tupida alfombra. El único sonido fue el crujir de su chilaba de algodón lustroso cuando entró en el cuarto de ella.

El cuarto estaba en total oscuridad excepto por la luz que entraba por la puerta abierta. Vio la forma de ella acurrucada bajo las sábanas. Cerró la puerta, con suavidad, se acercó a la cama y se sentó. Ella no se movió.

Después de un instante dijo:

—Jordana...

Ella no pareció haberle oído.

—¿Estás despierta? —murmuró.

No hubo respuesta. Se inclinó hacia delante y colocó el estuche con la joya en la almohada, junto a su cabeza, después se puso de pie y regresó hacia la puerta. En el momento en que cogía el picaporte las luces se encendieron súbitamente. Parpadeó y miró hacia atrás.

Ella estaba sentada en la cama, el largo pelo rubio cayendo sobre sus blancos hombros y la rosada punta de sus senos. No habló.

—Creí que estabas dormida —dijo él.

—Lo estaba —contestó él—. ¿Has tenido un buen vuelo?

Él asintió.

—Sí.

—Los chicos van a alegrarse de verte —dijo ella—. ¿Podrás pasar algún tiempo con ellos esta vez?

—Pienso quedarme aquí hasta el miércoles —contestó él—. Quizá mañana podamos llevarlos a Capri y pasar allí unos días.

—Eso les gustará mucho —dijo ella. Arrojó lejos las sábanas y saltó de la cama. Su bata yacía sobre una silla; la recogió. Por el espejo en el extremo del camarote Jordana vio que él la observaba—. Tengo que vestirme para la fiesta —dijo, volviéndose hacia él mientras se ponía la bata.

Baydr no contestó.

—Es mejor que te vistas tú también.

—Lo haré —dijo él.

La vio dirigirse al cuarto de baño y cerrar la puerta tras de sí; entonces miró hacia la cama. El estuche de terciopelo negro seguía sobre la almohada. Ni siquiera lo había notado.

Volvió a la cama y lo recogió, después, tranquilamente, regresó a su camarote. Apretó el botón llamando a Jabir.

Jabir apareció como por arte de magia.

—¿Desea algo, patrón?

Baydr le tendió el estuche.

—Dígale al capitán que ponga esto en la caja fuerte. Lo devolveremos por la mañana.

—Sí, patrón —contestó Jabir, metiéndose la joya en el bolsillo—. He preparado el *smoking* de *shantung* azul para esta noche. ¿Está de acuerdo?

Baydr asintió.

—Perfecto.

—Gracias —dijo Jabir. Se inclinó y abandonó el camarote.

Baydr se quedó mirando la puerta que el criado había cerrado tras él. Era imposible. Jordana no podía no haber visto el estuche con la alhaja colocado sobre la almohada. Había decidido ignorarlo.

Bruscamente se volvió y regresó al cuarto de ella. Jordana estaba sentada ante el tocador, mirándose en el espejo. Vio el reflejo de él y se volvió.

La mano abierta de él le cruzó la cara. Ella cayó de la silla al suelo, y su brazo barrió los perfumes y las botellas de cosméticos del tocador. Le miró con ojos muy abiertos, más sorprendida que asustada. Se tocó la cara, y casi pudo sentir la marca de su mano. No hizo ademán de levantarse.

—Es estúpido por tu parte —le dijo, con tono casi impersonal—. Ahora no podré ir a la fiesta de mi cumpleaños.

—Vendrás a la Fiesta —dijo él torvamente—. Aunque tengas que usar un velo como las mujeres musulmanas.

Los ojos de Jordana le siguieron cuando se dirigió a la puerta. Baydr hizo una pausa y la miró.

—Feliz cumpleaños —dijo, cerrando tras de sí la puerta.



Dick estaba cerca del bar, mirando a su patrón en la cubierta. Baydr estaba con Yusef y otras personas, escuchando a su manera tranquila y atenta, mientras Yusef contaba una de sus interminables historias. Dick miró el reloj. Era casi la una. Si Baydr estaba incómodo porque Jordana aún no había aparecido, no lo demostraba.

La música llegaba por los altavoces que habían sido instalados sobre el toldo, en el solárium. Varias parejas bailaban, los cuerpos fluidos bajo las luces que habían sido colocadas por todo el barco para la fiesta. Otras parejas estaban sentadas en los bancos junto a la barandilla y en las mesitas de cóctel dispuestas alrededor de la pista de baile. El *bufet* había sido instalado en la cubierta principal, abajo, pero Baydr no había dado todavía la orden para que se sirviera la cena.

Alí Yasfir se le acercó. La cara del rechoncho libanés brillaba de sudor, pese a que

la noche era fresca.

—Es un hermoso barco —dijo—. ¿Es muy grande?

—Cincuenta metros —dijo Dick.

Yasfir asintió.

—Parece más grande. —Miró a Baydr, al otro lado de la cubierta—. Parece que nuestro anfitrión se divierte.

Carriage sonrió.

—Siempre lo hace. No conozco a nadie que pueda combinar el placer y los negocios como lo hace él.

—Aparentemente, el placer viene primero —la voz de Yasfir era de censura.

La voz de Carriage fue cortés pero fría.

—Después de todo, hoy es el cumpleaños de *Madame*, y él no espera hacer negocios en este viaje.

Yasfir aceptó sin comentarios el rechazo implícito.

—Todavía no me han presentado a la señora.

Carriage se permitió una sonrisa.

—Es su cumpleaños, y usted sabe cómo son las mujeres. Tal vez esté planeando una gran entrada.

Yasfir asintió solemnemente.

—Las mujeres occidentales son muy distintas de las árabes. Se toman libertades que jamás soñarían nuestras mujeres. Mi mujer... —su voz se desvaneció mientras miraba la escalera que llevaba a la cubierta inferior.

Carriage siguió su mirada. Jordana acababa de aparecer. Todas las conversaciones se apagaron. Solo la música siguió sonando, y bruscamente resonaron los salvajes compases de *Misirlei*.

Una luz parecía rodear a Jordana cuando avanzó hacia el centro de la pista de baile. Estaba vestida de bailarina oriental. Un corpiño decorado en oro cubría sus pechos, y debajo estaba desnuda hasta la enjoyada banda de donde pendían los pañuelos multicolores de gasa que formaban su falda. En la cabeza llevaba una guirnalda, y su largo pelo dorado caía sobre sus hombros. Un velo de seda le cubría la cara, dejando solo al descubierto sus hechiceros ojos. Levantó las manos sobre la cabeza y permaneció inmóvil un instante.

Carriage oyó que el libanés contenía el aliento. Jordana nunca había estado más hermosa. Cada línea de su magnífico cuerpo estaba a la vista. Lentamente, Jordana empezó a seguir el ritmo de la música.

Primero los címbalos que tenía en las manos siguieron el compás; después el movimiento se hizo más pronunciado, y empezó a bailar. Carriage había visto en sus tiempos a muchas bailarinas ejecutando la danza del vientre. Provenía de una familia de Oriente Medio, y conocía aquella danza desde que era niño. Pero nunca la había visto bailar así.

Aquello era la cumbre de la sexualidad. Cada movimiento traía el recuerdo de

cada una de las mujeres que había conocido, todo concentrado en el erotismo de la danza. Deliberadamente, apartó los ojos de ella y miró hacia la cubierta. Todos lo sentían, hombres y mujeres por igual. Todos excepto Baydr.

Permanecía allí en silencio, observando sus movimientos. Pero su cara era impasible, sus ojos introvertidos. Y su expresión no cambió tampoco cuando ella avanzó hacia él y, arrodillándose, hizo los clásicos ademanes de ofrecimiento. La música resonó llegando al punto culminante, y ella se puso de rodillas ante él, tocando sus pies con la frente.

Por un momento hubo un silencio, después aplausos. Se oyeron gritos de «Bravo», mezclados con el «*Ahsanti*» árabe. Jordana seguía sin moverse.

Tras un momento, Baydr se inclinó, la tomó de la mano, y la hizo ponerse en pie. Todavía aplaudían cuando se volvió hacia ellos. Los aplausos se apagaron; había levantado la mano pidiendo silencio.

—En nombre mío y el de mi mujer, les agradezco que nos acompañen en esta feliz ocasión.

Se oyeron más aplausos y gritos de «Feliz cumpleaños». Esperó a que volviera a reinar el silencio.

—Ahora ya no queda nada más que decir, aparte de: «La cena está servida.»

Llevándola siempre de la mano, la condujo hasta la escalera y empezaron a bajar. El ruido de las conversaciones llenó otra vez la noche cuando los demás empezaron a seguirles.

Criados uniformados atendían la mesa del *bufet* para servir a los invitados. La mesa estaba cargada de comida: filetes, jamón, pavo, y una langosta gigantesca pescada ese mismo día en el Mediterráneo. El centro de mesa era un gran pescado esculpido en el hielo que tenía encima un recipiente de cristal con cinco kilos de caviar beluga Malossol, de grano grueso.

Muchas de las mesas y banquetas estaban ya ocupadas por invitados hambrientos cuando Carriage vio a Baydr disculparse y dirigirse a la puerta del salón. Se volvió y miró a Carriage, después indicó con la cabeza a Yasfir, que todavía esperaba formando fila para el *bufet*. Baydr se volvió y entró al salón sin mirar más.

Carriage se dirigió al libanés.

—El señor Al Fay espera entrevistarse con usted, cuando guste.

Yasfir miró la mesa del *bufet*, después miró a Carriage. El estómago del hombrecillo había empezado a resonar al ver la comida. De mala gana, dejó el plato vacío que había recogido.

Dick tomó el plato.

—Haré que un criado le lleve la comida.

—Gracias —dijo Alí.

Dick entregó el plato a un camarero y le dio instrucciones de que lo llevara al despacho donde iba a estar el señor Yasfir. Después se volvió:

—Sígame.

Yasfir le siguió, atravesando el salón hacia el corredor que comunicaba con los camarotes. A la mitad del barco se detuvo ante una puerta cerrada de caoba y llamó.

La voz de Baydr dijo desde dentro:

—Adelante.

Carriage abrió la puerta y se hizo a un lado para dejar entrar a Yasfir. Él no entró.

—¿Algo más, señor? —preguntó.

—Conecte su localizador —dijo Baydr—. Tal vez lo necesite más tarde.

—Sí, señor —contestó Carriage. Llegó un camarero con el plato de Yasfir—. Déjelo dentro —dijo. Cuando el camarero salió, Dick cerró la puerta. Oyó que la cerraban con llave mientras avanzaba por el corredor.

—Disculpe las molestias —dijo Baydr.

El libanés ya estaba sentado, comiendo.

—No hay problema —dijo, entre bocado y bocado de caviar. Un chorrito negro se escapó por el extremo de su boca, y lo secó delicadamente con la servilleta.

Baydr se acercó al pequeño escritorio y sacó una carpeta del cajón central. La colocó sobre la mesa cerca del plato de Yasfir.

—De acuerdo con mis conversaciones con sus superiores —dijo—, he preparado

una cartera de inversiones, comprendidas propiedades y valores de Bolsa, que conservadoramente calculamos podrá dar un dividendo del doce por ciento anual durante un período de diez años. Esto incluye un promedio de crecimiento del seis por ciento y dividendos de caja por la misma cantidad. Quiere decirse que, al final del período de diez años, habremos recibido un beneficio de más del cuarenta por ciento, o diez millones de libras esterlinas, y nuestro capital duplicará su valor.

—Me parece muy bien —dijo Yasfir, mientras su boca trabajaba con un pedazo de pollo.

—Lo único que necesito para poner el plan en ejecución es la aprobación de sus superiores —dijo Baydr.

Yasfir no hizo ademán de mirar la carpeta. Dejó el hueso de pollo en el plato y chasqueó los labios cortésmente, para demostrar cuánto le había gustado la comida.

—¿Puedo lavarme las manos? —preguntó.

Baydr asintió. Llevó al libanés a un pequeño cuarto de baño contiguo al despacho. Cuando el hombrecito volvió, Baydr estaba sentado tras el escritorio. El libanés dejó la carpeta sobre la mesa, junto a su plato vacío, y se sentó en una silla junto al escritorio, enfrente de Baydr. Baydr esperó cortésmente a que le hablara.

—El hombre propone y Dios dispone —dijo Yasfir.

Baydr guardó silencio.

—Las circunstancias hacen necesario un cambio en nuestros planes —dijo Yasfir—. Temo no poder seguir adelante con el plan de inversiones.

La cara de Baydr siguió impassible. No habló.

—Habrà que buscar otro destino para los fondos —dijo el libanés.

—Entiendo —dijo Baydr tranquilamente—. Haré que le devuelvan de inmediato los diez millones de libras.

—Eso no es necesario —dijo Yasfir con rapidez—. No vemos motivo por el que no pueda usted dirigir este negocio para nosotros. Con sus comisiones habituales, naturalmente.

Baydr asintió en silencio.

—Como usted sabe, Israel se está volviendo más poderoso cada día. Más fuerte. El sufrimiento de nuestro pueblo bajo su dominio aumenta. Claman pidiendo ayuda a sus hermanos. Tenemos poco tiempo. Debemos actuar pronto o todo se perderá para siempre... —el libanés hizo una pausa para tomar aliento—. Hemos entrado en ciertos tratos con la Société Anonyme Matériel Militaire para suministros por la cantidad de seis millones de libras. Como tenemos confianza en usted, estamos de acuerdo en que sea usted nuestro agente autorizado de compras. Por ello estamos dispuestos a pagarle su diez por ciento de comisión habitual, sobre los desembolsos.

Baydr siguió guardando silencio.

—Para el resto de tres millones cuatrocientas mil libras que queden después de la compra, hemos destinado un millón de libras para invertir en granjas colombianas, plantaciones de café, naturalmente.

—Naturalmente —dijo Baydr. Pero ambos comprendieron que él sabía más—. Eso nos deja dos millones trescientos.

Yasfir sonrió. El hombrecito estaba contento. Sabía que una vez que el dinero estuviera colocado en la cuenta de Baydr no iba a haber problemas para conseguir que los ayudara. Por rico que fuera, siempre quería más.

—No hemos hecho planes para este resto —dijo—. Pensamos que tal vez usted pueda preparar una cartera para esa cantidad, y nosotros daremos la lista de ciertas cuentas numeradas en Suiza y en las Bahamas en donde podrá acreditarlo.

—Comprendo —asintió Baydr.

—Naturalmente, usted recibirá también su diez por ciento sobre ese resto —dijo Yasfir rápidamente—. Eso significa que recibirá casi un millón de libras solo por el hecho de que el dinero pase por su cuenta.

Baydr lo miró. Esta era la debilidad del mundo árabe. La corrupción y el soborno eran casi parte integral de su comercio. De diez millones de libras, solo seis iban a ser usadas en beneficio del pueblo. Y ese beneficio era altamente dudoso. Lo que la gente necesitaba era comida y educación, no fusiles. Y lo que menos necesitaba era enriquecer a sus dirigentes a sus expensas.

El libanés creyó que el silencio era asentimiento. Se puso de pie.

Baydr lo miró.

—No.

Yasfir abrió la boca, atónito.

—¿No? —dijo como un eco.

Baydr se levantó de su silla. Miró al hombrecito.

—El dinero será devuelto el lunes por la mañana cuando abran los Bancos —dijo—. Le ruego que exprese usted a su gente cuánto lamento no poder serles útil. Pero no estoy preparado para actuar a ese nivel. Estoy seguro de que podrán encontrar a otros más cualificados que yo para estas cosas.

—Está escrito que una decisión tomada con rapidez es muchas veces lamentada —dijo el hombrecillo.

—También está escrito —y Baydr citó sarcásticamente— que un hombre honesto vive la vida sin remordimientos... —apretó un botón en el dispositivo de señales instalado en el reloj digital de su escritorio. Se dirigió a la puerta.

—Señor Al Fay —dijo Yasfir.

Baydr se volvió hacia él.

—¿Sí?

—Habrà guerra antes del invierno. —El libanés habló por primera vez en árabe—. Cuando haya terminado, controlaremos Oriente Medio. Israel ya no existirá, porque pondremos al mundo de rodillas. El viejo orden está cambiando..., una nueva fuerza proviene del pueblo. Si se une a nosotros, será usted uno de los vencedores.

Baydr no contestó.

—Las arenas del desierto se volverán rojas con la sangre de nuestros enemigos —

añadió Yasfir.

—Y con la nuestra —contestó Baydr—. Y, cuando todo haya terminado, nada cambiará. Algunos metros aquí, otros allá. Somos meros peones en manos de potencias más grandes. Rusia y Estados Unidos no pueden permitir que gane ninguno de los dos bandos.

—Tendrán que escucharnos —dijo Yasfir—. Controlamos el suministro de petróleo. Si lo cortamos, caerán de rodillas.

—Hasta cierto punto —dijo Baydr—. Después nos pondrán a nosotros de rodillas.

Llamaron a la puerta. Baydr dio vuelta a la llave y abrió.

—Por favor, acompañe al señor Yasfir para que vuelva a la fiesta —dijo Baydr a Carriage. Se volvió hacia el libanés—. Si desea usted cualquier cosa para que su visita sea más grata, estamos a su disposición.

Yasfir le clavó la mirada. La amargura de la desilusión surgía como una tempestad en su garganta. Pero se esforzó en sonreír. Las cosas iban a cambiar rápido cuando Baydr descubriera que su hija estaba con ellos.

—Jatrak —dijo—. Con permiso...

—Vaya en paz —dijo Baydr formalmente en árabe. Cerró la puerta tras ellos, se acercó a la mesa y recogió la carpeta. Por un momento la miró, después la dejó caer en el cesto.

Había sido una simple treta para envolverlo. Nunca habían pensado seguir adelante con eso. Ahora lo sabía. También sabía que no iban a ceder. No iban a descansar hasta arrastrar al mundo a su mismo nivel. O si eso fracasaba, hasta destruirlo.

Súbitamente cansado, volvió a su escritorio, se sentó, y cerró los ojos. Vio los dulces y ansiosos ojos de su padre le miraban, que casi miraban su alma. Era una escena de la infancia. Él tendría unos diez años como mucho.

Los chicos jugaban a la guerra, y él había estado pegándole a un compañero de juegos con una cimitarra, mientras gritaba a voz en cuello: «¡Muere, infiel, muere! ¡En nombre del Profeta, muere!».

Sintió que le quitaban la cimitarra de la mano, se volvió sorprendido, y vio a su padre. Su compañero de juegos se sonaba la nariz y lloraba.

—¿Por qué no me dejas seguir? —había preguntado, enojado—. Ahmad hace de judío.

Su padre se había arrodillado de modo que sus caras quedaron al mismo nivel.

—Estás blasfemando —dijo dulcemente—. Estás tomando el nombre del Profeta para justificar tus propias acciones.

—No es verdad —había dicho él—. Yo defendía al Profeta.

El padre agitó la cabeza.

—Olvidas, hijo, que el Profeta que quieres defender con una expresión de violencia es también conocido como el Mensajero de la Paz.

Aquello había sucedido hacía treinta años, y ahora otros recuerdos se amontonaban y luchaban por abrirse paso en su memoria.

La pista de aterrizaje espejeaba con el calor del mediodía mientras el DC-3 de dos motores rodeaba el campo al borde del desierto preparándose para aterrizar. Baydr había mirado el campo desde la ventana cuando oyó que se desplegaba el tren de aterrizaje. En el extremo de la pista había varios Cadillacs negros, esperando; más allá, en la sombra de un grupo de palmeras, había algunos camellos con sus conductores. El sonido rasgado de las alas anunció que el avión estaba en su aproximación final.

Baydr volvió a su cabina. La azafata estaba ya en su asiento, con el cinturón de seguridad ajustado. También Jabir estaba atado.

Ajustó su propio cinturón mientras el avión se dejaba caer suavemente hacia el desierto.

La arena golpeó contra la ventanilla, y pareció como si el piloto fuera a aterrizar en el mismo desierto. Después, la franja de cemento corrió ante él y se produjo un estremecimiento en el avión cuando las ruedas la tocaron. Un momento más tarde el piloto apretó los frenos, y Baydr se sintió impulsado hacia el cinturón de seguridad. Bruscamente, la presión cesó y el avión avanzó suavemente hacia el final de la pista. El ruido de los motores disminuyó en la cabina, y la azafata se levantó de su asiento y avanzó por la cabina hacia él.

Era una rubia norteamericana con la misma sonrisa impersonal y profesional que parecen cultivar las azafatas de los aviones, sea cual sea la línea en la que trabajan. El hecho de que este fuera el avión privado de su padre parecía no cambiar su actitud.

—Espero que le haya gustado el vuelo, señor Al Fay.

Baydr asintió.

—Muy bonito. Gracias.

—Hemos venido rápido —dijo ella—, solo ochenta y siete minutos desde Beirut.

—Muy buena marca —respondió Baydr.

El avión se detuvo. A través de la ventanilla vio que las limusinas se acercaban. Una cantidad de hombres semiuniformados surgió del primer coche. Cada uno con una ametralladora, corrieron para ocupar los puestos asignados junto al avión. Las puertas de la segunda limusina seguían cerradas. Baydr no podía ver el interior a causa del cristal marrón oscuro. La escalerilla de desembarque corrió hacia el avión, empujada a través de la pista por cuatro hombres.

Baydr soltó el cierre del cinturón y se puso de pie. Se dirigió a la puerta. Jabir tendió el brazo para detenerle:

—Si el patrón quiere esperar un momento...

Baydr asintió y dejó que el criado avanzara hasta la puerta que tenía ante él. El copiloto había salido de la cabina de vuelo y estaba junto a la azafata, en la salida. No

hicieron movimiento alguno para abrir la puerta. Jabir se desabrochó la chaqueta y, de debajo de la manga, sacó una pesada Luger automática. Abrió el resorte de seguridad y mantuvo listo el revólver.

Se oyó un golpe en la puerta. Uno, dos, tres. El copiloto levantó la mano. Miró a Jabir.

—Uno, dos —dijo el criado—. Deben contestar con uno, dos, tres, cuatro. Ante cualquier otra señal, nos vamos.

El piloto asintió. Su puño golpeó la puerta. Uno, dos.

La respuesta fue instantánea y correcta. El piloto oprimió el resorte de la puerta, que se abrió de golpe. Dos guardias con fusiles estaban ya en lo alto de la plataforma, y dos más al pie de la escalera.

Baydr se había dirigido a la puerta, pero Jabir tendió de nuevo la mano:

—Con su permiso, patrón.

Salió a la rampa y cambió unas rápidas palabras en árabe con uno de los guardias, después se volvió hacia Baydr y asintió.

El intenso calor del desierto golpeó al joven incluso antes de llegar a la puerta. Baydr salió al sol, parpadeando ante la blanca luz. Miró por la rampa en el momento en que se abría la puerta de la segunda limusina y aparecía su padre.

Su padre se situó frente a sus guardias y avanzó lentamente al encuentro de Baydr. Llevaba las ropas tradicionales de un jeque del desierto, y su cabeza y cuello estaban protegidos de los abrasadores rayos del sol por su *ghutra*. Baydr avanzó deprisa hacia su padre, tomó la mano tendida y la llevó a los labios, en el tradicional gesto de respeto.

Samir se adelantó y levantó la cabeza de su hijo. Por un largo rato sus ojos miraron la cara del joven, después se inclinó y le dio un beso en cada mejilla.

—*Marhab*. Bienvenido a casa, hijo mío.

—*Ya halabik*. Me alegro de estar en casa, padre —dijo Baydr enderezándose. Era una cabeza más alto que su padre.

Samir le miró.

—Has crecido, hijo —dijo con orgullo—. Ya eres un hombre.

Baydr sonrió.

—Estamos en 1951, padre. Ya no soy un niño.

Samir asintió.

—Estamos orgullosos de ti, hijo mío. Estamos orgullosos de tus triunfos en los colegios norteamericanos, orgullosos de los honores que nos traes, orgullosos de que hayas sido aceptado en la gran Universidad de Harvard en Boston, Massachussets.

—Solo he pensado en honrar y complacer a mis padres —dijo Baydr. Miró hacia el coche—. ¿Cómo están mi madre y mis hermanas?

Samir sonrió.

—Están bien. Ya las verás muy pronto. Tu madre te espera ansiosamente en casa, y esta noche tus hermanas y sus maridos se unirán a nosotros para la cena.

Si Baydr sintió alguna desilusión de que no estuvieran esperándolo en el aeropuerto, no lo manifestó. No estaba en los Estados Unidos, donde vivía desde hacía cinco años. Las mujeres árabes no aparecían en público, al menos las mujeres decentes.

—Estoy deseando verlas —dijo.

Su padre le tomó del brazo.

—Ven, vamos al coche. Allí estaremos frescos. Es el último modelo y tiene aire acondicionado contra este terrible calor.

—Gracias, padre. —Baydr esperó cortésmente a que su padre subiera primero al coche.

Un guardia con una ametralladora corrió rápido hacia el coche, cerró la portezuela, y ocupó el asiento delantero junto al chófer. Los demás guardias se apretujaron en otra limusina que había ante ellos. Cuando los coches se pusieron en marcha, Baydr vio a los camelleros impulsar a los camellos hacia el avión para recoger el equipaje y los suministros. El coche dejó el aeropuerto y giró tomando un camino de cemento que llevaba hacia las montañas, a unos kilómetros de distancia. Un Land Rover armado con una ametralladora montada se colocó detrás de ellos.

Baydr miró a su padre.

—Hace años que ha terminado la guerra..., creía que los guardias ya no eran necesarios.

—Todavía quedan muchos bandidos en las montañas —dijo su padre.

—¿Bandidos?

—Sí —respondió—. Los que se deslizan por nuestras fronteras para robar, violar y matar. Algunos creen que son guerrilleros israelíes.

—Pero Israel no tiene fronteras por aquí cerca —dijo Baydr.

—Es cierto —dijo el viejo—. Pero puede tratarse de agentes empleados por ellos. No podemos dejar de vigilar.

—¿Te han molestado alguna vez esos bandidos? —preguntó Baydr.

—No. Hemos tenido suerte. Aunque sabemos que han molestado a otros —dijo Samir, sonriendo—. Pero hablemos de cosas más agradables. ¿Sabías que tu hermana mayor espera un niño dentro de unas semanas?

Los automóviles empezaron a subir por la montaña. Tras unos momentos, Baydr vio los primeros asomos de verde a los lados del camino. Los cactus fueron remplazados por pinos enanos, después por flores, buganvilla y hierba verde. Su padre se inclinó hacia delante y oprimió el botón para bajar los cristales. El aire fresco y perfumado inundó el coche, reemplazando al estancado aire enfriado por la máquina.

Su padre aspiró profundamente.

—El hombre ha hecho muchos inventos, pero no puede reproducir el perfume del aire de la montaña.

Baydr asintió. Subían rápidamente a la cima de la montaña. Su hogar quedaba en

el extremo, sobre el mar. Se preguntó si era tal como lo recordaba.

La casa apareció a la vista cuando rodearon la colina y empezaron a descender. Baydr, mirando por la ventanilla, vio los techos blancos de la casa allá abajo. Era más grande de lo que recordaba. Se habían añadido nuevos edificios. Una gran piscina había sido construida en el extremo de la propiedad, mirando hacia el mar. Había algo más que no había visto antes. Un alto muro había sido levantado alrededor del complejo de edificios y, en lo alto del muro, a intervalos de unos cincuenta metros, había garitas de centinelas, cada una defendida por un guardia con ametralladora.

La casa misma quedaba oculta por los árboles. Baydr se volvió hacia su padre:

—¿Están todas las casas custodiadas del mismo modo?

El padre asintió.

—Algunas tienen todavía más guardias. El príncipe tiene más de cien hombres en su propiedad de verano.

Baydr no comentó nada. Algo debía andar mal si los hombres tenían que hacerse prisioneros para sentirse seguros. El coche giró por el camino y entró en el sendero que llevaba hacia la casa. Un momento después, atravesaron los árboles que ocultaban el camino y llegaron a las gigantescas puertas de hierro del muro. Lentamente las puertas, accionadas por silenciosos motores eléctricos, empezaron a abrirse. Los automóviles avanzaron sin detenerse. Cuatrocientos metros más allá se pararon frente a la gran casa blanca. Un criado corrió a abrir las puertas del coche. Su padre bajó primero, y Baydr le siguió.

Sus ojos buscaron en los gigantescos peldaños de mármol que conducían a la puerta. Estaba abierta. Una mujer, sin velo, pero llevando un tocado y un largo manto blanco, apareció en el umbral.

—¡Madre! —gritó él, corriendo por las escaleras y tomándola en sus brazos.



Nabila miró a su hijo con lágrimas en los ojos.

—Perdóname, hijo —murmuró—. No pude esperar más para verte.

Como no era una ocasión formal y solo los miembros de la familia estaban presentes, todos comieron juntos. En las ocasiones formales los hombres comían solos, y las mujeres comían después, o no comían.

Baydr miró a sus hermanas alrededor de la mesa. Fátima, tres años mayor que él, con la cara redonda, pesadamente embarazada, sonreía orgullosa junto a su marido.

—Será varón —dijo—. Nunca ha habido más que varones en la familia de Salah, y todos dicen que estoy igual que su madre cuando estaba embarazada de él.

Su padre rio.

—Cuentos de viejas. No es muy científico que digamos, pero, hasta que encontremos una manera más exacta para predecirlo, estoy dispuesto a aceptarlo.

—Te daré tu primer nieto —dijo Fátima con agudeza, mirando a su hermana Nawal, cuyo primer hijo había sido una niña.

Nawal no dijo nada. Su marido, Omar, un médico que trabajaba en el hospital de su suegro, también guardó silencio.

—Varón o mujer —dijo Baydr—, será la voluntad de Alá.

Así, todos podían estar de acuerdo. Samir se puso de pie.

—Los occidentales tienen una costumbre —dijo—, los hombres se retiran a otro cuarto para disfrutar de un cigarro. Me parece una costumbre muy agradable.

Su padre le llevó hasta su despacho. Los cuñados les siguieron. Un criado les abrió la puerta y la cerró después. Samir destapó una caja de cigarros sobre el escritorio. Sacó uno y lo olió satisfecho.

—Cigarros cubanos. Me los mandan desde Londres.

Tendió la caja. Salah y Omar tomaron un cigarro cada uno, pero Baydr negó con la cabeza. Sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos norteamericanos.

—Yo sigo con esto.

Samir sonrió.

—Incluso tu manera de hablar es más norteamericana que árabe.

—No para los norteamericanos —dijo Baydr. Encendió su cigarrillo, y esperó mientras los otros encendían sus cigarros.

—¿Qué piensas de ellos? —preguntó Samir con curiosidad.

—¿En qué sentido? —preguntó Baydr.

—Casi todos son judíos —dijo Salah.

Baydr se volvió hacia él.

—Eso no es verdad. En proporción a la población, hay muy pocos judíos.

—He estado en Nueva York —dijo Salah—. La ciudad está repleta de judíos. Lo controlan todo. El Gobierno, los Bancos...

Baydr miró a su cuñado. Salah era un joven fornido, pedante, cuyo padre había hecho fortuna como prestamista y ahora poseía uno de los Bancos más importantes de Beirut.

—¿Entonces tú tienes tratos con Bancos judíos? —preguntó.

Una expresión de horror cruzó el rostro de Salah.

—Claro que no —dijo con sequedad—. Solo tratamos con los Bancos más grandes, Bank of America, First National y Chase.

—¿Y no son judíos? —preguntó Baydr. Con el rabillo del ojo vio la sonrisa de su padre. Samir ya había entendido por donde iba.

—No —contestó Salah.

—Entonces los judíos no lo controlan todo en Norteamérica —dijo Baydr—. ¿Verdad?

—Por suerte —dijo Salah—. Pero lo harían si tuvieran la ocasión.

—Pero Estados Unidos es proisraelí —dijo Samir.

Baydr asintió.

—Sí.

—¿Por qué?

—Deberíamos tratar de entender la mentalidad norteamericana. Simpatizan con los desvalidos. E Israel ha sabido aprovechar eso muy bien para su propaganda. Primero contra los ingleses, ahora contra nosotros.

—¿Cómo podríamos cambiar eso?

—De una manera muy simple —dijo Baydr—. Dejando en paz a Israel. Es tan solo una franjita de tierra entre nosotros, no más grande que una pulga en el lomo de un elefante. ¿Qué daño pueden hacernos?

—No seguirán siendo pulga —dijo Salah—. Están llegando refugiados a millares de todas partes del mundo. La escoria de Europa. No se contentan con lo que tienen. Los judíos siempre lo quieren todo.

—Eso aún no lo sabemos —dijo Baydr—. Tal vez si les diéramos la bienvenida como a hermanos y trabajáramos con ellos para desarrollar nuestras tierras, en lugar de oponernos, las cosas serían distintas. Hace mucho tiempo se dijo que una espada poderosa puede hacer caer un roble de un golpe, pero no puede cortar una bufanda de seda en el aire.

—Temo que ya es demasiado tarde para eso —dijo Salah—. Los gritos de nuestros hermanos que viven bajo su dominio resuenan en nuestros oídos.

Baydr se alzó de hombros.

—Los Estados Unidos ignoran eso. Lo único que saben es que una pequeña nación de un millón de personas vive rodeada por un mundo hostil, que los sobrepasa en ciento por uno.

Su padre asintió solemnemente.

—Hay que pensar mucho. Es un problema muy complejo.

—No es complejo —dijo Salah pesadamente—. Si recordáis mis palabras veréis algún día que lo que digo es verdad. Entonces nos uniremos para destruirlos.

Samir miró a su cuñado.

—¿Qué opinas tú, Omar?

El joven médico carraspeó, turbado. Era muy tímido.

—No entiendo de política —dijo—. De manera que, de verdad, no pienso en esas cosas. En las Universidades extranjeras de Inglaterra y Francia, donde he estudiado, había muchos profesores judíos. Eran buenos médicos y buenos maestros.

—Yo también —dijo Samir. Miró a Baydr—. Confío en que no hayas hecho planes para mañana.

—Estoy en casa —dijo Baydr—. ¿Qué planes podría hacer?

—Bien —dijo Samir—. Porque mañana comemos con Su Excelencia el príncipe Feiyad. Quiere celebrar tus dieciocho años.

Baydr quedó intrigado. Su cumpleaños había pasado hacía unos meses.

—¿Está aquí Su Excelencia?

—No —dijo Samir—. Está en Alayh, disfrutando de unas vacaciones lejos de su familia y de sus deberes. Estamos invitados a verlo mañana.

Baydr sabía que no debía preguntar el motivo. Su padre se lo diría llegado el

momento.

—Será un placer, padre —dijo.

—Bueno —sonrió su padre—. ¿Qué te parece si volvemos con tu madre y tus hermanas? Estoy seguro de que esperan ansiosamente oír algo más de tus historias sobre Norteamérica.

Alayh era una pequeña aldea en las montañas, a unos cincuenta kilómetros de Beirut. No había allí industria, ni comercio, ni granjas. Solo tenía un motivo para justificar su existencia. El placer. Los dos lados de la calle principal que atravesaba el centro de la aldea estaban llenos de restaurantes y cafés que anunciaban bailarinas orientales y cantantes de todo Oriente Medio. Los turistas occidentales no eran alentados y rara vez se les veía allí. La clientela eran los ricos jeques, príncipes y hombres de negocios, que iban a Alayh escapando de la rígida moral y el aburrimiento de su mundo.

Aquí podían disfrutar de todas las cosas que no eran aceptadas en sus casas. Podían beber licor y probar las comidas y delicadezas que la estricta ley musulmana prohíbe. Y, quizá lo más importante de todo, era el hecho de que aquí adquirirían el anonimato. Por mucho que alguien conociera a alguien, no lo reconocía y no le hablaba a menos que se le invitara a hacerlo.

Eran más de las diez, a la noche siguiente, cuando la limusina de Samir se detuvo frente al café más grande de la calle. De acuerdo con su importancia, el príncipe Feiyad había contratado todo el establecimiento para la noche. No era conveniente que el príncipe se mezclara con algún visitante casual. Era monarca absoluto de un pedazo de tierra de dos mil seiscientos kilómetros cuadrados, que limitaba con cuatro países: Irak, Arabia Saudita, Siria y Jordania. El hecho de que su territorio se adentrara un poco en algunos de estos países no importaba, porque esto servía a un propósito útil. Era a su país donde todos podían pasar con impunidad y seguridad para discutir desacuerdos y problemas entre ellos. La abuela de Baydr era hermana del padre del príncipe Feiyad y, como primos de la familia real, los Al Fay eran la segunda familia importante.

El príncipe había concedido al padre de Baydr los derechos de todos los servicios públicos. Las compañías de teléfonos y de electricidad eran propiedad de Samir; a su vez, la familia había construido escuelas y hospitales donde se atendía gratuitamente a todos los que lo pedían. Habían sido en principio ricos, pero con las concesiones, se habían enriquecido aún más, casi sin esfuerzo.

Fue una gran desilusión para toda la familia que el príncipe no tuviera herederos varones a quienes dejar el trono. Se había casado varias veces, y siempre había cumplido con sus deberes. Y, cuando cada esposa fracasaba al querer darle el heredero requerido, se divorciaba. Ahora, a los sesenta años, hacía tiempo que había decidido que era voluntad de Alá que no tuviera herederos directos y que, por lo tanto, se los proporcionara su primo.

Fue por este motivo por lo que, dieciocho años atrás, Samir había hecho su peregrinación a La Meca. Sus plegarias habían sido escuchadas con el nacimiento de

Baydr. Pero, pese a su promesa, Feiyad todavía no había nombrado heredero al muchacho. En cambio, había insistido en que Baydr fuera educado a la manera occidental y viviera y aprendiera en el mundo de Occidente. En muchos sentidos Samir se había alegrado. Su hijo iba a ser médico, como él, e iban a trabajar juntos, hombro con hombro.

Pero el príncipe tenía otras ideas. Había otros que podían ser médicos. Baydr debía ser educado para otras cosas más importantes..., el comercio, las inversiones. Solo mediante una creciente sofisticación del comercio podría el país —lo que quería decir en verdad él y su familia— continuar creciendo en riqueza e importancia. Tenía la desconfianza árabe ante la gente de Occidente con la que hacía negocios: sentía que le consideraban de alguna manera inferior, casi como niño por su falta de conocimientos. Y por eso decidió que Baydr no iría a Inglaterra a seguir los pasos de su padre, sino a Estados Unidos, donde los negocios eran una profesión respetada y admirada.

Samir miró con orgullo a su hijo cuando este bajó de la limusina. Vestido a la manera tradicional árabe, con la *ghutra* cayendo sobre su cuello, las ropas resaltando su alta y esbelta figura, era en verdad hermoso. El fuerte mentón, la nariz prominente, los ojos azul oscuro hundidos en las mejillas de pómulos marcados, color oliva, eran una promesa de la fuerza y el carácter del joven. El príncipe iba a sentirse satisfecho. Tal vez era ahora cuando iba a nombrar a Baydr su heredero.

Mentalmente pidió perdón a Alá por sus esperanzas terrestres y sus vanidades. Ya era bastante milagro que le hubiese dado un hijo en el desierto. Con esto debía conformarse. Que se cumpliera la voluntad de Alá.

Hizo una seña a Baydr, que le siguió escaleras arriba hasta la entrada del café. El mayordomo del príncipe estaba en la puerta, con dos guardias armados. Reconoció a Samir. Se inclinó con el saludo tradicional:

—*As-salaam alaykum.*

—*Alaykum as-salaam* —contestó Samir.

—Su Excelencia espera con gran ansia la llegada de su primo favorito —dijo el mayordomo—. Me ha pedido que le lleve a usted a verle en cuanto llegue. Está en los apartamentos de arriba.

Siguieron al mayordomo por el vacío café hasta la escalera, en el fondo de la amplia sala. El café mismo estaba tranquilo. Los camareros, generalmente tan ocupados, permanecían formando grupos que cuchicheaban entre sí y, cerca del escenario, los componentes de la orquesta fumaban y charlaban. Ninguna de las cantantes o bailarinas estaban a la vista. Nada iba a iniciarse hasta que el príncipe diera la señal.

Los apartamentos de arriba del café estaban reservados para algunos clientes muy especiales y sus invitados que, tras una noche de diversión, estuvieran demasiado cansados como para emprender el regreso a casa, o para aquellos que desearan quedarse y disfrutar de otros placeres que podían ser suministrados por la dirección

del establecimiento. El mayordomo se detuvo ante una puerta y llamó.

—¿Quién es? —dijo una voz de muchacho.

—El doctor Al Fay y su hijo están aquí para ver a Su Excelencia —contestó el mayordomo.

La puerta fue abierta por un joven vestido con una camisa de seda y pantalones. Tenía los ojos muy pintados, las mejillas con *rouge*, y las uñas largas y también pintadas.

—Pasen —dijo en un mal inglés.

Baydr y su padre entraron al cuarto. El débil y suave olor del hachís pendía en el aire. El cuarto estaba vacío.

—Tomen asiento, por favor —dijo el muchacho, indicando el sofá y los sillones. Los dejó y pasó a otro cuarto.

Baydr y su padre se miraron, sin hablar.

El muchacho regresó al cuarto.

—Su Excelencia estará con ustedes dentro de un momento. ¿En qué puedo servirles? ¿Un dulce? ¿Un refresco tal vez? Tenemos whisky inglés si prefieren.

Samir agitó la cabeza negativamente.

—No, gracias.

La puerta volvió a abrirse y entró el príncipe Feiyad. Estaba vestido con todos sus atuendos reales, la cabeza cubierta con una muselina blanca. Atravesó la habitación y se dirigió hacia su primo.

Samir y Baydr se levantaron e hicieron el gesto tradicional de obediencia al monarca. Feiyad apartó los brazos de Samir con una sonrisa.

—¿Es esta la manera de encontrarse de dos primos que hace tanto tiempo que no se ven? —Puso sus brazos sobre los hombros de Samir y le besó en ambas mejillas, después se volvió, siempre sonriente, hacia Baydr—. ¿Y este es el chiquito que lloraba cuando iba a la escuela?

Baydr sintió que se ruborizaba.

—Hace mucho tiempo de eso, Excelencia.

—No tanto —dijo el príncipe, riendo—. Creo que tenías entonces seis años.

—Ahora tiene dieciocho —dijo Samir—. Y ya es un hombre, alabado sea Alá.

—*Al-ḥamdu lillāh* —dijo el príncipe como un eco. Miró a Baydr, que les pasaba a ambos una cabeza—. Es alto tu hijo. Más alto que todos los que he conocido en nuestra familia.

—Es la dieta, Excelencia —dijo Samir—. La comida en los Estados Unidos está enriquecida con muchas vitaminas y minerales. La nueva generación es ya mucho más alta que sus padres.

—Qué milagros hacéis vosotros, los hombres de ciencia —dijo el príncipe.

—Los milagros son de Alá —dijo Samir—. Nosotros no somos más que sus instrumentos.

El príncipe asintió.

—Tenemos mucho de que hablar, primo —dijo—. Pero podemos hacerlo mañana por la mañana. Esta noche disfrutemos el placer de nuestro encuentro y de la mutua compañía. —Dio unas palmadas—. Tengo una *suite* preparada para que os refresquéis después del viaje. A medianoche nos reuniremos abajo, en el café, donde se ha preparado una fiesta.

Samir asintió.

—Agradecemos mucho vuestra bondadosa hospitalidad.

El muchacho volvió a aparecer.

—Lleva a mis primos a sus apartamentos —ordenó el príncipe.

El muchacho se inclinó.

—Será un placer, excelencia.

El cuarto de Baydr estaba separado del de su padre por una gran sala. Dejó a su padre y fue a su dormitorio, que estaba lujosamente amueblado con ricas sedas y rasos. Los divanes estaban cubiertos por almohadones de terciopelo. Apenas había entrado cuando oyó un suave golpecito en la puerta.

—Adelante —dijo.

Una joven criada entró en el cuarto. Inclinó la cabeza respetuosamente:

—¿Puedo ser de alguna utilidad al amo? —preguntó con voz dulce, los ojos bajos, como correspondía.

—No se me ocurre nada especial.

—Tal vez pueda preparar para el amo un baño caliente para aliviarle de la fatiga del viaje —sugirió ella.

—No estaría mal —dijo él.

—Gracias, amo —dijo ella, y cruzó la habitación en dirección al cuarto de baño.

Baydr la miró pensativo. Ahora comprendió que estaba en su patria. El servicio no era así en los Estados Unidos.



El ruido del *kanun* y los tambores flotaba en el café. En el pequeño escenario giraba una bailarina, con sus pañuelos multicolores flotando a su alrededor, el metal plateado de su corpiño reflejando luces chispeantes. Desde una mesa en forma de herradura frente al escenario, el grupo del príncipe miraba intensamente.

El príncipe estaba sentado en el centro de la mesa, Samir en el lugar de honor a su derecha, Baydr a la izquierda. Detrás del príncipe, en unos taburetes pequeños, había varios muchachos, todos con el mismo maquillaje exagerado del joven que los había saludado en la *suite* del príncipe. Detrás de ellos estaba el mayordomo, que supervisaba el servicio de camareros y otros miembros del séquito. Había botellas de champán en cubos cerca de cada invitado, y las copas eran llenadas continuamente. La mesa estaba cubierta con más de cincuenta variedades de *hors d'oeuvre* y exquisiteces de la región. Los invitados comían con los dedos, y un criado les limpiaba delicadamente las manos después de cada bocado con una nueva servilleta.

húmeda y tibia. En la puerta y contra la pared había una docena de hombres de la guardia personal de Feiyad, que no apartaban los ojos del príncipe.

La música alcanzó un *crescendo*, y la bailarina se dejó caer de rodillas para el final. El príncipe inició los aplausos. A un gesto suyo los camareros sacaron las botellas de champán de los cubos y, arrodillados ante el escenario, hicieron saltar los corchos uno tras otro, lanzándolos muy alto sobre la cabeza de la bailarina arrodillada. Con descuido, el príncipe tomó un billete de un mazo que tenía ante él y, estrujándolo en la mano, lo tiró al escenario frente a la bailarina.

Con un fluido y gracioso movimiento, la bailarina recogió el dinero y se lo metió en el cinturón, debajo del ombligo. Volvió a inclinarse y, sonriendo seductoramente, salió del escenario.

El príncipe hizo una seña al mayordomo y le murmuró algo al oído. El mayordomo asintió. Se volvió e hizo un gesto a los muchachos que estaban sentados detrás del príncipe, después hizo seña a la orquesta para que continuara.

Con los primeros compases salieron cuatro muchachas al escenario y empezaron a bailar. Gradualmente, las luces disminuyeron hasta que el recinto quedó casi a oscuras, a excepción de las pequeñas manchas de luz azulada de las bailarinas. A medida que la música se volvía más loca el reflector abandonaba a alguna bailarina y después volvía a encontrarla, moviéndose más excitadamente que antes. La danza duró más de quince minutos; al terminar, las muchachas, que parecían presas de frenesí, cayeron al suelo, y el escenario quedó totalmente a oscuras.

Por un momento se hizo el silencio; después, por primera vez, el príncipe empezó a aplaudir con entusiasmo. Lentamente volvieron las luces. Las bailarinas, todavía postradas en el suelo, empezaron a incorporarse. Baydr se quedó mirando atónito, sin creer lo que veía: las bailarinas del escenario no eran ya las muchachas que habían iniciado la danza. Habían sido remplazadas por los muchachos que habían estado sentados detrás del príncipe.

Esta vez el príncipe no se molestó en estrujar los billetes. Tiró a puñados el dinero sobre el escenario, mientras los corchos de champán saltaban enloquecidos.

Baydr miró a su padre. La cara de Samir estaba impasible. Se preguntó qué pensaría su padre de la velada. Eran billetes de cien libras los que el príncipe arrojaba con tanta indiferencia a los bailarines..., más dinero del que ganaba un trabajador medio en un año.

—*C'est beau, c'est magnifique, non?*

Baydr le miró fijamente. Los ojos del príncipe parecían atentos y apreciativos.

—*Oui...* —vaciló un momento—. *C'est tout pedéraste?*

El príncipe asintió.

—*Vous aimez? Choisissez quelqu'un pour votre plaisir.*

Baydr siguió mirando al viejo a los ojos. Agitó la cabeza.

—*Merci, non. Pas pour moi. Je préfère les femmes.*

El príncipe rio fuerte y se volvió hacia Samir.

—Tu hijo es encantador y tiene un gusto sano —dijo—. También es muy norteamericano.

Samir miró a su hijo y sonrió con orgullo. De alguna manera, Baydr supo que había aprobado la primera prueba con el príncipe.

Eran las cinco de la mañana y el alba asomaba sobre las montañas cuando Baydr dio las buenas noches a su padre y se dirigió a su cuarto. Las cortinas estaban corridas y el cuarto oscuro. Buscó el botón de la luz.

Una mano detuvo su brazo. La voz de la mujer era suave y tenía un leve acento egipcio.

—Usaremos velas, Excelencia.

Un delicado aroma de almizcle llegó a su olfato cuando se apartó. Permaneció inmóvil en la oscuridad, procurando adivinar su forma con los ojos, pero no pudo ver nada hasta que ella encendió un fósforo. Entonces los ojos oscuros de la muchacha con sus espesas pestañas le sonrieron, y ella se volvió hacia la vela.

Una suave luz amarilla inundó el cuarto. Reconoció en la mujer a una de las bailarinas que habían actuado aquella noche. La única parte del traje que faltaba era el corpiño. Sus pechos ya no estaban sujetos por el disco de metal plateado. Estaban en cambio cubiertos por una diáfana banda de seda, a través de la cual podía verse claramente la aureola oscura de los pezones. La bailarina volvió a sonreír.

—He ordenado preparar un baño caliente por si Su Excelencia está fatigado.

No contestó.

La mujer dio una palmada. Otras dos mujeres surgieron en los rincones del cuarto, donde habían permanecido ocultas en la sombra. Llevaban menos ropa que la primera. Un velo levísimo cubría sus pechos y caía desde sus caderas hacia las piernas. Cuando avanzaron hacia Baydr pasaron frente a la luz, y él pudo ver claramente la forma de sus cuerpos desnudos, cuidadosamente depilados. Solo la parte de abajo de la cara estaba oculta por el tradicional velo musulmán.

La primera mujer dio otra palmada, y otra salió de un rincón más lejano. Puso un disco en un tocadiscos y una suave música inundó el cuarto. Empezó a moverse suavemente, siguiendo el ritmo.

Las dos mujeres le tomaron de las manos y le llevaron a la cama. Su contacto fue leve y rápido mientras lo desvestían. Baydr seguía sin hablar.

La primera mujer encendió un cigarrillo y se lo dio. Él aspiró una bocanada. El olor suavemente acre del hachís flotó en el aire, y sintió una dulce oleada de calor. Tomó otra profunda bocanada y devolvió el cigarrillo.

La miró.

—¿Cómo te llamas?

—Nadia, Excelencia —dijo ella, haciendo el gesto de la obediencia.

Él le sonrió, sintiendo la excitación del sexo crecer en él. Se tendió en la cama.

—¿Es necesario bañarse? —preguntó.

Ella rio.

—Lo que Su Excelencia desee.

Él las miró. Sentía el hachís aposentarse en sus ingles. Bajó la vista hacia su falo, erecto contra su vientre, luego volvió a mirar a la primera mujer.

—Os deseo a todas —dijo.

Despertó con el cuarto inundado de sol y con Jabir junto a su cama, con una taza de café turco hirviendo. Tomó un sorbo. Le quemó la boca.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Mediodía, patrón —dijo el criado.

Miró alrededor del cuarto. No recordaba cuándo se habían ido las mujeres. Su último recuerdo de ellas era una salvaje mezcla de cuerpos y calor. Había permanecido tendido de lado. Una de ellas había untado su cuerpo con aceite, y luego todas le habían lamido con sus lenguas: su escroto, sus pezones, su falo, su vientre, hasta que la sensación había sido tan exquisita que eyaculó hasta quedar agotado. Luego se había dormido.

Tomó otro sorbo del hirviente café y sacudió la cabeza.

—¿Está despierto mi padre?

—Sí, patrón. Está con el príncipe, y le esperan a usted para desayunar.

Bebió más café y saltó de la cama.

—Diles que voy a darme una ducha y que bajaré enseguida.

Dejó que el agua corriera fría, después caliente, después fría de nuevo. En un momento quedó totalmente despierto. Se pasó rápidamente los dedos por el mentón y decidió afeitarse después. Cuando salió del cuarto de baño, Jabir le había preparado una camisa y un pantalón.

El príncipe y su padre estaban todavía sentados ante la mesa del desayuno cuando entró en la habitación. El mayordomo terminaba de retirar los platos.

Baydr besó primero a su padre y después besó la mano del príncipe. Ante un gesto del emir se sentó.

—¿Deseas comer algo? —preguntó cortésmente el príncipe.

—No, gracias —dijo Baydr. Hubiera sido descortés comer cuando ellos ya habían terminado.

—¿Un poco de café entonces? —dijo el príncipe.

—Gracias —dijo Baydr, asintiendo.

El mayordomo se apresuró a llenar la taza. Baydr probó el café. Era espeso y dulce. Esperó tranquilo, respetuosamente. Aunque habían bajado las cortinas para que la luz no entrara en el cuarto, el príncipe siguió con sus gafas oscuras, que ocultaban sus ojos. Esperó a que Baydr dejara la taza.

—Tu padre y yo hemos estado discutiendo tu futuro.

Baydr inclinó la cabeza.

—Soy vuestro siervo, excelencia.

El príncipe sonrió.

—Pero primero eres mi primo, mi sangre.

Baydr no habló. No le correspondía decir nada.

—El mundo está cambiando rápidamente —dijo el príncipe—. Muchas cosas han ocurrido desde tu nacimiento. Nuestros planes deben cambiar en consecuencia. —Dio una fuerte palmada.

El mayordomo se retiró de la habitación, cerrando silenciosamente la puerta. Se quedaron solos en el cuarto.

El príncipe esperó un momento. Su voz se convirtió casi en un murmullo.

—Sabes que siempre te he considerado mi heredero y he creído que algún día ibas a ocupar mi lugar como jefe de este país.

Baydr miró a su padre. La cara de Samir era inexpresiva. Se volvió hacia el príncipe.

—Pero los tiempos han cambiado —dijo el emir—. Tenemos otros asuntos más importantes que afrontar. En todo Oriente Medio la marea del futuro ondula bajo las arenas del desierto, prometiendo riquezas como nunca habíamos soñado. La fuente de esa riqueza es el petróleo. La sangre misma del mundo moderno occidental industrializado. Y nuestro pequeño país se asienta sobre uno de los mayores pozos de petróleo conocidos por el hombre.

Se detuvo para tomar aliento y se llevó la taza de café a los labios, para probar la caliente y dulce mezcla.

—En los meses pasados he llegado a un acuerdo con varias compañías norteamericanas, inglesas y europeas para poner en explotación estos pozos. Por derechos de exploración están de acuerdo en pagarnos diez millones de dólares. Si se descubre petróleo nos pagarán una suma adicional por cada pozo en funcionamiento, y derechos por el petróleo que se exporte. También se han comprometido a construir refinerías y a contribuir al desarrollo del país. Todo esto es una gran promesa, pero aún no estoy satisfecho.

—No entiendo —dijo Baydr. Pero entendía. Era para esto para lo que le habían enviado a aprender las costumbres del mundo occidental.

—Yo creo que sí lo entiendes —dijo el emir con audacia—. Pero deja que siga a mi manera. Aunque el mundo ha renunciado al imperialismo y a las colonias como medio de vida, quedan otras maneras de esclavizar a un pueblo y a un país. Volviéndolos económicamente dependientes. No voy a permitir que occidente, haga esto con nosotros, aunque conviene a mis planes que paguen por nuestro progreso.

Baydr asintió. Empezaba a sentir un nuevo respeto por el príncipe. Detrás de todas aquellas costumbres extrañas y peculiares asomaba un hombre muy inteligente.

—¿En qué puedo ayudar? —preguntó—. Estoy a vuestras órdenes, excelencia.

El príncipe miró a Samir y asintió, aprobando. Samir sonrió. El príncipe se volvió hacia Baydr.

—Tengo para ti una tarea más importante que la de sucederme en el trono. Necesito a un hombre que sepa moverse en el mundo occidental, que se apodere de esas riquezas que nos dan de mala gana, y que las utilice a la manera occidental para

adquirir aún más riquezas. Si aceptas esta tarea, para la que has sido preparado y recibirás todavía mayor preparación, te prometo que tu primer hijo será mi heredero y futuro príncipe.

—No necesito promesas de mi príncipe soberano —dijo Baydr—. Será para mí un enorme placer realizar vuestros deseos, excelencia.

El emir se puso de pie y abrazó a Baydr.

—Mi propio hijo no podría hacer más por mí.

—Agradezco tanta confianza, Excelencia. Mi único deseo es que Alá en su sabiduría me haga digno de ella.

—Será la voluntad de Alá —dijo el príncipe. Volvió a su asiento—. Volverás a los Estados Unidos, a la Universidad. Pero, a partir de ahora, tu educación estará en manos de ciertos hombres que me han sido recomendados por las compañías petroleras norteamericanas. No seguirás los cursos ordinarios. Tu educación será especializada y completada en un período de tres años.

Baydr asintió.

—Entiendo.

—Y ahora solo queda un asunto que arreglar —repuso el príncipe—. Tu matrimonio.

Baydr lo miró sorprendido. Aquello era algo en lo que no había pensado.

—¿Mi matrimonio? —dijo como un eco.

El príncipe sonrió.

—No debes sorprenderte. Por los datos que me han dado de anoche, me proporcionarás muchos hijos.

Baydr guardó silencio.

—Tu padre y yo hemos discutido muy cuidadosamente el asunto y, tras pensarlo mucho, te hemos elegido una novia de la que podrás enorgullecerte. Es joven, hermosa, y proviene de una de las mejores familias del Líbano. Se llama Maryam Riad, hija de Mohammed Riad, el famoso banquero.

—Conozco a la muchacha —dijo rápidamente su padre—. De verdad es muy bonita. Y muy devota.

Baydr miró a su padre.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciséis —contestó Samir—. Y, aunque nunca ha viajado, está muy bien educada. Actualmente asiste al American Girls College de Beirut.

—Dieciséis años es muy poca edad para casarse —dijo Baydr.

El emir se echó a reír.

—He elegido con cuidado. Tal vez en los Estados Unidos una doncella de dieciséis años sea joven. En nuestras tierras ya está justamente madura.



Baydr guardó silencio en el coche, de regreso a Beirut. Solo cuando estaban ya en las

afueras de la ciudad habló Samir:

—¿Qué pasa, hijo mío?

—Nada, padre.

—¿Estás desilusionado por no haber sido nombrado heredero del príncipe?

—No.

—¿Piensas acaso en tu próxima boda?

Baydr vaciló.

—Ni siquiera conozco a la muchacha. Hasta esta tarde nunca había oído hablar de ella.

Samir lo miró.

—Creo que entiendo. Piensas que nos hemos tomado tanto trabajo para educarte a la manera occidental, y volvemos a las antiguas costumbres para arreglar tu matrimonio. ¿No es así?

—Así es. En los Estados Unidos, por lo menos uno conoce antes a la chica, y se sabe si la pareja va a gustarse.

—Eso también sucede aquí, hijo —dijo Samir tranquilamente—. Pero no somos gente corriente. Tenemos responsabilidades que van más allá de nuestros sentimientos personales.

—Pero tú y mi madre os conocíais antes de casaros. Prácticamente crecisteis juntos.

Samir sonrió.

—Es verdad. Pero nuestro matrimonio fue arreglado cuando todavía éramos niños. De algún modo sabíamos que eso iba a acercarnos más.

—¿Te hubieras casado con otra si lo hubiesen arreglado? ¿Sintiendo lo que sentías por mi madre?

Samir meditó un momento, después asintió.

—Sí; no me habría gustado, pero no habría tenido elección. Uno tiene que hacer lo que debe. Es la voluntad de Alá.

Baydr miró a su padre, después suspiró. La voluntad de Alá. Eso lo cubría todo. Ante esto tenía pocas opciones.

—Me gustaría conocer a la chica —dijo.

—Ya ha sido arreglado —dijo Samir—. Su familia ha sido invitada a pasar el fin de semana con nosotros en la montaña. Llegarán pasado mañana.

Una súbita idea cruzó la mente de Baydr.

—¿Hace mucho que estás enterado de esto?

—No mucho —contestó el padre—. El príncipe solo me habló de su decisión la semana pasada.

—¿Y mi madre lo sabe?

—Sí.

—¿Y lo aprueba?

—¿Te refieres al matrimonio? Claro.

—Pareces haber vacilado —dijo Baydr.

—Tu madre tenía grandes sueños de que llegaras a ser príncipe —dijo Samir riendo—. Las mujeres no siempre son prácticas.

—Y tú, padre, ¿estás acaso desilusionado?

Samir miró a su hijo a los ojos.

—No... —Recordó la noche en que su hijo había nacido—. Siempre fuiste y siempre serás mi príncipe.

Maryam Riad, como la mayoría de las muchachas libanesas, era bajita, no más de un metro cincuenta y tantos, con grandes ojos oscuros. Llevaba el pelo negro recogido en lo alto de la cabeza, según la última moda de París, para aparentar ser más alta. Su piel era pálida y aceitunada, y tenía tendencia a engordar, que combatía a fuerza de dietas, ante la desesperación de sus padres, que preferían las redondeces de las mujeres árabes. Hablaba el francés correctamente y el inglés con cierta comodidad, odiaba ir al American Girls College, y tenía por costumbre hacer saber a sus padres que deberían haberla mandado a escuelas suizas o francesas, como las hijas de otras familias pudientes.

Ante esta queja, su padre tenía una sola respuesta: las muchachas no necesitaban educación, porque, después de casarse, lo único que tenían que hacer era dirigir una casa y criar hijos. Amargamente, Maryam había visto cómo sus hermanos iban a cursar estudios, mientras ella se quedaba en casa sin que ni siquiera le permitieran la libertad de que disfrutaban muchas de sus amigas estudiantes. Ella tenía que volver a casa inmediatamente después de las clases, no se le permitía salir con chicos, y cuando iba de paseo lo hacía acompañada y bajo circunstancias aprobadas por su padre.

Yendo en la limusina con sus padres, camino de la casa de Baydr, el padre la miró con satisfacción.

—Bueno, hija mía —dijo a su manera grave—, tal vez ahora entiendas por qué tus padres te hemos cuidado de la manera que lo hemos hecho. Tal vez ahora nos aprecies un poco más.

Ella se apartó de la ventanilla.

—Sí, padre —dijo, obediente.

—¿Crees que habrías sido elegida para este matrimonio por el mismo príncipe, si hubieras ido a escuelas extranjeras? —preguntó—. No —prosiguió, contestando a su propia pregunta—. Lo que él quería era una verdadera mujer árabe, no una manchada por influencias extranjeras.

Ella miró a su madre, que guardaba silencio. Su madre nunca hablaba cuando su padre estaba cerca.

—Sí, padre —repitió.

—Ahora quiero que recuerdes tus modales —dijo su padre—. Sobre todo, debes ser respetuosa y decorosa. No quiero ver ninguna de las frivolidades que has aprendido con tus amigas en el colegio.

—Sí, padre —dijo ella cansadamente, por tercera vez.

—Este matrimonio será el más importante del país —dijo su padre—. Todos saben que tu primer hijo será heredero del príncipe.

Ella miró a su padre por el rabillo del ojo.

—¿Y si solo tengo hijas?

Su padre se quedó perplejo.

—¡Tendrás hijos! —gritó, como si, al decirlo, la cosa se cumpliera—. ¿Me oyes?
¡Tendrás hijos!

—Si es la voluntad de Alá —dijo ella con una secreta sonrisa.

—Que se haga Su voluntad —dijo la madre automáticamente.

—Es la voluntad de Alá —dijo el padre con convicción—. ¿Por qué, si no, habría arreglado este matrimonio?



Maryam quedó muy impresionada con lo que vio cuando el coche atravesó la verja de la gran propiedad. Ella conocía la riqueza, pero nunca había visto nada como aquello. Comparado con Samir, su padre, que era uno de los hombres más ricos de Beirut, solo vivía cómodamente. Aquí había innumerables criados y guardias. Era otro mundo.

En honor a la ocasión, la familia llevaba ropas tradicionales, pero en las maletas estaban los últimos vestidos de París, que iban a ponerse para la gran cena de la noche.

—Ajústate el velo —dijo la madre, cuando el coche se detuvo y un criado avanzó para abrir la puerta.

Rápidamente Maryam se cubrió la cara, de modo que solo pudieron verse sus ojos. Miró hacia la escalinata y vio al doctor Al Fay que descendía hacia ellos. Detrás de él estaba Baydr. A Maryam se le cortó el aliento. Ellos también llevaban ropas tradicionales, pero había algo en la apariencia de su prometido que hablaba de una herencia del desierto. Solo un verdadero jeque podía tener ese aspecto.

El padre bajó del coche. Samir avanzó hacia él, con los brazos tendidos:

—*Ahlan, Ahlan...*

—*Ahlan bikum* —los dos hombres se abrazaron y se besaron en las mejillas.

Samir se volvió y presentó a su hijo. Baydr hizo el gesto de obediencia y respeto, dando la bienvenida a su futuro suegro. Después tendió la mano, a la manera occidental.

Se estrecharon las manos y volvieron al coche. La señora Riad salió del coche y fue saludada por Samir. Un momento después descendió Maryam. Su padre le tendió la mano y la llevó hacia el doctor.

—¿Recuerdas al doctor Al Fay?

Ella miró un momento, después bajó los ojos, como era conveniente, asintió e hizo el gesto de obediencia.

Samir la tomó de la mano.

—Bienvenida, hija mía —dijo—. Que nuestra casa sea para siempre tu casa.

—Gracias —murmuró ella—. Que sea esa la voluntad de Alá.

Samir hizo un gesto y Baydr se adelantó. Decorosamente, Maryam mantuvo los ojos bajos, de manera que todo lo que vio fue la punta de los zapatos de él bajo la flotante fallaba.

—Maryam —dijo el doctor Al Fay—, permite que te presente a mi hijo Baydr, tu futuro esposo.

Maryam hizo el gesto de obediencia antes de mirar, después levantó la cabeza. Por un momento quedó sorprendida. Nadie le había dicho que él tenía los ojos azules. Después su corazón empezó a latir y sintió que el rubor trepaba bajo su velo. ¡Había tantas cosas que no le habían dicho acerca de Baydr! ¡Que era tan alto! ¡Y tan hermoso! Bajó los ojos y apenas pudo oír las palabras de bienvenida que le decía, porque el latido de su corazón golpeaba en sus oídos. Por primera vez en la vida sintió verdadero agradecimiento hacia sus padres por no haberla mandado a estudiar al extranjero. Estaba desesperadamente enamorada.



La cena fue muy formal. Samir había traído al *chef* francés de su casa de Beirut para que la preparara. En lugar del acostumbrado *mezzeh* libanés, los *hors d'oeuvre* eran *paté de foie* y caviar iraní de grano grueso. En lugar del acostumbrado *mulukhieh*, conejo y arroz, los platos principales eran *coq au vin* y *gigot*, pero el postre era típico: *baklava* en más de veinte variedades distintas.

Con la comida se sirvió champán..., única excepción a la regla musulmana. Las mujeres con sus largos vestidos de París y los hombres con *smoking* conversaron relajada y cortésmente, mientras las dos familias se conocían.

Cuando la cena terminaba, Riad se puso de pie.

—Si se me permite —dijo con mucha prosopopeya—, quisiera proponer un brindis por nuestro amable anfitrión, mi querido doctor Al Fay. ¡Qué Alá haga llover bendiciones sobre él y su familia!

Levantó el vaso y tomó un trago de champán.

—Y otro brindis —dijo rápidamente, sin soltar el vaso. Sonrió a Baydr—. Por mi futuro yerno, a quien ya considero mi hijo, y por mi hija. Que Alá bendiga su unión con muchos hijos.

Maryam sintió que se ruborizaba al oír las risas. No se atrevió a mirar a Baydr. El padre volvió a hablar.

—Y aunque la cuestión de la dote nunca haya surgido entre nuestras familias, no quiero perder esa antigua y honorable costumbre. Porque: ¿de qué otro modo puede un hombre mostrar su cariño hacia su hija y su aprecio hacia su futuro yerno?

Samir se levantó, protestando.

—No, Mohammed, el regalo que nos hace al entregarnos a su hija es ya suficiente riqueza.

—Mi querido doctor —dijo el banquero sonriendo, dominándolo—. No irá usted a negarme este simple placer...

—Claro que no —dijo Samir, volviendo a sentarse.

—Hijo mío —dijo Riad, volviéndose hacia Baydr—; el día de la boda se abrirá una cuenta a tu nombre en mi Banco de Beirut, por la cantidad de un millón de libras libanesas. Es tuya para que hagas lo que te plazca.

Baydr, antes de levantarse para darle las gracias a su suegro, lanzó una mirada a Maryam, que estaba al otro lado de la mesa. La cara de ella estaba roja, y no levantó la vista de la mesa. Él se volvió hacia el banquero:

—Honorable padre —dijo lentamente—, que Alá sea testigo de su bondad y generosidad. Solo pido una cosa, y es que me sirva usted de guía, para usar sabiamente ese gran don.

—La tendrás —dijo Mohammed rápidamente. Estaba contento. Las cosas marchaban como había planeado. Estaba seguro de que aquella cuenta era solo el comienzo de los negocios que su Banco iba a hacer con la familia Al Fay.

Samir se puso de pie. La cena había terminado. Miró a Baydr.

—Sé amable y ve a mostrar los jardines a tu prometida —dijo—, mientras nosotros pasamos a la biblioteca para descansar.

Baydr asintió, dio la vuelta a la mesa, y sostuvo la silla de Maryam cuando ella se levantó. Le sonrió:

—Parece que quieren librarse de nosotros.

Ella asintió. Él la tomó del brazo y se dirigió a los jardines.

Cuando cruzaban las puertas, la señora Riad se volvió hacia Nabila:

—¿Verdad que hacen una preciosa pareja? —preguntó.



Llegaron al estanque en el extremo del jardín sin que ninguno dijera una palabra. Después, ambos quisieron hablar a la vez.

Maryam se detuvo.

—Perdón.

—Es culpa mía —dijo Baydr, rápido—. ¿Qué querías decirme?

—Nada importante —dijo Maryam—. ¿Qué querías decirme tú?

Ambos rieron, los dos un poco intimidados el uno por el otro. Él la miró.

—Estaba pensando en lo que debes sentir. Quiero decir, respecto a nuestro matrimonio.

Maryam bajó los ojos. No contestó.

—No tienes que contestarme —dijo él con presteza—. No ha estado bien. No tienes mucha elección, ¿verdad?

—¿Y tú?

Ahora le tocó a él no contestar. Revolvió en el bolsillo del *smoking* y sacó un paquete de cigarrillos. Se lo tendió.

—¿Fumas?

Maryam negó con la cabeza.

Baydr encendió un cigarrillo y aspiró profundamente. Dejó salir lentamente el humo.

—Es un poco antiguo, ¿verdad?

—Sí.

—En Estados Unidos casi había olvidado cómo hacemos aquí las cosas.

—Yo siempre quise ir al extranjero —dijo Maryam—. Pero mi padre no lo permitió. ¿Te agrada vivir en el extranjero?

—Sí —contestó Baydr—. La gente allí es más sencilla. Casi todo el tiempo se sabe exactamente lo que están pensando.

Maryam vaciló.

—¿Tenías alguna muchacha allí?

—Ninguna en especial. Pero salía mucho con chicas. ¿Y tú?

—Mi padre es muy estricto. No me ha permitido salir mucho. Siempre había discusiones cuando yo quería ir a estudiar al exterior.

Volvieron a quedar en silencio. Baydr contempló la brillante punta de su cigarrillo. Esta vez fue Maryam quien habló primero.

—Tienes los ojos azules.

—Sí —dijo él—. Mi padre dice que proviene de una época tan antigua como las guerras sagradas. Desde entonces los ojos azules aparecen en la familia de vez en cuando.

Maryam se volvió y miró hacia el mar. Habló en voz muy baja:

—Debo ser una gran desilusión para ti, después de todas las muchachas occidentales que has conocido.

—No es verdad —dijo él con rapidez—. Nunca tomé a ninguna en serio. Tienen la cabeza vacía. No son como nosotros.

—De todos modos, son muy bonitas. Son altas.

—Maryam —dijo él.

Maryam se volvió.

—Tú también eres muy hermosa.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿Lo crees de veras?

—Creo que sí. —Tomó su mano—. ¿Todavía tienes ganas de ir al extranjero?

—Sí.

Baydr sonrió.

—Entonces iremos a Europa a pasar la luna de miel.

Y eso fue lo que hicieron. Casados a finales de julio, pasaron el mes de agosto viajando por el continente. Cuando en septiembre Baydr llevó a Maryam a Beirut y la dejó para seguir estudiando en Estados Unidos, ella ya estaba embarazada.

El baile continuaba en la cubierta superior cuando los invitados regresaron después de la comida. Como de costumbre, Baydr había desaparecido en cuanto la sirvieron. Tenía el hábito de celebrar sus reuniones cuando los invitados estaban comiendo y, cuando todos habían terminado, volvía a unirse a la fiesta. De esa manera no lo echaban de menos.

Jordana fue a una de las mesas y se sentó de manera que pudiera ver entrar a Baydr cuando reapareciera. Todavía era un desconocido para ella, tras nueve años de matrimonio. Había algo en él que nunca podría entender. A veces parecía que no la tenía en cuenta en lo más mínimo, y de pronto, sin saber cómo, la cortaba, y comprendía que había muy pocas cosas de ella que él no supiera.

Como esta noche. Jordana había visto el estuche de Van Cleef sobre la almohada, pero, por algún motivo perverso que no entendía del todo, decidió fingir que no lo veía. Tal vez fuera porque el regalo no podía hacerle perdonar las infidelidades de él. Contrariamente a los norteamericanos que había conocido, no podía manejarlo por medio de la culpa. Baydr era como era y nadie podía hacer nada para cambiarlo. Sus reacciones eran directas y simples. El salvaje rugía dentro de él, en la oscuridad.

Pero sus propias reacciones la sorprendían. No le importaba que le pegara. Era como si provocara el castigo de él porque se sentía culpable. Así, expiaba su culpabilidad, y todo comenzaba de nuevo.

Apenas había cerrado él la puerta de golpe cuando se levantó y se miró en el espejo. La marca de la mano ardía en su mejilla. Apretó el botón llamando a su secretaria y pidió una bolsita de hielo, después permaneció sentada una hora en su cuarto con la bolsa contra la cara, hasta que desapareció la hinchazón.

Fue entonces cuando decidió el vestido que iba a llevar. Iba a ser una esposa musulmana, si era eso lo que él quería. Una esposa, una hurí, una esclava. ¿No era acaso eso lo que les prometía Alá cuando cruzaran las puertas del paraíso?

Se llevó una copa de champán a los labios y miró hacia las puertas del salón. Baydr todavía no había vuelto.

—Jordana, querida —murmuró una voz a su oído—. Tu danza ha sido preciosa.

Se volvió hacia la persona que hablaba al reconocer su voz.

—Mara —dijo, tendiendo la mejilla para el beso acostumbrado—. Eres más que buena.

—No, querida —dijo la princesa con rapidez—. Es verdad. Es lo más erótico que he visto jamás. Si yo fuera hombre te habría violado en seguida... —Rio y añadió—: La verdad es que todavía podría hacerlo.

Jordana rio también.

—Es el mayor elogio de todos, Mara.

La princesa se acercó más al oído de Jordana.

—Lo que has hecho es increíble. ¿Has visto al muchacho que he traído conmigo? Se ha vuelto loco. Creí que iba a reventar los pantalones.

Jordana la miró. Mara no solía ser tan efusiva.

—¿De verdad, querida?

—De verdad —contestó Mara—. Y se muere por conocerte. ¿Tienes un momento?

Por encima del hombro de la princesa, Jordana vio a Carriage que salía del salón con el señor Yasfir.

—En este momento, no —dijo—. Baydr saldrá en cualquier momento.

Yasfir se dirigió directamente a ella.

—*Madame Al Fay*... —se inclinó.

—Señor Yasfir —dijo ella formalmente.

—Quiero expresarle mi gratitud por esta amable velada y presentarle mis disculpas por dejarla tan pronto, pero tengo asuntos urgentes que atender en tierra.

Jordana le tendió la mano.

—Yo también lo siento.

Yasfir le besó la mano.

—Tal vez la próxima vez podamos conocernos un poco más —dijo ella.

—Lo deseo mucho —dijo él—. *Bonsoir, Madame*.

Cuando Yasfir se dirigía hacia la escalerilla que bajaba a la lancha que lo conduciría a tierra, ella vio que Carriage se dirigía a Yusef. Este y el director de cine norteamericano Michael Vincent siguieron a Carriage al salón y por el corredor que llevaba al despacho de Baydr.

—¿Otra reunión? —preguntó Mara.

Jordana se alzó silenciosamente de hombros y levantó la copa de champán. La princesa se dejó caer en un asiento, a su lado.

—Uno de mis maridos era así. No recuerdo cuál. Siempre tenía reuniones. Era tan aburrido que me divorcié.

Jordana sonrió.

—Baydr puede ser muchas cosas, pero no es aburrido.

—No he dicho que lo sea. Pero algunos maridos no entienden que hay otras cosas en la vida además de los negocios.

Jordana no contestó. Bebió a sorbitos su champán. Súbitamente se sintió deprimida: ya nada iba bien entre ellos.

—Vamos, querida —urgió la princesa—. Ven a conocer a mi muchacho. Él será feliz y tal vez tú te diviertas unos minutos.

—¿Dónde está?

—Allí. Es ese rubio alto que está cerca de los escalones.

Jordana le lanzó una mirada.

—Parece joven.

La princesa rio.

—Es joven, querida. Veinticinco años, y con la resistencia de un toro. No he conocido un hombre así desde la época de Rubi.

—¿*Gigoló*? —preguntó Jordana.

—Naturalmente, querida —dijo Mara—. ¿Acaso no lo son todos los muchachos apuestos? Pero eso simplifica la vida cuando una se cansa de ellos. Les damos unos cuantos francos y se van. Sin complicaciones.

—¿Ya estás cansada del muchacho? ¿Por eso me lo quieres pasar?

Mara rio.

—No, querida. Lo que pasa es que me agota. No puedo seguirle el ritmo. Continuamente se mete entre mis piernas, y yo ya no soy tan joven. Estoy extenuada.

—Por lo menos eres sincera.

La voz de Mara sonó herida.

—Siempre lo soy. Vamos, ¿quieres conocerlo?

Jordana miró hacia el salón. Carriage volvía solo. Yusef y Vincent se habían quedado con Baydr. Se alzó de hombros.

—Está bien —dijo—, puedes traerlo.



Baydr tendió el whisky con agua a Vincent y le indicó que tomara asiento. Yusef se retiró discretamente a un rincón del cuarto cuando Baydr se sentó frente al norteamericano.

—Hace tiempo que soy admirador de su obra, señor Vincent —dijo Baydr.

—Gracias, señor Al Fay. Realmente, me siento halagado.

—Estoy seguro de no ser el único —dijo Baydr, y decidió llegar en seguida al asunto. Después de todo, el hombre era norteamericano y no había que andar con rodeos—. Por eso he decidido preguntarle si le interesaría a usted hacer una película basada en la vida del Profeta. ¿Ha pensado en eso alguna vez?

El director bebió un trago.

—Sinceramente, señor Al Fay, nunca se me había ocurrido.

—¿Alguna razón especial, señor Vincent?

Vincent negó con la cabeza.

—Simplemente, no se me ha ocurrido. Tal vez porque los norteamericanos sabemos muy poco sobre Mahoma.

—Pero hay más de cuatrocientos millones de personas que se interesan —dijo Baydr.

Vincent asintió.

—Ahora lo sé. El señor Ziad me lo ha explicado muy claramente. También me ha dado varias biografías del Profeta, y debo reconocer que la idea es fascinante.

—¿Cree usted que puede hacerse una película?

—Lo creo: una película muy buena.

—¿Una película que tuviera éxito en el mundo occidental? ¿Que les hiciera entender que tenemos, como ellos, una civilización propia fundada sobre la moralidad?

—¿De éxito? No sé. Habrá problemas de exhibición —contestó el director—. En términos generales, diría que sí. Con la condición, claro, de que el film fuera exhibido.

Baydr asintió.

—Comprendo. Pero supongamos que eso fuera posible. ¿Cuál sería el primer paso para hacer el film?

—Todas las películas empiezan con un guión.

—Usted ha escrito los guiones de sus otros films. ¿Podría encargarse de escribir este?

—Lo haría si supiera lo bastante, pero temo carecer de conocimientos.

—Si le proporcionamos los elementos necesarios, ¿podría usted encargarse de hacerlo?

—Sí, si estuviera seguro de que, al terminar el guión, la película va a hacerse.

—¿Y si yo le garantizo que la película se hará?

Vincent miró a Baydr y aspiró profundamente. Si decía que sí y la película no se hacía, estaría acabado para la industria. Los judíos se encargarían de liquidarlo. Pero, si se hacía, y era buena, incluso la exhibirían en sus cines. No les importaba el tema del film, siempre que llevara dinero a caja.

—Soy caro —dijo—: no acepto cosas baratas.

—Ya lo sé, señor Vincent. ¿Le parece a usted bastante un millón de dólares, y una participación en las ganancias de la película?



La música que llegaba por los altavoces era lenta y romántica y la pista estaba repleta cuando Jacques le quitó de la mano la copa, la dejó a un lado, y condujo a Jordana a la pista. Sonreía.

—He esperado mucho rato la música adecuada para pedirle que bailáramos.

Jordana sintió que el champán le daba vueltas en la cabeza. También sonrió.

—¡Qué bonito!

Él la apretó contra sí.

—Ustedes, las norteamericanas... ¿Es eso lo único que saben decir? ¿«Qué bonito»?

Jordana le miró a la cara.

—¿Norteamericana? No soy norteamericana. ¿No se da cuenta de mi vestido?

—No hable —dijo Jacques—. Baile... —Colocó la cabeza de Jordana contra su hombro, y con la otra mano presionó sus caderas fuertemente contra su cuerpo. Se movía muy lentamente siguiendo la música, dejando que ella sintiera su creciente erección.

Tras un momento, la miró. Los ojos de ella estaban cerrados. Dejó que su mano que la sujetaba resbalara hacia su costado, luego, dirigiéndose hacia la balaustrada donde nadie podía ver lo que estaban haciendo, empezó a frotar la mano de ella contra su miembro duro como una piedra.

—Mis pantalones llevan botones —susurró—. No cremallera. Ábrelos.

Ella le miró, con los ojos muy abiertos.

—¡Estás loco! —murmuró—. ¡Hay gente mirando!

—¡Nadie puede verlo! —susurró él furiosamente—. Les damos la espalda. Ya me he masturbado dos veces desde tu baile. ¡Esta vez necesito que me toques!

Sin dejar de mirarle a los ojos, los dedos de Jordana encontraron los botones y los abrieron. No llevaba calzoncillos, y su falo saltó a la mano de ella. Él apretó la cabeza de ella contra su pecho de modo que ella pudiera mirar hacia abajo.

—¡Sácala! —ordenó.

La palma de la mano de ella cubría tan solo un tercio de su longitud. A la débil luz Jordana pudo ver el brillante rojo del glande surgiendo de su prepucio. Sintió la humedad.

—¡Más fuerte! —dijo él.

Ella ya no oía la música. El único ritmo era el de su mano moviéndose adelante y atrás, adelante y atrás.

—¡Ahora! —susurró él—. ¡Por la balaustrada, al mar! —Eyaculó.

Mirando hacia abajo, ella pudo ver el esperma brotando de su estremecido pene. Luego, se acabó. Alzó la vista hacia su rostro.

—Gracias —dijo. Tomó el pañuelo del bolsillo superior de su chaqueta—. Sécate las manos.

Ella tomó el pañuelo y se frotó la palma de la mano, luego se lo devolvió. Él negó con la cabeza.

—Sécame también a mí.

Lo hizo, y él volvió a meterse el miembro dentro de los pantalones.

—Puedes tirar el pañuelo —dijo.

El pañuelo cayó hacia el mar, y se apartaron de la balaustrada, regresando a la pista de baile.

—Debo verte de nuevo —murmuró él—. ¿Dónde puedo llamarte?

—No puedes llamarme. Yo te llamaré.

—Estoy en el Martínez. ¿Llamarás? ¿Me lo prometes?

Jordana asintió. La música se detuvo y vio a Baydr, seguido de Yusef y el director norteamericano, en lo alto de la escalera.

—Mi marido —murmuró. Quiso irse, pero Jacques la tomó de la mano.

—¿Mañana? —murmuró.

—Sí. —Soltó la mano y se abrió camino por la pista hacia Baydr. Tenía la cara colorada y se sentía muy animada.

—Querido —exclamó—. ¡Qué preciosa fiesta de cumpleaños! ¡Nunca te lo

agradeceré lo bastante!

Era más de medianoche y Leila estaba aburrida de esperar en la habitación. Se acercó a la ventana y miró hacia la Croisette. La muchedumbre seguía deambulando de aquí para allá en la noche cálida. Las luces de los carteles anunciaban las películas que iban a verse en el festival, y en el aire había algo alegre, brillante.

La muchacha se apartó de la ventana. Estaba harta. Tenía que salir a dar una vuelta para no volverse loca. Recogió su chaqueta de dril, tomó la llave y salió al vestíbulo. Se puso la chaqueta mientras esperaba el ascensor. Cuando salió del edificio era como otra de las muchachas que vagaban en la noche, con pantalón vaquero y camisa.

Se dirigió hacia el Carlton, se detuvo, y compró un helado en la esquina de la *rue* de Canadá, después cruzó hacia el lado de la playa, donde había menos gente. Frente al Carlton se sentó en el inclinado borde de cemento sobre la explanada y miró a la gente que entraba y salía del hotel.

Terminó el helado y comió el dulce cono de azúcar hasta el último pedazo, y después se lamió los dedos hasta dejarlos limpios. Oyó el ruido de una lancha a motor y se volvió para mirar.

Una gran Riva se acercaba al muelle del Carlton. Iba vacía, excepto por dos marineros uniformados con camisetas blancas y pantalones de dril. Uno saltó al muelle y ató la soga a un pequeño poste. Un momento después trepó el otro marinero, después los dos se pusieron a charlar y a fumar.

Ella miró por encima de la lancha. El yate de su padre estaba anclado a unos centenares de metros en la bahía: las luces de la fiesta en la cubierta superior parpadeaban en la noche. La música llegaba débilmente hasta la costa. Sacó un cigarrillo y lo encendió.

Volvió a mirar hacia el hotel. Nada pasaba allí. Aspiró el cigarrillo. Un pequeño coche que avanzaba por la Croisette disminuyó la marcha y se detuvo ante ella. El conductor se inclinó sobre el asiento, bajó el cristal de la ventanilla y le gritó algo.

Ella no entendió lo que decía, pero comprendió lo que buscaba.

Agitó desdeñosamente la cabeza, se puso de pie y le dio la espalda. El conductor hizo sonar el claxon en respuesta y se alejó, haciendo ruido con el motor.

Movida por un impulso, descendió los peldaños que llevaban a la playa y caminó hacia el malecón. Automáticamente, los marineros se pusieron en guardia, pero, al verla, se tranquilizaron y continuaron fumando. Sus ojos la observaron cuando se acercaba.

Se detuvo en la parte de arriba del embarcadero y los miró. No dijo nada.

—*Bonsoir* —dijo el marinero más alto.

—*Bonsoir* —contestó ella. Observó la *Riva*. Era grande, cuidadosamente

equipada, y con radioteléfono en la cubierta. Ya no le cupo duda de que pertenecía a su padre, a él le gustaban todos los juguetes norteamericanos.

—¿Andan mal los negocios esta noche? —preguntó torvamente el marinero más bajo, en francés.

Leila lo ignoró.

El más alto rio.

—Ven aquí —dijo—. Te pagaremos diez francos cada uno.

Leila le clavó la mirada.

—¿Qué te pasa? —preguntó provocadora, señalando el yate—. ¿Las mujeres de ahí son demasiado caras para ti?

El marinero alto no se inmutó.

—Veinte francos cada uno. Es lo más que podemos darte.

Ella sonrió.

—Lo hago gratis si me lleváis allí.

Los dos marineros se miraron, después volvieron a mirarla a ella.

—No podemos —dijo el alto.

—¿Tenéis miedo de perder el empleo? —provocó ella—. ¿Qué hay allí tan importante?

—Es el cumpleaños de la esposa de nuestro patrón, el jeque Al Fay —dijo el más bajo.

Jugueteando, Leila se desabrochó los botones de la chaqueta de lona y la dejó abierta. Puso las manos bajo sus redondos pechos y los sostuvo para que los vieran.

—*Regardez ces tétons* —dijo—. ¿Cuánto pagaríais por cada una de estas bellezas en vuestra boca?

Los marineros agitaron la cabeza, casi con tristeza.

—Veinticinco francos —dijo finalmente el más alto.

—Lo siento —dijo ella. Rápidamente se abrochó los botones e inició la retirada—. Os he dado la oportunidad...

—Mañana —dijo el alto—. Ven a la aduana vieja. Te llevaremos entonces.

—Mañana no estaré aquí.

—Espera —gritó el bajo. Dijo rápidamente algo al otro que Leila no pudo oír, después se volvió hacia ella—. Bueno. Pero un paseíto breve. Vamos, damos la vuelta al yate, y volvemos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Descendió al muelle de tablas, mientras el otro marinero saltaba a la lancha. El rugido de la máquina llenó la noche. El marinero más bajo tendió la mano para ayudarla a bajar al bote. Leila saltó sin ayuda, fue a la parte de atrás y se sentó.

El marinero más bajo soltó la amarra y saltó a la lancha en movimiento. Se volvió hacia Leila.

—Es mejor que te acerques. Allí vas a empaparte con la espuma.

Leila sonrió.

—No me importa —dijo—. Me gusta el agua.

Cuando la *Riva* cobró velocidad, él se acercó y se sentó junto a ella. Tendió la mano y le desabrocho los dos botones de la blusa. Una mano callosa sujetó rudamente un pecho.

—*Magnifique* —dijo—, *épatant*...

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó ella—. Tenemos tiempo de sobra.

El marinero se inclinó hacia delante y apoyó su boca ávida sobre el pezón. Sus dientes lastimaron la delicada piel. Ella lo empujó hacia atrás.

—Espera —dijo, enojada—. Cuando haya terminado el paseo.

El marinero la miró, con la cara encendida. Leila le sonrió dulcemente.

—No te engañaré, no temas. —Se quitó la chaqueta y se la tendió—. Tómala, como una especie de prenda.

El marinero la miró estúpidamente, con la chaqueta en la mano.

—¿Qué clase de juego es este?

El radioteléfono zumbó antes de que ella pudiera contestar. El marinero más alto atendió. Se oyó una voz enojada. El marinero dejó escapar el aparato y se volvió a mirarlos, mientras hacía girar la lancha en un gran arco.

—Tenemos que volver al muelle —dijo—. El capitán está que echa chispas. Allí hay gente esperando para subir a bordo.

—*Merde* —dijo el más bajo. Le tendió la chaqueta—. Póntela.

—Te dije que no debíamos hacerlo —dijo el marinero alto.

—*Merde* —repitió el bajo.

En silencio, Leila se abotonó la chaqueta. Miró hacia el muelle, donde había gente de pie, vestida con lujosa ropa de noche. El marinero paró el motor y la lancha se deslizó hacia el muelle.

Hábilmente, el marinero bajo, con la amarra en la mano, saltó al muelle y sujetó la lancha. El marinero alto siguió a bordo.

Había dos hombres y dos mujeres. La miraron con curiosidad cuando salió de la lancha, pero no dijeron nada. Subió a lo alto del muelle antes de volverse. El marinero bajo estaba ayudando a las señoras a subir a la *Riva* con exagerada amabilidad. De pronto la miró.

—*C'est la vie* —exclamó Leila, con una sonrisa.

Los hombres estaban ya en la lancha, que empezó a moverse lentamente. El marinero bajo saltó al bote y se volvió hacia Leila. Después rio y tendió las manos en un típico gesto galo de desesperanza.

Leila empezó a caminar por el malecón hacia la playa, cuando el hombre surgió súbitamente de entre las sombras, bajo los toldos.

—¿Qué te pasa? —gritó—. ¿Te has vuelto loca? ¡Podrías haberlo echado todo a perder!

Leila quedó sorprendida.

—No te vi volver en la lancha.

—Cuando fui al apartamento y vi que no estabas allí —dijo Alí Yasfir— casi me volví loco. Tenías orden de no salir de tu cuarto.

—Estaba aburrida —dijo Leila.

—¿Estabas aburrida? —repitió Alí Yasfir con sarcasmo—. ¿Por eso decidiste salir a dar una vuelta en lancha?

Leila le clavó la mirada.

—¿Por qué no? —preguntó—. ¿Quién tiene más derecho? Después de todo, esa lancha pertenece a mi padre.



Eran más de las cuatro de la mañana cuando el último de los invitados subió a una de las lanchas para volver a tierra. Jordana se despedía de la princesa Mara y de Jacques cuando Yusef atravesó la cubierta en dirección a Baydr, que estaba solo.

—¿Dejo aquí a las chicas? —preguntó, señalando a las dos actrices que estaban de pie con Vincent.

Baydr negó con la cabeza.

—¿Quiere que me quede a bordo?

—No, me comunicaré con usted en el hotel mañana por la mañana.

—Bien —dijo Yusef, sonriendo—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Baydr se había ido cuando Jordana regresó por la escalera del barco. Lentamente, volvió al salón.

Un camarero se le acercó.

—¿Necesita algo, señora?

—Nada, gracias —dijo Jordana—. Un momento..., ¿ha visto al señor Al Fay?

—Creo que está en su camarote, señora —dijo el camarero, abandonando el salón.

Se dirigió por el corredor hacia el camarote. Solo estaba encendida la lámpara junto a la cama; el camisón y la bata estaba desplegados sobre el lecho. Se desnudó con desgana. Bruscamente, se sintió seca, agotada. La cara, donde Baydr la había golpeado volvió a dolerle.

Fue al cuarto de baño, abrió el armario de las medicinas y sacó un frasco de Percodan. Se echó a la boca dos pastillas amarillas y las hizo pasar con unos tragos de agua. Se miró en el espejo. Pensó que debía quitarse el maquillaje, pero era demasiado trabajo.

Volvió al dormitorio y se puso el camisón. Cansadamente, se metió en la cama, apagó la lamparilla y se hundió entre las almohadas.

La luz entraba en el cuarto por la ranura de debajo de la puerta. Baydr estaba todavía despierto. Cerró los ojos, a medida que desaparecía el dolor. Estaba casi dormida cuando la puerta se abrió de golpe. Abrió los ojos.

Baydr estaba en la puerta, aún totalmente vestido. Durante un largo rato no habló.

—Quiero que los chicos estén a bordo a las nueve de la mañana —dijo al fin.

—Sí, Baydr —dijo Jordana—. Pierde cuidado. Será muy bonito. Hace tiempo que no estamos todos juntos, con los chicos.

La voz de él era fría y sin expresión.

—He dicho mis hijos. No tú.

Jordana guardó silencio.

—Los llevaré de vuelta el domingo.

—No tienes tiempo de ir a Capri y volver...

—No iremos a Capri. Tengo que estar en Ginebra el lunes por la mañana. Solo iremos hasta St: Tropez y Porquerolles.

La puerta se cerró, y el cuarto quedó nuevamente a oscuras. Miró el dial iluminado del reloj en la mesa de noche. Eran más de las cinco.

Buscó un cigarrillo y lo encendió. Demasiado tarde para dormir, si tenía que traer a los chicos a bordo a las nueve. Cansadamente, encendió la luz y tocó el botón llamando a la doncella.

Era mejor que se vistiera y fuera a la villa. A las siete los chicos iban a estar despiertos. Podría dormir después que ellos se hubieran ido.

Michael Vincent entró en el comedor del hotel. Tenía los ojos hinchados por la falta de sueño, la cara arrugada y abotargada por la bebida. Miró hacia el comedor, buscando a Yusef. Lo vio en una mesa cerca de la ventana.

Yusef estaba recién afeitado. Sus ojos eran claros. Sobre la mesa, junto a la taza de café, había unos prismáticos.

—Buenos días —dijo sonriendo.

—Buenos días —gruñó Vincent, sentándose. Parpadeó—. ¿Cómo puede mantenerse en pie? Eran más de las seis cuando se fue a dormir. Y, sin embargo, te ha pedido una cita a las nueve y media.

—Cuando el jefe anda por aquí nadie duerme —dijo Yusef. Tendió los prismáticos al director—. Mire. Ya está haciendo esquí acuático.

Vincent miró por los prismáticos, ajustando los lentes hasta que el yate apareció claro y nítido. Divisó la *Riva*, que corría atravesando la bahía. Detrás, sujetando las cuerdas con una mano, estaba Baydr. Con la otra mano sujetaba a un niño que llevaba sobre sus hombros.

—¿Quién es el chico? —preguntó Vincent.

—El hijo menor del jefe —contestó Yusef—. Samir. Tiene cuatro años y le han puesto el nombre de su abuelo. El mayor, el príncipe Mohammed, está esquiando detrás de su padre. Tiene diez años.

Vincent, que estaba siguiendo a Baydr, no había visto la segunda lancha. Movié los prismáticos y vio al chico. El mayor era su padre en miniatura; delgado y fuerte, también sujetaba el remolque con una mano.

—¿El príncipe Mohammed? —preguntó—. ¿Acaso Baydr es...?

—No —dijo Yusef rápidamente—, Baydr es primo hermano de Feiyad, el príncipe reinante. Como no tiene hijos varones, el príncipe ha designado al hijo de Baydr como sucesor al trono.

—Fascinante —dijo Vincent. Dejó los prismáticos cuando el camarero se acercó a la mesa—. ¿Es demasiado temprano para pedir un Bloody Mary?

—No aquí —dijo Yusef, sonriendo—. Un Bloody Mary.

El camarero asintió y se alejó. Yusef se inclinó hacia el director.

—Le pido disculpas por haberlo molestado tan temprano, pero el jefe me ha llamado esta mañana y tengo que irme con él por unos días, por eso me ha parecido importante ultimar el negocio.

—Creía que habíamos quedado de acuerdo anoche —dijo Vincent.

El camarero volvió con la bebida. Yusef esperó hasta que el hombre se fue y Vincent tomó el primer trago.

—Casi todo —dijo—, excepto la comisión del agente.

—No tengo agente —dijo Vincent rápidamente—. Siempre actúo sin intermediarios.

—Pues esta vez lo tiene —dijo Yusef—. Sabe, es cuestión de costumbre. Y nosotros nos aferramos a las costumbres.

Vincent empezó a entender lo que el otro quería, pero prefirió que Yusef lo dijera.

—¿Y quién es mi agente?

—Su mayor admirador —dijo Yusef, cortésmente—. El hombre que lo recomendó para la tarea. Yo.

Vincent guardó silencio, y un momento después tomó otro trago del Bloody Mary. Sintió que empezaba a aclarársele la cabeza.

—¿El diez por ciento acostumbrado? —preguntó.

Yusef agitó la cabeza, siempre sonriendo.

—Esa es la costumbre occidental. La nuestra es el treinta por ciento.

—¿El treinta por ciento? —la voz de Vincent expresaba su sorpresa—. Es una cantidad increíble.

—No es demasiado considerando lo que ganará usted en este film. Un millón de dólares es una cantidad increíble. Y estoy enterado de que es cinco veces más de lo que ha recibido por su última película. Y no se le habría ofrecido el negocio si yo no hubiese sabido que Baydr hace tiempo que sueña con esa película y que le iba a hacer una oferta para asegurar su cooperación.

Vincent estudió la cara de Yusef. El árabe seguía sonriendo, pero sus ojos estaban mortalmente serios.

—El quince por ciento —ofreció.

—Tengo muchos gastos —dijo Yusef. Tendió las manos en un gesto de desaprobación—. Pero usted es mi amigo. No discutiré con usted. El veintiocho por ciento.

—¿Qué gastos tiene usted? —Vincent tuvo curiosidad—. Creía que trabajaba para Baydr. ¿Acaso no le paga bien?

—Lo bastante como para vivir bien. Pero un hombre debe pensar en el futuro. Tengo una gran familia que mantener, y debo poner algunos dólares aparte.

Vincent buscó los cigarrillos en el bolsillo. Yusef se le adelantó. Abrió la pitillera de oro y la tendió al director.

—Preciosa pitillera —dijo Vincent, tomando un cigarrillo.

Yusef sonrió. La colocó sobre la mesa ante el director.

—Es suya.

Vincent le miró, atónito. No entendía absolutamente nada a aquel hombre.

—Es oro puro. No puede usted dármele así.

—¿Por qué no? A usted le ha gustado.

—Pero no es un motivo suficiente —protestó Vincent.

—Nosotros tenemos nuestras costumbres, ustedes las suyas. Consideramos una bendición poder hacer regalos.

Vincent agitó la cabeza, resignado.

—Bueno. El veinte por ciento.

Yusef sonrió y tendió la mano.

—De acuerdo.

Se estrecharon la mano. Vincent se puso el cigarrillo en la boca y Yusef se lo encendió con un encendedor Dupont, también de oro. Vincent aspiró el cigarrillo, después rio.

—No me atrevo a admirar su encendedor por miedo a que me lo regale.

Yusef sonrió.

—Aprende usted rápidamente nuestras costumbres.

—Tengo que hacerlo —dijo Vincent—, si es que voy a hacer esa película.

—Muy cierto —dijo Yusef con seriedad—. En este film trabajaremos muy unidos y, cuando llegue el momento, creo que le indicaré cómo podemos hacer los dos mucho dinero.

Vincent tomó su Bloody Mary y bebió.

—¿De qué manera? —dijo.

El dinero que le pedirán a usted que pague por servicios y materiales es más del que me pedirían a mí —dijo Yusef—. Juntos podremos ahorrarle bastante al jefe y, al mismo tiempo, encontrar algún beneficio razonable por nuestra diligencia.

—Lo recordaré —dijo Vincent—. Probablemente recurriré mucho a usted.

—Estoy a su disposición.

Vincent miró desde el otro lado de la mesa.

—¿Cuándo cree que estarán listos los contratos?

—Dentro de una semana. Los están preparando en Los ángeles, y los mandarán por *télex* cuando estén listos.

—¿Por qué Los Ángeles? ¿No hay buenos abogados en París?

—Claro que los hay, pero tiene usted que entender al jefe. Él quiere lo mejor en todo. Los mejores abogados para cuestiones de cine están en Hollywood. —Miró su reloj—. Tengo que irme —dijo—. Me he retrasado. El jefe quiere que recoja a las muchachas y las lleve conmigo a bordo.

Vincent se levantó también. Estaba intrigado.

—¿Las muchachas? Pero..., ¿no molestará eso a la señora Al Fay?

—La señora Al Fay ha decidido permanecer en la villa para que el jefe pueda pasar más tiempo con sus hijos.

Se dieron la mano, y Yusef se dirigió al vestíbulo. Vincent se desplomó de nuevo en el sillón. Tenía mucho que aprender de esta gente. No eran tan simples como había creído en el primer momento. El camarero se acercó, y le pidió otro Bloody Mary. Era mejor empezar el día como correspondía.

Las actrices y Patrick esperaban en el vestíbulo con el equipaje cuando Yusef salió del restaurante. Pidió a Elie que le mandara bajar las maletas al embarcadero y que las pusieran a bordo de la *Riva*.

—Vayan ustedes —dijo—. Dentro de un momento las acompaño. Todavía tengo que hacer una llamada.

Se abrió paso desde el pequeño embarcadero hasta los teléfonos y se comunicó con Jacques, en el Martínez. El teléfono sonó diez veces antes de que una voz soñolienta contestara.

—*C'est moi*, Yusef —dijo—. ¿Te he despertado?

—Sí —dijo Jacques, con voz enojada.

—El jefe me ha pedido que vaya al barco con él unos días y salgo en seguida. Quería saber cómo te había ido con ella.

—Dice que me va a llamar.

—¿Crees que lo hará?

—No lo sé. No me costó mucho hacer que me la meneara.

—Entonces te llamará —dijo Yusef, satisfecho—. El primer paso para tenerla entre sus piernas es hacer que te la tenga entre sus manos.

—¿Cuándo volverás? —preguntó Jacques.

—El domingo por la tarde. El jefe sale para Ginebra esta noche. Y, si para entonces no te ha llamado, daré una cena para el director norteamericano y la encontrarás allí.

—¿Tengo que volver a ir con la princesa Mara? —preguntó Jacques—. No soporto a esa mujer.

—No. Esta vez irás solo. —Yusef salió de la cabina y dio a la telefonista unos francos de propina. Buscó en su bolsillo la pitillera, después recordó que la había regalado. Dijo una palabrota, luego sonrió, mientras se dirigía a la calle. No había sido mal negocio. La pitillera de trescientos dólares le había conseguido el último cinco por ciento. Y cincuenta mil dólares era algo de lo que nadie se podía reír.



Ella estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia el mar, cuando Alí Yasfir entró en la habitación.

—¿Has hecho el equipaje? —preguntó él.

—Sí —dijo ella, sin volverse—. El barco de mi padre se va.

Yasfir se acercó a la ventana y miró. El yate giraba y se movía en dirección al mar, hacia el Este. El cielo y el agua eran del mismo azul y el sol era ardiente.

—Hoy va a hacer calor —dijo.

Leila siguió sin mirarlo.

—Estaba haciendo esquí acuático con sus hijos. —¿Tus hermanos?

La voz resonó amarga.

—No son mis hermanos. Son sus hijos... —se volvió hacia el cuarto—. Algún día se enterará.

Alí Yasfir guardó silencio mientras Leila atravesaba el cuarto y se dejaba caer en una silla junto a la cama. Leila encendió un cigarrillo. No comprendía hasta qué

punto era hija de su padre. Su cuerpo fuerte y esbelto no era herencia de su madre. Su madre, como casi todas las mujeres árabes, tendía a ser gorda.

—Recuerdo que, cuando éramos pequeñas, él nos llevaba a mi hermana y a mí a hacer esquí acuático. Era muy cariñoso y nos divertíamos mucho. Después, cuando se divorció de mi madre..., nada. No vino nunca a vernos. Nos tiró como unos zapatos viejos.

Contra su voluntad, Alí defendió a Baydr.

—Tu padre necesitaba hijos varones. Y tu madre no podía tener más hijos.

La voz de Leila fue despectiva.

—Todos los hombres sois iguales. Tal vez algún día os enteréis de que no somos criaturas para vuestra conveniencia. Incluso ahora las mujeres son más útiles a la causa que muchos hombres.

No quería discutir el asunto con ella. No era lo que le correspondía. Su tarea era llevarla a Beirut y luego a las montañas, a un campo de entrenamiento. Después de eso, que discutiera lo que le diera la gana. Apretó el botón llamando al portero.

—¿En qué línea vamos? —preguntó ella.

—Air France, vía Roma, hasta Beirut.

—Qué pesado —dijo ella. Se levantó y se acercó a la ventana, miró—: Me pregunto qué pensaría mi padre si supiera que estoy aquí —agregó.

Baydr miró su reloj de pulsera.

—Tenemos cinco horas antes de que se abra el mercado de Nueva York —dijo.

—Eso no nos deja mucho margen para refinanciar diez millones de libras esterlinas, *Monsieur Al Fay* —dijo M. Brun, el banquero suizo—. Y es demasiado tarde para pedir que se compren órdenes.

John Sterling-Jones, el socio británico, asintió.

—Es imposible. Sugiero que reconsidere usted su posición, señor Al Fay.

Dick Carriage miró a su jefe desde el extremo del cuarto. Ninguna expresión cruzó por la cara de Baydr, aunque sabía lo que estaba sugiriendo el banquero inglés. Bastaba con tomar el teléfono y hacer saber a Abu Saad que aceptaba la nueva propuesta. Pero, si lo hacía, quedaba en manos de ellos. Y él no iba a dejar que eso ocurriera. No tras todos los años que había pasado creando su independencia. Nadie podía controlarlo ahora. Ni siquiera el príncipe soberano.

—Mi posición es la misma, señor Sterling-Jones —dijo Baydr tranquilamente—. No tengo intenciones de entrar en el negocio de armamentos. Si quisiera, ya lo habría hecho hace años.

El inglés no contestó.

Baydr se volvió hacia el suizo.

—¿Cuánto puedo cubrir desde aquí? —preguntó. El suizo miró su escritorio.

—Tiene usted un crédito libre al contado de cinco millones de libras, *Monsieur Al Fay*.

—¿Y crédito a préstamo?

—¿En las presentes circunstancias? —preguntó el suizo.

Baydr asintió.

—Ninguno —dijo el suizo—. A menos que cambie usted su posición. Entonces, lógicamente, dispondrá de cualquier cantidad.

Baydr sonrió. Los banqueros eran todos iguales.

—Si hiciera eso no necesitaría su dinero, *Monsieur Brun*. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un talonario de cheques—. ¿Puedo pedir prestado un bolígrafo?

—Naturalmente, *Monsieur Al Fay*. —El suizo le tendió su bolígrafo con un gesto de cortesía.

Baydr apoyó el talonario en el extremo del escritorio y rápidamente escribió un cheque. Arrancó el cheque del talonario y lo tendió al banquero, junto con el bolígrafo.

El banquero tomó el cheque.

—¡*Monsieur Al Fay*! —dijo con voz sorprendida—. ¡Si pagamos este cheque de cinco millones de libras, su cuenta quedará en descubierto!

Baydr se puso de pie.

—Así es, *Monsieur* Brun. Y cáncélela. Espero que me mande al hotel una copia de la transferencia a mi Banco en Nueva York dentro de una hora. —Se dirigió a la puerta—. También recibirán instrucciones sobre la transferencia de los fondos de las cuentas de mi otra administración esta misma mañana. Espero que presten ustedes idéntica atención a la cancelación de estas cuentas que la que prestaron para su apertura.

—*Monsieur* Al Fay. —La voz del banquero se había vuelto chillona—. Nadie ha retirado nunca cuarenta millones de libras de un Banco en un solo día.

—Pues ahora alguien lo ha hecho. —Baydr sonrió e hizo un gesto a Carriage, que lo siguió hacia la puerta. Ambos salieron del Banco para dirigirse a la calle.

Casi estaban en la entrada cuando Sterling-Jones los alcanzó.

—¡Señor Al Fay!

Baydr se volvió.

—Sí, señor Sterling-Jones...

El inglés casi tartamudeaba en su prisa por precipitar las palabras.

Monsieur Brun y yo hemos reconsiderado nuestra posición. ¿Qué banqueros seríamos si no concediéramos un préstamo a un cliente antiguo y apreciado? Tendrá usted el préstamo de los cinco millones de libras.

—Diez millones de libras. No veo motivo para tener que usar mi propio dinero.

El inglés le clavó la mirada, después asintió.

—Diez millones de libras.

—Bien, señor Sterling-Jones. —Se volvió hacia Dick—. Vuelva con el señor Sterling-Jones y recoja el cheque que acabo de darles. Tengo que ir a la reunión de la Aramco; usted se reunirá allí conmigo.

—Sí, señor.

Baydr saludó cortésmente con la cabeza al banquero y, sin despedirse, salió a la acera, donde esperaba la limusina. El chófer saltó del coche para abrirle la puerta.

Baydr se dejó hundir en el cómodo asiento con un suspiro de alivio. Lo que los banqueros no sabían es que todo había sido una comedia. Él no podía en modo alguno cancelar las cuentas sin el consentimiento de los directores. Pero el cheque por cinco millones de libras había hecho olvidar el detalle a los banqueros.

Encendió un cigarrillo. Mañana la cosa no importaría. El Chase Manhattan de Nueva York le daría el setenta por ciento del valor del mercado como prenda y él devolvería eso al Banco suizo, porque la prima de Intereses del Banco de Nueva York era mucho más baja. Esto dejaría aquí un descubierto de tres millones de libras, que podía cubrir con su propia cuenta si era necesario.

Entretanto no todo andaba mal. Quizás en verdad le debía cierto agradecimiento a Alí Yasfir. Gracias a haberle retirado ellos su apoyo se había hecho accionista de un pequeño Banco en La Jolla, California, de una compañía de seguros en Richmond, Virginia, y de una compañía financiera y de préstamos con cuarenta sucursales en

Florida. Las tres compañías por sí mismas tenían inversiones de más de sesenta millones de dólares, de los cuales por lo menos veinte millones estaban en caja dando un beneficio anual de diez millones de dólares con impuestos pagados.

Bruscamente, decidió no ir a la reunión de la Aramco. Realmente, no tenía nada que hacer allí. La producción y las cuotas de ventas para el año habían sido fijadas. Ordenó entonces al chófer que le llevara al President Wilson Hotel, donde tenía una *suite*.

Tomó el teléfono y llamó a la Aramco, disculpándose por cancelar la reunión a última hora, y pidió que dijeran a Carriage, cuando llegara allí, que se encontrara con él en el hotel. Después llamó al piloto al aeropuerto y le pidió que preparara de inmediato la partida para los Estados Unidos.

Entró en el cuarto, se quitó la chaqueta y se tendió sobre la cama. Casi inmediatamente apareció Jabir, desde el cuartito contiguo.

—¿Quiere el patrón que le prepare un baño?

—No, gracias. Quiero quedarme aquí pensando.

—Sí, patrón —dijo Jabir, retirándose.

—¿Dónde está la chica? —Casi había olvidado que había traído aquí a Suzanne, la estrellita francesa pelirroja que Yusef le había presentado en Cannes.

—Ha salido de compras, patrón —contestó Jabir—. Dijo que volvería pronto.

—Bien. Que no me molesten hasta dentro de una hora.

—Sí, patrón. ¿Quiere que corra las cortinas?

—Buena idea. —Cuando el criado salió, Baydr cerró los ojos. ¡Tenía tanto que hacer, y tanto que pensar, y tan poco tiempo! Era difícil pensar que solo ayer por la tarde había estado haciendo esquí acuático con sus hijos.

Había pasado todas las horas del día con los chicos. Habían ido a la playa en busca de conchitas que no habían encontrado, habían adquirido canoas en St. Tropez, navegado más allá de Porquerolles, habían hecho una comida en la Isla de Levante. Por la noche, después de cenar, habían pasado películas de Disney, que él guardaba para ellos en la biblioteca del barco. También disponía de otras películas, pero no eran para niños.

Pero solo cuando volvieron de Cannes, el domingo por la noche, comprendió que algo le inquietaba.

Estaban en el salón viendo *Blancanieves y los siete enanitos* cuando le vino la idea. Miró las caras extasiadas de los chicos contemplando la pantalla. Tendió la mano hacia el camarero que actuaba como operador. El filme se interrumpió, y se encendieron las luces del salón.

Los chicos le miraron.

—Todavía no es hora de acostarse, papá —dijo Mohammed.

—No, no lo es —dijo en árabe—. Sencillamente, me he dado cuenta de que hemos estado tan ocupados que no hemos tenido tiempo para hablar.

—Bien, papá —dijo el chico, contento—. ¿De qué vamos a hablar?

Baydr lo miró. Mohammed le había contestado en inglés.

—Hablemos en árabe —dijo, con una sonrisa amable.

Una expresión de incomodidad cruzó la cara del chico, aunque asintió con la cabeza.

—Sí, *babá* —contestó en árabe.

Baydr se volvió hacia su hijo menor.

—¿Estás de acuerdo, Samir?

El pequeño asintió sin hablar.

—Supongo que los dos habréis estudiado el Corán... —dijo él.

Ambos asintieron.

—¿Ya habéis llegado a las profecías?

Ambos asintieron sin hablar.

—¿Y qué habéis aprendido? —preguntó él.

—He aprendido que hay un solo Dios —dijo vacilante el chico mayor—. Y que Mahoma es su Profeta. —Por la respuesta del chico, Baydr comprendió que había olvidado las lecciones.

Con indulgencia, se volvió hacia Samir.

—¿Y tú qué has aprendido?

—Lo mismo —dijo el pequeño, rápidamente, en inglés.

—Creía que íbamos a hablar en árabe —dijo él, con dulzura.

El pequeño le miró.

—Es difícil, papá.

Baydr guardó silencio.

Una expresión preocupada cubrió la cara de Samir.

—No estás enojado conmigo, ¿verdad, papá? —dijo—. Sé las palabras en francés... *la même chose*...

—No estoy enojado contigo, Samir —dijo con cariño—. Eso está muy bien.

El pequeño sonrió.

—¿Y ahora podemos seguir viendo la película?

Él asintió e hizo una seña al camarero. Las luces del salón se apagaron y la película volvió a la pantalla. Unos minutos después los chicos estaban de nuevo perdidos en las aventuras de Blancanieves. Pero había un asomo de lágrimas en los ojos de Mohammed.

Baydr se acercó y abrazó al chico.

—¿Qué pasa, hijo mío? —preguntó en árabe.

El chico le miró un momento a la cara, después las lágrimas corrieron por sus mejillas. Procuró contener los sollozos.

Baydr se sintió desamparado.

—Dime, hijo.

—Hablo tan mal, padre —dijo el chico en árabe, con fuerte acento inglés—. Te estoy avergonzando...

—Nunca me has avergonzado, hijo —dijo él, estrechando al chico—. Estoy orgulloso de ti.

Una sonrisa asomó entre las lágrimas.

—¿De verdad, padre?

—De verdad, hijo mío. Ahora mira la película.

Cuando los chicos se fueron a la cama él permaneció en el salón a oscuras durante largo rato. Yusef y las dos francesas entraron en la habitación y Yusef encendió las luces antes de darse cuenta de que Baydr estaba allí.

—Perdón, jefe —se disculpó—. No sabía que estaba usted aquí.

—No es nada —dijo Baydr, poniéndose de pie—. Ya iba a mi cuarto para cambiarme... —un pensamiento le cruzó la mente—. ¿Estaba usted aquí cuando Jordana y los chicos llegaron de Beirut? —preguntó en árabe.

—Les esperé en la aduana.

—¿Estaba con ellos el profesor de árabe?

Yusef pensó un momento.

—Creo que no. Solo vi a la *nanny*.

—Me pregunto por qué no lo trajo Jordana.

—No lo sé, jefe. La señora nunca me dice nada.

La cara de Baydr era impasible.

—Además, la señora y yo no tenemos muchas ocasiones de hablar. ¡Ella siempre está ocupada! ¡Hay aquí tantas fiestas...!

—Ya lo sé. Recuérdele que telegrafee a Beirut por la mañana. Mi padre debe enviar un profesor en el próximo avión.

—Sí, jefe.

Baydr se dirigió a su cuarto.

—¿Le parece bien Les Mouscardins para cenar a las diez en St. Tropez? —preguntó Yusef.

—Me parece perfecto. —Baydr se dirigió por el corredor hacia su cuarto. Lo mejor era dejar esas cosas en manos de Yusef. Les Mouscardins era el mejor restaurante de St. Tropez, y Yusef siempre buscaba lo mejor.

Baydr llamó a Jordana desde el aeropuerto a la mañana siguiente, antes de que el avión partiera para Ginebra.

—¿Qué pasó con el profesor árabe? —preguntó—. Creí que los chicos tenían uno.

—Estaba enfermo y no tuve tiempo de conseguir otro.

—¿No tuviste tiempo? —dijo él con sarcasmo—. Podrías haber llamado a mi padre. Él hubiera encontrado un profesor y te lo habría mandado en seguida.

—No creí que fuera importante. Después de todo, son vacaciones de verano. No hay por qué hacerles estudiar.

La voz de él fue helada por la cólera.

—¿Que no es importante? ¿Qué te autoriza a decir lo que es importante y lo que

no lo es? ¿Te das cuenta de que Mohammed va a ser jefe de cuatro millones de árabes y que no puede hablar su propio idioma?

Ella guardó silencio.

—He dejado demasiadas cosas en tus manos —dijo él—. He teleografiado a mi padre para que nos envíe un profesor, y cuando vuelvan este otoño a Beirut, mandaré a los chicos a vivir a casa de mis padres. Tal vez allí les eduquen como se debe.

Ella guardó silencio un momento. Cuando habló, su voz estaba herida.

—¿Y yo? —preguntó—. ¿Qué planes has hecho para mí?

—Ninguno —contestó él, brusco—. Puedes hacer lo que te dé la gana. Ya te lo haré saber si te necesito.

Jordana estaba ebria como nunca lo había estado en su vida, con esa clase especial de embriaguez exaltada que llega después de una profunda depresión, una exaltación que la hacía verse como fuera de su propio cuerpo. Estaba alegre, encantadora, ingeniosa y brillante, todo al mismo tiempo.

Había pasado todo el día fuera de casa tras la llamada de Baydr. Las dos únicas cosas que realmente amaba en el mundo eran sus hijos. Una vez pensó que también había amado a Baydr. Pero ahora ya no sabía lo que sentía por él. Tal vez porque tampoco sabía lo que él sentía por ella.

Por primera vez se había alegrado al recibir la invitación de Yusef, pero lo cierto es que nunca le habían gustado los lacayos constantes y los alcahuetes ocasionales que rodeaban a Baydr. Nunca había entendido la necesidad de Baydr de rodearse de aquella clase de hombres cuando podía conseguir la mujer que le diera la gana con un chasquido de sus dedos. Su marido seguía siendo el hombre más atractivo y excitante que había conocido.

Cuando Yusef explicó que iba a dar una pequeña fiesta para Michael Vincent, el hombre que iba a dirigir el film de Báýdr El mensajero, ella estuvo de acuerdo en que sería un gesto amable actuar como anfitriona. Especialmente cuando Yusef sugirió que Baydr iba a quedar muy satisfecho con ese gesto.

La reducida cena de Yusef era para unas veinte personas en La Bonne Auberge, un restaurante que quedaba a mitad de camino entre Niza y Cannes.

Como anfitriona, Jordana estaba sentada a la cabecera de la mesa, con Vincent como invitado de honor a la derecha. Yusef estaba a la izquierda. Como Baydr no estaba presente, la otra cabecera de la mesa quedó significativamente vacía. A mitad de la mesa, entre dos mujeres bonitas, estaba Jacques, el *gigoló* rubio que la princesa Mara le había presentado la noche de su cumpleaños. Cansadamente, se preguntó con quien estaría ahora.

La cena ordenada por Yusef era soberbia. Y el Dom Pérignon fluía inacabable. Supo, desde el primer trago, que el vino se le iba a subir a la cabeza. Pero esta noche no le importaba. Michael Vincent era un hombre inteligente, aunque solo bebiera whisky, y también era un norteamericano con el cual ella podía compartir bromas que nadie más en la mesa entendía realmente.

A la mitad de la cena se dio cuenta de que Jacques no había dejado de mirarla. Cada vez que ella echaba una mirada alrededor de la mesa, sus ojos la buscaban. Pero estaba demasiado lejos para poder conversar.

Después de la cena Yusef sugirió que todos fueran a una discoteca para continuar la fiesta. En ese momento ella ya estaba lo bastante achispada como para pensar que era una idea magnífica. Le gustaba bailar. Solo cuando hacía ya una hora que estaban

en la discoteca levantó la vista y vio a Jacques de pie ante ella.

Él se inclinó casi formalmente.

—¿Me permite esta pieza?

Jordana escuchó la música, respondiendo al duro repiqueteo de los Rolling Stones. Miró a Vincent.

—Con permiso —dijo.

Vincent asintió y se puso a hablar con Yusef, que estaba sentado junto a él. Jordana empezó a bailar antes de llegar a la pista.

Jacques se puso delante y empezó también a bailar. Por un momento ella lo analizó, críticamente. El rock no estaba hecho para el estilo de los franceses. Jacques bailaba con los tiosos y contraídos movimientos que un francés cree audaces. Hubiera sido mejor que siguiera con los bailes de salón. Pero pronto lo olvidó mientras se concentraba en su propio baile.

La voz de Jacques se elevó por encima de la música.

—Dijiste que ibas a llamarme.

Jordana le miró.

—¿De verdad?

—Sí.

—No recuerdo —dijo. Sinceramente, no recordaba.

—Estás mintiendo —respondió él, acusador. Sin una palabra, Jordana se volvió y salió de la pista. Él la agarró por el brazo y la retuvo.

—Perdón —dijo ansiosamente—. Por favor, baila conmigo.

Jordana le miró un momento, después dejó que la llevara otra vez a la pista. El disco pasó del rock a una balada. La tomó entre sus brazos y la estrechó contra sí.

—Hace tres días que no puedo comer ni dormir —dijo.

Jordana seguía distante.

—No necesito un *gigoló*.

—Lo sé mejor que nadie —dijo él—. ¡Alguien tan hermosa como tú! Te quiero para mí solo.

Jordana le miró, escéptica. El duro miembro de él se apretó contra ella.

—¿Te das cuenta de hasta qué punto te deseo? —dijo.

Ella cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro de él. Se entregó al placer del contacto. La borrachera dentro de su cabeza tomaba un tono rosado. Tal vez decía la verdad después de todo.

Pero no vio la sonrisa que entreabría los labios de Yusef.



El tosco algodón kaki de la camisa y de los pantalones sin forma le arañaba la piel mientras seguía a las otras cinco mujeres hacia los cuarteles de la comandante general. Las rígidas botas de cuero golpeaban pesadamente el suelo de madera. La luz amarilla de las lámparas de petróleo lanzaba un resplandor movedizo en el cuarto.

La comandante estaba sentada a la mesa en el extremo de la habitación, con un soldado uniformado a cada lado. Estudiaba un papel que tenía sobre la mesa, y no miró hasta que las muchachas se plantaron ante ella.

—¡Atención! —ladró el sargento.

—*As-nasr!* ¡Victoria! —gritaron ellas, como les habían enseñado a decir desde la primera noche que llegaron al campo, hacía unos días.

Leila sintió que el sujetador le tiraba de los pechos cuando se echó hacia atrás. El sujetador también era de tosco algodón. Miró al frente. Lentamente, la comandante se puso de pie. Leila vio que llevaba el equivalente de unas charreteras de coronel sobre las hombreras de la blusa. La miró fijamente un momento, después, bruscamente, con voz sorprendentemente vigorosa, gritó:

—*Idbah al-adu!*

—¡Destruir al enemigo! —gritaron ellas en respuesta.

La comandante asintió y una débil sonrisa de aprobación apareció en sus labios.

—Descanso —dijo con voz más normal.

Se oyó el crujir de la dura tela cuando las mujeres ocuparon posiciones más descansadas. La comandante se plantó frente al escritorio.

—En nombre de la Hermandad de Luchadores por la Libertad de Palestina os doy la bienvenida a nuestra sagrada lucha. La lucha para liberar a nuestros pueblos del dominio de Israel y de la esclavitud del imperialismo. Sé que cada una de vosotras ha hecho muchos sacrificios para venir aquí, alejándose de los seres queridos, quizá soportando el ostracismo de nuestros mismos vecinos, pero puedo prometeros una cosa. Al final de la contienda nos espera una libertad mayor que la que nadie ha conocido jamás.

»Y por esto vuestra lucha no ha hecho más que empezar. Serán exigidos mayores sacrificios. El honor, el cuerpo, la vida, deben ser dados para ganar la victoria que buscamos. Porque conquistaremos la victoria.

»Aquí os enseñarán muchas cosas: el uso de armas, fusiles, rifles, cuchillos. Cómo hacer bombas. Grandes y pequeñas. Cómo matar con las manos desnudas. Cómo pelear. Todo para que nosotras, junto a nuestros hombres, podamos echar al mar a los usurpadores sionistas y devolver la tierra a su legítimo dueño, nuestro pueblo.

»Cada una de vosotras ha prestado ya, por separado, el sagrado juramento de fidelidad a nuestra causa. A partir de este momento, olvidaréis los nombres reales de cada una y no los emplearéis nunca en este campo. Solo responderéis al nombre asignado; de esta manera, en caso de ser capturadas, nunca podréis revelar los nombres de vuestras camaradas.

Desde ahora la única lealtad es a la causa y a los hermanos de armas.

La comandante se interrumpió un momento. Las mujeres guardaban silencio, en extasiada atención.

—Los próximos tres meses serán los más difíciles que hayáis conocido en

vuestras vidas. Pero, al fin, podréis ir a ocupar el puesto que os corresponde al lado de Fatmah Bernaui, Miriam Shajashir, Aida Issa y Leila Jaled, otras de nuestro sexo que han demostrado ser iguales a sus hermanos en la lucha.

Dio la vuelta a la mesa y volvió a sentarse entre los dos hombres.

—Os deseo suerte.

—¡Atención! —ladro el sargento.

—*As-nasr!* —gritaron las mujeres, poniéndose firmes.

—*Idbah al-adu!* —gritó la comandante.

—*Idbah al-adu!* —gritaron las mujeres.

La comandante saludó.

—Rompan filas.

Rompieron filas y siguieron al sargento en la noche.

—Volved a los cuarteles, chicas —dijo secamente el sargento—. El día empieza mañana a las cinco.

Se volvió y se dirigió hacia la sección masculina del campo, mientras ellas se dirigían a sus pequeños edificios. Leila se puso a caminar junto a la joven alta que ocupaba la cama contigua a la de ella.

—¿No te parece maravillosa la comandante? —preguntó Leila—. Por primera vez siento que mi vida tiene sentido.

La mujer la miró como si fuera una criatura de otro planeta.

—Me alegro que lo sientas así —dijo con una voz vulgar—. Yo solo he venido aquí para estar cerca de mi novio. Pero hasta ahora ni siquiera he podido acercarme a él, y estoy tan harta que no me sorprendería meterme esta noche en tu cama y comerte el coño.



A doce mil metros sobre el océano Atlántico, en un oscuro cielo azul lleno de estrellas, Baydr dormía mientras el avión volaba veloz en dirección a Nueva York. De pronto despertó sobresaltado. Se sentó en la cama, con los ojos llenos de lágrimas.

Las secó con los dedos y buscó un cigarrillo. Debía haber sido una pesadilla. Pero había en él un presentimiento de terror, un curioso presentimiento que le pesaba en el corazón.

La muchacha que estaba a su lado se removió.

—*Q'est-ce que c'est, chéri?* —preguntó con voz adormilada.

—*Rien* —dijo él—. *Dors.*

Ella quedó en silencio y, después de un rato, el zumbido de los motores la adormeció. Él dejó el cigarrillo y volvió a dormir.

En otro lugar

Junio de 1973

La negra limusina Cadillac con placa diplomática se detuvo frente al edificio de la administración y bajaron tres hombres: dos vestidos con ropas civiles y un coronel del Ejército norteamericano. Subieron los peldaños en dirección al edificio. Los soldados israelíes que montaban guardia a la entrada presentaron armas. El coronel saludó y los tres hombres entraron en el edificio.

El sargento mayor que estaba en la recepción dejó su asiento y los saludó. El coronel devolvió el saludo. El sargento sonrió.

—¿Sabe dónde tiene que ir, coronel? —Era más una afirmación que una pregunta. El coronel devolvió la sonrisa, asintiendo.

—Ya conozco esto, sargento. —Se volvió hacia los otros dos hombres—. Si quieren ustedes acompañarme...

Les dirigió por un corredor hacia el ascensor y apretó el botón de llamada. Las puertas se abrieron silenciosamente y entraron en el ascensor, que empezó a descender. Seis pisos bajo tierra, el ascensor se detuvo y las puertas volvieron a abrirse.

El coronel los guio hacia otra zona de recepción, donde estaba otro sargento mayor. Esta vez el sargento no se levantó. Los miró, después miró la lista que tenía sobre el escritorio.

—Les ruego que se identifiquen, señores.

El coronel habló primero.

—Alfred R. Weygrin, coronel, Ejército de los Estados Unidos.

El civil vestido con el traje de tres botones dijo:

—Robert L. Harris, Departamento de Estado de los Estados Unidos.

El hombre de chaqueta deportiva:

—Sam Smith, Compañía Norteamericana de Suministros de Fontanería.

El sargento no sonrió ante el absurdo título que servía de tapadera a un agente de la CIA. Comprobó los nombres en la lista y entregó a cada uno unas tarjetas de identificación amarillas de material plástico, que prendieron en las solapas. Apretó después un botón que tenía en el escritorio, y por una puerta a la derecha apareció un cabo.

—Acompañe a estos señores a la Sala A de Conferencias.

La Sala A de Conferencias estaba en el extremo de un largo corredor gris custodiado por dos soldados y otro sargento ante un escritorio. El cabo se detuvo frente al escritorio mientras el sargento examinaba las tarjetas plásticas de identificación, después apretaba un botón que abrió las puertas accionadas electrónicamente. Los visitantes entraron en el cuarto y las puertas se cerraron automáticamente tras ellos.

Había ya unos nueve hombres en la habitación, pero solo dos llevaban el uniforme del Ejército israelí, un general de brigada y un coronel. El general de brigada se adelantó, con la mano tendida.

—Alfred, me alegro de verte...

El norteamericano sonrió al estrechar la mano.

—Yo también me alegro de verte, Lev. Te presento a Bob Harris, del Departamento de Estado, y a Sam Smith. Señores, el general Eshnev.

Se estrecharon las manos. El general presentó a los demás y después indicó una gran mesa redonda en el extremo del salón de conferencias.

—Tomen asiento, señores.

Unas placas impresas indicaban sus lugares y, cuando se sentaron, solo quedó un sitio vacante en la mesa. Estaba a la izquierda del general israelí y, aunque él era el oficial de mayor graduación entre los presentes, aquel asiento vacío indicaba que era para un superior. Los norteamericanos miraron con curiosidad el nombre, pero no comentaron nada.

El general Eshnev vio las miradas.

—Lamento el retraso, señores, pero me han dicho que el general Ben Ezra está ya en camino. Le ha detenido el tráfico, pero estará aquí en cualquier momento.

—¿Ben Ezra? —murmuró Harris al coronel—. Nunca lo he oído nombrar.

El soldado sonrió.

—Sucedé que Ben Ezra ha actuado un poco antes de tu época, Bob. El León del Desierto es una figura casi legendaria. Sinceramente, yo creía que había muerto hacía tiempo.

El general Eshnev captó el final de la frase.

—¿Fue MacArthur quien dijo «Los soldados viejos no mueren, se desvanecen»? Ben Ezra demuestra hasta qué punto estaba equivocado. Se niega a morir o a desaparecer.

—Debe andar ya por los setenta —dijo el hombre de la CIA—. Las últimas noticias que tuvimos es que había vuelto a su *kibbutz* después de la guerra del sesenta y siete.

—Tiene setenta y cuatro años —dijo el israelí—. Y en lo que al *kibbutz* se refiere, no tenemos manera de saber cuánto tiempo pasa allí. Tiene hechizado a todo el *kibbutz*. Ni siquiera los niños dicen dónde está. Nunca se sabe si está o no está.

—Me parece que, si quisieran saber en qué anda, deberían tenerlo en Tel Aviv —dijo Harris.

—Sería molesto —dijo Eshnev, sonriendo—. El León del Desierto no se ha distinguido nunca por su tacto. Creo que el presidente de ustedes todavía recuerda sus comentarios cuando Eisenhower impidió que los ingleses y los franceses se apoderaran del canal de Suez en 1956. No sé si ustedes saben que fue él quien planeó la operación para los ingleses.

—No lo sabía —dijo Harris—. ¿Pero por qué se enojó el presidente? Entonces

todavía no era presidente.

—Era vicepresidente, y Ben Ezra habló con bastante claridad del apoyo que prestó a ciertos elementos árabes que fueron responsables de la decisión de Eisenhower. Ben Ezra llegó incluso a aconsejar a los ingleses que dijeran a Eisenhower que no se metiera en lo que no le importaba, y creo que su lenguaje no fue muy diplomático. Después de aquello Ben Gurion no tuvo más remedio que aceptar su retiro. Y Ben Ezra se fue al Sinaí, a vivir en un *kibbutz*.

—¿Dice usted que reapareció en el sesenta y siete? —preguntó Harris.

—Sí, pero no oficialmente. Y eso fue otra dificultad. No quería que nos detuviéramos hasta llegar a El Cairo y lograr una victoria total. Dijo que sus informadores demostraban que, si no lo hacíamos, íbamos a tener que volver a combatir dentro de siete años.

—¿Por qué supone él que sus fuentes de información son superiores a las nuestras? —preguntó el hombre de la CIA.

—Su madre era árabe, y hay quienes afirman que es más árabe que judío. De todos modos vive allí entre miles de ellos, y de manera rara, parecen confiar en él y lo buscan para que haga justicia. Los árabes le llaman «Imán»..., hombre santo, lector, un hombre que vive de acuerdo a los principios honestos. Cruzó los límites solo y con impunidad.

—¿Está casado? —preguntó Harris.

—Dos veces —contestó el general Eshnev—. Una vez cuando era joven. Su primera mujer murió en el desierto al dar a luz un hijo que también murió, cuando estaban tratando de escabullirse entre las líneas británicas hacia Palestina. La segunda vez fue cuando ya estaba retirado. Se casó con una muchacha árabe y, por lo que sé, está viva y sigue con él en el *kibbutz*. No tienen hijos.

—¿Entonces, el hecho de que él esté aquí significa que espera usted dificultades? —preguntó el coronel Weygrin.

El israelí se alzó de hombros.

—Los judíos siempre esperamos dificultades. Especialmente cuando pasan cosas que no entendemos.

—¿Por ejemplo...? —preguntó Harris.

—Por eso nos hemos reunido —dijo Eshnev—. Esperemos a Ben Ezra. Ha aparecido tras dos meses de total silencio y ha pedido una reunión.

La voz de Harris fue levemente desdeñosa.

—¿Y el viejo consiguió una reunión así, sin más?

—No tan así, sin más. Primero tuvo que convencer a Dayan de que tenía algo que decir. Dayan se dirigió entonces a la primer ministro. Fue ella quien dio la aprobación para la reunión.

—Después de haber insistido tanto, por lo menos podría ser puntual —dijo Harris.

—Es un hombre viejo —dijo Eshnev como disculpándose— e insiste en usar su

coche, un viejo Volkswagen que se avería a cada rato. No quiere aceptar ninguno de los nuestros. Si yo no hubiera dado órdenes afuera estoy seguro de que ni siquiera lo dejarían entrar en el aparcamiento... —El teléfono que tenía ante él sonó. Lo cogió, asintió y dejó el aparato—. Ya llega el general, señores.

Las puertas electrónicas se abrieron silenciosamente y todas las cabezas se volvieron. El hombre que estaba allí de pie era alto, más de un metro ochenta, y estaba vestido con las polvorientas ropas beduinas, cubiertas de arena. El pelo blanco y la barba que cubrían su arrugada cara tostada por el sol lo hacían parecer más árabe que judío. Solo los sorprendentes ojos azules negaban la herencia árabe. Su paso era firme y orgulloso cuando avanzó hacia el general Eshnev. Su voz era áspera como si hubiera sufrido la erosión del tiempo y de la arena del desierto.

—Lev —dijo, tendiendo la mano.

—General —dijo Lev Eshnev, levantándose. Se estrecharon las manos—. Señores, permitan que les presente al general Ben Ezra. —Después los presentó uno por uno, empezando por la derecha del viejo.

Ben Ezra miró directamente a cada hombre a los ojos y repitió su nombre. Cuando terminaron las presentaciones, todos se sentaron.

Eshnev se volvió hacia el viejo.

—Esta reunión es suya, general.

—Gracias. —El viejo hablaba en inglés, sin acento—. Supongo que todos están enterados de los preparativos de los egipcios a lo largo del Canal de Suez y de los sirios en los altos del Golán. Y supongo que también están enterados de los nuevos equipos militares que llegan en mayor cantidad que nunca desde Rusia y China. Supongo que entienden ustedes que si este promedio de suministros continúa, pronto alcanzarán paridad militar y tal vez un potencial de golpe superior al nuestro en muy breve tiempo.

—Es verdad —dijo Eshnev—, todos lo sabemos.

—Supongo que también conocen la grave influencia de los bombarderos y pilotos norcoreanos.

—Sí —dijo Eshnev—, pero también sabemos que Sadat es muy criticado por los moderados debido a la influencia rusa.

Ben Ezra asintió.

—De acuerdo, pero no debemos dejar que eso nos adormezca en una falsa sensación de seguridad. Por primera vez están montando una maquinaria militar capaz. Y eso es algo que no se hace a menos que se piense usarla.

—Concedido —dijo Eshnev—, pero puede pasar un año y medio antes de que estén listos.

—No —dijo Ben Ezra—. Ya están listos. Pueden atacar en cualquier momento.

—¿Entonces qué esperan? —la voz de Eshnev era cortés, pero con una leve nota de impaciencia—. Hasta ahora no nos ha dicho usted nada que no sepamos.

Ben Ezra no se inmutó.

—Esta vez no podemos calcular sus decisiones simplemente sobre bases militares. Hay otros factores que intervienen en el plan. Se han estado infiltrando en el mundo occidental con inversiones financieras. Además, están alineando a los países productores de petróleo para crear una fuerza económica que pueda usarse para reducir el apoyo que hemos recibido de los países tecnológicos. Atacarán cuando tengan listos esos planes, no antes.

—¿Tiene usted información específica de esto? —preguntó Eshnev.

—No, lo único que sé es lo que he oído en mis vagabundeos. Corren rumores en el Sinaí de que los *fedayines* están presionando a los moderados. Buscan blancos entre los mismos árabes para coaccionar a los productores de petróleo a que cooperen.

—¿Algo concreto en ese sentido?

El viejo negó con la cabeza.

—Por eso he pedido esta reunión. —Miró a los norteamericanos que estaban en el otro lado de la mesa—. Suponía que nuestros ocupados amigos tenían algún conocimiento de esas presiones.

Harris miró a sus compañeros.

—Me gustaría conocerlas —dijo—, pero en verdad sabemos muy poco.

La cara de Ben Ezra era inescrutable.

—¿Es usted del Departamento de Estado?

Harris asintió.

—Es comprensible —dijo Ben Ezra. Miró directamente al hombre de la CIA—. ¿Y usted?

Smith se sintió incómodo.

—Conocemos sus planes económicos.

—¿De verdad?

—Pero no hemos podido coordinar la cosa —dijo Smith—. El movimiento económico parece estar bajo la dirección de un solo hombre, el representante personal del príncipe Feiyad, Baydr Al Fay. Aparentemente es un individuo independiente, conocido como conservador, y defensor del acercamiento a Israel. No porque simpatice con ustedes, sino porque cree que ese acercamiento daría una solución económica que beneficiaría a todo Oriente Medio. Pero no sabemos nada seguro. Hasta ahora no hemos podido infiltrarnos en su organización.

Eshnev lo miró.

—¿No han podido?

El norteamericano agitó la cabeza.

—No.

Eshnev sonrió con leve expresión de triunfo.

—Entonces tal vez nosotros podamos ayudarles. Tenemos allí un agente.

En la mesa se hizo un momento de silencio. Fue Ben Ezra quien lo rompió.

—¿Y bien? —preguntó.

La voz de Eshnev era tranquila.

—La principal ocupación de Al Fay por el momento parece ser su deseo de hacer una película basada en la vida de Mahoma, llamada El Mensajero. También sabemos que ha rechazado una propuesta de los Al-Ijwah, que querían que hiciera para ellos ciertas compras.

Ben Ezra le miró.

—¿Tuvo Alí Yasfir algo que ver con esa propuesta? Ahora le tocó a Eshnev el turno de sorprenderse.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé —dijo el viejo—. Pero Yasfir se ha presentado en uno de los campos de entrenamiento de los Al-Ijwah del Líbano, con una muchacha que dice es la recluta más importante que jamás hayan conseguido. Ese Al Fay... ¿tiene acaso una hija?

—Tiene dos —dijo Eshnev—. Una está casada y vive en Beirut junto a su madre, la primera esposa de Al Fay. La menor está estudiando en Suiza.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Ben Ezra.

—No tenemos información en contra —dijo Eshnev—. Pero podemos averiguarlo fácilmente.

—¿Tiene otros hijos?

—Sí, dos varones con su mujer actual, una norteamericana. El mayor, que tiene ahora diez años, ha sido nombrado heredero del trono por el príncipe Feiyad.

—Entonces, si se han apoderado de la muchacha, tienen un medio para presionar a Al Fay —dijo Ben Ezra.

—Posiblemente.

—Veré lo que puede averiguarse en Sinaí —dijo Ben Ezra—. Continúen ustedes utilizando sus fuentes de información.

—Eso hacemos —dijo Eshnev.

—De acuerdo —añadió Smith.

—Eso todavía nos deja con un gran interrogante —dijo Eshnev—. ¿Cuándo cree que atacarán? Ben Ezra le miró.

—Después de la fiesta del Ramadán —dijo secamente.

Eshnev no pudo evitar que su voz sonara sorprendida.

—Pero esos son días sagrados. No harán eso. El respeto por la ley de Moisés es todavía parte importante de la religión musulmana.

Ben Ezra se puso de pie.

—No tanto como nosotros.

Eshnev le miró.

—Si atacan estaremos preparados.

—Eso espero —dijo el viejo—. Pero habría algo mejor.

—¿Un golpe preventivo? —preguntó Eshnev, pero no esperó respuesta—. Sabe que no podemos hacerlo. Nuestros aliados no lo permitirían.

Ben Ezra le miró, después miró a los norteamericanos.

—Tal vez lo permitan si se dan cuenta de que, sin nosotros, perderán su poder en Oriente Medio. La Sexta Flota no puede cruzar el desierto y ocupar los pozos de petróleo.

—El Departamento de Estado cree que no habrá ataque de los árabes en el futuro próximo —dijo Harris, muy envarado.

Ben Ezra sonrió. Miró al hombre de la CIA.

—¿Usted también opina lo mismo?

Smith no contestó. No le correspondía hacer declaraciones oficiales.

Ben Ezra se volvió hacia el soldado norteamericano.

—La instalación de las últimas rampas de misiles tierra-aire ha terminado en Suez y en los altos del Golán. Los he visto con mis propios ojos. ¿No cree usted que el momento de atacar es cuando ya se han establecido las defensas?

Weygrin asintió.

—Eso creo.

Ben Ezra miró alrededor de la mesa.

—Entonces ya están listos —hizo una pausa—. Lo único que esperan ahora es poner la casa en orden.

—¿Y cómo nos enteraremos de eso? —preguntó Eshnev.

—No nos enteraremos —el viejo se alzó de hombros—. Hasta que ataquen. A menos...

—¿A menos...?

Una expresión pensativa llenó los ojos del viejo. Por un momento pareció absorto en sus recuerdos, después su mirada se aclaró.

—Tal vez les parecerá a ustedes extraño, pero en la médula de los huesos de este viejo está el presentimiento de que encontraremos la respuesta en Al Fay. Los vientos que soplan en el desierto ya no se originan en el Este..., vienen del Oeste. Los jeques árabes han despertado al poder de su riqueza. Ese será el verdadero fin de la influencia rusa. El comunismo no tiene respuesta para eso. Y el control de Oriente Medio acaba de iniciarse. Si los árabes invierten sabiamente su riqueza podrán controlar el mundo sin disparar un solo tiro.

Miró alrededor de la silenciosa mesa.

—Lamento desilusionarles, señores, pero la verdad es que ya no somos importantes para el Islam, como no sea por orgullo. Tienen que conseguir alguna victoria, por pequeña que sea, para poder mostrar la cara. El gran impulso vendrá después que haya terminado la batalla.

Se volvió hacia los norteamericanos.

—Necesitaremos la ayuda de ustedes. Por ahora. Después, ustedes necesitarán la nuestra.

Harris fue cortés, aunque desdeñoso.

—¿Qué le hace pensar eso?

Que nosotros, más que nadie en el mundo, los entendemos —dijo el viejo, y su cara arrugada se contrajo en una mueca de halcón—. Y ustedes, no nosotros, son el verdadero blanco.

Nuevamente hubo un silencio. Al fin habló Eshnev.

—¿Continuará informándonos de lo que sepa?

El viejo asintió.

—Naturalmente, y también agradecería un favor.

—Si puedo lo haré —contestó Eshnev.

—Quisiera un informe completo sobre Al Fay. Toda su vida. Todo..., su vida personal, sus negocios. Quiero saber todo lo que le concierne.

Eshnev miró alrededor de la mesa. No hubo objeciones. Asintió.

—Se hará de inmediato.

—¿Transmitirá mis opiniones a la primer ministro? —preguntó Ben Ezra.

—Sí, lo haré.

—Dele también un beso de mi parte —dijo Ben Ezra, sonriendo—. Creo que le gustará.

Se oyeron unas risitas amables alrededor de la mesa. Sonó el teléfono, y Eshnev atendió. Escuchó un momento, después colgó.

—Ha habido otro secuestro —dijo—. Un avión de la Lufthansa, en Dusseldorf. Está de camino a Beirut.

Ben Ezra agitó tristemente la cabeza.

—Es triste. Y estúpido. —Miró a los norteamericanos—. No consiguen más efecto que ocupar las primeras páginas de los periódicos. Y, mientras estamos distraídos con las noticias, sigilosamente, en nuestras mismas narices, sin que nadie se dé realmente cuenta, están secuestrando el mundo.

Libro segundo

EL FINAL DEL VERANO

1973

Yusef entró al restaurante en Taihiti Plage por la puerta que daba al camino. Parecía fuera de lugar con su traje oscuro, camisa blanca y corbata, abriéndose paso entre hombres y mujeres semidesnudos que se dirigían a la playa. Parpadeó nuevamente al salir al brillante sol. Bizqueando, miró entre las mesas. Tras un momento lo vio, sentado frente al bar entoldado de la playa. Estaba hablando animadamente con un joven negro de buen aspecto.

Jacques miró la sombra de Yusef que caía sobre él.

—¡Yusef! —dijo en francés, alzándose—, ¡qué grata sorpresa! No te esperábamos.

Yusef no devolvió la sonrisa.

—Ya lo veo —dijo con frialdad—. Dile a tu amiguito que se vaya.

Una expresión torva cruzó la cara de Jacques.

—¿Con qué derecho...?

Yusef no lo dejó terminar.

—¡Eres mío, mierda! —exclamó—. ¡Dile que se vaya o vuelvo a echarte a las alcantarillas de París, donde te encontré! ¡Un tipo que trabajaba turistas por diez francos el polvo!

El negro se puso de pie, y los músculos se tensaron en sus brazos cuando apretó los puños.

—¿Quieres que te libre de él, Jacques?

Yusef miró a Jacques. Los ojos de Jacques solo sostuvieron la mirada un momento.

—Es mejor que te vayas, Gérard. —No miró al negro.

Los labios de Gérard se curvaron con desprecio.

—*Poule!* —dijo a Jacques, y después les dio la espalda. Se dejó caer en la arena a unos metros de distancia y se cubrió los ojos con el brazo, sin prestarles aparentemente atención.

El camarero se acercó cuando Yusef ocupó la silla que el negro había dejado vacante.

—¿*Monsieur?*

—Coca, con mucho hielo. —Se volvió hacia Jacques, que había vuelto a hundirse en su asiento—. ¿Dónde está Jordana?

Jacques no le miró.

—¿Y cómo demonios voy a saberlo? —replicó malhumorado—. Hace dos horas que la estoy esperando aquí en la playa.

—Deberías saberlo —exclamó Yusef—. ¿Para qué crees que te pago tanto dinero? ¿Para que andes divirtiéndote con *petits négres* en la playa?

El camarero puso la Coca-Cola sobre la mesa y se fue. Yusef bebió ávidamente.

—¿Estuviste anoche con ella? —preguntó.

—Sí.

—¿Las fotos...? ¿Las conseguiste?

—¿Y cómo iba a conseguirlas? —preguntó Jacques a su vez—. No quiso ir al apartamento. Me dejó en la discoteca a las tres de la madrugada y me dijo que la esperara hoy en la playa a mediodía.

—¿Y has pasado toda la noche con ese negro?

—¿Qué querías que hiciera? —contestó Jacques a la defensiva—. ¿Que me reservara para ella?

Yusef buscó en el bolsillo interior y sacó su nueva pitillera de oro. La abrió lentamente y sacó un cigarrillo. Golpeó el cigarrillo en la tapa de la pitillera.

—No eres muy hábil —dijo, colocando el cigarrillo entre sus dientes y encendiéndolo—. No eres para nada hábil.

Jacques le clavó la mirada.

—¿Y cómo quieres que saque las fotos si no quiso ir al apartamento? Nunca ha ido. Lo hacemos donde a ella le da la gana. —Miró a Yusef por encima del hombro, hacia el mar—. ¡Oh, ahí viene!

Yusef se volvió para mirar. La gran San Marco avanzaba hacia la costa desde el mar abierto. Buscó en su chaqueta y arrojó una llave sobre la mesa, frente a Jacques.

—Te he hecho reservar un apartamento en el Byblos. Todo el equipo está ahí. El cuarto tiene micrófonos, y un fotógrafo espera tu señal en otra habitación. Llévala allí. No me importa cómo, pero llévala. Solo te queda esta noche.

Jacques le miró fijamente.

—¿Por qué tanta prisa?

—Tengo en el bolsillo un telegrama del marido. Mañana por la tarde ella estará volando en un avión rumbo a California.

—¿Y si no quiere? ¿Qué debo hacer? ¿Darle un golpe en la cabeza? Si pasa como anoche se irá a las tres de la madrugada, volverá a la lancha y regresará a Cannes.

Yusef se puso de pie y miró a Jacques.

—Yo me encargo de que no funcionen los motores de la San Marco. El resto depende de ti. —Miró hacia el mar por encima del hombro. La San Marco avanzaba lentamente por las aguas poco profundas cerca de la costa—. Métete en el agua, enamorado —dijo sarcásticamente—, y trae a la dama a la costa.

En silencio, Jacques dejó el asiento y se dirigió a la playa. Yusef le observó un momento, después se volvió y atravesó el restaurante hasta el camino donde había dejado el coche.

Se sentó en el coche y permaneció pensativo un momento antes de hacer girar la llave del contacto. ¡Si al menos Jordana no le detestara! Entonces nada de esto sería necesario. Pero sabía que ella había querido muchas veces enemistarle con Baydr, porque le molestaba que fueran amigos. Y, después de todo, él solo era un empleado y ella era la mujer del patrón. Si había una discusión él no dudaba de quién iba a ser el vencedor. Ella ganaría con los brazos caídos. Pero, si Jacques lo conseguía esta noche, eso no sucedería jamás. La amenaza de presentar a Baydr las pruebas de su indiscreción bastaría para tener controlada a Jordana. Yusef sabía que el mejor aliado es un enemigo conquistado.



Jordana abrió los ojos en el momento en que el pesado rugido de las máquinas moría para avanzar lentamente. Miró su reloj. Hacía cuarenta minutos que habían salido de Cannes. Por la carretera, con todo el tráfico, hubiera tardado una hora y media. Esto no solo era más rápido, sino que el mar había estado tranquilo y ella había dormido todo el viaje.

Se tendió buscando el sujetador de su bikini y su blusa. Se miró mientras se lo ataba. Sus pechos estaban tan tostados como el resto de su cuerpo, un tono de nuez dorada, y sus pezones tenían un color púrpura de ciruela, en lugar del rosa acostumbrado. Estaba contenta de sí misma. Sus pechos eran todavía firmes. No habían empezado a caer como los de otras mujeres de su edad.

Instintivamente, miró por encima del hombro para ver si los dos marineros en la proa de la lancha la miraban. Sus ojos estaban deliberadamente apartados, pero ella supo que habían estado mirando por el espejo retrovisor. Sonrió para sí. Para hacer una broma, apretó sugestivamente los pechos con las manos, para que sus pezones se endurecieran. Después acabó de atarse la parte superior del bikini.

Pasó una canoa con dos muchachas desnudas. Miraron la San Marco de setenta mil dólares con esperanza y curiosidad que no ocultaron. Sonrió nuevamente para sí misma al ver la expresión desilusionada que cruzó por sus rostros al comprobar que ella era la única pasajera. Eran demasiado obvias. La canoa giró lentamente.

—¡Hola! —llamaron desde el otro lado del bote.

Se volvió. Jacques estaba allí, en una lanchita con un motor fuera borda. Su pelo rubio se había blanqueado totalmente con el sol del verano, y su color tostado parecía más intenso por el contraste. Jordana lo saludó con la mano, sin hablar.

—He venido para llevarte a tierra —gritó él—. Sé que detestas mojarte los pies.

—En seguida voy —dijo ella. Se volvió hacia los marineros—. Esperen aquí —dijo en francés—. Los llamaré cuando esté lista para partir.

—*Oui, madame* —dijo el marinero de la proa. El otro se apresuró a ayudarla a bajar por el costado. Ella le entregó la gran bolsa de playa que siempre llevaba consigo. Dentro contenía sus zapatos, un vestido de noche, la radio para comunicarse con la lancha, cosméticos, cigarrillos, dinero, y tarjetas de crédito.

El marinero se agachó y acercó el botecito al costado de la lancha. Tiró la bolsa en manos de Jacques, después sujetó el brazo de Jordana y ella saltó. El marinero soltó el botecito en cuanto ella se sentó.

Jordana se acomodó mirando hacia atrás, y Jacques ocupó el timón junto al motor.

—Lamento haber llegado tarde —dijo.

—No es nada —contestó él sonriendo—. ¿Has dormido bien?

—Muy bien. ¿Y tú?

Jacques hizo una mueca.

—No demasiado bien... Estaba... ¿cómo decirlo...? frustrado.

Jordana le miró. Realmente no lo entendía. Mara había dicho que era un *gigoló*, pero las veces que le había dado dinero, se lo había devuelto con una expresión ofendida. Esto no era un negocio, había dicho. Estaba enamorado de ella. Pero, de todos modos, la cosa no tenía sentido. Jacques disponía de un costoso apartamento en Miramar, sobre La Croisette de Cannes, un Citroën SM nuevo, y no parecía faltarle el dinero. Nunca le dejaba pagar una cuenta, como hacían tantos otros, fueran o no fueran *gigolós*. Varias veces lo había visto mirando muchachos, pero nunca había hecho una insinuación en ese sentido estando ella presente. En cierto modo estaba segura de que era bisexual, y tal vez su verdadero amante fuera algún hombre que le había enviado a la Côte d'Azur para pasar el verano, pero la cosa no la molestaba. Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que los bisexuales eran los mejores amantes.

—¿Con todas esas bellezas disponibles en aquella discoteca? —Se echó a reír—. Nunca pensé que llegaras a tener problemas.

«No los tuve», se dijo Jacques a sí mismo, pensando en aquella noche con Gérard. Sintió subir su erección al pensar en el negro dominándole con su estatura y echando hacia atrás la piel del prepucio para dejar al descubierto el púrpura rojizo de su glándula. Se recordó tendiéndose de espaldas como una mujer y alzando las piernas, y la exquisita agonía del gran pene negro en su ano. Había gemido como una mujer y luego gritado cuando su orgasmo le dominó y su semen brotó a chorros y manchó sus vientres fuertemente apretados el uno contra el otro.

—Mira —dijo en voz alta, liberando su erecto pene de su bañador—. ¿Ves lo que haces conmigo? Apenas te veo. Tres veces tuve que darme consuelo a mí mismo la noche pasada.

Ella se echó a reír.

—¿Nadie te ha dicho nunca que eso era malo para ti? Puedes retrasar tu crecimiento haciéndolo demasiado a menudo.

Él no se rio.

—¿Cuándo vas a pasar una noche entera conmigo? —insistió—. Nada más que una vez, para hacer el amor sin que sienta que tienes el ojo puesto en el reloj, para poder gozar libremente el uno del otro.

Jordana rio de nuevo.

—Eres demasiado avaricioso. Olvidas que soy una mujer casada, con responsabilidades. Tengo que volver a casa todas las noches para ver a mis hijos cuando se despiertan por la mañana.

—¿Y sería tan terrible si no lo hicieras? —dijo él con una mueca.

—Entonces dejaría de cumplir la única obligación que me exige mi marido —contestó ella—. Y eso no lo voy a hacer.

—A tu marido no le importa. De otro modo habría venido a verte a ti y a los chicos, por lo menos una vez en estos tres meses —dijo Jacques.

La voz de Jordana fue helada.

—Lo que mi marido haga o no haga no es asunto tuyo.

Jacques sintió de inmediato que había ido demasiado lejos.

—Te quiero. Me estoy volviendo loco de tanto como te deseo.

Jordana asintió lentamente, apaciguada.

—Entonces no saques las cosas de la perspectiva que les corresponde —dijo—. Y si vas a seguir jugando con tu aparato es mejor que vuelvas a llevar el bote mar adentro antes de que nos estrellemos.

—Si lo hago, ¿me besarás?

—No —dijo ella agudamente—. Prefiero tomar un vaso de vino blanco frío.



Estaba borracha. El Papagayo estaba repleto. Las luces de los reflectores eran como una cámara ante sus ojos, el pesado repiquetear de la música rock le torturaba los oídos. Tomó otro sorbo de vino blanco y miró hacia la mesa. Había catorce personas, y todas gritaban para ser escuchadas por encima del ruido de la discoteca.

Jacques hablaba con la inglesa que tenía al lado. Era una actriz que acababa de terminar una película con Peter Sellers, y estaba con un grupo de personas que habían venido desde París para el fin de semana. Jordana los había recogido aquella tarde en la playa. Completó el grupo en L'Escale, donde habían tomado cócteles y habían comido. A medianoche habían ido a la discoteca.

El motivo por el que había reunido a aquella gente era que estaba enojada con Jacques. Él parecía dar las cosas por supuestas. De alguna manera parecía una mujer, aunque, en su caso pensaba que el mundo entero giraba alrededor de su pene. Empezaba a aburrirse de él, pero aparte de algún encuentro ocasional, no había encontrado un sustituto. Fue el aburrimiento lo que la hizo fumar marihuana. Generalmente no fumaba en público. Pero, cuando la inglesa le ofreció un cigarrillo en el lavabo de señoras, se quedó hasta que, entre ambas, terminaron el porro.

Después de eso ya no le importó la velada. Nunca se había reído tanto en su vida. Todos eran terriblemente inteligentes e ingeniosos. Tenía ganas de bailar, pero todos estaban ocupados charlando.

Se levantó de la silla y fue sola a la pista. Abriéndose paso entre la gente, empezó a bailar. Se entregaba a la música, contenta de estar en el Sur de Francia, donde a

nadie le parecía mal que un hombre o una mujer bailaran solos. Cerró los ojos. Cuando los abrió, un negro alto y apuesto bailaba ante ella. Él le clavó la mirada, pero no hablaron. Recordó haberle visto aquel día en la playa; después, a la hora del cóctel, había estado en el bar de L'Escale; ahora estaba aquí. Le había visto sentado en una mesa cercana.

Se movía fantásticamente bien, el cuerpo fluido bajo la camisa, que estaba abierta hasta la cintura y atada en un nudo sobre los vaqueros negros, como pegados con goma al cuerpo. Empezó a seguir el mismo compás que él.

Después de un momento, Jordana dijo:

—Eres norteamericano, ¿verdad?

La voz del negro era sureña.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque no bailas como un francés..., los franceses saltan de aquí para allá..., los ingleses se levantan y se agachan...

El negro rio.

—No me había dado cuenta.

—¿De dónde eres?

—De una comarca ajetreada —dijo él—. Georgia.

—Nunca he estado allí.

—No te pierdes nada —contestó él—. Me gusta más esta tierra. Allá no podríamos hacer esto.

—¿Todavía? —preguntó ella.

—Todavía —dijo él—. Nunca cambian.

Jordana guardó silencio.

—*Je m'appelle Gérard* —dijo el negro.

Quedó sorprendida. Su francés era parisino, sin rastro de acento.

—Tu francés es bueno —dijo Jordana.

—Tiene que serlo —dijo el negro—. Mis padres me mandaron aquí a estudiar cuando tenía ocho años. Volví después, cuando mataron a mi padre..., entonces tenía dieciséis años, pero no lo pude soportar. Volví a París en cuanto reuní un poco de dinero.

Jordana sabía que los colegios franceses no eran precisamente baratos. La familia del negro debía haber tenido dinero.

—¿A qué se dedicaba tu padre?

La voz fue imperturbable.

—Era alcahuete. Pero tenía un dedo puesto en todos los pasteles, como quien dice. Como era negro, a los policías no les gustó la cosa, lo degollaron en un callejón, y le echaron la culpa a otro negro que pasaba. Después ahorcaron al negro y todo quedó en paz.

—Es horrible...

Él se alzó de hombros.

—Mi padre decía que iban a hacerlo algún día. No se quejaba. Vivió bien.

La música resonó con fuerza y se detuvo; el grupo bajó del escenario mientras ponían un disco lento.

—Me ha gustado hablar contigo —dijo Jordana, volviendo hacia la mesa.

El negro la detuvo, tomándola del brazo.

—No es necesario que vuelvas allí.

Jordana no habló.

—Pareces una mujer entretenida, y allí no hay más que pesados —dijo él.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Jordana.

—En un poco de acción. Es algo que heredé de mi padre. Soy un tipo rápido. ¿Por qué no nos encontramos fuera?

Nuevamente no contestó.

—Te he estado observando —dijo el negro—. Tienes que librarte de esa gente. —De pronto sonrió—. ¿Nunca has estado antes con un negro?

—No —contestó ella. Era la verdad.

—Soy mejor que nuestra fama —dijo el negro.

Jordana miró hacia la mesa. Jacques seguía hablando con la inglesa. Tal vez ni siquiera se había dado cuenta de que ella se había levantado. Se volvió hacia Gérard.

—De acuerdo —dijo—. Pero solo disponemos de una hora. Después tengo que irme.

—Sobra con una hora —contestó él riendo—. En una hora, te haré viajar a la luna y volver.

Cuando Jordana salió, él estaba en el muelle frente a la discoteca, contemplando los últimos artistas callejeros que recogían sus instrumentos por esa noche. Se volvió cuando oyó en la acera el ruido de los zapatos de tacón.

—¿Tuviste dificultad para escaparte? —preguntó.

—No —contestó ella—, les dije que iba al lavabo de señoras.

Él hizo una mueca.

—¿Te molesta pasear? Vivo en el extremo de la calle, después de Le Gorille.

—Es la única manera de volar —dijo Jordana, poniéndose a caminar junto a él.

Pese a la hora, todavía había multitud de gente paseando de aquí para allá. Se entretenían contemplando los hermosos yates amarrados a lo largo de la calle. Para muchos, esa diversión era la única que podían pagarse, tras los exorbitantes precios de temporada por las habitaciones y la comida. Los franceses no tienen piedad con los turistas de ninguna nacionalidad, ni siquiera los franceses.

Siguieron por la calle, cruzaron frente a Le Gorille, con su olor a huevos y patatas fritas, y subieron por el estrecho sendero. En mitad de la manzana, se detuvo frente a la puerta de una vieja casa donde había una *boutique* en el piso bajo. Abrió con una llave de hierro de estilo antiguo y apretó un botón para encender las luces del vestíbulo.

—Hay que subir dos pisos.

Jordana asintió y lo siguió por la escalera de madera. El apartamento quedaba en el segundo piso, al frente. Tenía aspecto más moderno. El negro abrió y la hizo pasar.

Jordana entró. El cuarto estaba oscuro. La puerta se cerró tras ella, y al mismo tiempo oyó el clic de la luz. El cuarto se llenó con dos suaves luces rojas procedentes de dos lámparas, una a cada lado de la cama, contra la pared del fondo. Jordana miró el cuarto con curiosidad.

Los muebles eran baratos y ajados, el tipo de muebles que proporcionan los franceses a los veraneantes. En el rincón había un lavabo y, debajo, un bidet giratorio. El váter estaba detrás de una estrecha puerta que parecía un armario. No había bañera, ducha, ni cocina, solo vio un hornillo eléctrico en lo alto de una cómoda, junto a un armario.

El negro advirtió su mirada.

—No es mucho —dijo—, pero es un hogar.

Jordana rio.

—He visto peores. Es una suerte que el baño no esté en el patio.

El negro se acercó a la cómoda y abrió un cajón. Sacó un cigarrillo de marihuana y lo encendió. El dulce aroma ácido llegó al olfato de Jordana; él se lo tendió.

—No tengo nada para beber.

—Está bien así —dijo ella, aspirando el cigarrillo—. Es buena hierba.

El negro sonrió.

—Me la dejó un amigo que acaba de llegar de Estambul. También me dejó un poco de buena coca. ¿La has probado alguna vez?

—A veces —dijo ella, pasándole el cigarrillo. Lo miró mientras él aspiraba. Dejó a un lado su bolso de playa y avanzó hacia él. Sintió el zumbido en su cabeza y la humedad entre sus piernas. Era realmente una buena hierba, si una sabía apreciarla. Tiró del nudo de la camisa de él.

—¿Hemos venido a hablar o a joder? —preguntó—. Solo tengo una hora.

Deliberadamente, él dejó el cigarrillo en el cenicero y tiró hacia abajo de los hombros de su blusa transparente, dejando al desnudo sus pechos. Cogió uno con cada mano, apretando los pezones entre el índice y el pulgar hasta que el dolor la atravesó.

—Putita blanca —dijo sonriendo.

La sonrisa de ella era tan provocativa como la de él.

—¡Negro!

Las manos sobre los hombros siguieron apretando hasta ponerla de rodillas ante él.

—Será mejor que aprendas a rogar un poco si quieres algo de polla negra en tu caliente coño.

Tenía deshecho el nudo de la camisa, y ahora tiró de la cremallera de sus tejanos. No llevaba nada debajo, y su falo saltó libre cuando soltó sus pantalones hacia abajo hasta la altura de sus rodillas. Ella puso una mano en su miembro y lo atrajo hacia su boca.

La mano del hombre le apartó la cara.

—¡Pide! —dijo secamente.

Ella alzó la vista hacia él.

—Por favor —susurró.

Él sonrió y relajó sus manos, dejando que ella tomara el miembro en su boca, mientras buscaba en el abierto cajón de la cómoda y sacaba un pequeño frasquito lleno de cocaína. La minúscula cucharilla de oro estaba atada al tapón con una cadenita de cuentas. Expertamente, tomó una cucharada y la aspiró por cada orificio nasal. Luego bajó la vista hacia ella.

—Tu turno —dijo.

—Soy feliz —dijo ella—. No la necesito.

Él tiró de su pelo, echando brutalmente su cabeza hacia atrás.

—¡Putita blanca! —La hizo ponerse de pie, llenó una cucharada, y se la metió por un agujero de la nariz—. Haz lo que te digo. ¡Aspira!

Ella aspiró, y el polvo ascendió de la cucharita al interior de su nariz. Casi al mismo segundo él había llenado la cucharita de nuevo y se la metía por el otro orificio nasal. Esta vez aspiró sin que él tuviera que decir nada. Sintió la ligera

insensibilidad en su nariz casi inmediatamente, luego el polvo estalló en su cerebro, y sintió su fuerza derramarse directamente en sus genitales.

—¡Dios! —exclamó—. Esto es una locura. Lo he alcanzado con solo respirarlo. Él se rio.

—Aún no has visto nada, pequeña. Voy a mostrarte algunos trucos que mi papi me enseñó con este mejunje.

Un momento después estaban desnudos en la cama, y ella se estaba riendo. Nunca se había sentido tan bien. Él tomó otra cucharadita y la restregó por sus encías, haciendo luego lo mismo con ella. Luego lamió sus pezones hasta que estuvieron mojados de su saliva, y espolvoreó un poco del polvo blanco en ellos, y empezó a trabajarlos con su boca y dedos.

Ella nunca había visto que le crecieran tanto y se le pusieran tan duros. Tras unos momentos, pensó que iban a estallarle con el agonizante placer. Empezó a gemir y a retorcerse.

—Jódeme —dijo—. ¡Jódeme!

—Todavía no —rio él—. Apenas acabamos de empezar. —Dobló las piernas de ella hacia atrás y espolvoreó la coca sobre su clítoris, luego metió la cabeza entre sus piernas.

Al cabo de un momento, ella estaba gritando como nunca había gritado antes. Cada orgasmo parecía llevarla más y más arriba de lo que la había llevado ninguno en su vida. Se estiró hacia abajo en busca del falo del hombre y, al encontrarlo, se retorció de modo que fue capaz de metérselo en la boca. Empezó a chuparlo ávidamente.

Repentinamente, él la apartó. Ella se lo quedó mirando, casi incapaz de respirar. Gérard estaba de rodillas entre sus piernas, dominándola con su falo. Tomó el frasquito y espolvoreó hasta que el brillante y húmedo glánde pareció como lleno de azúcar. Entonces abrió ampliamente las piernas de ella y la penetró muy lentamente.

Ella sintió sus pulmones congestionados. Sintió el vibrante miembro muy adentro en sus entrañas. Lentamente, él empezó a moverse, con cuidado al principio, con largas y suaves embestidas, después aumentó el ritmo hasta terminar golpeándola con fuerza.

En algún lugar en la distancia se oyó a sí misma gritando a medida que orgasmo tras orgasmo la rasgaban de arriba abajo. Nunca había sido así antes. Nunca. Ella, que siempre había pensado que este tipo de excitación sexual era solamente algo que la gente leía o de lo que hablaba, una especie de juego del que se servía para ocultar sus sentimientos. Y si era cierto, sintió que era algo que estaba más allá de su capacidad de sentir. Para ella, el sexo era su triunfo sobre el macho; cualquier satisfacción que obtuviera además era algo puramente accidental. Pero esto era distinto. Ahora estaba siendo usada, le estaban dando placer, recibía, daba, se sentía completa.

Finalmente no pudo soportarlo más.

—Para —gritó—. ¡Por favor, para!

El cuerpo del hombre descansó sobre ella; su miembro aún seguía duro en su interior. Alzó la vista hacia Gérard. A la débil luz roja, la fina pátina de sudor que cubría su rostro y pecho tenían un brillo cobrizo. Sus dientes relucieron blancos cuando sonrió.

—¿Estás satisfecha, señora blanca?

Ella asintió lentamente con la cabeza.

—¿Y tú?

—No —dijo él—. Esta es la única cosa que mi papi no me dijo. Afánate para hacer feliz a una dama, y eso hará que tú no lo consigas nunca.

Ella se lo quedó mirando durante un largo momento, luego, repentina e irresistiblemente, se echó a llorar.

Él la observó un instante, luego, sin decir nada, saltó de la cama y se dirigió al lavabo. Inclínandose, hizo girar el bidet hacia afuera y abrió el grifo del agua. Se alzó y la miró.

—Hay que dejarla correr unos minutos para conseguir agua caliente —explicó.

Abrió el armario de encima del lavabo y tomó una toallita pequeña, que colgó de la conexión de los grifos. Probó el agua con un dedo.

—Está a punto para ti —dijo.

Ella lo miró sin hablar.

—Dijiste que solo tenías una hora, ¿no? —preguntó él.

Ella asintió, sentándose.

—No sé si podré andar.

Él sonrió.

—Estarás bien en cuanto te muevas un poco.

Ella saltó de la cama. Tenía razón. Tras el primer paso, la fuerza volvió a sus miembros. Se sentó en el bidet, con las piernas abiertas, y tomó el jabón y la toallita que le tendía él. Se lavó rápidamente. El agua templada la refrescó. Tomó la toalla y se secó, luego empezó a vestirse mientras él se lavaba.

—Lamento que tú no lo hayas conseguido —dijo sinceramente.

—No importa —dijo él—. Te prometí un viaje a la luna, y deseaba que lo tuvieras.

—Ya lo creo que lo he tenido —dijo ella—. Nunca lo olvidaré.

Él parecía vacilante.

—¿Quizá podamos hacerlo de nuevo alguna otra vez?

—Quizá —dijo Jordana. Ya vestida, sacó la cartera y extrajo algún dinero. Desprendió unos billetes grandes y se los tendió—. Espero que no lo tomes a mal.

El negro tomó el dinero.

—No me viene mal —dijo—, pero no era necesario.

—No te he dado otra cosa —dijo ella.

—Me has dado mucho, señora —dijo el negro—. Dejaste a todos tus amigos para venir conmigo. Eso es mucho.

Algo en el tono de la voz de él le llamó la atención.

—¿Me conoces?

El negro agitó da cabeza.

—No.

—¿Entonces por qué has dicho eso?

—Te vi en la playa —dijo él—. Cuando aquel hombre mandó a Jacques a encontrarse contigo.

—¿Conoces a Jacques? —preguntó Jordana.

—Sí —dijo él—. Anoche me acosté con él.

Ella guardó silencio un momento.

—¿Jacques...?

El negro asintió.

—Prefiere hacer de mujer.

—¿Y tú?

—Me gusta joder —dijo—. No me importa con quién.

—¿Conoces al hombre que habló con Jacques?

—Nunca le he visto antes. Tiene pelo oscuro, y habla francés con acento árabe. Le oí decir que Jacques tenía que conseguir algo esta noche, porque tú te ibas para California mañana, y que Jacques no debía preocuparse porque había arreglado la cosa de manera que la San Marco no pudiera llevarte de regreso a Cannes.

Súbitamente, todo se aclaró en la cabeza de Jordana. Yusef era el único enterado de que ella se iba mañana. Había venido desde París para arreglar los pormenores del vuelo, siguiendo instrucciones de Baydr.

Tiempo atrás le habían dicho que había una relación entre Yusef y la princesa Mara. Y Mara la había impulsado hacia Jacques. Lo que no entendía era el beneficio que podía obtener Yusef de eso. A menos... a menos que quisiera usarlo para ponerla a mal con Bayrd.

Un desconocido sentimiento de terror la traspasó. Yusef nunca había simpatizado con ella, pero eso no bastaba para explicar lo que intentaba hacer. Lo cierto es que no lo entendía. Lo único que sabía es que era conveniente volver a la villa esa noche.

Pero había un problema. No había taxis en St. Tropez después de medianoche. Y ella había dado la noche libre a Guy, su chófer, de manera que no podía contar con el coche.

Miró a Gérard.

—¿Tienes coche?

—No.

—¡Caramba! —Una expresión preocupada cruzó por su cara.

—Tengo una moto —dijo él—. Puedo llevarte si te sientas detrás.

—Eres un encanto —dijo Jordana, sonriendo bruscamente. Le echó los brazos al cuello en un súbito estallido de alivio y le besó en la mejilla—. Nos divertiremos mucho.

El negro dejó caer los brazos, súbitamente turbado.

—No estés tan segura, señora. Veremos qué piensas después de llegar allí.

Hacia unas dos horas que habían dejado París. Las azafatas se preparaban para servir el almuerzo. Jordana miró a Yusef.

—Tengo un poco de sueño.

Yusef desabrochó el cinturón de seguridad y se puso de pie.

—Haré que le preparen en seguida los asientos. —Miró a Diana, la secretaria de Jordana. La muchacha estaba amodorrada en el asiento junto a él, del lado de la ventanilla, con el vaso sin terminar en la bandeja que tenía delante.

Se dirigió al camarero, que estaba cerca de la cocina.

—*Madame* Al Fay quiere descansar.

—Pero ya vamos a servir el almuerzo —protestó el camarero.

—*Madame* no tiene hambre.

—*Oui monsieur* —dijo rápidamente el camarero. Dejó la cocina y cruzó las cortinas que separaban la primera clase de las otras dependencias.

Yusef se volvió y miró a Jordana. Los ojos de ella estaban totalmente ocultos por las grandes gafas oscuras, pero no había ni una línea en su cara que indicara que no había dormido la noche antes. Miraba la revista de Air France que tenía sobre las rodillas, y bebía a sorbitos un vaso de vino blanco.

Él reprimió un bostezo. Estaba exhausto. Había permanecido despierto desde las cuatro de la mañana, cuando Jacques lo había llamado desde St. Tropez para decirle que Jordana había desaparecido.

La San Marcos seguía en el puerto, y no había señales de ella en ninguna parte de la ciudad. Jacques había recorrido todos los restaurantes y discotecas que estaban abiertos. Yusef había colgado el teléfono furioso.

No podía hacer nada excepto ir a la villa por la mañana para llevar a Jordana al aeropuerto. Y no había podido dormir. Todo el dinero que había dado a Jacques, todos los planes que había hecho, no habían servido de nada. Incluso cuando ordenó al mecánico del concesionario Citroën que retirara el coche a Jacques aquella misma mañana, la cosa no le había proporcionado ninguna satisfacción.

Jordana estaba en la villa desayunando cuando Yusef llegó a las nueve. Ella no dijo nada acerca de la noche, ni mencionó de qué manera había vuelto a casa. Como por descuido, se había enterado por uno de los guardias de seguridad de la villa que había llegado en taxi desde Cannes a eso de las cinco de la madrugada.

En la limusina, camino al aeropuerto, había realizado los preparativos para el vuelo. Disponían de los últimos cuatro asientos de la primera clase. Dos eran para Jordana. Él y la secretaria ocuparían los asientos de detrás. También había reservado los tres primeros asientos de la sección turista, para que, cuando ella quisiera descansar, pudiera tumbarse allí. También el problema del equipaje había sido

arreglado especialmente. Iba a ser colocado en la cabina para que no tuviera que esperar por él en Los Ángeles. Un agente especial de la aduana de los Estados Unidos les aguardaría al llegar, y podrían pasar rápidamente al helicóptero que iba a trasladarles al Rancho del Sol. La llegada para el 003 de Air France estaba prevista para las 4 de la tarde, hora de Los Ángeles; la cena en el Rancho del Sol estaba fijada para las 8 de la noche. Si todo se realizaba de acuerdo al plan, le quedaría tiempo de sobra de vestirse para la cena.

El camarero volvió.

—Todo está listo para *Madame*.

—Gracias —dijo Yusef. Volvió al asiento—. Arreglado —le dijo.

Jordana asintió y se puso de pie. Abrió luego la cartera, sacó un tubito, y puso dos píldoras en la mano. Las tragó rápido con un sorbo de vino.

—Es para estar segura de que dormiré.

—Naturalmente.

—Por favor, que me despierten una hora y media antes de aterrizar.

—Me ocuparé de eso —dijo él—. Descanse.

Jordana lo miró fijamente un momento.

—Gracias.

La vio desaparecer tras las cortinas y hundirse en el asiento. Junto a él, Diana se movió pero no abrió los ojos. Miró su reloj y luego por la ventanilla. Faltaban todavía once horas. Esta vez no reprimió un bostezo. Cerró los ojos, esperando poder descansar un poco.

Air France se había portado bien. Unas cortinas provisionales, como las que se usan para la tripulación del vuelo de regreso o para esos vuelos extra largos, sin paradas, habían sido colocadas alrededor de los asientos. Las cortinas de la ventanilla estaban corridas, y estaba todo oscuro cuando Jordana se echó y se cubrió con la manta.

Permaneció quieta esperando que las píldoras para dormir hicieran efecto. Empezó a sentir la dolorosa protesta de su cuerpo a medida que el agotamiento se apoderaba de ella. Todavía le parecía oír el ruido de la motocicleta en el camino mientras corrían hacia Cannes al amanecer. Había hecho que Gérard la dejara en la estación de ferrocarril, en el centro de la ciudad. Allí siempre había taxis.

Le había ofrecido dinero, pero él había rehusado.

—Ya me diste bastante —había dicho.

—Gracias —dijo ella.

Gérard puso en marcha la moto.

—Búscame cuando vuelvas a St. Tropez.

—Lo haré. Y gracias de nuevo.

Él tomó el casco que le había prestado y lo ató en el asiento de atrás.

—Adiós.

—Adiós. —Dio gas y partió. Jordana le vio girar la esquina en dirección al mar, y

después había caminado hasta el primer taxi que estaba en la fila y lo había tomado.

Había amanecido y eran un poco más de las cinco cuando entró en su dormitorio, en la villa. Las maletas, bien acomodadas, estaban contra la pared, abiertas para el caso de que quisiera poner algo más en el último momento. Una nota de su secretaria estaba colocada contra la lámpara de la mesita de noche. La recogió. Era escueta, en el estilo habitual de Diana:

- *Partida de la villa: 9 a. m.*
- *Partida Niza-París: 10 a. m.*
- *Partida París-Los Ángeles: 12 horas.*
- *Llegada a Los Ángeles: 4 p. m. hora de la costa del Pacífico.*

Había mirado de nuevo el reloj. Si quería desayunar con los chicos a las siete no valía la pena acostarse. Sería mejor procurar dormir en el avión. Fue al cuarto de baño, abrió el armario de medicinas y sacó un tubo de tabletas. Se metió un Dexamil en la boca y lo tragó con un poco de agua. Esto la mantendría despierta por lo menos hasta que el avión partiera de París.

Lentamente empezó a desvestirse. Cuando quedó desnuda, se miró en el espejo de cuerpo entero en la pared del cuarto de vestir.

Tenía leves moratones en los pechos, donde Gérard los había apretado, pero no podían verse en la escasa luz y, durante el día, un poco de maquillaje para el cuerpo los cubriría. Su vientre era lo suficientemente plano, y no había carne de más en las caderas o en los muslos. Puso la mano en su pubis y apartó delicadamente el suave vello rubio, examinándose críticamente. Su vagina estaba dura e hinchada y parecía ligeramente enrojecida e irritada. Un débil cosquilleo la atravesó al recordar la forma en que el negro la había tomado. Nunca había soñado que pudiera gozar como lo había hecho. Se volvió otra vez hacia el armario de las medicinas y sacó un paquete de Massengill. Una ducha no le iba a hacer daño y sería refrescante. Mientras preparaba la solución, otro pensamiento cruzó por su mente.

¿Y si el negro tenía alguna enfermedad venérea? Siempre había una posibilidad, especialmente desde que sabía que era bisexual. En alguna parte había leído que los homosexuales tenían el promedio más alto de enfermedades venéreas. Abrió otra vez el armario de medicinas. En esta ocasión tomó dos tabletas de penicilina. Puso el tubo en la cartera para no dejar de tomarlas en los días siguientes.

El Dexamil empezaba a hacer efecto y, cuando terminó de lavarse, fue directamente a la ducha. Caliente y frío, caliente y frío, caliente y frío, tres veces, como le había enseñado Baydr. Cuando salió de la ducha se sintió tan fresca como si hubiera dormido toda la noche. Se sentó ante el tocador y empezó a maquillarse. Después se vistió y descendió las escaleras para reunirse con los chicos.

Los niños se sorprendieron al verla. Generalmente ella no les acompañaba para el desayuno. En lugar de esto, iban al cuarto de Jordana cuando esta se despertaba, cosa

que generalmente ocurría poco antes de que almorzaran.

—¿Adónde vas, mamá? —preguntó Mohammed.

—Voy a California a reunirme con tu padre. La cara del chico se había iluminado.

—¿Nosotros vamos también?

—No querido. Es un viaje rápido. Nada más que unos días.

El chico se quedó visiblemente desilusionado.

—¿Volverá papá contigo?

—No lo sé —dijo. Era la verdad. No lo sabía. Bayrd solo le había pedido que se reuniera con él. No había hablado de sus futuros planes.

—Espero que venga —dijo Samir.

—Yo también lo espero —contestó ella.

—Quiero que papá sepa que hablamos bien en árabe —dijo el más pequeño.

—¿Se lo dirás, mamá? —preguntó Mohammed.

—Se lo diré. Baydr se sentirá muy orgulloso. Ambos chicos sonrieron.

—Dile también que lo echamos de menos —dijo Mohammed.

—Lo haré.

—¿Por qué no viene papá a casa como los otros padres? Los padres de mis amigos van a su casa todas las noches. ¿Acaso no nos quiere?

—Baydr os quiere a los dos, pero está muy ocupado y tiene mucho trabajo. Desea venir a casa, pero no es posible.

—Quisiera que viniera a casa como hacen otros padres —dijo Samir.

—¿Qué pensáis hacer hoy? —había preguntado Jordana para cambiar de tema.

La cara de Mohammed se iluminó.

—La *nanny* nos va a llevar a una comida campestre.

—¡Ah, cómo os vais a divertir!

—Será precioso —dijo el chico—, pero nos divertimos más cuando papá nos lleva a hacer esquí acuático.

Jordana había mirado a sus hijos. Algo en las caras serias y en los grandes ojos oscuros le llegó al corazón. En muchos sentidos eran como miniaturas de su padre, y a veces pensaba que no podía hacer mucho por ellos. Los chicos necesitaban un modelo paterno. Se preguntó si Baydr sabía esto. A veces se preguntaba si a Baydr le importaba alguna cosa además de los negocios.

La *nanny* entró en el cuarto.

—Hora de la lección de equitación —dijo, con su seco acento escocés—. El profesor está aquí.

Los chicos saltaron de las sillas y corrieron hacia la puerta.

Un momento —dijo la *nanny*—. ¿No habéis olvidado algo?

Los dos chicos se miraron; después, avergonzados, volvieron junto a su madre. Tendieron las mejillas para que los besara.

—Tengo una idea —dijo Samir, mirándola.

Jordana miró al pequeño y una sonrisa apareció en su cara. Sabía lo que iba a

decir.

—Te escucho.

—Cuando vuelvas, nos traerás un regalo sorpresa —dijo él seriamente—. ¿No te parece una buena idea?

—Es una buena idea. ¿En qué clase de regalo estás pensando?

Se inclinó y murmuró algo en el oído de su hermano. Mohammed asintió.

—¿Conoces esas gorritas de béisbol que usa papá cuando está a bordo? —preguntó.

Jordana asintió.

—¿Podrías traernos una?

—Lo intentaré.

—Gracias, mamá —dijeron a coro. Jordana volvió a besarlos, y los chicos salieron corriendo sin mirar atrás. Permaneció un momento sentada a la mesa, después se levantó y regresó a su cuarto. A las nueve, cuando Yusef llegó con la limusina, ya le estaba esperando.



El zumbido del avión y las píldoras para dormir empezaban a hacer efecto. Jordana cerró los ojos y pensó en Yusef. ¿Qué había intentado hacer? ¿Actuaba por su cuenta o siguiendo instrucciones de Baydr? Era raro que Baydr se hubiera ido por casi tres meses. Era más tiempo del que jamás habían estado separados. Y no se trataba simplemente de otra mujer. Ella lo conocía muy bien. Se había enterado de las mujeres que había tenido Baydr antes de haberse casado con él. Del mismo modo que él conocía las aventuras que ella había tenido.

No, esto era otra cosa. Algo más profundo y más importante. Pero nunca podría saberlo a menos que se lo dijera.

Aunque se había occidentalizado en muchos sentidos y ella se había hecho musulmana, estaban separados por mil años de filosofías diferentes. Porque, aunque el Profeta había concedido a las mujeres más derechos de los que nunca habían tenido hasta ahora, no les había concedido la igualdad total. De hecho, todos sus derechos estaban sujetos al capricho del hombre.

Aquello estaba claro en su relación. Ella lo sabía y él lo sabía. No había nada que no pudiera quitarle si quería, incluso sus hijos.

Un frío estremecimiento la atravesó. Después rechazó el pensamiento. No, Baydr nunca haría eso. Todavía la necesitaba en muchos sentidos. Como ahora, cuando quería que apareciera junto a él en el mundo occidental, para que no lo consideraran tan extranjero.

Ese fue el último pensamiento de Jordana antes de quedarse dormida.

cuatro

El sol del mediodía se filtraba entre los árboles en el porche del Polo Lounge de Beverly Hills, trazando delicadas líneas en los manteles rosados. Baydr estaba sentado a la sombra de uno de los reservados, protegido del sol. Carriage y los dos japoneses estaban frente a él. Los observaba mientras terminaban de almorzar.

Meticulosamente, los tenedores y los cuchillos fueron colocados a lo largo del plato, a la manera europea, para indicar que habían terminado de comer.

—¿Café? —preguntó Baydr.

Asintieron. Hizo una seña al camarero y ordenó cuatro cafés. Les ofreció cigarrillos, que ellos rehusaron. Baydr encendió uno y los miró.

El japonés de más edad dijo algo en su idioma a su socio. El más joven se inclinó sobre la mesa.

—El señor Hokkaido pregunta si ha tenido usted tiempo de considerar nuestra proposición.

Baydr se dirigió al más joven, aunque sabía que Hokkaido entendía cada palabra.

—Lo he pensado.

—¿Y? —el joven no pudo contener su ansiedad.

Baydr vio el relámpago de desaprobación en la cara del viejo, un relámpago que desapareció instantáneamente.

—No dará resultado —dijo—. Los acuerdos son enteramente unilaterales.

—No entiendo —dijo el joven—. Estamos dispuestos a construir los diez petroleros por el precio que usted ofreció. Lo único que pedimos es que use nuestros Bancos para financiarlos.

—No creo que hayan entendido —dijo Baydr tranquilamente—. Hablan ustedes de hacer una venta, y yo estoy interesado en formar un consorcio. No tiene sentido competir por la compra de ciertas propiedades. Lo único que conseguimos es hacer subir el precio que últimamente pagamos. Tomemos el Rancho del Sol, por ejemplo. Uno de los grupos de ustedes acaba de comprarlo.

—Fue otro grupo, no el nuestro —dijo el más joven rápidamente—. Pero yo ignoraba que usted estuviera interesado en él.

—No lo estaba —dijo Baydr—. Pero hay otro gran asunto en esa área en el que estamos interesados, y también lo está el grupo de ustedes. El resultado final es que el precio ofrecido casi se ha duplicado y, el que lo consiga, sea quien sea, habrá perdido antes de empezar.

—¿Negocia usted por medio de su Banco en La Jolla? —preguntó el joven.

Baydr asintió.

El joven se volvió hacia Hokkaido y habló rápidamente en japonés. Hokkaido escuchó atentamente, asintiendo, después replicó. El joven se volvió hacia Baydr.

—El señor Hokkaido lamenta que nos encontremos en competencia por esa propiedad, pero dice que las negociaciones se iniciaron antes de que nos pusiéramos en contacto.

—Yo también lo lamento. Por eso me he dirigido a ustedes. Buscando un acercamiento. Ninguno necesita el dinero del otro. Cada uno tiene más que suficiente por sí solo. Pero, si trabajamos juntos, quizá podamos ayudarnos y sernos útiles en otros asuntos. Por eso he hablado de que construyan los petroleros para nosotros.

—Pero incluso eso lo pone usted difícil —dijo el joven—. Construiremos los diez petroleros que usted desea, pero ¿dónde encontraremos diez buques petroleros para dárselos de inmediato? No los hay en el mercado.

—Lo sé, pero la compañía naviera de ustedes tiene más de un centenar. Será para ustedes muy sencillo transferirlos a nuestra compañía, una compañía en la que cada uno de nosotros poseerá el cincuenta por ciento. De este modo ustedes no perderán el beneficio.

—Perderemos el cincuenta por ciento de los ingresos que producen los buques —dijo el joven—. Y no vemos con qué remplazarlos.

El cincuenta por ciento de los ingresos de los supertanques adicionales que están ustedes construyendo compensará ampliamente eso —dijo Baydr—. Y el cincuenta por ciento de la inversión extranjera suministrada por mí seguramente será visto favorablemente por el gobierno de ustedes.

—No hemos tenido dificultades en hacer aprobar nuestras inversiones extranjeras —dijo el joven.

—Las condiciones del mundo cambian —dijo Baydr con suavidad—. Una recesión en el mundo occidental podría alterar la balanza de pagos.

—Por ahora no hay nada de eso en el horizonte —dijo el joven.

—Nunca se sabe. Un cambio en el suministro de energía del mundo podría llevar a la tecnocracia a un frenazo en seco. Entonces tendrían que afrontar ustedes dos problemas. Uno, la disminución de clientes, otro la imposibilidad de mantener el promedio de productividad.

Nuevamente, el joven se dirigió a Hokkaido. El hombre de más edad asintió levemente mientras escuchaba. Después se volvió hacia Baydr y habló en inglés.

—Si aceptamos su propuesta, ¿usarán ustedes los petroleros para llevar petróleo al Japón?

Baydr asintió.

—¿Exclusivamente?

Baydr asintió otra vez.

—¿Cuánto petróleo podrá garantizarnos? —preguntó Hokkaido.

—Eso dependerá de lo que permita mi Gobierno. Creo que bajo circunstancias apropiadas, se podrá llegar a un acuerdo totalmente satisfactorio.

—¿Podrá usted obtener una cláusula de nación más favorecida?

—Puedo obtenerla.

Hokkaido guardó silencio un momento. Sus siguientes palabras fueron muy claras y precisas.

—Resumiendo, señor Al Fay: usted dice que si le damos ahora cinco barcos a mitad de precio y construimos cinco barcos más con nuestro dinero, tendrá entonces la amabilidad de usar nuestros barcos para llevar a nuestro país el petróleo que le compraremos a usted.

Baydr no contestó. Su cara seguía impávida. El japonés sonrió súbitamente.

—Ahora sé por qué lo llaman el Pirata. Es usted un samurai de verdad. Pero tendré que discutir el asunto con mis asociados del Japón.

—Lógicamente.

—¿Está usted dispuesto a venir a Tokio si decidimos seguir adelante?

—Sí.

El japonés se puso de pie. Baydr también se levantó. El señor Hokkaido se inclinó y tendió la mano.

—Gracias por su gratísimo e informativo almuerzo, señor Al Fay.

Baydr le estrechó la mano.

—Gracias por el tiempo y la paciencia que me han concedido.

Carriage firmó la cuenta cuando los japoneses se fueron.

—No sé de qué se quejan —dijo con una sonrisa—. Nosotros pagamos el almuerzo. —Y añadió—: Michael Vincent nos espera en el *bungalow*.

—De acuerdo. —Después de un momento Baydr preguntó—: ¿A qué hora llega el avión de Jordana?

—La llegada está fijada para las cuatro —contestó Dick—. He comprobado la hora antes de almorzar. Viene con quince minutos de retraso. Pero debemos salir del hotel a las tres y media.

Atravesaron el oscuro Polo Lounge y volvieron a salir a la luz para seguir el sendero que llevaba a los *bungalows*. Los pasos resonaban en el nuevo suelo de cemento.

—¿Ha verificado los preparativos en el Rancho del Sol? —preguntó Baydr.

Carriage asintió.

—Todo está listo. Hemos reservado para usted una casa privada cerca del edificio principal, sobre el campo de golf. La gente del Banco está inscrita en el mismo club. La cena tendrá lugar en una sala privada, con cócteles previos. Esto nos dará a todos oportunidad para conocernos.

—¿Alguna cancelación?

—No. Todos irán. Sienten tanta curiosidad respecto a usted como usted respecto a ellos.

Baydr rio.

—Me pregunto qué pensarían si me presentara con el traje tradicional...

Carriage rio con él.

—Probablemente se cagarían. He oído decir que sospechan que es usted un

salvaje. El grupo de aquí es muy *snob*. Todos blancos anglosajones. Ni judíos, ni católicos, ni extranjeros.

—Entonces se quedarán encantados con Jordana —dijo Baydr. Y era verdad. Jordana era una muchacha nacida y criada en California, no una recién llegada.

—Así es —contestó Carriage. Pero de todos modos no será fácil. He notado falta de entusiasmo por su parte en la consecución de nuevos negocios, y hemos perdido algunas cuentas importantes desde que dirigimos el Banco.

—Según los informes, ellos le echan la culpa al control judío sobre los Bancos de Los Ángeles.

—Esa es una excusa demasiado fácil para que me satisfaga. Siempre desconfío cuando me dicen algo que suponen va a gustarme. Hicieron una chapuza con la oferta del Rancho del Sol y dejaron que los japoneses contra ofertaran.

—Dicen que los japoneses trabajaban por intermedio de los Bancos de Los Ángeles.

—No me convence. Debimos tenerlo todo arreglado antes de que se enteraran en Los Ángeles. Eso les dio tiempo para que el asunto llegara a Tokio y volviera.

Llegaron al *bungalow*. Carriage abrió la puerta, y entraron en la cabaña. El cuarto fresco, con aire acondicionado, era agradable tras el calor del sol.

Vincent se puso de pie, con el inevitable vaso de whisky sobre la mesa de cócteles que tenía ante sí.

—Baydr, me alegro de volver a verle.

—Siempre es bueno volver a verle a usted, amigo. —Se estrecharon la mano, y Baydr dio la vuelta a la mesita, se dirigió al diván y se sentó—. ¿Cómo anda ese guión?

—Por eso deseaba verle. Al principio creí que iba a ser fácil. ¿Sabe? Como mis películas sobre Moisés y Jesús, donde siempre hay algunos milagros con los que se puede contar para la excitación visual. El cruce del mar Rojo por parte de los israelitas, la Resurrección. Pero aquí no hay nada de eso. Su Profeta no hizo milagros. Era simplemente un hombre.

Baydr rio.

—Es cierto. Nada más que un hombre. Como todos nosotros. Ni más ni menos. ¿Le ha molestado eso?

—Cinematográficamente, sí —contestó Vincent.

—A mí me parece que ese hecho debe volver el lenguaje del Profeta más convincente y dramático. El hecho de que un hombre como cualquiera de nosotros haya podido transmitir las revelaciones de Alá a sus prójimos. ¿Y no le sugiere nada la persecución por parte de los árabes paganos, las provocaciones de los judíos y los cristianos, el destierro y la fuga desde Medina? ¿Y qué me dice de la lucha del Profeta para regresar a La Meca? Me parece que ahí hay tema como para hacer varios films.

—Para el mundo musulmán tal vez, pero dudo que al mundo occidental le guste

la idea de ser el villano de la película. Y usted quiere que esa película sea exhibida en todo el mundo, ¿verdad?

—Sí.

—Ahí está el problema —contestó Vincent. Tomó el vaso y lo vació de un trago—. Tendremos que solucionar esto antes de empezar el argumento.

Baydr guardó silencio. La verdad del Corán era evidente, ¿dónde estaba pues el problema? Los no creyentes ni siquiera querían escuchar. Si, por una sola vez, abrieran sus mentes y sus corazones al mensaje del Profeta, la luz llegaría a ellos. Miró pensativo al director.

—Si no recuerdo mal, en su película sobre Cristo, él era crucificado por los romanos y no por los judíos, ¿verdad?

Vincent asintió.

—¿No es esto contrario a la verdad? —le preguntó Baydr—. En realidad, ¿no fueron los judíos los que condenaron a Jesús a morir en la cruz?

—Hay diferentes opiniones —dijo Vincent—. Como Cristo era judío y fue traicionado por uno de sus apóstoles, Judas, que también era judío, y como era detestado por los rabinos de los templos ortodoxos por amenazar su poder y su autoridad, muchos creen que los judíos impulsaron a los romanos para que lo crucificaran.

—Pero los romanos eran los villanos del film, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces tenemos la respuesta —dijo Baydr—. Haremos la película basándola en el conflicto del Profeta con los Quraish, conflicto que le llevó a huir de Medina. Las guerras del Profeta en realidad no fueron contra los judíos, que aceptaban el principio de un solo Dios, sino contra las tres grandes tribus árabes que adoraban a muchos dioses. Fueron esas tribus las que lo expulsaron de La Meca, no los judíos.

Vincent le clavó la mirada.

—Recuerdo haber leído eso, pero nunca lo había mirado bajo esa luz. De alguna manera he sentido que los árabes siempre habían estado con él.

—No al principio —dijo Baydr—. Las tribus Quraish eran árabes paganos que adoraban a muchos dioses, y fue a ellos más que a los judíos y a los cristianos a quienes Mahoma dirigió sus enseñanzas sobre el verdadero Alá. Fue a ellos a los que primero llamó «no creyentes».

—Intentaré ese ángulo —dijo Vincent. Volvió a llenar el vaso y miró a Baydr desde el otro lado de la mesa—. ¿Está seguro de que no le interesa escribir conmigo el argumento?

Baydr rio.

—Soy un hombre de negocios, no escritor. Eso está a su cargo.

—Pero usted conoce la historia mejor que nadie.

—Vuelva a leer el Corán. Entonces quizá verá usted lo que yo veo. —Se puso de pie—. Yusef llegará hoy al caer la tarde y nos reuniremos antes del fin de semana.

Ahora, le ruego que me disculpe, pero debo ir al aeropuerto a recibir a mi mujer.

Vincent se puso de pie.

—No le detengo entonces. Pero me alegro de que hayamos hablado. Creo que me ha puesto usted en el buen camino. Me pondré a trabajar en seguida en el argumento visto desde este nuevo ángulo.

Se dieron la mano, y Vincent dejó el *bungalow*. Baydr se volvió hacia Carriage.

—¿Qué opina? —preguntó.

—Si quiere usted conocer mi opinión, jefe, creo que debería usted pagarle y olvidar el asunto. Lo único que se puede garantizar en una película como esa son las pérdidas.

—El Corán enseña que el hombre puede enriquecerse de muchas maneras con sus acciones: buscando no solo el beneficio, sino el bien.

—Espero que tenga razón, pero de todos modos yo tendría mucho cuidado antes de seguir adelante con el film.

—Es usted un joven extraño. ¿Nunca piensa más que en dólares y centavos?

Carriage enfrentó su mirada.

—Cuando trabajo sí. No creo que me haya contratado usted por mis habilidades sociales.

—Supongo que no —dijo él—. Pero hay cosas más importantes que el dinero.

—No es a mí a quien corresponde tomar la decisión —dijo Dick—, y menos tratándose de su dinero... —Empezó a colocar algunos papeles en su carpeta—. Mi tarea consiste en hacerle conocer todos los riesgos. Lo demás depende de usted.

—¿Y usted cree que el film es arriesgado?

—Muy arriesgado.

Baydr se lo pensó un momento.

—Lo tendré en cuenta antes de seguir adelante. Volveremos sobre el asunto cuando se haya escrito el argumento y se haya hecho el presupuesto.

—Sí, señor.

Baydr se dirigió a la puerta de su dormitorio.

—Gracias, Dick —dijo tranquilamente—. No crea que no me doy cuenta de lo que usted está intentando hacer por mí.

Dick se ruborizó. Baydr no le hacía cumplidos con frecuencia.

—No tiene nada que agradecerme, jefe.

Baydr sonrió.

—Me daré una ducha rápida y estaré listo en unos minutos. Haga que traigan el coche frente al *bungalow*.

—Lo haré, jefe. —Carriage descolgó el teléfono antes de que Baydr cerrara la puerta del dormitorio.

Como de costumbre, el avión de París venía con una hora de retraso. Baydr maldijo en silencio las líneas aéreas. Todas eran iguales. Nunca daban una hora de llegada precisa hasta que era demasiado tarde y no quedaba más remedio que sentarse en el aeropuerto y esperar a que llegara el avión.

El teléfono sonó en la sala de espera VIP, y la azafata atendió. Escuchó un momento, después se volvió hacia ellos.

—El Cero Cero Tres aterriza en este momento. Estará ante la entrada en unos minutos.

Baydr se puso de pie. La azafata dejó el escritorio y se les acercó.

—El señor Hansen los espera a la entrada y facilitará al señor Al Fay todas las formalidades.

—Gracias —dijo Baydr.

Había una muchedumbre en la zona de llegada. El señor Hansen, un hombre pesadote, con el uniforme de Air France, salió a su encuentro. Rápidamente les hizo pasar a la restringida zona aduanera. Un oficial de inmigración uniformado se les unió, y todos pasaron al salón de la entrada en el momento en que Jordana salía del avión.

Baydr asintió, aprobando. Jordana tenía mucho instinto. Los descuidados pantalones vaqueros y la ropa transparente que usaba en el sur de Francia habían desaparecido. Ahora se presentaba vestida como una joven esposa californiana muy a la moda. El traje de Dior, con su falda púdicamente alargada, el sombrero chambergo y el leve maquillaje era lo que convenía en la sociedad en la que iban a entrar. Se adelantó para saludarla.

Jordana le tendió la mejilla para que la besara.

—Estás preciosa —dijo él.

—Gracias —contestó ella, sonriendo.

—¿Tuviste un buen viaje?

—Dormí todo el tiempo. Me prepararon una cama especial.

Yusef, con su traje oscuro ligeramente arrugado, apareció detrás, con la secretaria. Baydr les dio la mano, mientras el representante de Air France recogía los pasaportes para el control.

Baydr sacó a Jordana de la multitud para que pudieran hablar en privado.

—Lamento no haber podido volver este verano —dijo.

—Nosotros también lo lamentamos. Especialmente los chicos. Me dieron un mensaje para ti.

—¿Cuál?

—Que te diga que están adelantando mucho en árabe. Que ya no tendrás que

avergonzarte de ellos.

—¿De verdad? —preguntó él.

—Eso creo. Insisten en hablar todo el tiempo en árabe a los criados, les entiendan o no.

Baydr sonrió complacido.

—Me alegro. —Sus ojos encontraron los de ella—. ¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo?

—Nada nuevo, lo de siempre.

—Te veo muy bien.

Ella no contestó.

—¿Ha habido muchas fiestas esta temporada?

—Siempre las hay.

—¿Algo excitante?

—No particularmente... —Le miró—. Has adelgazado. Estás flaco.

—Tendré que comer más —dijo él—. No tendré ningún éxito si vuelvo a Oriente Medio con este aspecto. Van a pensar que estoy corriendo la liebre.

Jordana sonrió. Comprendió a lo que él se refería. Los árabes todavía juzgaban el éxito de un hombre por su volumen. Un hombre grueso era siempre tomado más en cuenta que uno delgado.

—Come pan y patatas —dijo Jordana—. Y más cordero.

Baydr rio fuerte. Jordana sabía hasta qué punto sus gustos eran occidentales. Le desagradaban las comidas con almidón y engordantes; prefería comer filetes.

—Lo tendré en cuenta.

Hansen se aproximó.

—Todo en orden —dijo—. Un coche los espera en el campo para llevarlos al helicóptero.

—Vamos entonces —dijo Baydr. Hizo una seña a Yusef, que se les acercó—. Vincent está en el Beverly Hills Hotel —dijo Baydr—. Pase el fin de semana con él y procure averiguar exactamente en qué punto estamos. Me comunicaré con usted el lunes.

Yusef procuró ocultar su decepción. Detestaba quedar fuera de cualquier cosa que pudiera ser importante.

—¿Cree usted que habrá algún problema con Vincent?

—No sé, pero me parece que, en tres meses como mucho, debería haber empezado.

—Déjelo de mi cuenta, jefe —dijo Yusef confidencialmente—. Le pondré fuego en los talones.



—Tardaremos una media hora en llegar —dijo el piloto del helicóptero cuando despegaron.

—¿Cómo hay que vestirse para esta noche? —preguntó Jordana—. ¿Cuánto tiempo nos queda?

Baydr miró su reloj.

—El cóctel será a las ocho, la cena a las nueve. Corbata oscura.

Jordana le miró. Sabía que detestaba el traje de etiqueta.

—Estás perdiendo la cabeza...

—Así es —dijo él—. Quiero producir buena impresión. Tengo la sensación de que me guardan rencor por haberme apoderado del Banco.

—Estoy segura de que se les pasará cuando te conozcan.

—Eso espero —dijo Baydr seriamente—. Pero no lo sé. Tienen mucho espíritu de clan.

—Se les pasará. Conozco bien a esa gente. Expatriados de Pasadena. Pero no son distintos a los otros. El dinero los hace andar.

Cuando llegaron, el gigantesco ramo de rosas rojas enviado a Jordana por el presidente del Banco, Joseph E. Hutchinson, y su esposa Dolly, demostró que, en parte, tenía razón.



Sonó un golpecito en la puerta, y la voz apagada de Jabir anunció:

—Son las siete y cuarto, patrón.

—Gracias —contestó Baydr. Se levantó del sillón en el que había estado leyendo los últimos informes del Banco. Tenía tiempo para darse otra ducha antes de vestirse de etiqueta. Rápidamente se quitó la camisa, los pantalones y, desnudo, se dirigió al cuarto de baño que separaba su habitación de la de Jordana.

Abrió la puerta en el momento en que Jordana se alzaba, chorreante, del perfumado baño. Se quedó parado, mirándola.

—Perdón. —La disculpa llegó a sus labios sin que lo pensara—. No sabía que todavía estabas aquí. Jordana le devolvió la mirada.

—No es nada —dijo, con una leve nota de ironía en la voz—. No es necesario que te disculpes.

Baydr guardó silencio.

Jordana buscó una toalla y empezó a envolverse. Baydr tendió la mano para detenerla. Ella le lanzó una mirada interrogante.

—Casi había olvidado lo hermosa que eres —dijo Baydr.

Lentamente, le quitó la toalla de la mano. La dejó caer al suelo. Sus dedos trazaron una línea a partir de la mejilla de ella, cruzando su enrojecido pezón que empezaba a endurecerse, pasando el pequeño hueco de su ombligo, hasta la suave turgencia del monte de Venus.

—Simplemente preciosa —susurró.

Jordana no se movió.

—Mírame —dijo Baydr, con una súbita insistencia en la voz.

Le miró a la cara. Había una leve tristeza en los ojos de él.

—Jordana...

—Sí...

—Jordana, ¿qué nos ha pasado que somos dos extraños?

Inesperadamente, los ojos de ella empezaron a llenarse de lágrimas.

—No lo sé —murmuró.

La tomó entre sus brazos y apretó su cabeza contra el hombro de él.

—Hay tantas cosas que andan mal —dijo—. No sé dónde hay que empezar a corregirlas.

Jordana hubiera querido hablarle, pero no encontraba las palabras. Provenían de mundos diferentes. En el mundo de él, la mujer no era nada, el hombre lo era todo. Si le decía que tenía las mismas necesidades que él, los mismos impulsos sociales y sexuales, lo consideraría como una amenaza a su superioridad masculina. Y pensaría que no era la esposa adecuada para él. Y sin embargo, eran esas necesidades las que les habían acercado al principio. Apretó la cara contra el pecho de él, llorando en silencio. Baydr le acarició suavemente el pelo.

—Te he extrañado —dijo. Puso la mano bajo el mentón de ella y le levantó la cara—. Para mí no hay ninguna como tú.

«Entonces, ¿por qué estás siempre lejos? ¿Por qué las otras?», pensó Jordana.

Baydr contestó como si le hubiera leído el pensamiento.

—No significan nada —dijo—, son solo un pasatiempo.

Jordana no habló.

—¿Te pasa a ti lo mismo? —preguntó él.

Jordana no le miró a los ojos. Él sabía. Siempre lo había sabido. Y, sin embargo, nunca había hablado de eso. Asintió.

Los labios de Baydr se apretaron un momento. Después suspiró.

—Cada hombre inicia su propio cielo o infierno aquí, en la tierra. Como yo he iniciado el mío.

—¿No estás enojado conmigo? —murmuró Jordana.

—¿Tengo acaso derecho? —preguntó Baydr—. El juicio vendrá en el momento que comparezcamos ante Alá y sea leído nuestro libro. Me basta con mis propios pecados. Y tú no eres uno de nosotros, de manera que ni siquiera se te pueden aplicar las mismas reglas. Pero quiero hacerte una petición.

—¿Cuál es? —preguntó ella.

—Que no lo hagas nunca con un judío —dijo—. Para todos los demás, seré tan ciego como lo eres tú.

Jordana bajó los ojos.

—¿Es necesario que haya otros?

—No puedo contestar a eso por ti —dijo—, soy un hombre.

No le quedaba más que decir.

Volvió a levantarle la cabeza y la besó.

—Te quiero, Jordana —dijo.

Ella sintió su calor fluyendo en ella cuando se aferró a él. El miembro del hombre se endureció contra su vientre. Su mano bajó para envolverlo. Estaba duro y húmedo entre sus dedos.

—Baydr —gritó—. ¡Baydr!

Él la miró a los ojos durante un largo momento; luego, alzándola por los sobacos, la elevó en el aire ante él. Automáticamente, las piernas de ella se abrieron para rodear su cintura, y él la hizo descender con suavidad. Jordana jadeó cuando la penetró. Aún de pie, aún sujetándola, empezó a moverse suavemente dentro de ella.

El calor fue extendiéndose por todo su cuerpo y no pudo contenerse. Aferrándose a él como un mono, comenzó a agitarse espasmódicamente sobre él mientras orgasmo tras orgasmo empezaba a sacudirla. Los pensamientos corrían alocadamente por su cabeza. No era justo. No era esto lo que merecía. No era este el castigo que buscaba.

Abrió los ojos y le miró salvajemente a la cara.

—Pégame —dijo.

—¿Qué?

—Que me pegues. Como la última vez. No merezco otra cosa.

Permaneció muy quieto un momento, después, con lentitud, la depositó en el suelo y retiró los brazos que la rodeaban. Su voz sonó súbitamente helada.

—Es mejor que te vistas —dijo— o llegaremos tarde a la fiesta.

Le dio la espalda y volvió a su cuarto. Tras un momento, ella empezó a temblar. Buscó una toalla, echándose maldiciones. Nada le salía bien.

El calor del deslumbrante sol blanco parecía partir las puntiagudas rocas y arenas del desierto que se tendían ante ellas. Alguna ocasional mata salvaje surgía marrón y fatigada en el caliente viento. El tableteo de la ametralladora, en algún punto ante ellas, había cesado.

Leila permaneció inmóvil en el agujero. Sintió el sudor que brotaba en sus sobacos, entre los pechos, en las piernas. Con cuidado, se volvió de espaldas. Dio un suspiro de alivio. El dolor de sus pechos por apretarse con demasiada fuerza contra el suelo se amortiguó. Bizqueó hacia el cielo y se preguntó cuánto tiempo debería permanecer allí. El mercenario sirio encargado de entrenarlas le había dicho que no se moviera hasta la llegada del resto del pelotón. Ella miró su pesado cronógrafo de hombre. Las otras debían haber llegado hacía diez minutos.

Estoicamente, se forzó a esperar. Aunque fuera solo un ejercicio de entrenamiento usaban balas de verdad, y ya una mujer había resultado muerta y tres heridas. Después del último ejercicio la siniestra broma en el campamento era preguntar a quién había que agradecer más por la limpieza de *fedayines*..., ¿a ellos mismos o a los israelíes?

Deseaba un cigarrillo, pero no se movió. Una nube de humo en el aire claro hubiera sido una invitación a que le dieran un tiro. Oyó el ruido de algo que crujía detrás del agujero.

En silencio, Leila giró hasta ponerse boca abajo y se volvió para hacer frente a lo que fuera apoyando el rifle contra ella. Avanzó arrastrándose hasta lo alto del agujero, y empezó a asomar la cabeza por el borde.

Una pesada mano se apoyó en ella, hundiéndole el casco de acero y la cinta hasta las orejas. En medio del dolor, oyó la voz gruñona del mercenario.

—¡Muchacha estúpida! Te dije que tuvieras la cabeza baja. Te podía haber detectado a cien metros.

Se dejó caer en el agujero junto a ella, respirando pesadamente. Era un hombre fornido, pesado, falto de aliento y de paciencia.

—¿Qué pasa ahí? —preguntó.

—¿Cómo demonios voy a saberlo? —contestó ella enojada—. Me dijiste que no levantara la cabeza.

—Pero se supone que eres un explorador adelantado.

—Dime cómo puedo hacer ambas cosas —dijo ella con sarcasmo—. ¿Cómo puedo averiguar lo que pasa sin sacar la cabeza del agujero...?

El hombre se quedó en silencio. Sin una palabra, sacó un paquete de cigarrillos y le tendió uno. Leila lo tomó y él encendió los cigarrillos de los dos.

—Creí que no estaba permitido fumar —dijo.

—Y una mierda —dijo él—. Estoy harto de estos juegos estúpidos.

—¿Cuándo llega el pelotón?

—Cuando oscurezca. Hemos decidido que, hasta ese momento, no es seguro avanzar.

—Entonces, ¿por qué has venido aquí?

El hombre la miró con los oscuros ojos enfurruñados.

—Alguien tenía que informarte del cambio de planes.

Leila le clavó la mirada. Podía haber enviado a uno de los otros, no era necesario que viniera él mismo. Pero sabía por qué lo había hecho. En aquel momento debía ser la única mujer del pelotón a la que no había poseído.

No se preocupó demasiado. Podía manejarlo si era necesario. O si quería hacerlo. En muchos sentidos las cosas se habían facilitado. Todos los tabúes tradicionales de los musulmanes habían desaparecido. En la lucha por la libertad, se decía a las mujeres que su deber era dar solaz y consuelo a los hombres. En la nueva sociedad libre ya nadie las señalaría con el dedo. Era otra de las formas en que las mujeres podían ayudar a ganar la batalla.

El hombre sacó la cantimplora del cinturón y desenroscó la tapa. Echó la cabeza hacia atrás y dejó que el agua cayera lentamente en su garganta, después se la tendió. Leila echó una gota entre los dedos, y delicadamente se los pasó por la cara.

—Por Alá, hace calor —dijo él.

Leila asintió, devolviéndole la cantimplora.

—Tienes suerte —dijo—. Yo hace dos horas que estoy aquí. Te queda menos tiempo que eso para que oscurezca.

Se volvió otra vez de espaldas y se echó hacia delante el casco, para ocultar los ojos al sol. Por lo menos procuraría estar cómoda mientras esperaba. Tras unos momentos percibió la mirada de él. Con los párpados entreabiertos, podía ver que la contemplaba. Se sintió consciente de las oscuras manchas de sudor en el uniforme de algodón, bajo los brazos, alrededor de la cintura y en la entrepierna. Era casi como si estuviera señalando sus zonas privadas.

—Procuraré descansar —dijo—. El calor me ha agotado.

El hombre no contestó. Leila miró al cielo. Tenía ese peculiar tono de azul que parecía llegar siempre con el fin del verano. Era raro que fuera así. Hasta ahora lo había asociado siempre con el final de las vacaciones de verano y la vuelta al colegio. Un recuerdo corrió por su mente. Había sido un día como este, bajo el mismo cielo azul, cuando su madre le había dicho que su padre iba a pedir el divorcio. Por culpa de aquella norteamericana. Y porque un aborto había dejado estéril a su madre, de manera que ya no podía darle un hijo varón.

Leila había estado jugando en la playa con su hermana mayor aquella tarde, cuando súbitamente se había presentado Farida, el ama de llaves. Parecía extrañamente agitada.

—Vengan en seguida a la casa —había dicho—. Su padre tiene que irse y quiere

decirles adiós.

—Bueno —había contestado ella—, deje que nos quitemos los trajes de baño mojados.

—No —había dicho Farida agudamente—. No hay tiempo para eso. El padre de ustedes tiene mucha prisa.

Se volvió y empezó a caminar rápidamente hacia la casa. Ellas la alcanzaron.

—Yo creí que papá pensaba quedarse un tiempo —había dicho Amal—. ¿Por qué se va?

—No lo sé. No soy más que una criada. No me corresponde a mí preguntar.

Las dos chicas intercambiaron miradas. Farida en una mujer que estaba enterada de todo. Si decía que no sabía algo, era porque no quería que lo supieran.

Farida se detuvo ante una entrada lateral de la casa.

—Límpiese la arena que tienen en los pies —dijo—. El padre de ustedes las espera en el salón.

Rápidamente se limpiaron los pies y corrieron por la casa. Su padre esperaba cerca de la puerta principal. Jabir llevaba ya sus maletas al coche.

Baydr se volvió hacia ellas y sonrió bruscamente. Pero había una curiosa tristeza oscura en sus ojos. Se dejó caer sobre una rodilla para abrazarlas cuando corrieron hacia él.

—Me alegro que hayáis llegado a tiempo —dijo—. Temía tener que irme sin decirlos adiós.

—¿Dónde vas, papá? —había preguntado Leila.

—Tengo que volver a Estados Unidos por negocios importantes.

—Yo creía que ibas a quedarte —dijo Amal.

—No puedo.

—Pero prometiste llevarnos a hacer esquí acuático —había dicho Leila.

—Lo siento. —Su voz pareció estrangularse y súbitamente sus ojos se humedecieron. Las estrechó contra él—. Quiero que seáis las dos muy buenas y hagáis caso a vuestra madre.

Algo andaba mal. Podía sentirlo, sin saber qué era.

—¿Cuando vuelvas nos llevarás a hacer esquí acuático? —había dicho Leila.

Su padre no había contestado. En lugar de esto las apretó muy fuerte. Bruscamente las soltó y se puso de pie. Leila le miró, pensando cuán apuesto era. Ningún padre era como él.

Jabir apareció en la puerta, detrás de Baydr.

—Se hace tarde, patrón. Tenemos que apurarnos si no queremos perder el avión.

Baydr se inclinó y las besó, primero a Amal, después a Leila.

—Confío en que ambas cuidéis a vuestra madre y la obedezcáis.

Asintieron en silencio. Se dirigió a la puerta y ambas le siguieron. Estaba a mitad de la escalera, en dirección al coche, cuando Leila lo llamó:

—¿Te vas por mucho tiempo, papá?

Él pareció vacilar un momento, pero ya estaba en el auto, y la puerta se cerró sin que hubiera contestado. Vieron cómo el coche seguía por el sendero y después entraron en la casa.

Farida las esperaba.

—¿Está mamá en su cuarto? —había preguntado Amal.

—Sí —dijo Farida—. Está descansando. No se siente bien y no quiere que la molesten.

—¿Bajará para la cena? preguntó Leila.

—No lo creo. Ahora, chicas, vayan a tomar un baño y a quitarse toda esa arena. Quiero que estén limpias y frescas cuando vayan a la mesa.

Solo más tarde, aquella noche, se enteraron de lo que estaba pasando. Los padres de su madre vinieron después de la cena y, cuando la abuela las vio, estalló en llanto.

Las atrajo ansiosamente contra su pesado pecho.

—Mis pobres huerfanitas —sollozó—. ¿Qué van a hacer ahora?

El abuelo Riad se enojó en seguida.

—¡Silencio, mujer! —rugió—. ¿Qué quieres hacer? ¿Asustar a las chicas sin sentido?

De inmediato Amal empezó a llorar.

—El avión de papá se ha estrellado... —gimió.

—¿Ves? —La voz del abuelo era triunfal—. ¿Qué te dije? —Hizo a un lado a su mujer y tomó a la chica mayor en brazos—. A tu padre no le ha pasado nada, está bien.

—Pero Nana dice que somos huérfanas...

—No sois huérfanas —dijo él—. Todavía tenéis vivos al padre, a la madre, y a nosotros.

Leila clavó la mirada en su abuela. El espeso maquillaje de la vieja dama chorreaba por sus mejillas.

—Entonces..., ¿por qué llora Nana?

El viejo se sintió incómodo.

—Está inquieta porque vuestro padre se ha ido. Por eso.

Leila se alzó de hombros.

—Eso no es nada. Papá siempre viaja. Pero no pasa nada. Luego vuelve.

El abuelo Riad la miró. No habló. Farida entró en el salón.

—¿Dónde está tu patrona? —preguntó.

—Está en su cuarto —contestó Farida. Miró a las niñas—. Es hora de ir a la cama.

—Muy bien —había dicho rápidamente el abuelo Riad—. Que se vayan a la cama. Nos veremos por la mañana.

—¿Nos llevarás a la playa? —había preguntado Leila.

—Sí —había contestado el abuelo—. Ahora haced lo que dice Farida: a la cama...

Cuando subían la escalera, Leila oyó decir a su abuelo:

—Di a tu patrona que la esperamos en el salón.

La voz de Farida fue de reconvención.

—La señora está muy agitada. No bajará.

La voz del abuelo se hizo más firme.

—Bajará. Dile que yo digo que es importante.

Más tarde, cuando ya estaban en la cama, oyeron el rumor de voces acaloradas abajo. Se deslizaron fuera de las camas y abrieron la puerta. La voz de su madre era aguda y enojada.

—¡Le he dado mi vida! —gemía—. ¡Y esta es la recompensa que recibo! ¡Que me deje por una ramera norteamericana de pelo rubio que le ha dado un hijo bastardo!

La voz del abuelo era más baja y más tranquila, pero también pudieron oírlo.

—No podía hacer otra cosa. Ha sido orden del príncipe.

—Y tú lo defiendes —había dicho su madre en tono acusador—. ¡Contra tu carne y tu sangre, defiendes la injusticia! Lo único que te importa es tu Banco y tu dinero. ¡Mientras conserves los depósitos, no te importa lo que me pase a mí!

—¿Y qué te pasa a ti, mujer? —había rugido el abuelo—. ¿Acaso te falta algo? Has quedado millonaria. No te ha quitado tus hijas, como habría podido hacerlo por la ley. Te ha dejado la propiedad y las casas de aquí y de Beirut, y una renta especial para las chicas. ¿Qué más puedes pedir?

—¿Es acaso culpa mía si no he podido darle un hijo? —exclamó Maryam—. ¿Por qué siempre hay que echarle la culpa a la mujer? ¿Acaso no le he dado hijas, no he sido una buena esposa, pese a que sabía que andaba con rameras infieles por todo el mundo? Ante los ojos de Alá: ¿cuál de los dos se ha portado bien? Ciertamente yo, no él.

—Es la voluntad de Alá que todo hombre debe tener un hijo —contestó el padre—. Y como tú no pudiste dárselo, él no solo estaba en su derecho, sino que era su deber proporcionarse un heredero.

La voz de Maryam era ahora más tranquila, pero había en ella una nota de mortal intensidad.

—Puede que sea la voluntad de Alá, pero Baydr pagará por esto algún día. Sus hijas sabrán que me ha traicionado, y él no significará nada para ellas. No volverá a verlas.

Las voces se apagaron y ya no oyeron más. En silencio, las niñas cerraron la puerta y volvieron a la cama. Aquello era muy raro y realmente no habían entendido.

Al día siguiente, cuando estaban en la playa, Leila miró súbitamente a su abuelo, que estaba sentado en una silla bajo una sombrilla, leyendo el diario.

—Si papá quería un hijo —preguntó—, ¿por qué no me lo pidió a mí? A mí me gustaría ser un niño. El abuelo Riad había dejado el diario.

—Eso no es tan fácil, criatura.

—¿Es verdad lo que dijo mamá? —preguntó ella—. ¿Nunca más volveremos a verle?

Él guardó silencio un largo rato antes de contestar.

—Tu madre estaba enojada. Ya se le pasará con el tiempo.

Pero nunca se le pasó. Y, con el correr de los años, gradualmente, las niñas empezaron a aceptar la actitud de su madre hacia su padre. Y como su padre no hizo ninguna tentativa para disminuir el abismo que los separaba, finalmente ellas se convencieron de que Maryam tenía razón.



El aire empezó a refrescar, el sol a caer, y el azul del verano se convirtió en oscuridad. Leila se volvió a un lado y miró al sirio.

—¿Cuánto tiempo falta?

—Otra media hora —dijo él sonriendo—. Lo suficiente para nosotros. —Se acercó a ella.

Leila se apartó, rápida.

Él la miró fijamente.

—¿Qué te pasa? ¿Eres lesbiana?

—No —contestó ella tranquilamente.

—Entonces no seas tan anticuada. ¿Para qué crees que hacen tomar esas píldoras a las muchachas?

Leila le miró. El desprecio apareció en su voz. Todos los hombres eran iguales.

—Para mi protección, no para tu conveniencia —dijo.

Él le dedicó lo que supuso era una sonrisa fascinante.

—Ven entonces —dijo, volviendo a acercarse—. Tal vez pueda enseñarte a que te guste.

Leila se movió con rapidez: su rifle apuntó el vientre de él.

—Lo dudo —dijo con tranquilidad—. Puede que me hayas enseñado a manejar este fusil, pero yo ya sabía cómo se jode.

El sirio miró el rifle, después la miró a la cara. Una risa genuina burbujeó en su garganta.

—No lo he dudado ni un minuto —dijo con rapidez—. Solo temía que estuvieras perdiendo la práctica.

Tortuosamente, Leila se arrastró por la dura y arenosa superficie de roca hasta llegar a las alambradas de espino. Se detuvo para tomar aliento. Después de un momento se volvió y espió a la pálida luz de la luna. Soad, la egipcia grandota, y Ayida, la libanesa, se arrastraban tras ella.

—¿Dónde está Hamid? —preguntó.

—¿Cómo diablos voy a saberlo? —protestó la egipcia—. Creí que estaba aquí, delante de nosotras.

—Jamila se arañó la rodilla cuando cruzaba las rocas —dijo Ayida—. Le vi poniéndole un vendaje.

—Eso fue hace una hora —dijo Soad con sarcasmo—. Probablemente a estas alturas tendrá vendado hasta el coño.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Leila—. Necesitamos tenazas para cortar la alambrada si queremos atravesar esto.

—Creo que Farida tiene unas —dijo Ayida.

—Haz correr la voz —dijo Leila.

Rápidamente, el mensaje recorrió las líneas de mujeres detrás de ella. Un momento después las tenazas pasaban de mano en mano hasta llegar a Leila.

Soad le tendió las tenazas.

—¿Las has usado alguna vez?

—No —dijo Leila—. ¿Y tú?

Soad negó con la cabeza.

—No creo que sea difícil. He visto cómo lo hizo Hamid la última vez.

Leila tomó las pesadas tenazas y se arrastró hacia la alambrada, después se dio la vuelta hasta quedar de espaldas. Lentamente, levantó las tenazas sobre su cabeza. Las pulidas hojas de metal reflejaban la luz de la luna. No podía haber durado más que una fracción de segundo, pero de inmediato la ametralladora tableteó, y las balas zumbaron sobre sus cabezas.

—Maldición —exclamó Leila disgustada, procurando apretar el cuerpo contra el suelo. No se atrevió a volver la cabeza para mirar a las otras—. ¿Dónde os habéis metido? —gritó.

—Aquí —contestó Soad—. No nos movemos.

—Tenemos que movernos —dijo Leila—. Nos han descubierto.

—Muévete tú. Yo no voy a ninguna parte hasta que pare la ametralladora.

—Si nos arrastramos estaremos a salvo..., están tirando a un metro por encima de nuestras cabezas.

—Son árabes —dijo Soad con sarcasmo—. Y nunca ha habido un árabe que haya tenido puntería. Yo me quedo aquí.

—Yo me voy. Quédate ahí toda la noche si quieres.

Cautelosamente, Leila se volvió boca abajo y empezó a arrastrarse como un cangrejo a lo largo de la alambrada. Tras unos momentos oyó detrás de ella unos ruidos de roces. Miró hacia atrás. Las otras mujeres la seguían.

Casi media hora después se detuvo. La ametralladora seguía disparando, pero las balas ya no silbaban sobre sus cabezas. Estaban fuera de su alcance.

Esta vez Leila no se arriesgó. Manchó con barro las hojas de las tenazas para que la luz no se reflejara en ellas. Volvió a ponerse boca arriba y alcanzó la alambrada. Era más dura de lo que había creído y el ruido resonaba en la quietud de la noche, pero nadie pareció oírla. Unos minutos después había cortado la primera hilera. Se arrastró por la abertura hasta la próxima. Dos hileras más y llegarían al claro.

Pese al frío había empezado a sudar. Ansiosamente, trabajó en la segunda hilera. Estaba hecha con alambres dobles, y tardó casi veinte minutos en cortarla. La última alambrada estaba formada por alambres triples, y tardó cuarenta minutos en terminar.

Se echó de espaldas, buscando aliento, los brazos y las manos doloridas. Después de un momento miró a Soad.

Nos arrastraremos hasta llegar a los marcadores blancos. Están, supongo, a unos doscientos metros. Después estaremos en el claro.

—Bien —contestó Soad.

—La cabeza baja, no lo olvidéis —dijo Leila.

Volvió a darse la vuelta y se arrastró de barriga. Doscientos metros son como mil kilómetros cuando se avanza de barriga.

Finalmente pudo ver los marcadores blancos emergiendo del suelo a unos metros de ellas. Al mismo tiempo oyó las voces..., voces de hombre.

Leila levantó la mano con la palma hacia atrás, para que las mujeres guardaran silencio. Sería una vergüenza que las descubrieran ahora. Todas se apretaron contra el suelo.

Las voces provenían de la izquierda. A la luz de la luna pudo ver tres soldados. Uno encendía un cigarrillo; los otros dos estaban sentados tras una ametralladora. El fósforo que el soldado tiró cayó formando un arco llameante cerca de la cara de Leila.

—Esas putas andan todavía por ahí afuera —dijo el soldado con el cigarrillo.

Otro se puso de pie, sacudiendo los brazos para calentarse.

—Hamid va a encontrarse con una cantidad de hembras heladas entre las manos.

El soldado del cigarrillo rio.

—Puede pasarme algunas. Yo le enseñaré cómo derretir ese hielo.

—Hamid nunca da nada —dijo el que estaba sentado—. Actúa como un pachá con su harén.

Se oyó un débil zumbido. El soldado del cigarrillo recogió el transmisor. Leila no pudo oír lo que dijo cuando habló, pero oyó en cambio lo que dijo a sus compañeros cuando dejó el transmisor.

—Es el Puesto Uno. Las han detectado, pero las han perdido luego. Creen que

vienen en esta dirección.

—Fantasías —dijo el otro—. Puedo ver a un kilómetro a la luz de la luna. No hay nadie.

—De todos modos ten los ojos abiertos. No me gustaría que un grupo de muchachas nos cogieran por sorpresa.

Leila sonrió torvamente para sí. Eso era exactamente lo que iba a pasar. Se tendió y palmeó el hombro de Soad. Moduló con los labios, en silencio, las palabras:

—¿Has oído?

Soad asintió, al igual que la mujer que estaba detrás. Todas habían oído.

Leila movió la mano en un gesto como de barrida. Entendieron. Tenían que arrastrarse en un amplio círculo que las llevaría desde atrás al emplazamiento de la ametralladora. Lentamente, conteniendo el aliento, empezaron a avanzar.

Tardaron casi una hora, y estaban detrás de los marcadores blancos y directamente detrás también de la ametralladora cuando Leila dio la señal.

Con un aullido, las mujeres se pusieron de pie de un salto y cargaron. Jurando, los soldados se volvieron hacia ellas, y se encontraron apuntados por los rifles de las mujeres.

—Sois nuestros prisioneros —dijo Leila.

El cabo sonrió.

—Eso parece —dijo.

Leila reconoció al del cigarrillo. No pudo evitar el tono de triunfo en su voz.

—Es posible que ahora pienses distinto de las mujeres soldado.

El cabo asintió.

—Tal vez.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Soad.

—No sé —dijo Leila—. Creo que tenemos que llamar e informar de la captura. —Se volvió hacia el cabo—. Dame tu transmisor.

Él se lo tendió. Seguía sonriendo.

—¿Puedo hacer una sugerencia?

—Si quieres. —La voz de Leila era cortante.

—Nosotros somos prisioneros vuestros, ¿verdad? Leila asintió.

—¿Por qué no nos violáis antes de informar? Prometemos no quejarnos.

Las mujeres empezaron con risitas. Leila se enojó. Los hombres árabes eran la peor clase de cerdos machistas patriotas. Apretó el botón del transmisor. Pero antes de obtener una respuesta, Hamid y Jamila aparecieron ante ellas, tan tranquilamente como si hubieran pasado la tarde en el parque.

—¿Dónde diablos estabas? —gritó a Hamid.

—Exactamente detrás de ti.

—¿Por qué no nos ayudaste?

—¿Para qué? Lo estabais haciendo muy bien.

Leila miró a Jamila. La regordeta palestina tenía una expresión descansada en la

cara y Leida comprendió por qué. Se volvió hacia Hamid.

—¿Cómo atravesasteis la alambrada de púas?

—Fácilmente —dijo él con una amplia sonrisa en los labios—. Cavamos una pequeña trinchera para nosotros y jodimos todo el tiempo mientras la atravesábamos.

Leila mantuvo una expresión seria mientras le fue posible, después empezó a reír. El mercenario sirio tenía un raro sentido del humor, pero era gracioso. Le tendió el transmisor.

—Vamos, llama —dijo—. Tal vez consigas que nos manden un camión. Creo que a todos nos vendrá bien un baño caliente.



El vapor salía de lo alto de las cabinas de las duchas del cobertizo. Por encima del ruido de las salpicaduras del agua corriente llegaba la charla de las mujeres.

Las cabinas tenían cada una cuatro duchas y estaban diseñadas para uso común, cuatro mujeres en cada una. Como solo había dos cabinas, siempre había una fila de mujeres esperando a que quedara libre una ducha. A Leila le gustaba esperar hasta que casi todas las demás habían terminado de bañarse, para no tener que apresurarse a dejar sitio libre para la próxima muchacha. Estaba apoyada contra la ventana fumando un cigarrillo y escuchando la charla.

Habían pasado casi tres meses desde su llegada al campamento y, durante aquel tiempo, no había dejado de trabajar de la mañana a la noche. Cualquier grasa que hubiera tenido en el cuerpo había desaparecido hacía tiempo. Ahora estaba esbelta, los músculos de su estómago y de sus muslos eran firmes, sus pechos como dos manzanas. Su lustroso pelo negro, muy corto por motivos de comodidad a la llegada, le caía ahora sobre los hombros.

Todas las mañanas hacían media hora de gimnasia y de instrucción antes del desayuno. Después del desayuno había entrenamiento con armas, y las mujeres aprendían a manejar el fusil..., a usarlo y a cuidarlo. También aprendían cosas sobre las granadas y las bombas de plástico, las técnicas para preparar y ocultar cartas-bombas, y el manejo de los detonadores de tiempo. Las tardes pasaban en prácticas de técnicas de combate cuerpo a cuerpo, mano a mano y arma a arma. Al final de la tarde recibían instrucción política. El adoctrinamiento ideológico era importante porque cada una era considerada como una misionera de un nuevo orden en el mundo árabe.

Después de las enseñanzas políticas venían las lecciones de táctica militar, infiltración paramilitar y sabotaje, guerra de guerrillas y subversión.

El último mes todas habían sido entrenadas en campo abierto. Todo lo que habían aprendido había sido puesto en práctica. Gradualmente, Leila empezó a sentir que se iba curtiendo. Cada vez pensaba menos en sí misma como mujer. El propósito para el que estaba entrenada la poseía y se convertía en una forma de vida. Gracias a ella y a otras como ella iba a surgir un nuevo mundo. Por un momento pensó en su hermana y

en su madre. Estaban en Beirut, viviendo todavía en aquel viejo mundo: su hermana con su mezquina familia y sus problemas sociales; su madre siempre amargada y resentida por la manera en que su padre la había echado de su lado, y sin hacer nada constructivo con su vida. Cerró los ojos un momento, recordando aquel día en el sur de Francia antes de venir aquí. Pensó en su padre y en sus hijos haciendo esquí acuático frente al Carlton. Su padre no había cambiado desde que lo había visto la última vez, nueve años atrás. Seguía siendo alto y apuesto, lleno de fuerza y vitalidad. ¡Si por lo menos pudiera entender, si supiera todo lo que podía hacer para ayudar a los árabes a liberarse del imperialismo de Israel y de Norteamérica! ¡Si estuviera por lo menos enterado de las necesidades, los sufrimientos, la opresión de sus hermanos, no permanecería ocioso dejando que aquello sucediera! Pero solo estaba soñando, deseando convertir en realidad sus sueños. Estaba claro que lo sabía. Tenía que saberlo.

La verdad es que a él la cosa no le importaba. Había heredado la riqueza desde que nació, y su única preocupación era acrecentarla. Amaba el lujo y el poder que surgía de una seña de su dedo. Y la terrible verdad es que no estaba solo. Los jeques, los príncipes y los reyes, los banqueros y los hombres ricos, eran todos iguales, árabes o no árabes. Solo les importaba ellos mismos. Los beneficios que pudieran surgir de sus esfuerzos eran incidentes que no dependían de ellos. Había millones de campesinos en cada comarca árabe que vivían al borde de la miseria, muertos casi de hambre, mientras sus jefes viajaban en Cadillacs con aire acondicionado, volaban en reactores privados, mantenían palacios y casas en todo el mundo y hablaban luego pomposamente de la libertad para sus pueblos.

Finalmente, tenía que llegar. La guerra no era solo contra los extranjeros..., aquel era el primer paso. El segundo paso y probablemente el más difícil sería la guerra contra sus propios opresores: hombres como su padre, hombres que lo tomaban todo y no compartían nada.

Una ducha estaba ahora libre, y Leila arrojó la tosca toalla sobre el panel separador y se situó bajo la ducha. El calor del agua se expandió sobre ella como un bálsamo tranquilizador. Sintió disminuir la tensión de sus músculos. Lenta, lánguidamente, empezó a enjabonarse, y el contacto de sus dedos con la piel le provocó un placer sensual.

En eso era como su padre. Nuevamente volvió a verlo haciendo esquí acuático, los músculos tensos, todo su ser disfrutando en aquel esfuerzo físico, de habilidad y equilibrio.

Se enjabonó el suave vello púbico hasta que los oscuros rizos se cubrieron con la blanca espuma. Luego adelantó sus caderas y dejó que la ducha la golpeará directamente. El estremecimiento y el calor la recorrieron de arriba abajo. Suavemente, casi automáticamente, empezó a acariciarse. Su orgasmo y la visión de su padre con esquíes con las caderas lanzadas hacia delante llegaron juntos, tomándola por sorpresa. Antes de poder detenerlo otro orgasmo sacudió su cuerpo.

Sintió sorpresa, luego rabia, después asco hacia sí misma. Era enfermizo permitirse esos pensamientos. Cerró el agua caliente con violencia y se mantuvo rígida bajo el helado chorro hasta que su piel se puso azulada de frío. Entonces salió de la cabina, envolviéndose en la toalla.

Era una locura. Nunca había tenido antes pensamientos semejantes. Pero lo llevaba en la sangre. Su madre lo había dicho muchas veces. Ella era como su padre. Su cuerpo la dominaba: su lujuria y sus apetitos no se satisfacían jamás. Su madre les había contado historias de él y de otras mujeres. Era un hombre que nunca podría satisfacerse con una sola mujer. Mala sangre, había dicho su madre, para prevenirlas.

Se frotó hasta quedar seca y luego, envuelta en la toalla, se dirigió a los cuarteles.

Soad, que ocupaba la cama contigua, estaba casi vestida.

—¿Qué haces esta noche?

Leila buscó un vestido.

—Nada, pensaba quedarme acostada, leyendo.

Soad empezó a ponerse *rouge* en los labios.

—Tengo una cita con Abdullah, que va a traer a un amigo. ¿Por qué no vienes?

—No tengo ganas.

Soad la miró.

—Vamos..., te hará bien salir.

Leila no contestó. Recordaba a Soad en su primer día aquí. Había venido para estar cerca de su novio, y contó a todas que se le hacía largo el tiempo para estar con él. Pero, cuando él no apareció, no se había inquietado. Tomaba en serio su liberación como mujer. Las mujeres gozaban de iguales derechos en el Ejército, y Soad había jodido y se había dejado joder por todo el campamento, sin preocuparse demasiado. «El Cairo era muy distinto», había dicho, con un estallido de risa rencorosa.

—Te diré una cosa —dijo Soad gravemente—: si vienes, te dejaré estar con Abdullah. Es el mejor hombre del campamento. Yo me quedaré con el amigo.

Leila la miró.

—No pienso ir.

—¿Para quién te estás guardando? —preguntó Soad—. Aunque tú no lo desees, es parte de tu deber. ¿Acaso no dijo la comandante que era responsabilidad nuestra dar solaz y consuelo a nuestros hombres? No puedo imaginar una manera mejor de combinar el deber y el placer.

Leila empezó a reír. La mente de Soad solo trabajaba en un sentido.

—Eres fantástica —dijo—, pero ninguno de estos hombres me atrae.

—Nunca se sabe hasta que los conoces —dijo Soad—. Los hombres pueden dar sorpresas. Los mejores amantes a veces parecen no valer nada.

Leila agitó la cabeza.

Una expresión intrigada apareció en la cara de Soad.

—¿Eres virgen?

Leila sonrió.

—No.

—Entonces estás enamorada. —Era una afirmación.

—No.

Soad se dio por vencida.

—No te entiendo.

Aquello era lo más sincero que Soad había dicho jamás. Pero ¿cómo podía hacer entender a aquella mujer que había cosas más importantes que el sexo?

Habían pasado diez minutos desde el toque de diana cuando las puertas del cobertizo se abrieron inesperadamente y Hamid gritó desde la puerta:

—¡Atención!

Hubo un revoloteo cuando las mujeres ocuparon sus sitios, ante sus camas, sin haber terminado de vestirse.

Hamid se apartó de la puerta y entró la comandante. Sus penetrantes ojos oscuros abarcaron en una mirada toda la barraca, después avanzó hacia el centro de la habitación seguida por Hamid. El hecho de que algunas mujeres estuvieran semidesnudas no pareció importarle.

Guardó silencio un largo rato antes de hablar. Su voz fue clara y sin emoción.

—Hoy es el último día. El entrenamiento ha terminado. Hemos realizado nuestra tarea. Este campamento se cerrará, y cada una será designada para cumplir con su deber en otra parte.

Hizo una pausa. Las mujeres no se movieron ni apartaron los ojos de su cara.

—Estoy orgullosa de vosotras —dijo—. De todas. Hay algunos que nos han mirado con desdén y escepticismo. Han afirmado que las mujeres, especialmente las mujeres árabes, no pueden ser buenos soldados, que solo sirven para cocinar, lavar y ocuparse de los niños. Hemos demostrado que están equivocados. Sois miembros del Al-Ijwah. Estáis en igualdad con los hombres en nuestro Ejército. Habéis seguido el mismo entrenamiento que los hombres, y os habéis portado tan bien como cualquiera de ellos. Las mujeres seguían en silencio. La comandante prosiguió:

—Tenéis exactamente una hora para hacer el equipaje con vuestras pertenencias y estar listas para partir. Me reuniré a solas con cada una de vosotras para indicarle su próximo destino. Este destino, lo repito, no debe ser discutido entre vosotras. Es de cada una y altamente secreto. Cualquier comentario sobre el destino individual será considerado como traición y podrá acarrear la pena máxima..., porque una confidencia inoportuna puede provocar la muerte de muchas camaradas.

Se dirigió a la puerta, después se volvió otra vez hacia ellas.

—*An-nasr*, os saludo. Que Alá os proteja. —Su mano restalló en un saludo.

—*An-nasr*! —gritaron ellas, devolviendo el saludo—. *Idbah al-adu*!

El cuarto se llenó con sus voces cuando la puerta se cerró tras la comandante.

—Se debe estar preparando una grande...

—Es un mes antes de la fecha que nos habían dicho...

—Algo anda mal...

Leila no habló. Abrió su armario y sacó la ropa que había traído cuando llegó. Silenciosamente, dejó el uniforme y el traje de fajina bien doblados sobre la cama. Incluso los sujetadores y las bragas, los zapatos, las botas y las medias fueron

cuidadosamente doblados y amontonados.

Abrió la pequeña maleta que había traído consigo. Sacó el pantalón que había comprado en Francia antes de venir y se lo puso. Fue entonces cuando comprendió cuánto había cambiado su cuerpo. El vaquero, que antes le apretaba, le quedaba ahora flojo en la cintura y en las nalgas. Incluso la camisa era amplia, y enrolló las mangas porque parecían haberse alargado. Ató la camisa alrededor de la cintura y se puso las sandalias. Empaquetó el peine, el cepillo y los cosméticos, después, cuidadosamente, examinó el armario. Estaba vacío. Cerró de golpe la maleta.

Se sentó en la cama y encendió un cigarrillo. Las otras mujeres seguían discutiendo qué debían llevar y qué debían dejar. Soad la miró.

—¿Vas a usar tu ropa de civil?

Leila asintió.

—La comandante dijo que lleváramos las cosas personales. Estas son las únicas cosas que son mías.

—¿Y el uniforme? —preguntó una de las otras.

—Si quisieran que lo lleváramos nos lo habrían dicho.

—Creo que Leila tiene razón —dijo Soad. Se volvió hacia su armario—. Me parece que no vendrá mal la ropa civil para cambiar un poco... —Un momento después, protestó fastidiada—: Nada me queda bien. ¡Todo parece demasiado grande!

Leila rio.

—No me parece tan mal. —Dejó el cigarrillo—. Piensa en lo que vas a divertirte comprándote cosas nuevas.

Cuando salieron de los cuarteles, el sol asomaba tras la montaña. La mañana era fresca y limpia. Leila aspiró profundamente.

—¿Lista? —dijo tras ella la voz de Hamid.

Leila se volvió. Hamid estaba apoyado contra el cobertizo, con el constante cigarrillo colgado entre sus labios.

—Totalmente lista —dijo.

Él la miró fijamente.

—Tú no eres como las otras, ¿sabes?

Leila no contestó.

—Tú no tenías por qué hacer esto. Eres rica. Puedes tener todo lo que te dé la gana. —Los ojos del mercenario parecían calcular las posibilidades.

—¿Puedo? ¿Acaso sabes lo que quiero?

—Tú no crees en toda esta charla hueca, ¿verdad? —se rio—. He hecho tres guerras. Siempre ha sido lo mismo. Frases hechas, tiros, amenazas, promesas de venganza. Después, cuando empiezan a volar las balas, todo se termina. Dan media vuelta y huyen corriendo. Solo los políticos son eternos.

—Tal vez algún día todo sea diferente —dijo ella.

Él sacó otro cigarrillo del bolsillo y lo encendió con la colilla del anterior.

—¿Qué crees que pasaría si recobráramos Palestina?

—La gente sería libre —dijo ella.

—¿Libre para qué? ¿Libre para morir de hambre como el resto de nosotros? Con todo el dinero que entra ahora en los países árabes, el pueblo sigue muerto de hambre.

—Eso también cambiará.

—Hussein, los jeques petroleros, incluso tu padre y su príncipe, ¿crees que van a compartir de buena gana el dinero que tienen con las masas? Por lo menos ahora tienen algo que hacer. Pero, si ganamos y no hay presión sobre ellos, ¿qué pasará? ¿Quién los obligará a compartir? Créeme, se harán todavía más ricos.

—Del pueblo dependerá que cambien.

Hamid rio con amargura.

—Casi lamento que se haya terminado este trabajo. Era bueno. Ahora tendré que encontrar otro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella—. ¿No te han dado ya otro destino?

—¿Destino? —dijo él riendo—. Soy soldado profesional. Me pagan mil libras libanesas al mes por este trabajo. No sé en qué parte podré ganar tanto dinero.

—Pero seguramente habrá para ti algún puesto en el Ejército.

—Por ciento cincuenta al mes para que me den de patadas en el trasero —dijo él—. Prefiero la Hermandad. Pagan mejor. Siempre parecen disponer de cantidades de dinero para derrochar.

—¿Acaso no crees en lo que estás haciendo? —preguntó ella.

—Claro que creo —dijo él—. Pero no creo en nuestros dirigentes. Hay demasiados, y cada uno se llena los bolsillos mientras espera ponerse por encima de los otros.

—No todos deben ser así.

Él sonrió.

—Eres joven, aprenderás.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella—. ¿Por qué este cambio súbito en los planes?

Hamid se alzó de hombros.

—No lo sé. Las órdenes llegaron anoche, y la comandante pareció tan sorprendida como cualquiera de nosotros. Pasó levantada toda la noche, en vela, preparando las cosas.

—Es una mujer extraordinaria, ¿verdad? Hamid asintió.

—Tal vez si fuera hombre yo tendría más confianza en nuestros dirigentes. —La miró de manera interrogante—. ¿Sabes que me debes algo?

—¿De verdad? —dijo ella, intrigada—. ¿Qué?

Hamid señaló los cuarteles que quedaban detrás.

—Hay catorce muchachas en este pelotón. Tú eres la única con la cual no he jodido todavía. Leila rio.

—Lo siento.

—Deberías sentido —dijo él, casi en serio—. El trece es un número de mal

augurio. Va a suceder algo malo.

—No lo creo —dijo ella sonriendo—. Míralo de este modo: siempre tienes algo que esperar. Hamid hizo una mueca.

—Hagamos un trato. Si alguna vez volvemos a encontrarnos..., no importa dónde..., lo haremos. Leila le tendió la mano.

—De acuerdo.

Se estrecharon las manos. Hamid la miró a los ojos.

—¿Sabes? Para ser una chica no eres mal soldado...

—Gracias —dijo Leila.

Hamid miró su reloj.

—¿Crees que ya estarán listas?

—Deben estarlo —dijo. Ninguna tenía mucho que llevar.

Él tiró el cigarrillo, se volvió, y abrió las puertas del cobertizo.

—Bueno, muchachas —gritó con su voz de soldado—. ¡A formar filas!



Transcurrieron casi dos horas hasta que las hicieron pasar al despacho de la comandante. Mientras esperaban, el campamento fue desmantelado ante sus ojos. Hombres y camiones se movían sacándolo todo —camas, ropas, armas— fuera del cobertizo. El campamento empezaba a parecer una población fantasma. Y con las puertas y las ventanas abiertas la arena del desierto se precipitaba girando, ansiosa por recobrar lo que le pertenecía.

Las mujeres permanecían fuera de la comandancia, viendo partir camión tras camión. El cobertizo de la comandancia iba a ser el último en ser desmantelado. Sacaban los muebles cuando las hicieron pasar.

De acuerdo con el orden alfabético, Leila fue la primera en ser llamada. Cerró la puerta tras de sí, avanzó hasta el escritorio de la comandante, y saludó con elegancia.

—Al Fay, presente.

De algún modo, el gesto no resultaba tan bien con pantalón vaquero como con uniforme.

La comandante devolvió cansadamente el saludo.

—Descanse. An-nasr —dijo. Miró el montón de papeles que tenía delante—. ¿Su nombre es Al Fay?

—Sí, señora. —Por primera vez. Leila pensó en la comandante como en una mujer. La comandante estaba cansada.

—Tiene que volver usted a casa de su madre en Beirut —dijo—. Allí nos pondremos en contacto con usted y se le indicará su próximo destino.

—¿Eso es todo, señora? ¿Nada más?

—Por ahora eso es todo. Pero no se preocupe: tendrá noticias nuestras.

—¿Pero cómo las reconoceré? ¿No existe algún código o alguna manera para que yo pueda estar segura de...?

La comandante la interrumpió.

—Cuando llegue la llamada, usted la reconocerá —dijo—. Ahora su tarea es volver a su casa y esperar. No debe usted unirse ni acercarse a ningún grupo político, por más simpatías que sientan por la causa. Se guardará de hablar con nadie, y permanecerá dentro de los límites de su familia. ¿Ha entendido?

—Sí, señora.

La comandante la miró un momento. Pareció a punto de decir algo, pero se contuvo.

—Buena suerte —dijo—. Puede irse.

Leila saludó, ejecutó una elegante media vuelta, y salió del cuarto. Atravesó la otra oficina. Las mujeres la miraron con curiosidad, pero ella no habló.

Afuera había un camión parado. Hamid le hizo una seña.

—Tu limusina te espera.

Leila asintió, trepó silenciosamente por atrás, y se sentó en la fila de bancos. El camión tardó menos de media hora en llenarse.

Estaban especialmente silenciosas. De pronto todas eran extrañas, ligadas por las órdenes, con miedo de revelar algo sin querer.

Soad quebró la tensión.

—¿Sabes? —dijo con su tosca voz egipcia—, realmente voy a echar de menos este lugar. No estaba tan mal, y nunca he jodido tanto y tan bien.

Al oír esto, todas rieron y empezaron a hablar en seguida. Tenían tantas cosas para recordar y bromear..., los accidentes, los errores, incluso las dificultades. Pasó media hora, y el camión seguía sin moverse.

—¿A quién estamos esperando? —gritó a Hamid una de las mujeres.

—A la comandante —contestó este—. Estará aquí en un minuto.

Tuvo razón. Un momento después apareció en la puerta, detrás de él. Las mujeres guardaron silencio al verla.

Era la primera vez que la contemplaban sin uniforme. Llevaba un traje sastre francés, que no se ajustaba a su medida. La chaqueta era demasiado corta, la falda demasiado larga. Las costuras de las medias estaban torcidas, y caminaba incómoda en los zapatos de tacón alto que usaba para parecer más alta. De alguna manera había desaparecido la presencia imponente que tenía en uniforme. Incluso su cara parecía gordinflona e incierta.

«Si fuera un poco más gorda —pensó Leila—, no sería muy distinta a mi madre. O a cualquiera de las mujeres de mi familia».

Hamid abrió la puerta y ella subió al camión junto al chófer, luego él dio la vuelta y trepó al banco, junto a las otras mujeres soldados.

—Listos —gritó al chófer.

Retiraban los últimos muebles cuando avanzaron por el camino, formando fila con los otros camiones. Un momento después los siguió el último camión, tocando la bocina como señal. A la cabeza, el primer camión inició la marcha, y emprendieron el

viaje hacia la costa.

Echaron una última mirada al campamento cuando doblaron la curva de la montaña por el extremo sur. Estaba tan vacío y desierto como ayer. Otra vez las mujeres guardaron silencio. Ya no gastaban bromas. Cada una estaba sumida en sus propios pensamientos.

Hacía menos de una hora que estaban en el camino cuando oyeron el ruido de las explosiones detrás de ellas, en la zona del campamento. Un momento después oyeron el silbido del avión y, casi de inmediato, los aeroplanos estuvieron encima de ellas. Delante, un camión estalló en llamas.

Hamid se puso de pie en la parte trasera del camión.

—¡Bombarderos israelíes! —gritó al chófer—. ¡Salga del camino!

Pero en medio de los rugidos y los gritos el chófer no le oyó. En lugar de esto apretó el acelerador y chocó contra el camión que tenía delante. En el mismo momento, otro bombardero pasó volando bajo sobre el convoy.

Más balas silbaron en el aire. Otro camión fue tocado y voló. Las mujeres chillaban y trataban de descender por la parte trasera del camión.

—¡Por los lados! —gritó Hamid—. ¡Escondéos en las zanjas!

Leila se movió automáticamente. Cayó al suelo, giró, y se arrastró hacia el borde del camino, metiéndose de cabeza en una zanja de desagüe.

Otro bombardero rugía sobre ellas. Esta vez pudo ver la huella llameante de los proyectiles. Más camiones parecieron estallar en medio de nubes de humo.

—¿Por qué no disparamos nosotros también? —oyó gritar a alguien.

—¿Con qué? —contestó otra, también gritando—. ¡Todos los fusiles están guardados en los camiones! Otra mujer saltó a la zanja, junto a ella. Leila la oyó sollozar. No levantó la cabeza para mirar. Estaba pasando otro avión.

Esta vez un proyectil alcanzó el camión en el que ella había estado.

El camión estalló en mil fragmentos, y chillidos de angustia llenaron el aire. Los restos que cayeron alrededor de ella contenían trozos de metal y fragmentos de cuerpos humanos.

Leila se hundió más en la zanja, procurando enterrarse en la tierra fétida. De alguna manera había escapado a la muerte de manos de aquellos monstruos volantes.

Nuevamente rugieron los aviones, los aterradores silbidos de sus turbinas prolongándose tras ellos mientras los proyectiles volvían a desgarrar el convoy. Después, los aviones desaparecieron tan súbitamente como habían llegado, ascendiendo en el cielo girando hacia el Oeste, y el sol brilló en las estrellas pintadas de color azul a los costados.

Por un momento hubo silencio, después el ruido del dolor empezó a llenar el aire. Gemidos, gritos, chillidos pidiendo socorro. Lentamente, Leila sacó la cabeza de la zanja.

En el camino, algunas personas empezaron a moverse. Ella se volvió a mirar a la mujer que había saltado junto a ella. Era Soad.

—Soad —murmuró—, ¿estás bien?

Lentamente, la egipcia se volvió hacia ella.

—Creo que estoy herida —dijo, con voz extrañamente suave.

—Deja que te ayude —dijo Leila, corriendo hacia ella.

—Gracias —murmuró Soad. Procuró levantar la cabeza y después, dulcemente, se dejó caer al suelo. Un borbotón de sangre brotó de su nariz y de su boca, manchó el suelo ante ella, y entonces sus ojos quedaron muy abiertos, mirando con fijeza.

Leila la contempló. Era la primera vez que veía morir a alguien, pero nadie tuvo que decirle que Soad estaba muerta. Sintió un frío estremecimiento. Se forzó a mirar hacia otra parte y se puso de pie.

Trastabilló al salir de la zanja. El suelo estaba cubierto de restos. Frente a ella había una mano amputada. Un anillo de brillantes en uno de los dedos centelleaba a la luz del sol. Leila pateó la mano y marchó hacia el camión.

Solo quedaba allí hierro retorcido y madera y, a su alrededor, cuerpos rotos y mutilados. Miró pesadamente, después se dirigió a la parte delantera. El cuerpo de la comandante yacía tendido a medias sobre el chófer, a medias sobre la portezuela abierta. La falda estaba obscenamente torcida sobre sus rechonchos muslos.

Con el rabillo del ojo, Leila vio un movimiento. Un soldado había encontrado la mano y le quitaba el anillo de brillantes del dedo. Cuando tuvo el anillo arrojó lejos la mano, examinó con cuidado los brillantes, y después metió la alhaja en el bolsillo. Alzó la vista de pronto, consciente de la mirada de Leila.

Leila no habló.

El soldado sonrió como avergonzado.

—Los muertos no necesitan nada —dijo. Después se dirigió a la parte de atrás del camión.

La náusea creció en la garganta de ella, y se dobló de dolor al sentir la arcada y derramar el vómito en el camino. Notó que estaba débil e iba a caer cuando la sostuvo un brazo fuerte por debajo de los hombros.

—Tranquila —dijo Hamid—. Tranquila...

Ahora estaba vacía, débil y temblorosa. Se volvió hacia él y escondió la cara en su hombro.

—¿Por qué? —exclamó—. ¿Por qué nos han hecho esto? Nunca les hemos hecho nada...

—Es la guerra —dijo Hamid.

Leila le miró a la cara. Hamid tenía sangre en la mejilla.

—Sabían que venía un ataque aéreo, por eso nos trasladaron...

Hamid no contestó.

—Entonces ha sido muy estúpido —dijo ella enfurecida—. Todos esos camiones juntos en el camino... ¡ofrecerles un blanco como ese!

Hamid la miró sin expresión.

—¿Es para esto para lo que nos entrenan? ¿Para que nos maten como corderos?

—Las cosas no serán así esta noche cuando oigamos la radio —dijo él—. Presiento que dirán que derribamos heroicamente por lo menos seis bombarderos israelíes.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó ella, aterrada—. ¿Estás loco? ¡Si no hemos disparado un tiro!

Hamid habló con voz tranquila:

—Así es. Pero hay cien millones de árabes que no estaban presentes para verlo.

—Los judíos son animales. Estábamos indefensas y sin embargo, nos atacaron.

—Ayer conseguimos una gran victoria según la radio —dijo él—. En Tel Aviv volamos una escuela matando a treinta niños. Creo que esta es la manera que han tenido ellos de decirnos que no les ha gustado la cosa.

—La Hermandad tiene razón —dijo Leila—. La única manera de detenerlos es exterminándolos.

Hamid la miró un momento en silencio, después buscó en el bolsillo, sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Vamos, nena, salgamos de aquí. Aquí ya no podemos hacer nada, y tenemos ante nosotros un largo camino.

—Podíamos quedarnos para empezar a enterrarlas.

Hamid señaló detrás de ellos. Leila se volvió y vio unos hombres buscando entre los despojos.

—En este momento están ocupados buscando lo que puedan encontrar. Después se pelearán entre ellos para conservar lo que encuentren. Luego solo quedarás tú para que se peleen por tenerte. Eres la única mujer que queda.

Leila le miró fijamente, sin poder hablar.

—No creo que el deseo de dar solaz y consuelo a tus camaradas se extienda a veinte o treinta hombres a la vez.

—¿Cómo sabes que no nos seguirán?

Hamid se inclinó rápidamente y recogió algo que estaba en el suelo, a sus pies. Por primera vez Leila vio que tenía un rifle automático, después vio el revólver que sobresalía de su cinturón.

—¿Esperabas esto?

Él se alzó de hombros.

—Te dije que era soldado profesional. Tenía estas cosas bajo el banco, y las cogí antes de saltar del camión. Además, tenía un presentimiento. ¿No te dije que el número trece traía mala suerte?

Baydr miraba a Jordana en el otro extremo de la habitación. Estaba satisfecho. Había tomado la decisión justa. Jordana era exactamente el equilibrio que necesitaba. En aquel momento ella se despedía de los Hutchinson. Había impresionado a las esposas, y no cabía duda que eso significaba mucho en las relaciones que iba a tener con los empleados del Banco. Ahora formaban un equipo.

Naturalmente, la nueva propuesta de compartir ganancias había ayudado mucho. El quince por ciento de las ganancias para ser distribuidas entre los empleados sobre una base de dividendos de Bolsa no había molestado en absoluto. Había algo que todo el mundo tenía en común: la avaricia.

Joe Hutchinson se le acercó.

—Me alegro de que hayamos podido reunirnos —dijo con su vigorosa voz californiana—. Es bueno saber que el hombre con quien uno trabaja tiene tus mismas ideas.

—Yo también estoy contento, amigo —dijo Baydr.

—Las mujeres se han entendido bastante bien —dijo Hutchinson, mirando a su esposa—. Jordana ha invitado a Dolly a que la visite en el sur de Francia el próximo verano.

—Bien. —Baydr sonrió—. Venga usted también. Nos divertiremos.

El californiano guiñó un ojo e hizo una mueca.

—Me han hablado de esas chicas francesas —dijo—. ¿Es verdad que andan sin la parte superior del bikini en la playa?

—En algunas playas.

—Iré, no le quepa duda. No llegué a ir a Europa durante la guerra. Me destinaron a África del Norte, y las únicas mujeres que había allí eran putas de lo peor. Ningún hombre respetable las tocaba. O bien tenían alguna enfermedad venérea, o algún negro esperaba en un callejón para darnos una puñalada.

Aparentemente, Hutchinson ignoraba que estaba hablando de los países árabes. En su mente no podía haber ninguna asociación entre los nativos de África del Norte y el hombre que estaba ante él.

—La guerra fue bastante mala —dijo Baydr.

—¿Estuvo su familia en ella?

—Realmente no. Nuestro país es pequeño, y nadie pensó que fuera bastante importante como para pelear por él. —No mencionó que el príncipe Feiyad había firmado un acuerdo estipulando que si Alemania ganaba, ellos iban a estar encargados de todo el desarrollo petrolero en Oriente Medio.

—¿Qué le parece? —preguntó Hutchinson—. ¿Habrà otra guerra en Oriente Medio?

Baydr le miró a los ojos.

—Sé tanto como usted.

—Bueno, si llega a pasar algo —dijo Hutchinson—, espero que les den ustedes una paliza a los judíos. Ya es hora de que alguien los ponga en su lugar.

—No tenemos muchos clientes judíos, espero —dijo Baydr.

—No, señor —dijo el banquero con entusiasmo—. No los alentamos, por eso no los tenemos.

—¿Cree usted que por eso perdimos la operación del Rancho del Sol? —preguntó Baydr—. ¿Fue acaso porque algunos de los promotores eran judíos?

—Ese debe ser el motivo —dijo Hutchinson rápido—. Ellos querían hacer negocios con los Bancos judíos de Los Ángeles.

—Tenía curiosidad. Alguien me dijo que hicimos una oferta poco competitiva. Los Bancos de Los Ángeles les ofrecieron el mismo dinero, pero nosotros un punto y medio por encima.

—Los judíos hicieron eso deliberadamente para quitarnos la operación —dijo Hutchinson.

—La próxima vez lo haremos nosotros. Quiero que nuestro Banco sea competitivo. Es la única manera de atraer los grandes negocios.

—¿Incluso si provienen de los judíos?

La voz de Baydr fue inexpresiva.

—No se confunda. Estamos hablando de dólares. Dólares norteamericanos. Igualando las condiciones de los otros bancos, ese trato podía habernos dado dos millones en tres años. Si le rebajamos medio punto siempre quedará un millón y medio. Es el tipo de dinero que no quiero que se nos escape.

—Pero los judíos hubieran superado de todos modos nuestra oferta.

—Tal vez —dijo Baydr—. Pero debemos recordar que, de ahora en adelante, prestaremos dinero en igualdad de condiciones.

—De acuerdo —dijo Hutchinson—. Usted es el jefe.

—A propósito —dijo Baydr—. ¿Esa cifra que me citó en Leisure City todavía se mantiene?

—Doce millones de dólares, sí. Los japoneses la han hecho subir.

—Mantenga esa cifra.

—Un momento..., no disponemos de tanto dinero —protestó Hutchinson.

—He dicho que la mantenga, no que compre. Creo que contaremos con otro socio a finales de semana.

—Mantenerla nos costará el diez por ciento, un millón doscientos mil. Si el socio no aparece, perderemos. Y se volatilizarán las ganancias del año. A los contables no les gustará eso.

—Me arriesgo. Si sucede lo peor, yo pondré el dinero... —si todo marchaba bien, ni él ni el Banco tendrían que poner un centavo. Los japoneses pondrían seis millones, y los otros seis provendrían de su grupo en Oriente Medio. El dinero, según

parecía, tenía un extraño poder para alimentarse por sí mismo y crecer.

Finalmente se fueron los Hutchinson. Jordana regresó a la habitación. Se dejó caer exhausta en un sillón.

—Dios —dijo—, no puedo creerlo.

Él sonrió.

—¿Qué es lo que no crees?

—Que todavía haya en el mundo gente como esta. Creía que estaban todos enterrados. Los recuerdo de cuando era niña.

—Descubrirás algún día que la gente realmente no cambia.

—Creo que sí cambia. Tú has cambiado. Yo he cambiado.

Él encontró la mirada de ella.

—Pero no siempre es para mejor, ¿verdad?

—Depende de lo que uno sienta. Yo no creo poder volver a ese tipo de vida. Del mismo modo que tú no puedes volver a tu país y quedarte allí.

Él guardó silencio. En cierto modo ella tenía razón. Ya no podía volver atrás y vivir como había vivido su padre. Pasaban demasiadas cosas en el mundo.

—Me gustaría fumar un poco —dijo ella, mirándolo—. ¿Tiene Jabir algunos de sus cigarrillos de hachís?

—Estoy seguro que sí —dijo Baydr, dando unas palmadas.

Jabir apareció desde la habitación contigua.

—¿Quería algo, patrón?

Baydr habló rápidamente en árabe. Un momento después, Jabir volvió con una pitillera de plata. La abrió y la tendió a Jordana. Los cigarrillos estaban hermosamente liados y terminaban en boquillas de corcho. Cuidadosamente, ella tomó uno. Después Jabir se volvió y tendió la pitillera a Baydr, que tomó otro. Jabir colocó la pitillera en la mesita para café que estaba frente a Jordana y encendió un fósforo. Sostuvo la llama a la distancia exacta, de manera que solo el extremo rozó el cigarrillo y el calor no llegó hasta ella. Encendió el cigarrillo de Baydr exactamente de la misma manera.

—Gracias —dijo Jordana.

Jabir hizo *salaam*, en un gesto de obediencia.

—Me siento muy honrado, patrona. —Abandonó rápidamente el cuarto.

Jordana aspiró hasta que el humo penetró profundamente en sus pulmones. Sintió los efectos apaciguadores.

—Esto es hermoso —dijo—. Nadie los prepara como lo hace Jabir.

—Su propia familia cultiva el hachís en una granjita que tienen, no lejos de donde nació mi padre. Los árabes dicen que este es el material con el que se hacen los sueños.

—Tienes razón. —Rio súbitamente—. ¿Sabes? Creo que ya estoy mareada. Ya no me siento cansada.

—Tampoco yo. —Baydr se sentó en la silla frente a ella, dejó el cigarrillo en el

cenicero e, inclinándose, le cogió la mano.

—¿Qué te gustaría hacer?

Jordana le miró a la cara. Súbitamente, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Quisiera volver atrás —dijo—, a la época en la que nos encontramos, y poder volver a empezar de nuevo.

Baydr guardó silencio un momento.

—A mí también me gustaría —dijo suavemente—, pero no podemos.

Jordana le miró fijamente, y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Después escondió la cara entre las manos.

—Baydr, Baydr —dijo llorando—. ¿Qué nos ha pasado? ¿Por qué todo ha ido mal? Estábamos tan enamorados...

Baydr la atrajo hacia su pecho y miró sombríamente hacia el espacio. Su voz fue como un retumbar bajo en sus oídos.

—No lo sé —dijo suavemente, recordando cuán hermosa era Jordana la primera vez que la había visto.



Recordaba el frío, la luz blanca y cegadora reflejada en la nieve, y los edificios blancos que rodeaban las tribunas de la toma de posesión. Era enero de 1961. El mayor país del mundo recibía a su nuevo presidente, un hombre joven llamado John F. Kennedy.

Seis meses atrás, en Oriente Medio, nadie había oído hablar de él. Después, bruscamente, fue candidato por el partido demócrata, y sobre el escritorio de Baydr había aparecido un telegrama del príncipe: «¿Cuál será la política de Kennedy en Oriente Medio?»

Su respuesta había sido escueta. «Pro Israel. No se sabe mucho más.»

La llamada telefónica que recibió al día siguiente también había sido escueta. El príncipe en persona había llamado.

—Encuentra la manera de contribuir con un millón de dólares a la campaña de Nixon —había dicho el príncipe.

—No será fácil —había contestado—, en Estados Unidos hay reglas especiales sobre la contribución a las campañas.

El príncipe se rio bajito.

—Los políticos son iguales en todas partes. Estoy seguro de que encontrarás la manera. El señor Nixon y el señor Eisenhower fueron muy bondadosos con nosotros cuando los ingleses y los franceses trataron de apoderarse del canal de Suez en el 56. Lo menos que podemos hacer es mostrarlos nuestro agradecimiento.

—Pensaré cómo hacerlo —contestó Baydr—. Pero sugiero que hagamos también una contribución a la campaña de Kennedy, por si acaso.

—¿Para qué? —dijo el príncipe—. ¿Crees que tiene alguna posibilidad?

—Según las encuestas, no. Pero estamos en Estados Unidos. Nunca se sabe.

—Lo dejo en tus manos —dijo el príncipe—. Estoy empezando a creer que eres más norteamericano que árabe.

Baydr rio.

—Los norteamericanos no piensan eso.

—¿Cómo están tu mujer y tus hijas? —preguntó el príncipe.

—Muy bien —contestó él—. Hablé anoche con ellas. Están en Beirut.

—Convendría que nos hicieras una visita —dijo el príncipe—. Todavía estoy esperando el heredero que me prometiste. Me gustaría verlo cuanto antes. Ya no soy joven...

—Alá os preservará, Excelencia —dijo Baydr—. Viviréis eternamente.

—En el paraíso, espero —la leve risita del príncipe creó ecos en el teléfono—. Pero no en esta tierra.

Baydr colgó, pensativo, el teléfono. El príncipe nunca decía nada casualmente. Se preguntó si habría oído que Maryam no podía tener más hijos después del nacimiento de su segunda hija. Pero, si lo supiera, no habría pedido un heredero.

Habría insistido en que Baydr se divorciara y se casara con otra. La esterilidad es causa válida de divorcio bajo la ley musulmana. Pero Baydr no tenía ganas de hacerlo. No estaba enamorado de Maryam. Eso nunca había existido entre ellos y, cuanto más tiempo llevaban casados, menos cosas en común descubrían. Ella era demasiado provinciana; en realidad, le desagradaban Europa y Estados Unidos. Solo era verdaderamente feliz cuando se encontraba en su medio, en un mundo que entendía. «Ese era el verdadero problema», pensó Baydr. Ella era demasiado árabe. Y la idea de tener que casarse con otra mujer árabe simplemente no le atraía.

Tal vez el príncipe tuviera razón. Quizá fuera demasiado norteamericano. Porque, decididamente, prefería las mujeres occidentales. Había en ellas una vida, un estilo, una apariencia, una libertad de la que carecían las mujeres árabes.

Baydr encontró la manera de hacer las contribuciones. Ambas. Tenía muchos amigos entre los hombres de negocios de los dos partidos. La contribución fue pagada, y el príncipe recibió una invitación especial del comité inaugural. El príncipe rechazó la invitación alegando su escasa salud y nombró a Baydr como su representante especial en la investidura.

Baydr estaba en la sección reservada para los representantes de los países extranjeros, muy cerca de la plataforma inaugural. Se sentía incómodo con aquel frío helador, pese a la ropa interior de abrigo, su chaqueta de ceremonia, su chaleco gris perla y sus pantalones. El sombrero de copa, encajado en la cabeza para impedir que volara con las ráfagas de viento, no contribuía a mantener la cabeza caliente.

Miró alrededor. Algunos otros diplomáticos y sus esposas estaban mejor preparados que él. Eran más viejos, y probablemente ya habían asistido a alguna otra ceremonia semejante. Pudo ver que tomaban sorbitos de unos frascos pequeños y plateados, y había a la vista algunos termos.

Miró su reloj. Eran casi las doce y cuarto. Se demoraban. La ceremonia debía

iniciarse a mediodía. Buscó en el bolsillo las gafas oscuras. Sus ojos estaban fatigados de bizquear contra el sol y la nieve, pero cambió de idea. Ninguno de los otros invitados las llevaban. Hubo una agitación en las tribunas. Miró cuando se iniciaron los aplausos. El presidente electo avanzaba hacia la plataforma.

Había algo joven y muy vulnerable en él mientras avanzaba a grandes pasos firmes, y el viento le revolvía el pelo. No parecía molesto por el frío. Era el único en la plataforma que no llevaba sombrero ni abrigo.

Un momento después llegó un sacerdote y recitó una plegaria. Su voz era cantarina y monótona como la de todos los sacerdotes, sea cual sea su credo, pero el joven presidente permaneció inmóvil, con las manos juntas, la cabeza respetuosamente inclinada. «Alá no hubiera insistido en una invocación tan larga bajo un tiempo tan frío» —pensó Baydr.

Cuando el sacerdote terminó, otro hombre pasó al estrado. Era viejo, de pelo blanco, y su cara parecía tallada en el mismo granito del edificio que tenía detrás. Baydr oyó los murmullos a su alrededor. El hombre era Robert Frost, uno de los grandes poetas norteamericanos.

El viejo empezó a hablar, y su aliento era como humo en el aire invernal. Baydr no podía entender las palabras. Un momento después se interrumpió. Parecía haber surgido un problema.

Otro hombre avanzó y tendió un sombrero sobre el atril. Aparentemente, el sol había cegado al viejo, de manera que no podía leer lo escrito en la hoja que tenía delante. Otro murmullo recorrió la tribuna. El hombre que sostenía el sombrero era Lyndon Johnson, el futuro vicepresidente. El viejo empezó a recitar un poema de memoria. Su voz corrió por el sistema de altavoces, pero Baydr no escuchaba. Había visto a una muchacha en la plataforma, unas tres filas más atrás del presidente.

Parecía alta, aunque era difícil especificarlo. La plataforma era escalonada, de modo que todos pudieran ver y ser vistos. Iba sin sombrero, con su largo pelo rubio y liso enmarcando una cara tostada por el sol. Sus brillantes ojos azules lucían sobre sus prominentes pómulos, que caían en líneas planas hasta un mentón casi cuadrado. Sus labios, mientras escuchaban atentamente al poeta, se separaban, revelando unos dientes blancos e iguales. Cuando el poeta terminó, Baydr pensó: «Esa muchacha es californiana.»

Después juró el presidente. La ceremonia en sí duró solo un momento, tras lo cual el presidente se volvió hacia el atril para iniciar su discurso. Baydr escuchó con atención.

Hubo una frase que le hizo preguntarse si el presidente había leído el Corán. Podía haber sido tomada del Libro Sagrado: «La cortesía no es señal de debilidad, y la sinceridad está siempre sujeta a prueba.»

Cuando el presidente terminó de hablar, Baydr buscó con los ojos a la muchacha, pero ya se había ido. Trató de encontrarla entre la muchedumbre que descendía de la plataforma, pero no la vio por ningún lado.

De todos modos, su cara siguió apareciendo ante sus ojos toda la tarde, cuando descansaba en su *suite* en el hotel. Vio varias veces la ceremonia del juramento en la televisión, esperando volver a contemplarla, pero el ángulo de la cámara nunca la había enfocado.

Solo le quedaba una cosa por hacer. Tendidas sobre el escritorio de Baydr había invitaciones para cuatro bailes, en cada uno de los cuales se prometía la presencia del presidente. «Sin duda asistirá a alguno —pensó—. Pero ¿a cuál? Ese era el asunto.»

Y la respuesta fue simple. Asistiré a todos. Si el presidente lo hacía, también podía hacerlo él.

Baydr no se permitió más de una hora en cada baile. Eran todos muy parecidos, abarrotados y ruidosos, la pista llena de gente, borrachos y sobrios, bailando, hablando o simplemente caminando sin rumbo fijo. Lo único que tenían en común es que todos eran demócratas, contentos de volver a ver el sol tras años en la oscuridad. Después de un rato Baydr empezó a preguntarse si todavía quedaría algún republicano en el país.

Llegó al primer baile cuando el presidente ya había partido para el segundo. Cuidadosamente, sus ojos recorrieron el salón. Nunca se había dado cuenta antes de la cantidad de rubias que había en Washington, pero ninguna era la que buscaba. Fue al bar y pidió una copa de champán.

Un hombre se acercó a él y le cogió del brazo.

—¿Le ha visto? —preguntó, excitado.

—¿A quién? —preguntó Baydr.

—Al presidente, ¿a quién va a ser? —dijo el hombre con voz enojada—. ¿Por quién quiere que le pregunte?

Baydr sonrió.

—Le he visto.

—Grande, ¿eh? —El hombre sonrió y se alejó sin esperar respuesta.

Baydr dejó el vaso y decidió acudir al siguiente baile. Era una suerte que no quedara muy lejos, porque las calles seguían heladas. Nuevamente el presidente había llegado y ya se había ido cuando él llegó. Baydr recorrió el salón y, cuando vio que la muchacha no estaba allí, ni siquiera se quedó a tomar un trago.

Llegó al tercer baile cuando estaban danzando. La gente se amontonaba en la periferia de la pista, procurando espiar entre la multitud.

Baydr se abrió paso. Tocó a alguien en el hombro.

—¿Qué pasa?

—El presidente está bailando ahí con una chica —dijo el hombre, sin volverse.

En el extremo de la pista llameaban los *flashes*. Baydr se dirigió hacia allí. Al pasar oyó a una mujer decir desaprobadoramente:

—¿Por qué no baila con Jackie?

—Tiene que hacer esto, Mary —oyó la disgustada respuesta del marido—. Es la política.

—Entonces, ¿por qué tiene que elegir siempre a una chica bonita? —replicó la esposa—. No ha bailado con ninguna de nosotras, que hemos trabajado tan duro en su campaña.

Baydr estaba al borde de la pista. Los fotógrafos y los cámaras se amontonaban unos encima de otros para conseguir fotos del presidente. Por un momento quedó

apretado contra una columna, después logró abrirse paso.

Había un pequeño claro alrededor del presidente y su compañera. Los otros bailarines no se movían en realidad; simplemente avanzaban en un semicírculo, mirando fijamente al presidente. Baydr también quedó con la mirada clavada. El presidente bailaba con su chica.

Sintió una especie de náusea de desagrado. Por la manera en que los bailarines reían y charlaban, parecían conocerse muy bien. La esperanza de encontrar a alguien que los conociera a él y a la chica para que los presentara quedó descartada. Uno no puede pedirle al presidente de los Estados Unidos que le presente a una muchacha. Además, él también había oído algunas historias acerca del presidente. Parecía ser bastante aficionado a las mujeres.

Mientras miraba cesó la música, y la pareja abandonó la pista. Inmediatamente fueron rodeados por cantidades de gente. Los fotógrafos tomaban más instantáneas. Después, el presidente se volvió hacia la muchacha. Sonriendo, le dijo algo. Ella asintió, y el presidente se volvió y se alejó. La muchedumbre lo siguió, y un momento después la muchacha quedó casi sola.

Él aspiró profundamente y se le acercó:

—Señorita...

Era todavía más bonita de cerca que de lejos.

—¿Sí? —dijo ella cortésmente. Su voz era baja y con un leve acento de la costa oeste.

—¿Qué ha sentido al bailar con el presidente de los Estados Unidos?

—Es una pregunta muy rara.

—¿Cómo se llama usted?

—¿Es usted periodista?

—No —contestó él—. ¿Conoce usted bien al presidente?

—Hace usted muchas preguntas para ser un hombre que no es periodista...

Él sonrió.

—Probablemente. Pero no se me ocurre otra cosa para impedir que usted se vaya. Por primera vez, ella lo miró directamente.

—Sugiero algo mejor —dijo—. ¿Por qué no me invita a bailar?

Se llamaba Jordana Mason, y había nacido y se había criado en San Francisco. Por lo tanto, ya había acertado en una cosa. Era de California. Su padre y su madre se habían divorciado cuando ella era pequeña. Desde entonces, ambos padres habían vuelto a casarse, pero guardaban buenas relaciones entre sí, y Jordana estaba en constante contacto con su padre, aunque vivía con su madre. Tenía diecinueve años, estudiaba en Berkeley, y era una de las organizadoras del Movimiento Estudiantil pro Kennedy, motivo por el cual la habían invitado a la ceremonia.

El candidato se había fijado en ella en una asamblea en San Francisco. La gente de Prensa se había apresurado a fotografiarlo con las estudiantes y él le había prometido que, si ganaba, ella iba a recibir una invitación.

No era lo bastante ingenua como para creer que él iba a recordar su promesa. Estaba segura de que tenía cosas más importantes en la cabeza. Por eso quedó muy sorprendida una mañana, cuando la invitación llegó por correo.

Excitada, dijo a su madre:

—¿No te parece maravilloso?

Su madre siguió fría. Toda la familia era sólidamente republicana.

—Supongo que habrán pensado en alguien para que te acompañe —dijo su madre.

—Mamá —dijo Jordana—. Estamos en 1960, no en 1900. Soy mayor, y sé cuidarme.

Ya lo sé, querida —dijo con suavidad su madre—. Pero ¿te habrán preparado un buen alojamiento? ¿Y quién va a pagar tu pasaje de avión?

—Se supone que yo me encargaré de eso. La invitación es solo para la investidura. Y dice que tendré un lugar en la misma tribuna que el presidente.

—De todos modos, no me gusta —resopló su madre—. Es mejor que hables con tu padre.

Ella había llamado a su padre a su despacho en el Centro. Él no se manifestó entusiasta tampoco, pero comprendió mejor lo que aquello significaba para ella. La previno acerca de la reputación de Kennedy, aunque sabía que ella era capaz de cuidarse. Además, ahora que el hombre era presidente cambiaría sus costumbres. Consintió en comprar el pasaje, pero quiso que averiguara nuevamente con su madre si tenía allí algunos amigos en cuya casa pudiera alojarse. Los hoteles de Washington eran notorias guaridas de iniquidad, repletos de toda clase de políticos sureños y negros, y, además, extranjeros con miradas turbias. Al fin descubrieron que todos los amigos que tenían eran republicanos y, por lo tanto, era mejor que Jordana fuera a un hotel antes de que se enteraran que un miembro de la familia se había pasado al otro bando.

Baydr se enteró de todo esto durante el primer baile. Cuando la pieza terminó, buscó una mesa vacía donde pudieran sentarse y hablar. Encontraron una en un cuartito fuera del salón principal. Los camareros corrían atribulados procurando cumplir con los pedidos que llegaban desde todas las direcciones.

Baydr solucionó el problema de una forma simple. Llamo la atención del *maître* agitando la mano en la que había escondido un billete de diez dólares. Un momento después, una botella de Dom Pérignon apareció sobre la mesa.

—Este vino es muy caro —dijo Jordana—. ¿Está seguro de que puede pagarlo?

—Eso creo —dijo Baydr, evasivamente. Levantó la copa—. Por la chica más bonita de Washington. Jordana rio.

—¿Cómo puede saberlo? No las ha visto a todas.

—He visto bastantes.

Jordana sorbió el vino.

—Es delicioso. Dicen que el champán de California es tan bueno como el francés, pero no es como este...

—El champán de California no es malo...

—Juraría que nunca lo ha probado —acusó ella.

Baydr rio.

—He estado en Harvard, y después he pasado algunos años en Stanford.

—¿En qué trabaja?

—Soy un hombre de negocios.

Jordana le miró, dudosa.

—Parece un poco joven para eso.

—La edad no cuenta mucho en esta época —dijo él—. Kennedy no tiene más que cuarenta y tres años, y es presidente.

—Pero usted no tiene cuarenta y tres años —contestó Jordana—. ¿Qué edad tiene?

—Edad suficiente —dijo él, volviendo a llenar las copas—. ¿Cuándo piensa regresar?

—Mañana por la mañana.

—No se vaya. Tras todas las dificultades que he tenido para encontrarla, no puede irse tan pronto. Jordana rio.

—Tengo que estar el lunes en el colegio. —Una expresión intrigada atravesó su cara—. ¿Qué quiere decir con eso de las dificultades que ha tenido para encontrarme?

—La vi esta tarde en la ceremonia de investidura. No pude dejar de pensar en usted y, por eso, decidí asistir a todos los bailes, uno por uno, hasta encontrarla. Estaba seguro de que iba a estar en alguno.

—¿De verdad?

Baydr asintió sin hablar.

Jordana miró su copa.

—Tengo que regresar.

—Pero no mañana —dijo él—. Tenemos todo el fin de semana antes de que deba regresar.

—Aquí una se congela. Nunca he tenido tanto frío en mi vida. No llevo ropa para este tiempo.

—Ya arreglaremos eso. Podemos salir esta noche para Acapulco. Allí hace calor.

—¿Hay algún avión que salga tan tarde? —preguntó ella.

—Siempre hay aviones.

—Es una locura —dijo ella, sonriendo—. Además, ¿cómo saber si hay conexión con San Francisco?

—Le aseguro que habrá un avión —dijo él con firmeza—. ¿Qué me contesta?

Jordana lo miró, escéptica.

—No sé. No estoy segura.

—¿De qué?

—De por qué hace usted eso. Ni siquiera me conoce.

—Es una manera para conocerla mejor.

Jordana lo miró a los ojos.

Baydr sostuvo tranquilamente la mirada.

—El placer de su compañía.

—¿Eso es todo? ¿Nada más?

—¿No le parece bastante? —dijo él, riendo—. No soy un maniático sexual, si es que está pensando en eso. No tiene usted nada de qué preocuparse.

—Pero ni siquiera conozco su nombre.

—Eso se arregla fácil. —Sacó una tarjeta de su billetera y se la dio.

Jordana la miró.

—Baydr Al Fay. MEDIA Inc., 70 Wall Street, Nueva York —leyó en voz alta—. MEDIA..., ¿qué significa?

—Es el nombre de mi compañía —dijo él—. Middle Eastern Development and Investment Associates, Desarrollo e Inversiones del Medio Oriente.

—¿No es usted norteamericano?

—No. ¿Creyó que lo era?

—Creí que era judío —dijo ella.

—¿Por qué?

—No sé. Por su aspecto, creo.

—Mucha gente comete el mismo error —dijo él tranquilo—. Soy árabe.

Jordana guardó silencio. Miró nuevamente la tarjeta.

—¿Hay algo que no le gusta? —preguntó él rápidamente.

—No. Estaba pensando, eso es todo. —Lo miró—. Nunca he hecho algo como esto antes.

—Siempre hay que empezar alguna vez.

—¿Puedo pensarlo y contestarle por la mañana? —Claro que puede, pero sería una lástima perder todo un día de sol.

Jordana vaciló de nuevo.

—¿Lo dice de verdad? ¿No habrá ningún compromiso después?

—Ningún compromiso...

Jordana se llevó a los labios la copa de champán y la vació.

—Mi cuarto queda arriba, en este hotel. Iré a hacer el equipaje. Estaré lista en quince minutos.

—Bien —dijo él, llamando para pagar la cuenta—. Eso me dará tiempo para hacer algunas llamadas y preparar el vuelo. Recogeremos mis cosas camino al aeropuerto.

Había empezado a nevar de nuevo cuando la limusina se dirigió lentamente al aeropuerto. Jabir estaba sentado en el asiento delantero, junto al chófer, fumando un cigarrillo.

—Espero que no perdamos el avión —dijo Jordana.

—No lo perderemos —dijo Baydr.

—¿Cree usted que el mal tiempo podrá impedirnos partir?

—He salido con tiempo mucho peor.

El aeropuerto estaba prácticamente desierto cuando ellos lo atravesaron. Jabir y el chófer iban detrás, con el equipaje.

—No veo pasajeros por ninguna parte —dijo ella cuando se dirigieron hacia la puerta de embarque—. ¿Está usted seguro de que tendremos un avión?

—Estoy seguro —sonrió él.

Solo cuando estaban en la rampa, subiendo los peldaños hacia el Jet Lear, Jordana comprendió que subía a un avión privado. Se detuvo en lo alto y lo miró.

Baydr asintió, tranquilizándola.

El camarero esperaba junto a la puerta.

—Buenas noches, señora. Buenas noches, señor Al Fay. —Se volvió hacia Jordana—. Permítame que le indique su asiento.

Guio a Jordana hasta un cómodo sillón reclinable y se hizo cargo de su abrigo. Después se inclinó y le sujetó el cinturón de seguridad.

—¿Está cómoda, señora?

—Muy cómoda, gracias.

—Gracias a usted, señora —dijo el camarero, y se alejó.

Baydr se sentó junto a Jordana y ajustó su propio cinturón de seguridad. Un momento después el camarero volvía con una botella de Dom Pérignon y dos copas.

Ante una seña de Baydr el camarero las llenó y volvió a irse.

Baydr levantó la copa.

—¡Bienvenida a bordo de *La Estrella de Oriente*!

—Usted no me dijo que íbamos a viajar en su avión particular —dijo ella.

—Usted no me lo preguntó. Solo me preguntó si estaba seguro de que iba a haber un vuelo.

Jordana sorbió el champán.

—Es muy bueno. Sabe usted que una chica se puede marear con poca cantidad...

—He visto cosas peores —dijo Baydr, sonriendo. El avión empezó a dirigirse a la pista. Ella buscó automáticamente la mano de Baydr.

—Siempre me pongo nerviosa al despegar...

Baydr sonrió, sujetando suavemente la mano.

—No hay por qué preocuparse. Tengo a bordo dos buenos pilotos.

Jordana miró por la ventanilla hacia la nieve que caía.

—Pero no pueden ver mucho.

—No es necesario —dijo él—. Todo funciona por medio de radar e instrumentos.

Hubo una tensión de los motores, y un momento después estaban en el aire. Cuando volaron sobre la nieve y las nubes, a muchos metros de altitud en la noche estrellada, ella se volvió y vio que su mano seguía en la mano de él. Lo miró.

—Es usted un hombre muy raro —dijo suavemente—. ¿Hace con frecuencia cosas como esta?

—No —dijo—. También para mí es la primera vez. Guardó silencio un momento, mientras bebía otro sorbo de champán.

—¿Por qué me ha elegido a mí? —preguntó. Los ojos de Baydr era tan azules como el cielo nocturno.

—Porque me enamoré de usted desde el momento en que la vi.

El camarero volvió a acercarse, llenó otra vez las copas, y desapareció. Jordana sorbió el vino, después, súbitamente, se echó a reír. Vio el desconcierto en la cara de Baydr.

—Se me ha ocurrido una idea graciosa —dijo.

—Dígame.

—En todas las películas que he visto, el jeque viene galopando por el desierto, rapta a la doncella en su corcel blanco, y galopa perdiéndose en la noche. En cierto modo, ¿no es esto lo que usted está haciendo?

—Eso espero —contestó Baydr—. Porque, ¿sabe?, pienso casarme con usted.

El destino quiso que permanecieran juntos tres años antes de casarse. Y esto ocurrió después del nacimiento de su primer hijo, Mohammed.

Durante aquellos tres años fueron inseparables. A cualquier parte del mundo que él fuera, ella lo acompañaba. Menos cuando volvía al Oriente Medio. Allí, ella no debía ir.

—No iré hasta que estemos casados —decía ella—. No quiero ser tratada como una concubina.

—Podemos casarnos —decía él—. La ley musulmana me permite cuatro esposas.

—Muy bonito —decía Jordana, con sarcasmo—. Cástate con otras tres muchachas árabes.

—Ese no es el asunto, Jordana —decía él—. No quiero casarme con otra. Quiero casarme contigo.

—Divórciate entonces.

—No.

—¿Por qué no? —preguntó ella—. No quieres a tu mujer. Nunca la ves. Y el divorcio es muy sencillo para un musulmán, ¿verdad? Tú mismo lo has dicho.

—Nos casamos por orden del príncipe. Necesito su permiso para divorciarme, y él no lo dará para que me case con una no-creyente.

—Baydr, te quiero —dijo ella—. Y quiero ser tu mujer. Tu mujer única. ¿Entiendes? Es así como me han educado. Una mujer a la vez.

Baydr sonrió.

—Eso no es importante. Todo depende de la forma en que se mire.

—Muy bien entonces —dijo ella con resolución—. Yo lo veo como te he dicho. Y no voy a cambiar.

Él no contestó. Lo cierto es que no tenía ganas de volver a casarse. No es que hubiera otras mujeres. Había habido muy pocas desde que estaba con ella. Y solo en raras ocasiones, cuando estaban separados. Cuando estaban juntos nunca sentía la necesidad de otra mujer.

Al principio, los padres de ella habían quedado atónitos ante sus acciones. Solo empezaron a aceptar la situación cuando Baydr colocó sumas sustanciales en manos del padrastro de Jordana. Después de esto comían alguna vez con los padres de ella, cuando estaban en San Francisco. Pero las comidas eran siempre comidas íntimas de familia. Nadie quería proclamar que Jordana vivía en pecado, especialmente con un árabe.

Baydr compró una villa en el sur de Francia y, durante el verano, pasaban allí juntos todo el tiempo que era posible. Jordana estudió y llegó a hablar bien en francés. Adoraba la Riviera. Era alegre, burbujeante, y todo el mundo lo pasaba bien

allí. A nadie le importaba la vida privada de nadie. Solo contaba tener dinero para disfrutar.

Durante el invierno vivían en Nueva York, e iban de vacaciones a Acapulco, donde él había comprado la casa en la que habían pasado juntos su primer fin de semana. A veces iban a esquiar, pero, como a él le desagradaba el frío, ella no lograba convencerlo para que fueran con más frecuencia. Cada tres meses, Baydr volvía a su patria por dos semanas. Cuando no estaba, Jordana visitaba a su familia en San Francisco. Pero siempre, al cabo de las dos semanas, iba a reunirse con él de nuevo, en Nueva York, en Londres, en París, en Ginebra o donde quiera que lo llevaran sus negocios.

Solo una vez, cuando él llegó al apartamento de Nueva York, ella no estaba allí esperándole.

—¿No tiene noticias de la señora? —preguntó al criado que recogió su sombrero y su abrigo en la puerta.

—No, señor —contestó el criado—. Dentro de lo que sé, la señora está todavía en San Francisco.

Esperó todo el día la llegada de Jordana y finalmente, después de la cena, llamó aquella noche a la madre de ella en San Francisco. Jordana contestó el teléfono.

—Querida, empezaba a preocuparme; ¿cuándo vienes a casa?

La voz de ella sonó cansada.

—No volveré.

—¿Qué significa eso de que no volverás? —La sorpresa, el asombro, se percibían en su voz.

—Lo que he dicho. Tengo veintiún años, y tengo que hacer algo con mi vida. No volveré.

—Pero yo te quiero.

—No basta —dijo ella—. Estoy harta de vivir en el limbo. Creo que dos años de esta vida son suficientes para cualquier mujer. Ya es tiempo de que crezca.

—¿Hay algún otro?

—No, y lo sabes muy bien. No ha habido nadie desde que te conocí.

—Entonces, ¿qué pasa?

—¿No te das cuenta de que estoy cansada de la forma en que vivimos? Harta de jugar a que soy la señora Al Fay cuando no lo soy. —Empezó a llorar.

—Jordana...

—No quieras convencerme, Baydr. No soy como las mujeres árabes que conoces. Simplemente, no puedo aceptar esta vida. Tengo una mente propia...

—No estoy procurando convencerte. Pero quiero que lo pienses...

—Ya lo he pensado, Baydr. Y no volveré.

Sintió que la ira se apoderaba de él.

—Pues no esperes que ande corriendo detrás de ti —dijo—. Basta con una vez.

—Adiós, Baydr.

El teléfono quedó muerto en su mano. Lo miró, después lo tiró con fuerza. Por unos minutos miró al espacio, después recogió el teléfono y volvió a llamar.

Esta vez respondió la madre de Jordana.

—¿Puedo hablar con Jordana, por favor? —pidió.

—Ha subido a su cuarto —dijo la madre—. La llamaré.

Baydr esperó hasta que la madre volvió al teléfono.

—Dice que no quiere hablar con usted.

—Señora Mason, no entiendo qué sucede. ¿Qué le pasa a Jordana?

—Es muy normal, Baydr —dijo ella con calma—. Las mujeres embarazadas se sienten generalmente excitables.

—¿Embarazada? —gritó él—. ¿Jordana está embarazada?

—Naturalmente —dijo la señora Mason—. ¿Es que no se lo ha dicho?



Siete meses después, estaba junto a la cama de Jordana en el hospital. Jordana tenía a su hijo en brazos.

—Es igualito a ti —dijo Jordana, tímidamente—. Los mismos ojos azules.

Baydr recordó algo que su padre le había dicho una vez.

—Todos los recién nacidos tienen ojos azules —dijo—. Lo llamaremos Mohammed.

—John —dijo Jordana—, como mi abuelo.

—Mohammed —dijo él—, como el Profeta. —La miró—. ¿Te casarás ahora conmigo?

Jordana sostuvo su mirada.

—¿Te divorciarás antes?

—No puedo tener una no-creyente como única esposa —dijo Baydr—. ¿Te convertirás a mi fe?

—Sí —contestó ella.

Baydr tomó el niño en brazos y lo estrechó contra sí. El niño empezó a llorar. Miró a Jordana con una sonrisa de padre orgulloso.

—Nuestro hijo será príncipe —dijo.



El viejo príncipe levantó la vista cuando Baydr entró en la habitación. Hizo un gesto con la mano y el adolescente que había estado sentado a sus pies se levantó y abandonó el cuarto.

—¿Cómo estás, hijo mío? —preguntó el viejo.

—Os traigo noticias de que hay un heredero para el trono, Alteza —dijo él—. Tengo un hijo. Con vuestra autorización lo llamaré Mohammed.

El viejo le lanzó una mirada pícaro.

—El hijo de una concubina infiel no puede pretender un trono del Profeta.

—Me casaré con esa mujer —dijo Baydr.

—Y ella, ¿aceptará la fe?

—Ya la ha aceptado —replicó Baydr—. Y ya conoce el sagrado Corán mejor que yo.

—Entonces tienes mi permiso para casarte con esa mujer.

—Solicito todavía un don a Su Alteza.

—¿De qué se trata?

—No es conveniente que el heredero del trono provenga de una segunda esposa. Pido permiso para divorciarme de la primera.

—Debe haber motivos —dijo el príncipe—. Está prohibido por el Corán divorciarse por capricho o por vanidad.

—Hay motivos —contestó Baydr—. Mi primera esposa es estéril desde el nacimiento de nuestra segunda hija.

—He oído esos chismes. ¿Son acaso verdad?

—Sí, Alteza.

El príncipe suspiró.

—Te concedo entonces el permiso. Pero el acuerdo debe ser justo y conforme a las Sagradas Escrituras.

—Será más que justo.

—Cuando te hayas casado con esa mujer, quiero que vengáis a verme los tres, con tu hijo.

—Se hará como deseáis, Alteza.

—Que se cumpla la voluntad de Alá —dijo el viejo—. Cuando tu hijo tenga diez años será nombrado mi heredero. —Se inclinó, y Baydr besó su mano y su nariz—. Vete en paz, hijo mío.



En la boda, Jordana gustó y sorprendió a Baydr y a sus padres hablando en árabe. Sin que él lo supiera, había tomado profesores y había seguido un curso rápido, de manera que ahora hablaba el idioma bien, aunque con un delicioso y suave acento norteamericano que lo volvía casi musical. Baydr recordaba cuán fascinadas habían quedado su madre y sus hermanas con el pelo de ella, cómo lo habían tocado, casi acariciado, cómo habían comentado su suavidad y su color de hilos de oro. Recordaba también el orgullo de su padre, cuando le había puesto el primer nieto en los brazos.

—Mi pequeño príncipe —había dicho dulcemente Samir.

Después de la ceremonia nupcial hicieron una peregrinación a La Meca, no en camello como la habían hecho su padre y su madre, sino en el Jet Lear, que realizaba el viaje en horas en lugar de emplear días. Juntos permanecieron en la tranquila calma de la plaza, vestidos como los otros peregrinos, y cuando sonó la llamada a la oración, se postraron en el suelo ante la Kaaba, el Sagrado Recinto de Alá.

Después, en el avión, cuando iban a visitar al príncipe, Baydr se volvió hacia Jordana y le dijo en árabe:

—Ahora eres una verdadera musulmana.

—Lo he sido desde el momento en que nos conocimos —le contestó ella—. Simplemente, no lo sabía.

Baydr le tomó la mano.

—Te amo, esposa mía.

De acuerdo a la tradición árabe, ella llevó la mano de él a los labios y la besó.

—Y yo te amo, dueño mío.

—Ya que tu hijo será mi heredero —había dicho el viejo príncipe—, tendrás tu hogar cerca de mí, para que yo pueda verlo crecer y prosperar.

Baydr había visto la mirada sorprendida de Jordana por encima del velo tradicional que llevaba en público. Hizo un gesto con la cabeza para que ella no hablara.

—Vivirás —prosiguió el príncipe— en una mansión dentro de los muros del palacio, para ser preservada de todo mal.

—Pero mi trabajo, Alteza —protestó Baydr—, me tiene alejado casi todo el tiempo.

El príncipe sonrió.

—En ese caso tendrás que arreglártelas para venir más a menudo a tu patria. No es bueno que un hombre esté tanto tiempo separado de su familia.

Aquella noche, cuando estaban en sus habitaciones, Jordana habló.

—No puede haber hablado en serio —dijo—. No tengo nada que hacer aquí. Me volvería loca.

—No durará mucho tiempo. Tenemos que satisfacerlo por ahora, después le diré que te necesito para que me ayudes en mi trabajo, y él me entenderá.

—No lo haré —exclamó ella—. ¡No soy una mujer árabe a quien se dan órdenes como si fuera una esclava!

La voz de Baydr se volvió fría. Era una faceta que ella no conocía.

—Eres una esposa musulmana —dijo—, y harás lo que se te ordene.

Quizá fue entonces cuando las cosas empezaron a cambiar entre ellos. Baydr cumplió su palabra. Pero pasaron seis meses antes de que pudiera convencer al príncipe de que debían vivir en otra parte. Para entonces el daño ya estaba hecho. Para ambos.

Una barrera invisible se había levantado entre ellos y su amor y, por más que lo intentaron, no pudieron echarla abajo.

Jordana no podía dormir. Con los ojos muy abiertos, miraba fijamente la oscuridad, escuchando la suave respiración de Baydr en el extremo de la enorme cama doble. Nada había cambiado. Ni siquiera la «materia de la que estaban hechos los sueños» de Jabir podía acercarlos ya.

Antes de que se casaran todo había sido ardiente y lleno de encantadores momentos tiernos, pese al hecho de que había ciertos actos amorosos que él no se permitía. No le importaba besarle sus pechos y su vientre, pero nunca aceptó el sexo oral. Muchas veces ella intentó conducirle hasta ello, y aunque a él le encantaba que ella tomara su miembro en su boca jamás permitió que ella adoptara una posición superior que le permitiera controlar sus movimientos. Sin decirlo con palabras, le había hecho saber que las cosas que ella deseaba que él hiciera rebajaban su dignidad como hombre. Un hombre nunca debe someterse a una mujer, en ninguna forma.

Nada de esto hubiera importado. Baydr había sido un buen amante. Pero Jordana percibió un cambio en cuanto se casaron. El sexo se hizo casi negligente. La penetraba sin preparativos y terminaba rápidamente. Al principio le había echado la culpa a la premura de sus trabajos. El príncipe le exigía constantemente más y más. Sus negocios se extendían a todos los países del mundo Occidental, y la organización era cada vez más compleja. Gradualmente, Baydr había reunido un grupo de hombres jóvenes que, como él, eran de ascendencia del Oriente Medio, aunque conocían las costumbres de Occidente. Los miembros de este grupo estaban establecidos en los países que conocían mejor, y tenían la misión de controlar día a día las inversiones. Baydr en persona viajaba de un país a otro para coordinar los distintos esfuerzos y tomar las decisiones finales.

Cediendo a las presiones de la época, el Jet Lear había sido sustituido por un Mystère 20, después por un Super Caravelle y, finalmente, por un Boeing 707 Intercontinental. Ahora podía recorrer largas distancias sin tener que detenerse, pero, pese a ello, sus viajes lo alejaban más y más. Siempre tenía que estar en algún nuevo lugar, siempre había alguna emergencia que solo él podía solucionar. Los veranos en Francia cayeron por la borda, y el gigantesco yate que habían comprado para mutuo deleite, con frecuencia permanecía anclado en el puerto.

Después del nacimiento de Samir, su segundo hijo, prácticamente dejaron de hacer el amor. Y una noche, cuando Jordana empezó a buscarlo, desesperada, él le tomó la mano y la puso sobre la manta, entre ellos. Su voz fue helada.

—Es indigno que una esposa se comporte así —dijo.

Herida por el rechazo, ella empezó a llorar. Encendió la luz, se sentó en la cama y buscó un cigarrillo. Lo encendió con cuidado y aspiró profundamente, procurando calmarse.

—¿Qué pasa, Baydr? ¿Ya no represento nada para ti?

Baydr no contestó.

—¿Hay alguna otra?

—No.

—¿Qué pasa entonces?

Él guardó silencio un momento, después se levantó de la cama.

—Estoy cansado —dijo—. Quiero dormir.

Ella lo miró a la cara.

—Y yo quiero joder —dijo directamente—. ¿Hay algo malo en eso?

—Ya está bien con que actúes como una puta —dijo él—. No es necesario que también hables como si lo fueras.

—Debes estar bien enterado —dijo Jordana—. Pasas tanto tiempo con ellas...

La cara de Baydr se ensombreció de rabia.

—Lo que yo haga no es asunto tuyo.

—Soy tu mujer, y hace meses que no me tocas. ¿Qué significa eso de que lo que tú hagas no es asunto mío?

—Es el deber de una esposa someterse a la voluntad de su marido.

—Casarme contigo no me ha convertido en una ciudadana de segunda clase —exclamó ella—. También tengo derechos y sentimientos.

—Has olvidado lo que está escrito —dijo Baydr—. Tú eres mi esposa, mi posesión, y solo puedes aspirar a los derechos y sentimientos que yo te permita.

Ella le miró fijamente.

—Entonces pediré el divorcio. No puedo vivir de esta manera.

—Rechazo tu petición —dijo él—. Vivirás como yo te ordene.

—No estamos en la Edad Media —contestó Jordana—. Y tampoco estamos en Oriente Medio, donde podrías encerrarme en un harén. Mañana volaré a mi país para pedir el divorcio.

Los ojos de Baydr fueron como de hielo.

—Si lo haces —dijo tranquilamente— nunca volverás a ver a tus hijos. Sabes que tengo poder para hacerlo.

La herida y la sorpresa asomaron en la voz de Jordana.

—No puedes hacer una cosa semejante.

—Puedo, y lo haré —dijo él, secamente.

Los ojos de Jordana se llenaron de lágrimas. No pudo hablar. Él la miró fijamente un momento y, cuando habló, no había ninguna simpatía en su voz.

—No habrá divorcio. Hay muchas cosas en juego. No quiero que la ascensión de mi hijo al trono se vea trabada por un escándalo. No tras haber hecho un sacrificio tan grande como el que he hecho para conseguirlo.

Ella lo miró, incrédula.

—¿Qué sacrificios has hecho?

—Me tragué mi orgullo y pedí autorización para casarme con una infiel, pese a

todos los consejos que recibí en contra. Pero quería el trono para mi hijo. Me lo habían prometido.

—¡Pero yo he adoptado la fe! —gritó Jordana.

—Con los labios, no con el corazón. Si la hubieras adoptado de verdad, conocerías tu posición y no pedirías cuentas de mis actos.

Desesperada, ella se cubrió la cara con las manos.

—¡Oh, Dios! —exclamó.

—¿A qué Dios te refieres? —preguntó él con voz cruel—. ¿Al tuyo..., o al mío?

Jordana bajó las manos y lo miró.

—No hay más Dios que Alá.

—Sigue.

Guardó silencio un momento, después bajó los ojos.

—... y Mahoma es su Profeta —murmuró.

Baydr lanzó un profundo suspiro y se dirigió a la puerta.

—No lo olvides.

—Baydr... —la voz de Jordana lo retuvo—. ¿Qué quieres que haga?

Él la miró fijamente.

—Te concedo libertad para hacer lo que te dé la gana siempre que sigamos casados, pero hay dos restricciones. La primera es la discreción. No debes hacer nada que acarree deshonor a nuestra casa. Ante el mundo, nuestro matrimonio seguirá siendo lo que era.

—¿Y la segunda?

—Que evites a los judíos. Eso no te lo toleraría.

Ella guardó silencio un momento, después asintió.

—Se hará como deseas.

Baydr se dirigió al otro cuarto, dejando tras de sí la puerta abierta. Un momento después, Baydr había vuelto con una caja de metal amarilla en las manos. Cerró la puerta, se acercó al borde de la cama y la miró. Abrió la caja y la colocó sobre la mesita de noche. Ella vio las cápsulas en sus nidos amarillentos.

—Ya sabes que no me gusta el nitrato de amito.

—No me importa lo que te guste o no te guste —dijo él con dureza—. Actúas y hablas como una puta..., te trataré como a una puta.

Se desabrochó la chaqueta del pijama y se la quitó, después desató el cordón de los pantalones. Cayeron al suelo y se liberó de ellos.

—Quítate el camisón —ordenó.

Ella no se movió.

Rápidamente, él se inclinó hacia ella y, agarrando con fuerza la prenda, la desgarró. Sus pechos saltaron libres, y él aferró uno en su mano.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó.

Ella no respondió.

Él aumentó la presión. El dolor la hizo jadear involuntariamente. Miró a sus ojos

por un momento, luego bajó la vista hacia su otra mano.

—Estaba sujetando su falo, que crecía y se endurecía rápidamente, hacia ella.

—¿Es eso lo que quieres?

—¡Baydr! —gritó.

Él mismo lo introdujo dentro de su boca. Ella se ahogó y tosió. La voz de él era burlona.

—¿No es eso lo que quieres, puta infiel? —Apartó el rostro de ella de su cuerpo y miró directamente a sus ojos—. Quizás esto te guste más.

Rápidamente, la tendió en la cama e introdujo tres dedos muy profundamente en ella. Fue rápido e inesperado, y el desgarró hizo brotar un gemido de dolor de sus labios. Él empezó a mover sus dedos activamente adentro y afuera, mientras con su mano libre tomaba una ampolla de la caja.

Ella sintió la explosión en su cerebro cuando él rompió la cápsula bajo su nariz. Su corazón pareció como si quisiera estallar en su pecho y, muy a su pesar, empezó a sentir las sacudidas del orgasmo agitar todo su cuerpo.

Bruscamente, él retiró sus dedos y la volvió boca abajo sobre la cama.

—¡Sobre tus manos y rodillas, como la perra infiel que eres! —ordenó.

Ella no podía moverse.

La mano abierta de él restalló contra sus nalgas. Gritó. La mano golpeó una y otra vez, cruzando su carne. Ella empezó a retorcerse y a gemir. Estaba loco. Yo estoy loca, pensó. No puede gustarme esto. Pero estaba empezando a gozar del calor que se expandía por sus ingles y sus riñones.

—¡Como una perra, mujer! —ordenó él.

—Sí, sí —gimió, poniéndose de rodillas, alzando sus nalgas en el aire. Sus pechos colgaron sobre la cama cuando se apoyó en sus codos. Notó que él tomaba posición detrás de ella, y se volvió para mirarle.

—¡No me mires, perra infiel! —gritó él, tirando brutalmente de su pelo para obligarla a apartar su vista.

El temblor que sentía dentro de sí se expandió rápidamente por todo su cuerpo, incluso sus rodillas temblaban. Una vez había visto a una yegua temblando mientras aguardaba a ser montada por el semental. Ahora sabía exactamente lo que sentía el animal.

Él tiró de su cabeza hacia atrás agarrándola del pelo, hasta que su cuello se tensó, e hizo estallar otra cápsula bajo su nariz. El orgasmo vino de nuevo.

Le oyó romper otra cápsula, pero esta vez no era para ella sino para él. Luego sintió la dureza de su miembro penetrar en ella, y el furioso golpetear del cuerpo del hombre contra sus nalgas.

Gritó una vez con el dolor y la violencia de su orgasmo, cuando él empezó a empujar dentro de ella. Luego, se derrumbó bajo el impacto.

Después permaneció tendida muy quieta a su lado de la cama, el dolor y los temblores abandonando lentamente su cuerpo. Él también permanecía en silencio. No

hizo ningún gesto. No había comunicación entre ellos.

Tras un momento, habló. Su voz era calmada, como si no hubiera ocurrido nada entre los dos.

—Ahora, mujer, ¿entiendes tu posición?

Ella sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Sí —murmuró en voz muy baja.



Y desde entonces siempre había sido así. Ya no era un acto de amor, ni siquiera un acto de crueldad. Era pura y simplemente una afirmación de su poder sobre ella.

Fue al terminar aquel verano cuando tuvo su primer amante. Después fue fácil. Pero con muy pocos había alcanzado el placer. De todos modos, conseguía algo. Que fuera verdad o no, que lo sintieran o no, que les pagara o no les pagara, todos le hacían el amor.

Y esto era algo que Baydr nunca le daba.

catorce

El zumbido de la máquina de afeitar la despertó. Jordana se volvió en la cama. Por la puerta abierta que llevaba al cuarto de baño pudo verlo frente a un espejo, una toalla enroscada contra su esbelta cintura. La expresión de concentración en su cara era familiar. El afeitarse le absorbía completamente.

Se sentó en la cama y buscó un cigarrillo. Había sido un extraño fin de semana. Extraño porque había habido momentos en los que parecían haberse acercado a la intimidad que una vez habían tenido. Pero cada vez que eso ocurría uno de ellos hacía algo para desviar y destruir el sentimiento.

Dos veces en aquel fin de semana habían hecho el amor. La primera vez lo había estropeado todo al pedir un castigo. «Pégame» había dicho, y él se había apartado.

La segunda vez había sido la noche anterior, tras fumar el cigarrillo de Jabir. Esta vez ella estaba dispuesta. El hachís la había relajado, y se sentía lánguida y cómoda. Solo deseaba hacer el amor hermosa y simplemente. Quería que fuera como la primera vez que se habían visto.

Pero las cosas fueron ahora completamente distintas. La había poseído brutalmente, penetrándola con una salvaje brusquedad. Tres veces entró y salió de ella; a la cuarta eyaculó. Tomada por sorpresa ante su rapidez, ella se lo quedó mirando al rostro. Era inexpresivo, como si nada de aquello tuviera que ver con él. No pudo apreciar ni alegría ni placer.

Un momento después la dejó y se quedó a un lado de la cama, dormido. Jordana permaneció largo rato sin dormir, y pensó en la primera vez que la había tomado sin amor, haciéndole sentir que ella no era nada, fuera de un receptáculo para su propio uso y conveniencia. Entonces había establecido claramente que las cosas debían ser así, y así habían sido..., hasta este fin de semana.

Tras el primer fracaso había esperado que hubiera otro momento, un momento mejor en el que pudieran estar juntos. Pero no había ocurrido. Fuera lo que fuese lo que había buscado en ella aquel fin de semana, la cosa había pasado. Y se preguntaba si alguna vez volvería a presentarse otra oportunidad.

Baydr salió del cuarto de baño, húmedo de la ducha, y la miró.

—Mañana salimos para Los Ángeles —dijo con voz indiferente—. ¿Qué planes tienes para después?

Actuaba como si fueran desconocidos.

—Encantada de haberte visto —dijo Jordana—. Espero que volvamos a encontrarnos.

Una expresión intrigada cruzó el rostro de Baydr.

—¿Qué dices?

—Nada. No tengo planes.

—¿Volverás a Francia?

—¿Y tú? —preguntó ella—. No sería mala idea que fueras a ver a los chicos. Has estado fuera todo el verano, te echan de menos.

—No puedo —contestó él secamente—. Hay demasiado que hacer en este momento. Además, he planeado pasar un tiempo con ellos en Beirut este otoño. Estaré allí por lo menos seis semanas.

—Unos pocos días significaría tanto para ellos... La voz de él se hizo tajante.

—He dicho que no tengo tiempo. —Se dirigió al armario y sacó una camisa—. Es probable que deba partir en seguida para Japón.

—Nunca he estado en Japón. Me han dicho que es fascinante.

—Tokio es un manicomio —dijo evasivamente—. El tráfico es atroz, y todo está tan repleto que no se puede respirar.

Jordana se sometió. No quería llevarla. No le servía allí de nada.

—Creo que me quedaré algunos días en Los Ángeles. Visitaré algunos amigos, y después quizá vaya a San Francisco para ver a mi familia.

Baydr se enfundó los pantalones.

—No me parece mala idea. Pero procura estar de vuelta en Francia a principios de la semana próxima. No quiero que los chicos se queden demasiado tiempo solos.

—Lo arreglaré —contestó ella. Con cuatro criados, dos guardaespaldas y la *nanny*, los chicos no estaban exactamente solos.

Sonó el teléfono, y Baydr contestó. Escuchó un momento, después asintió, complacido.

—Bien, Dick —dijo—: pida el avión, y dígales que partiremos en cuanto llegue al aeropuerto de Los Ángeles.

Dejó el teléfono.

—Salgo en seguida para Tokio —dijo—. Puedes usar mi *bungalow* en el hotel, si quieres.

—Me gustaría mucho.

—Yusef está en el hotel, en una reunión con Vincent. Si necesitas algo, puedes recurrir a él.

Se puso los zapatos y se dirigió a la puerta.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarás en estar lista para salir de aquí?

—No mucho.

Asintió y salió del cuarto.

Por un momento permaneció sentada, sin moverse. Después recogió el cigarrillo y saltó de la cama. Se plantó frente al espejo, dejó caer el camisón al suelo, y miró su cuerpo desnudo.

Físicamente seguía siendo la misma. Tal vez sus pechos eran algo más llenos desde el nacimiento de los niños, pero eran firmes, y su cuerpo tenía el tono musculoso de la juventud. Podía estar contenta. Pero no lo estaba. La abundancia de riqueza y las comodidades que esta acarreaba no bastaban. En la vida debía haber algo más que permanecer quieta, esperando ser usada.



El teléfono sonó en el cuarto de Yusef. Pero no se movió, esperando que cesaran las llamadas. Estaba exhausto. El joven norteamericano que había encontrado en el After Dark la noche antes lo había agotado. El muchacho había sido insaciable. Finalmente, cuando apenas podía moverse, Yusef le había dado cincuenta dólares y lo había despedido.

El hombre había mirado el billete de cincuenta dólares, después había mirado a Yusef.

—¿Quieres que te telefonee?

—No estaré aquí. Me voy mañana.

—Me gustaría volver a verte.

Yusef sabía exactamente lo que el joven quería volver a ver. Otro billete de cincuenta dólares.

—Me comunicaré contigo cuando vuelva a esta ciudad.

—No tengo teléfono, pero puedes dejarme un mensaje con el hombre del bar.

—De acuerdo —dijo Yusef.

El hombre se había ido, y Yusef se sumergió en el sueño de los muertos. Y ahora el maldito teléfono no cesaba de sonar. Si Baydr estuviera todavía en la ciudad se habría precipitado a atender, pero Baydr había partido para Japón la noche antes.

El teléfono del dormitorio dejó de llamar, pero empezó a sonar en la sala. Yusef se echó una almohada sobre la cabeza y procuró volver a dormir, pero un momento después volvió a sonar el teléfono del dormitorio.

Maldición. Yusef atendió.

—Hola gruñó, furioso.

Las palabras fueron dichas en francés, con fuerte acento árabe.

—¿*Monsieur* Ziad?

Automáticamente, Yusef contestó en árabe. La voz pasó a la lengua nativa.

—No nos hemos encontrado personalmente, aunque hemos hablado por teléfono. Estuvimos juntos en una fiesta en el yate de Al Fay, la noche del cumpleaños de la señora Al Fay. Mi nombre es Alí Yasfir.

—*Ahlan wasahlan* —dijo Yusef, ahora totalmente despierto. Sabía quién era Alí Yasfir.

—*Ahlan biik* —dijo Yasfir formalmente.

—¿En qué puedo serle útil? —preguntó Yusef cortésmente.

—Si tiene usted tiempo, me gustaría que nos encontráramos para hablar de

asuntos de interés común.

—¿Dónde está usted?

—Aquí en Los Ángeles. ¿Qué le parece si almorzamos juntos?

—Podría arreglarse. ¿Dónde quiere que nos encontremos?

—En cualquier parte. Donde le resulte cómodo.

—A la una. En el Polo Lounge, aquí en el hotel.

Dejó el teléfono. Conocía los resultados del último encuentro de Baydr con Yasfir. También estaba seguro de que Yasfir sabía que lo sabía. De todos modos, algo grande debía haber en el aire para que Yasfir se pusiera en contacto con él. Generalmente, Yasfir iba directamente a lo más alto.

Tomó nuevamente el teléfono.

—Buenos días, señor Ziad —dijo la operadora alegremente.

—Comuníqueme con el cuarto del señor Vincent... —No había manera de almorzar con dos personas a la vez. El de Vincent debía ser pospuesto.



Siguiendo la costumbre árabe, Alí Yasfir no llegó al punto culminante del encuentro hasta que colocaron ante ellos el café.

—Tengo entendido que la compañía de importación de ustedes está trayendo a los Estados Unidos muchas cosas desde el exterior.

Yusef asintió.

—Así es. Es sorprendente descubrir cuantas cosas podemos fabricar en Oriente Medio que compren luego los norteamericanos.

—También tengo entendido que es responsabilidad suya descubrir las pequeñas fábricas en Oriente Medio cuyos productos puedan ser vendidos en el mercado norteamericano.

Yusef asintió.

—Yo también represento a algunos fabricantes que están deseosos de embarcar sus productos para los Estados Unidos. Por el momento tratamos con exportadores europeos, y tenemos con ellos muchos problemas.

Yusef guardó silencio. Conocía los problemas. Demasiados embarques habían sido interceptados por la Oficina Federal de Narcóticos. Corrían rumores en Oriente Medio de que ciertas personas importantes estaban muy disgustadas con la actuación de Yasfir.

—Tenía entendido que estaban trasladando ustedes buena parte de sus operaciones a Sudamérica —dijo.

—Es verdad —asintió Yusef—. Pero eso es parte de nuestro programa de expansión. La demanda de nuestros productos es tan grande como siempre.

—Querría poder serle de alguna utilidad —dijo Yusef suavemente—. Pero el señor Al Fay ya ha fijado nuestra política, y no creo poder convencerlo para que cambie de idea.

—Estoy seguro de que el señor Al Fay no conoce todos los detalles de cada artículo que ustedes importan. Estoy seguro de que eso ha quedado en sus muy capaces manos.

Era verdad. No era necesario que Baydr supiera. Miles de dólares en objetos de poco valor eran embarcados sin que él lo supiera.

—Llegaríamos a un acuerdo más ventajoso para usted si encontramos la manera de trabajar juntos —dijo Alí Yasfir sonriendo—. Usted conoce los precios que nos proporciona nuestra mercancía. A veces hasta un millón de dólares por embarque que no ocupa más lugar que un cajón de muñecas egipcias. Podría disfrutar usted de una bonificación del diez por ciento, simplemente a cambio de su buen hacer. Sin riesgo.

Yusef lo miró. Era mucho dinero. De mala gana agitó la cabeza. Detestaba decir que no. Pero, dijera lo que dijera Yasfir, era muy arriesgado. Tarde o temprano alguien hablaría. Y entonces todo habría terminado.

—Lo lamento —dijo—. En este momento no contamos con las facilidades. Tal vez más adelante, cuando seamos más grandes y estemos mejor equipados.

Alí Yasfir asintió. Estaba satisfecho. Tarde o temprano, Yusef iba a ceder. Era simplemente cuestión de aumentar la oferta hasta llegar al punto en el que no podría resistirse.

—Piénselo. Volveremos a hablar cuando vuelva usted a París.

—Sí —dijo Yusef—. Tal vez para entonces haya cambiado la situación.

Alí Yasfir levantó la taza de café.

—¿El señor Al Fay está de viaje a Japón?

Yusef asintió. No estaba enterado de que vigilaran tan atentamente los movimientos de Baydr.

—Sus negociaciones con los japoneses son muy prometedoras —dijo Alí Yasfir.

—Estoy muy poco enterado —dijo Yusef rápidamente.

Yasfir sonrió.

—Todavía más importante que el pequeño negocio que hemos discutido sería una asociación con él. Tenemos por él una alta consideración.

—Todo el mundo la tiene —añadió Yusef.

—Seguimos creyendo que podría influir mucho en nuestra causa —dijo Yasfir—. Si nos apoyara tendría aún más influencia sobre aquellos que, como él, tienen un punto de vista conservador.

Yusef no habló. Yasfir tenía razón. Aquello era mucho más importante que los embarques de narcóticos.

—Si encontrara usted alguna manera de influirlo para que apoyara nuestra causa —dijo Yasfir—, pasaría usted el resto de sus días en medio del lujo, y Alá derramaría sobre usted sus bendiciones por la ayuda que habría proporcionado usted a su pueblo oprimido.

—El señor Al Fay no es un hombre fácilmente influenciable.

—Es humano —contestó Yasfir—. Se encontrará la manera. Tarde o temprano.

Yusef pidió la cuenta y la firmó. Cuando salían del Polo Lounge tropezaron con Jordana.

—Creí que el señor Vincent iba a almorzar con usted —dijo ella—, y venía un momento a decirle que asistiré con mucho gusto a la reunión de esta noche.

—Se lo diré —dijo Yusef—. Tal vez podamos ir juntos.

Ella percibió a Alí Yasfir, que estaba un poco apartado. Yasfir se inclinó.

—*Madame Al Fay* —dijo—. Qué alegría volver a verla...

Yusef vio el desconcierto en la cara de Jordana.

—¿Recuerda usted al señor Yasfir? —dijo rápidamente—. Estuvo en su fiesta de cumpleaños, en el barco.

—Naturalmente —dijo ella—. ¿Cómo está usted? Yasfir se inclinó de nuevo.

—Estoy muy bien, y es usted todavía más hermosa de lo que recordaba. Pero debo disculparme. Llego tarde a una cita.

Jordana le miró alejarse por el vestíbulo y después se volvió hacia Yusef.

—Espero que Baydr no tenga negocios con ese hombre —dijo.

Yusef se quedó sorprendido. Era la primera vez que oía decir a Jordana algo acerca de los socios de Baydr.

—No lo creo —contestó. Después la curiosidad lo venció—. ¿Por qué dice usted eso?

Un velo pareció caer sobre los ojos de ella.

—No lo sé —contestó—. Tal vez sea intuición femenina. Pero percibo algo peligroso en él.

quince

Jordana miró la larga sala oscurecida y cogió su vaso de vino. Los otros invitados estaban echados sobre divanes y sillones alrededor de la habitación, mirando absortos la gran pantalla de cine en el extremo. No era el tipo de fiesta divertida a lo Hollywood que había esperado. Todo había sido más bien solemne y aburrido.

Miró hacia el fondo de la habitación, donde estaba sentado el anfitrión, junto al bar, dando la espalda a la pantalla. Era como si en el momento en que se inició la película el dueño de la casa hubiera perdido todo interés en los invitados. Aquello tal vez fuera su privilegio de astro.

Rick Sullivan había sido estrella de cine durante muchos años en lo que se llaman grandes producciones, el tipo de espectáculo que había creado De Mille y, más recientemente, Michael Vincent, pero aquellas películas ya no estaban de moda. Lo cierto era que Sullivan había desempeñado el papel principal en el film de Michael sobre Moisés, y ese era el motivo de la cena. Había corrido la voz en Hollywood de que Michael iba a realizar otra gran producción, y Sullivan pensó que no sería mala idea recordar al director que todavía estaba disponible.

No necesitaba el dinero, ni trabajo. En los últimos cinco años había encabezado una de las series más exitosas de Televisión. Pero, para su «ego», la Televisión no era lo mismo que el cine.

No le gustaban las grandes reuniones, y había limitado el número de invitados a dieciséis. Naturalmente, su agente y su relaciones públicas estaban presentes, y también uno de los mejores columnistas de Hollywood. Otros invitados eran amigos de Vincent y de él, y varios actores y actrices no lo bastante importantes como para amenazar su situación de estrella de la velada.

Sullivan se volvió desde el bar y vio la expresión de total aburrimiento en la cara de Jordana, mientras contemplaba la pantalla. Era muy distinta a lo que había esperado.

No sabía por qué había supuesto que era una mujer de más edad. Tal vez porque suponía que un hombre con tanto dinero como se decía que tenía su marido debía ser entrado en años. Miró a través del cuarto, buscando al individuo llamado Ziad, que había venido con ellos. Estaba sentado junto a Vincent en un gran diván. En el primer momento había pensado que el hombre debía ser el amante de la mujer, pero después descartó la idea. El hombre era evidentemente homosexual. Debía ser un perro guardián.

La cena había sido agradable, la conversación comedida y llena de mutuos halagos. Todo el mundo amaba a todo el mundo..., una típica conversación de mesa en Hollywood. Al terminar, Sullivan anunció que había obtenido una copia del gran film de Vincent, y que iba a ponerlo para ellos. Michael se mostró encantado, y los

invitados parecían contentos cuando entraron a la sala para sentarse ante la pantalla.

Rick recogió su vaso, se acercó a Jordana, y se sentó en el sillón contiguo. Miró la pantalla, después, casi de inmediato, se volvió. Era una de las primeras escenas, cuando el joven Moisés se enfrenta al faraón. Habían pasado casi veinte años desde que se había hecho el film, y detestaba las películas en las que aparecía joven. Lo volvían demasiado consciente de su edad.

Vio que Jordana lo miraba con tristeza.

—No me gusta verme a mí mismo. Me parece que es el colmo de la vanidad o algo por el estilo.

—Imagino que debe ser un problema —dijo ella cortésmente.

—Usted tampoco parece muy interesada en la película.

—Ya la he visto —dijo francamente—. En la época en que se estrenó tampoco me gustó.

Él rio.

—¿Qué clase de películas le gustan?

—Películas modernas. ¿Sabe? Como las que se hacen ahora...

—¿Quiere usted decir porno?

—Nunca he visto un film porno.

Rick la miró un momento.

—¿Quiere ver uno?

Jordana sostuvo la mirada.

—¿Por qué no? Pero no me veo yendo a uno de esos cines sucios...

—No es necesario que vaya. Puedo arreglar que vea aquí una.

—Me parece interesante. ¿Cuándo cree que podrá arreglarlo?

—¿Qué le parece ahora mismo? —dijo él. Vio la expresión intrigada en la cara de ella mientras recorría el salón con la mirada—. En otro cuarto, naturalmente.

—¿Y los demás? —preguntó ella.

—No se darán cuenta que nos hemos ido. Esta película dura dos horas y media. Estaremos de vuelta antes de que termine.

Ninguno miró siquiera cuando salieron del salón. Jordana lo siguió por el corredor, y después pasaron a sus habitaciones privadas. Rick cerró la puerta tras él. Hizo un gesto casual.

—Espero que no le moleste ver el film en mi cuarto...

—En modo alguno —contestó ella—. Pero no veo la pantalla.

Rick rio y apretó un botón en la pared. Se oyeron unos chirridos de maquinaria, y una plataforma descendió desde el techo hasta el pie de la cama. En la plataforma había un aparato de televisión gigante.

—Hice transferir las películas a vídeo —dijo—. El único inconveniente es que hay que mirarlas echados sobre la cama.

—La cama no me parece incómoda.

—Tengo que poner la cinta en la máquina —dijo—. Vuelvo en seguida.

—Bien.

Se dirigió a la puerta, después se detuvo y señaló la mesita de noche.

—En la caja de plata hay cigarrillos de la mejor hierba colombiana; en la botella rosada con la cuchara de oro está la mejor coca de la ciudad.

—Espléndido —contestó ella—. Entonces le pediré que traiga una botella de vino blanco helado. La droga siempre me deshidrata.

Cuando él volvió, ella estaba sencillamente desnuda sobre la cama, sosteniendo cuidadosamente un cigarrillo entre los dedos. El video ya estaba en marcha.

Rápidamente, él se desnudó y se tendió en la cama junto a Jordana. Cogió la botella de coca y la cucharita.

—¿Quiere un poco? —preguntó—. Esta coca le hará volar el cerebro.

—Parece buena.

Rick aspiró una buena cantidad con cada agujero de la nariz y después le tendió la cuchara. Vio que los ojos de Jordana llameaban cuando la droga hizo efecto.

—¿Qué le parece? —preguntó.

—No puede ser mejor. —Lo atrajo hacia ella—. Eres un gran hombre.

—Eso creía hasta ver a ese hombrecito de ahí arriba en la pantalla. Es realmente grande.

Ella dejó escapar una risita.

—No estoy de acuerdo. Va camino de convertirse en un fenómeno de feria. —Miró fascinada la pantalla—. ¡Oh, no! —exclamó—. Esa chica no puede meterse todo eso en su boca. Tiene que ser un truco.

—No hay truco —dijo él—. Desde que hizo esta película ha ganado una fortuna enseñando a las damas de Beverly Hills cómo hacerlo. Todo está en la forma de relajar la garganta, dice.

Ella se inclinó sobre él, lamiéndole delicadamente con la punta de la lengua.

—Me sentiría feliz si pudiera hacer la mitad de eso contigo.

Él lanzó una carcajada, y ella se le quedó mirando interrogativamente.

—¿Sabes?, cuando te vi la primera vez pensé que eras una dama muy puritana.

—Soy una dama muy puritana —dijo ella sin inmutarse—. Nunca hasta ahora había visto una película pornográfica. —Se inclinó de nuevo sobre él.

—Maravilloso —dijo él, mirándola mientras tanteaba a un lado de la cama para pulsar el botón invisible que pondría en marcha la grabadora de vídeo. No le dijo que las únicas películas que le gustaba ver eran las que tomaba en su cama con una cámara oculta—. Sencillamente maravilloso.



Después de un rato, Yusef se cansó. Era como si la película no fuera a terminar nunca. Perezosamente, miró a su alrededor en la habitación. Súbitamente olvidó el film. Jordana se había ido. Y también el anfitrión. Se enojó consigo mismo. Ni siquiera los había visto partir.

Se puso de pie. Vincent lo miró.

—Tengo que ir al cuarto de baño —explicó en un murmullo. Salió silenciosamente de puntillas y se encontró en el corredor.

Era una casa grande. Podían estar en cualquiera de la media docena de habitaciones. Buscó en el estudio, en el corredor, el cuarto del desayuno, el patio, pero no pudo encontrarlos en ninguna parte.

Fastidiado, fue al cuarto de baño y se lavó la cara y las manos con agua fría. Era un imbécil. Debía haberse dado cuenta de que iba a irse con el actor. Era un hombre alto, atractivo y, sobre todo, una estrella de cine. No tenía nada que ver con los *gigolós* que encontraba en la Riviera.

Salió del cuarto de baño y atravesó el vestíbulo en dirección al salón. Fue entonces cuando percibió el zumbido de una maquinaria detrás de una puerta cerrada. Hizo una pausa, creyendo que debía tratarse del aparato de aire acondicionado. Los norteamericanos tenían la costumbre de instalar ese tipo de equipos dentro de armarios. Pero después oyó el leve sonido de algo que parecían voces de un altavoz. Agarró el picaporte. La puerta no se abrió. Estaba cerrada con llave.

Miró rápidamente alrededor para asegurarse de que el corredor estaba vacío. Yusef había aprendido muchas tretas, incluso el uso de tarjetas de crédito de plástico para abrir cerraduras.

Un momento después se había abierto la puerta del armario y Yusef miraba sorprendido el pequeño monitor de la grabadora de vídeo. El volumen del sonido estaba bajo, pero la grabación era en color y tan brillante como la luz diurna. Jordana estaba desnuda, tendida de espaldas, con el rostro contorsionado por los espasmos del orgasmo. Parecía estar mirando directamente a la cámara, mientras sus piernas aferraban apretadamente la cintura del hombre que estaba embistiéndola como un jinete sobre un caballo salvaje. El débil eco de sus jadeos se convirtió en un apagado gemir en el altavoz cuando el hombre empezó a eyacular dentro de ella. Luego, lentamente, el hombre se echó a un lado y su miembro salió de ella, húmedo y ablandándose. Se giró hacia Jordana y sonrió, y su mano resbaló hacia el costado de la cama. Yusef apenas tuvo tiempo de reconocer la cara de su anfitrión antes de que la pantalla quedara vacía.

Por un momento se quedó helado, después se movió con rapidez. Conocía aquel tipo de aparatos. Baydr había hecho instalar el mismo sistema en el barco, pero únicamente el reproductor de cintas, no el grabador. Yusef oprimió la llave que soltaba la cinta y la sacó de la máquina. Se la metió bajo el *smoking* y salió al corredor. Cerró la puerta y oyó el clic de la cerradura.

Se dirigió por el corredor hacia la entrada. Un criado se levantó de un asiento cercano a la puerta principal y la abrió cuando Yusef se acercó.

—¿Ya se va, señor? —preguntó.

—No. Tengo ganas de tomar un poco el aire.

—Bien, señor —dijo el criado, cerrando la puerta detrás de él.

Yusef se dirigió a su coche. El chófer asomó por el asiento delantero.

—¿Está mi maleta atrás?

—Sí, señor. —El chófer se dirigió a la parte trasera del coche y abrió el maletero. Sacó su pequeña maleta y la tendió a Yusef. Rápidamente Yusef colocó la cinta de video y la cerró. Se la dio al chófer—. Recuérdeme que la lleve esta noche, cuando volvamos al hotel.

—Sí, señor.

Yusef vio cómo el hombre volvía a colocar el maletín en el maletero y después regresó a la casa. Sentía los latidos de su corazón. Aquello era más de lo que había planeado, más de lo que había esperado. Ahora todo era cuestión de elegir el momento para utilizarlo.

Se dejó caer en el sillón junto a Vincent y miró hacia la pantalla. Vincent se volvió hacia él y murmuró:

—Rick es un Moisés fantástico, ¿no le parece?

—Sí —contestó Yusef—. ¿Cómo se dio cuenta de que iba a servir tan bien para el papel?

Vincent se volvió hacia él sonriendo.

—No podía equivocarme —dijo—. Solomón cambió su apellido por Sullivan cuando empezó a trabajar en el cine. ¿Y cómo quiere que un Solomón interprete mal a Moisés?

Yusef contempló el primer plano de Moisés que llenaba toda la pantalla. Naturalmente. Se preguntó por qué no se había dado cuenta antes. El hombre tenía cara de judío.

Se oyó un ruido en el fondo de la habitación. Jordana y Rick regresaban. Con el rabillo del ojo los vio dirigirse al bar y sentarse allí. Vio que Rick miraba la pantalla por encima del hombro y le decía algo. Ella reía y cogía un nuevo vaso de vino frío que el barman había colocado ante ella.

Yusef sintió una oleada de odio.

«Ríe, puta —pensó salvajemente—. Eso es: ríe, puta amante de judíos.»

Ahora sabía exactamente lo que iba a hacer con la cinta. Baydr iba a estarle eternamente agradecido por proteger su nombre impidiendo que el mundo se enterara de que su mujer le había traicionado con un judío.

dieciséis

Leila miró a su madre en el otro extremo del cuarto.

—Te lo he repetido varias veces, mamá. Hamid es un amigo, nada más. No lo tomo en serio. No pienso casarme con él. Es un amigo y nada más.

Maryam suspiró pesadamente.

—No entiendo qué te pasa. Es un sirio ordinario, ni siquiera es de buena familia. No sé qué le ves... Leila encendió un cigarrillo.

—Tengo que hablar con alguien.

—Hay muchos muchachos excelentes con los que podrías relacionarte. Mi padre dice que el industrial Fawaz le ha hablado. Su hijo está en edad de casarse, y se interesan por ti.

—¿Quién? —preguntó Leila con sarcasmo—. ¿Fawaz o su hijo?

—No seas insolente. El abuelo solo quiere lo mejor para ti.

—¿Como lo quiso para ti? —preguntó Leila, sarcásticamente.

—No fue culpa suya —dijo Maryam a la defensiva—. Ninguno de nosotros sabía por aquel entonces cómo era tu padre. Hicimos todo correctamente. Nadie nos puede señalar con el dedo.

—Tampoco veo que nadie señale a mi padre con el dedo —dijo Leila—. A nadie le importa lo que uno haga, si tiene bastante dinero.

Maryam agitó la cabeza, exasperada.

—Es lo que siempre he dicho, te pareces a tu padre y no a mí. Solo ves las cosas cuando te conviene verlas. Nunca debí permitir que fueras a estudiar a Suiza. Lo único que has aprendido es a contestar a tu madre. Tu hermana no es así.

—Mi hermana es estúpida —exclamó Leila—. Lo único que le importa es su hogar, sus hijos, y los problemas que tiene con los criados.

—Eso es lo único en lo que debe ocuparse una mujer —dijo Maryam—. ¿Acaso hay otra cosa?

Leila señaló hacia la ventana.

—Ahí está el mundo entero, madre. ¿No lo ves? Durante muchos años hemos sido oprimidos, nuestro pueblo ha sido ridiculizado y esclavizado. Nuestros hermanos lloran bajo el yugo de los judíos en Palestina. Y preguntas si hay otra cosa...

—Esos son problemas que deben solucionar los hombres —dijo Maryam—. Nosotras debemos ocuparnos de nuestras cosas.

—Es inútil —dijo Leila asqueada. Se dirigió a la puerta—. Me voy.

—¿Dónde vas? ¿Otra vez a encontrarte con Hamid?

—No. Voy a salir. Eso es todo.

—¿Y qué prisa tienes entonces? Es casi hora de cenar.

—No tengo hambre. No me esperéis.

Maryam vio la puerta que se cerraba tras ella. Unos minutos después oyó el ruido del coche frente a la casa. Se levantó de su asiento y se dirigió a la ventana, a tiempo para ver el pequeño Mercedes descapotable que daba vuelta a la esquina.

Leila era como su padre. Nadie podía hablar con ella. Recordó un día del mes pasado, cuando la muchacha se había presentado en la puerta con su amigo, el sirio Hamid. Estaban tan harapientos y sucios que al principio la criada, que era nueva en la casa, no quería dejarlos pasar. Finalmente, de mala gana, había llamado a su patrona.

Maryam se quedó estupefacta ante el aspecto de su hija. Tenía la piel oscura y reseca como si hubiera pasado días bajo el sol del desierto, y no le quedaba una sola curva en el cuerpo. Estaba tan delgada y plana como un muchacho.

—¿Qué te ha pasado? —había exclamado.

—Nada, mamá —había dicho Leila, tranquilamente.

—Pero mírate, estás en harapos... Parece que hiciera meses que no te bañas...

—Estoy muy bien, mamá —había dicho Leila, con terquedad.

—¿De dónde vienes? Creía que estabas todavía en el colegio.

—Hemos vuelto caminando a casa —contestó Leila.

—¿Pero por qué? Bastaba con que hubieras telefoneado. Te hubiéramos mandado el pasaje.

—Si hubiera querido que me mandarais el pasaje habría telefoneado. Yo quería venir de esta forma.

Por primera vez Maryam notó la presencia de Hamid, que estaba detrás del umbral. Miró al hombre, después a su hija.

—Este es mi amigo Hamid —dijo Leila—. Es sirio. Hamid se adelantó un paso. Se tocó la frente con el dedo.

—*Tasharrafa*.

—*Hasalli sharaf* —contestó ella automáticamente. Pero no añadió las otras palabras de bienvenida.

—Encontré a Hamid en el viaje —dijo Leila—. Va de camino a su casa, en Damasco.

Maryam no dijo nada.

—Se ha portado muy bien conmigo —dijo Leila—. De no haber sido por él habría tenido dificultades. Maryam se volvió hacia el sirio.

—Pase —dijo—, sea bienvenido en nuestra casa.

Él se inclinó de nuevo.

—Gracias, señora, pero tengo unos amigos con los que me alojaré.

Ella no se inmutó. El hombre parecía rudo y vulgar. Pero así eran todos los sirios.

—Me alegro de que hayas vuelto al fin a tu casa —dijo Hamid—. Ahora tengo que irme.

Leila le tendió la mano.

—¿Te pondrás en contacto conmigo antes de dejar Beirut?

Hamid asintió, y ambos se dieron la mano. Pese a la formalidad, Maryam percibió la familiaridad entre ellos.

—Te llamaré —dijo él.

Pero eso había sucedido hacía un mes, y Hamid seguía todavía en Beirut. Maryam ignoraba lo que estaba haciendo. Pero sabía en cambio que él y Leila se encontraban casi todos los días en el hotel Phoenicia. Lo sabía por amigos que los habían visto sentados en la cafetería tomando Coca-Cola.



Estacionó el coche en la calle y se dirigió a la cafetería por la entrada exterior. No le gustaba atravesar el adornado vestíbulo, siempre abarrotado por una muchedumbre de turistas norteamericanos y europeos. Hamid estaba sentado solo junto a la mesa acostumbrada en un rincón, cerca de la ventana. La inevitable Coca-Cola con una rodaja de limón estaba ante él.

Miró cuando Leila se sentó enfrente. Sin una palabra, la camarera trajo otra Coca-Cola.

Esperó hasta que la camarera se fue.

—Me voy mañana —dijo.

Leila lo miró. Su cara era inexpresiva.

—¿A tu casa? —preguntó.

—Es lo mejor —dijo Hamid—. Aquí no pasa nada, y he recibido una carta de mi primo. Pueden darme un cargo de sargento en el Ejército, con tiempo libre y bonificaciones. Están reclutando veteranos que tengan experiencia.

—No entiendo qué pasa —dijo Leila—. No he recibido ninguna comunicación, y hace casi un mes que estoy aquí.

Hamid se alzó de hombros.

—Tal vez crean que me mataron como a las otras.

—Sabes que estás aquí. Se lo dije cuando fui a cobrar el último salario.

—Entonces, ¿por qué no me llaman? Me estoy volviendo loca aquí esperando. Mi madre no cesa de molestarme.

—Tienen otras cosas en la cabeza. Ha corrido el rumor de que Al-Ijwah quiere que tu padre se ocupe de sus inversiones extranjeras.

—Ya lo sé. Pero los rechazó. Eso sucedió antes de que yo dejara Francia. —Sorbió la bebida con una pajita—. Están locos. Mi padre no moverá un dedo si no es para ayudarse a sí mismo.

—Volverán a contactarlo. Parecen considerarlo muy importante.

—Deseo que tengan suerte. Pero solo conseguirán que los ayude de una manera: apuntándolo con un fusil.

—¿Por qué dices eso?

—Porque conozco a mi padre. Cree que el dinero lo puede todo.

—Bueno, de todos modos, me voy mañana. Ese trabajo en el Ejército es mejor

que nada.

—Tal vez deberías ir a hablar con ellos. No me han hecho seguir todo ese entrenamiento para que me quede aquí sentada, en casa de mi madre.

—No hagas eso —dijo él rápidamente—. Tienes orden de esperar hasta que recibas noticias.

Leila lo miró.

—¿Es necesario que te vayas?

—Tengo que hacer algo. Casi se me ha terminado el dinero.

—Yo tengo dinero.

—No.

Leila guardó silencio un momento, contemplando su vaso, después lo miró a él.

—Me hice ilusiones de que nos mandaran juntos a alguna misión.

—No soy el tipo adecuado —contestó él—. Prefieren estudiantes para esas misiones. La gente les presta menos atención.

—Tú no eres tan viejo. Todavía puedes pasar por estudiante —dijo Leila con rapidez.

—Tal vez —dijo Hamid—. En la oscuridad.

—Si te metes en el ejército sirio nunca más te dejarán salir.

—Tal vez no lo desee. Por la forma en que nos estamos preparando y la manera en que lo hace Egipto, todas las posibilidades señalan que va a pasar algo. Y, si hay guerra, tal vez me hagan oficial.

—¿Es eso lo que deseas?

—No.

—¿Y qué deseas entonces?

—Hacer mucho dinero —dijo él sonriendo—, como tu padre.

—¡No me hables más de él! —exclamó Leila, súbitamente furiosa—. ¡No oigo otra cosa en todas partes! ¡Mi padre acá, mi padre allá! Incluso mi madre no hace más que hablar de él.

—¿Has visto hoy el diario? —preguntó Hamid.

—No.

—Deberías haberlo visto. Te habrías dado cuenta de porqué todos hablan de tu padre.

—¿Qué ha hecho?

—Acaba de firmar el mayor acuerdo sobre petroleros que se haya hecho nunca con el Japón. Ha comprado diez barcos, y están construyendo otros veinte para él. Todos súper tanques. Será la mayor compañía naviera árabe del mundo.

—Alabado sea Alá —dijo Leila con sarcasmo—. ¿Eso lo vuelve mucho más rico?

—Por lo menos hace algo. No hay motivo para que los griegos y otros monopolicen los embarques en nuestros puertos.

—¿Y eso en qué ayuda a los palestinos? —preguntó Leila.

Hamid guardó silencio.

—Lo siento —dijo Leila rápidamente—. No quería discutir contigo. Pero estar aquí esperando me pone nerviosa.

—No es nada...

Leila lo miró.

—¿Quieres que te acompañe a tu cuarto?

—Bueno —dijo Hamid, y después sonrió—. ¿Pero no te molesta que vayamos primero al cine? Las únicas películas que dan en Damasco tienen por lo menos diez años.



Baydr sintió el caliente sake zumbando en su cabeza cuando dejó la taza. En cuanto tocó la mesa la *geisha* que estaba en cuclillas, detrás de él, volvió a llenar la tacita. Baydr la miró. No tenía costumbre de beber. Un vaso de champán de vez en cuando, nunca nada más. Y aunque había tomado apenas tres tacitas de sake, las sentía.

—Basta —dijo, incorporándose. Se sintió levemente mareado al levantarse. La *geisha* estuvo allí para ayudarlo en cuanto él tendió la mano. Baydr sonrió.

—Sueño —dijo.

La *geisha* lo miró, sin comprender.

—Sueño —repitió él. Juntó las palmas de las manos y las llevó a un lado de la cara, cerrando los ojos.

—*Jai, jai...*, sueño...

Baydr asintió.

La *geisha*, siempre con un brazo bajo el codo de él, tendió la mano y apartó el biombo que separaba los cuartos. Lo guio hasta el dormitorio y cerró el panel tras ella. La cama era muy baja, apenas se elevaba por encima del suelo, y Baydr casi cayó hacia atrás al sentarse en ella. Pensó que era muy gracioso y empezó a reír. La *geisha* rio con él.

—Casi me he caído.

—*Jai, jai* —dijo la *geisha*, inclinándose y soltando el lazo que sujetaba la túnica de él. Suavemente la hizo resbalar de sus hombros, y Baydr se echó hacia atrás en la cama mientras ella acababa de quitársela.

—Cansado —murmuró él sobre la almohada. Se giró boca abajo. Como viniéndole desde una gran distancia, oyó el suave roce del kimono de ella. Olió el débil perfume de los polvos de talco espolvoreados sobre su piel como una suave nube.

Las manos de la *geisha* parecían suaves plumas mientras golpeaban suavemente su espalda, sus dedos siguiendo el rastro de su columna vertebral desde el cuello hasta el coxis. Un momento más tarde empezó a untar su piel con aceite ligeramente tibio. Suspiró satisfecho.

Las manos descendieron por su espalda, ahuecando y palmeando sus nalgas. Luego notó que se las separaba suavemente, y situaba con delicadeza un dedo

explorador dentro de su ano. Halló su próstata y la masajeó con un movimiento circular.

Casi dormido, sintió su creciente erección y empezó a girarse de lado. Suave pero firmemente, ella lo sujetó de modo que no pudiera moverse. Su otra mano húmeda con el aceite tibio, empezó a masajear su palpitante falo.

Intentó moverse al ritmo de ella pero no pudo. Entonces se dio cuenta de que no había una sino dos *geishas* en la habitación. La segunda mujer rodeó la cama hasta el otro lado y se arrodilló ante él. Ahora eran cuatro manos en vez de dos. No había ninguna parte de él que no fuera tocada, masajeada, acariciada, todo al mismo tiempo.

La presión en su próstata y testículos, la creciente rapidez de la mano moviéndose sobre su pene, fueron demasiado. Se sintió contraer en un nudo. La agonía se hizo insoportable. Un gemido escapó de su boca. Abrió los ojos.

La pequeña japonesita enfundada aún en su kimono le sonrió dulcemente. Luego abrió su boca para rodear suavemente su glándula. La explosión llegó casi inmediatamente, hasta que se sintió completamente relajado y todo lo que quedó en él fue un suave y agradable vacío.

Siguió mirando a la pequeña *geisha*, que se puso de pie y se alejó en silencio. Sintió que otras manos lo cubrían con las suaves sábanas. Cerró los ojos y cayó en un sueño profundo.

Cuando despertó, era como si hubiera dormido solo unos minutos. Pero ya era totalmente de día y Jabir estaba de pie junto a su cama.

—Lamento molestarlo, patrón —dijo—, pero acaba de llegar este telegrama, y el señor Carriage dice que es muy importante.

Se sentó lentamente y tomó el papel amarillo. El mensaje era simple, y redactado de tal modo que solo él y el príncipe podían entenderlo:

SE HA FIJADO FECHA PARA INVESTIR A TU HIJO COMO MI HEREDERO. VUELVE EN SEGUIDA PARA PREPARARLO TODO.

(Firmado) FEIYAD, PRÍNCIPE.

Baydr estaba ya totalmente despierto. Sabía que la cosa no tenía nada que ver con su hijo. Hacía tiempo que se habían puesto de acuerdo sobre el sentido de aquel mensaje.

La guerra. Guerra con Israel. El momento de vengar la derrota de 1967 estaba cercano. O eso creían. Una gran tristeza se apoderó de él.

Era demasiado pronto. Demasiado. Tal vez ganaran alguna victoria menor al principio, pero los israelíes eran demasiado experimentados para ellos. Si la guerra duraba más de una semana, significaría otra derrota para los árabes.

Incluso el príncipe había estado de acuerdo con él en eso. Pero había mucho que hacer. Si el mundo creía que estaban unidos quizá pudiera ganarse algo más que una pequeña victoria. No en el campo de batalla, donde morían los hombres, sino en los

Bancos y en las juntas ejecutivas.

En otro lugar

Octubre de 1973

El polvoriento Volkswagen color pardo, con la pintura gastada por años de desierto y viento, tosió y resopló al detenerse a unos pocos metros de la entrada del aparcamiento. Los centinelas miraron con curiosidad al viejo con ropas de beduino igualmente polvorientas que bajó y dio la vuelta al coche. Levantó el capó del auto, dejando expuesto el motor, y lo miró afligido.

Uno de los centinelas se acercó.

—¿Qué pasa, viejo?

—Me gustaría saberlo. Incluso un camello necesita agua a veces. Pero esta criatura..., les aseguro que hay algo demoníaco en una criatura que nunca necesita agua. Si se tratara de un camello sabría lo que debo hacer.

El soldado sonrió.

—¿Qué haría si se tratara de un camello?

—Le daría agua. Después, si no andaba, le daría una patada en el trasero.

—¿Por qué no lo intenta? —sugirió el soldado.

—Ya lo he hecho. Pero no dio resultado. Nada da resultado.

El soldado dejó al viejo contemplando la máquina y miró dentro del coche. El interior estaba tan deteriorado como el exterior. La tapicería estaba hecha jirones y los indicadores tenía incrustada una capa de polvo. El soldado se inclinó y limpió la mugre del indicador de gasolina, después se enderezó y miró al viejo.

—Le falta gasolina.

—No entiendo. Nunca ha pasado antes.

—Pues ha pasado ahora —dijo el soldado, con aire levemente condescendiente.

El viejo se alzó de hombros.

—Bueno, me alegro de que no sea serio. Temía que el pobrecito se muriera. —Se dirigió a la puerta—. Póngalo a un lado, empújelo —gritó por encima del hombro—. Mandaré a alguien para que llene el depósito.

—Un momento, viejo —el centinela se plantó delante—. No puede entrar sin un pase. Esta es zona de alta seguridad.

—Tengo un pase —dijo el viejo, tendiendo la mano. El sol se reflejó en la tarjeta de plástico como en un espejo.

El soldado tomó la tarjeta, la miró, y se puso en posición de firmes.

—Perdón, general —dijo, saludando.

Ben Ezra devolvió el saludo.

—No tiene importancia, soldado. Descanse. El joven se relajó.

—¿Conoce el camino, general? —preguntó respetuosamente.

—Conozco el camino —dijo Ben Ezra, sonriendo. Tendió la mano—. ¿Quiere devolverme el pase?

—Sí, general —dijo rápidamente el centinela—. Y no se preocupe por su coche, general. Yo lo arreglaré.

El general sonrió.

—Gracias. —Se volvió y se alejó, mientras sus ropas de beduino flotaban ante sus grandes pasos.

—¿Quién era ese? —preguntó con curiosidad el otro centinela.

La voz del primer soldado fue baja y respetuosa.

—El general Ben Ezra.

—¿El león del Desierto? —Había una nota de sorpresa en la voz del otro soldado. Se volvió para mirar al viejo—. Creía que había muerto.

—Bueno, pues no ha muerto —dijo el primer soldado—. Vamos, ayúdame a arreglar el coche del general.



Solo había cinco hombres sentados alrededor de la mesa en el salón de conferencias. Los tres norteamericanos que habían asistido a la reunión previa, Ben Ezra y el general Eshnev.

—Pido disculpas por lo reducido de la reunión, señores —dijo Eshnev—, pero todos los otros están en el frente.

—No es necesario disculparse —dijo Weygrin—. Entendemos... —sonrió—. A propósito, felicitaciones. Sus muchachos han hecho un buen trabajito en el Tercer Ejército Egipcio.

Eshnev asintió, sombrío.

—Usted se está adelantando. Todavía no estamos seguros.

—Ustedes los han atrapado —dijo con confianza el coronel norteamericano.

—Seguimos necesitando ayuda —dijo Eshnev—. Mucha ayuda. Estamos pagando un precio muy alto por dejar que se nos adelantaran.

—¿A quién se le iba a ocurrir que lanzarían el ataque en Yom Kippur? —preguntó Harris, del Departamento de Estado, procurando apaciguar.

La voz de Ben Ezra fue directa al asunto.

—Yo lo pensé. Creo que lo dije claramente en nuestra última reunión.

—Era solo una posibilidad —dijo Harris, a la defensiva.

—Todo era un palpito, es verdad —dijo Ben Ezra tranquilamente—. Pero, aunque no lo hubiera sido, ustedes no habrían hecho nada al respecto, ¿verdad?

Harris no contestó.

—Dígame —dijo el viejo general, con voz confidencial—, ¿informaron ustedes a sus jefes?

Harris asintió.

—Naturalmente.

Ben Ezra lo miró. Agitó la cabeza con tristeza.

—Toda esta tragedia podría haberse evitado.

—No veo cómo —dijo Harris.

—Debimos haber hecho lo que hicimos la última vez. La guerra habría terminado ahora.

—Y la opinión mundial habría estado contra nosotros —dijo Harris.

—Mucho bien nos hace ahora la opinión mundial —replicó Ben Ezra—. No veo ningún ejército que venga a ayudarnos.

—Vayamos a los hechos —dijo Eshnev rápidamente—. No estamos aquí para discutir, general. Estamos para apreciar su valoración de la situación presente.

—Para poder ignorar mis opiniones como las ignoraron la vez pasada —dijo Ben Ezra con sarcasmo. Vio la expresión herida en los ojos de Eshnev, y de inmediato se arrepintió—. Perdone, amigo —dijo con tono más suave—. Olvidaba que su frustración debe ser mayor que la mía.

Eshnev no contestó.

Ben Ezra miró a los norteamericanos del otro lado de la mesa.

—Uno está solo cuando envejece —dijo.

Ninguno de los que estaban en la mesa habló.

—¿Querrían ustedes tener la amabilidad de contestar a una pregunta? —demandó—. Díganme: ¿por qué han convocado esta reunión? Debe ser evidente para ustedes, como lo es para mí, que nada saldrá de aquí, nada cambiará, no se hará nada.

—Eso no es verdad, general Ben Ezra —dijo rápidamente el coronel Weygrin—. Tenemos mucho respeto por sus opiniones e ideas.

Ben Ezra sonrió.

—Y yo por las de ustedes. Si pudiera entenderlas. Todavía no sé si están a favor o en contra de nosotros.

Eshnev procuró llevar nuevamente la conversación a un terreno menos resbaladizo.

—¿Ha recibido la carpeta con el informe de Al Fay?

—Sí —asintió Ben Ezra.

—¿Qué conclusiones ha sacado?

—Si los árabes fueran inteligentes licenciarían sus ejércitos, buscarían otros tres hombres como él, y conquistarían el mundo sin disparar un tiro.

—¿Cómo puede hacerse eso? —preguntó Harris.

Ben Ezra se permitió una sonrisa.

—Muy fácilmente. Podrían comprar el mundo.

Ninguno río.

—La guerra está perdida, ustedes lo saben —dijo el viejo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Weygrin—. Todavía no ha terminado. Los israelíes avanzan en Egipto y en Siria. Sadat ya está hablando de paz. Sabe cuándo le han ganado.

—Es cierto, sabe cuándo lo han vencido —dijo Ben Ezra secamente—. Pero lo que quería hacer era fortalecer el orgullo árabe. Y eso lo ha logrado. Los soldados

árabes han peleado valientemente. Han recobrado el honor. Eso era lo que él quería hacer... —buscó entre sus ropas una hoja de papel—. Puede que todavía ganemos esta guerra, depende del tiempo que ustedes nos den.

—No entiendo —dijo Harris.

—Necesitamos dos semanas más —dijo Ben Ezra—. Egipto ya no es importante. Deberíamos dejar atrás El Cairo, ocupar Libia por un lado, y tomar Siria. Si hiciéramos eso, romperíamos la espina dorsal del amenazador bloqueo del petróleo. Si no lo hacemos, será cuestión de tiempo que quedemos aislados.

—¿Y qué tiene que ver con que nosotros les demos a ustedes tiempo? —preguntó Harris—. Rusia ya está presionando para conseguir un alto el fuego.

Ben Ezra lo miró.

—No pueden ser ustedes tan estúpidos. —Agitó la cabeza tristemente—. ¿Qué hizo Rusia cuando los árabes estaban ganando? ¿Procuró acaso protegernos con una petición de alto el fuego? No. Guardó silencio hasta que cambió la corriente de la batalla. Ahora quiere un alto el fuego para proteger sus ganancias. Los árabes tienen un arma mucho más importante de lo que nunca hubieran soñado..., el embargo petrolero. Eso puede paralizar al mundo occidental más rápidamente que una bomba atómica.

—Si controlamos el petróleo de Libia y los oleoductos sirios, el embargo se vendrá abajo. Podríamos dar suministros al mundo entero si fuera necesario. Irán está ya firmemente en el campo occidental. Jordania dará pronto el salto, y no habrá entonces amenaza.

—Sí. Pero, si no lo hacemos, toda la economía mundial se desmoronará ante nuestros ojos. Los árabes dividirán el mundo. Francia procurará de inmediato colmar la brecha y romper el acuerdo europeo. Japón se verá obligado a seguir adelante, porque recibe de los árabes el ochenta por ciento del petróleo que necesita. Poco a poco los árabes alejarán de nosotros a todos los países del mundo. Y no se les reprochará porque su propia supervivencia es tan importante para ellos como la nuestra para nosotros.

—Si hacemos la guerra a Siria y Libia, Rusia puede intervenir —dijo Harris.

—Lo dudo —dijo Ben Ezra—. Tienen tanto miedo como ustedes a una confrontación.

—Esa es una opinión suya —dijo Harris con frialdad.

—Es verdad —dijo el viejo—; sin embargo, si el señor Kissinger disminuyera un poco la marcha, podríamos hacerlo.

Harris miró a Eshnev.

—Por suerte, no es esta la política de su Gobierno.

Eshnev asintió de mala gana.

—No lo es.

Harris se volvió hacia Ben Ezra.

—El señor Kissinger espera obtener un cese efectivo del fuego en dos días.

—Felicitaciones para el señor Kissinger. —La voz de Ben Ezra era burlona—. Todavía va a demostrar que es el Neville Chamberlain del setenta y tantos.

—Creo que esta discusión va más allá del motivo de nuestra reunión —dijo Harris muy tieso—, y debe realizarse a un nivel más elevado. Lo que ahora nos interesa es lo que podamos decir sobre Al Fay.

Ben Ezra le miró.

—No creo que podamos hacer nada con respecto a él excepto rogar para que continúe resistiendo las presiones de la izquierda y para que se mantenga en el centro, dentro de lo posible. Lo cierto es que no está interesado en entregar su poder y su riqueza a las masas, al igual que cualquiera de los jeques ricos. Pero todos andan por un sendero estrecho. Cuánto tiempo podrán mantener el equilibrio es algo que solo puede adivinarse. —Se volvió hacia Eshnev—. ¿Ha tenido nuevas informaciones sobre Al Fay desde que se inició la guerra?

—Muy pocas —replicó Eshnev—. Las comunicaciones han sido difíciles. Al Fay fue llamado a su patria antes de que empezara el conflicto, y ha permanecido allí desde entonces. Sabemos que va a encabezar el comité de inversiones unificadas de todos los países productores de petróleo, pero las actuales negociaciones petroleras serán llevadas a cabo por un comité conjunto de los ministros de relaciones exteriores de esos países. Han tenido buen cuidado de separar la explotación del petróleo como instrumento político y el uso del dinero que reciben por su venta. Internamente quitan importancia a los beneficios. La nueva línea de actuación es: «Petróleo para la justicia.»

—¿Cree usted que Al Fay tendrá alguna influencia en la política petrolera? —preguntó Harris.

—Muy poca al principio —dijo Eshnev—. Tal vez cuente más adelante, cuando comprendan que disminuir o hacer caer la economía mundial solo dará como resultado pérdidas para sus propias inversiones. Creo que Al Fay y el príncipe Feiyad saben eso, y este es el motivo por el que se le ha encargado que se ocupe de ese comité en lugar de desempeñar un papel más político. Siendo apolítico, estará en buena situación para negociar libremente por ambos lados.

—¿Dónde está su familia? —preguntó Ben Ezra.

—La esposa y los hijos están todavía en Beirut —contestó Eshnev—. También su ex mujer y su hija.

—¿La que estaba en un colegio en Suiza? —preguntó el viejo con curiosidad.

—Sí —contestó Eshnev.

—Ya no lo está... —por primera vez habló el agente de la CIA—. La hija menor, Leila, salió hace tres días en vuelo para Roma. Otra muchacha y un hombre joven la acompañaban.

Eshnev quedó sorprendido.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Por el hombre —contestó Smith—. Hace tiempo que lo tenemos bajo

vigilancia. Estaba mezclado en el tráfico de drogas en Vietnam, y últimamente se ha trasladado a Oriente Medio. —Buscó un cigarrillo—. Antes estaba asociado a la mafia, pero últimamente se ha puesto a trabajar para Alí Yasfir.

—¿Y cuál es la conexión con la hija de Al Fay? —preguntó el viejo.

—Lo estamos investigando —dijo Smith—. Ya he recibido alguna información. Dejó el colegio la primavera pasada para seguir un curso de guerrillas. No sé por qué motivo, cuando salió, pasó todo el verano en su casa. Después, el hombre se puso en contacto con ella, y partieron en menos de una semana.

—¿Nuestro servicio secreto posee esa información? —preguntó Eshnev.

—Sí. La transmití el mismo día en que la recibí.

—¿Todavía están en Roma? —preguntó Eshnev.

—No lo sé —contestó Smith—. Se separaron en el aeropuerto. Las muchachas subieron a un taxi y el hombre a otro. Mi agente solo pudo seguir un coche. Decidió seguir al hombre.

—¿El hombre sigue en Roma? —preguntó Eshnev.

—Sí. En el depósito de cadáveres. Lo mataron dos horas después de llegar. La Policía cree que fue un tiroteo de gángsters. Probablemente lo haya sido. A la mafia no le gusta que uno de sus soldados pase a la competencia.

—Tenemos que localizar a la chica —dijo el viejo.

—Haré que nuestra gente se ocupe de eso —contestó Eshnev. Se puso de pie—. Creo que es todo, señores. A menos que quieran ustedes discutir alguna otra cosa...

Los norteamericanos se miraron entre sí. La reunión había terminado. Se levantaron y se dieron la mano. El coronel Weygrin y Harris fueron formales con el viejo, pero Smith actuó de otro modo.

Frunció el ceño y miró fijamente a Ben Ezra.

—¿Sabe, general? —dijo con su voz nasal del Medio Oeste—. Usted tiene absolutamente razón. Me gustaría que nuestra gente le prestara más atención.

—Gracias, señor Smith. A mí también me gustaría.

—Aquí está mi tarjeta —dijo el agente de la CIA—. Llámeme si puedo servirle en algo.

—Nuevamente muchas gracias —dijo Ben Ezra.

Los americanos salieron de la habitación, y los israelíes se miraron entre sí.

—¿Qué piensa, Isaías? —preguntó Eshnev.

El viejo se alzó de hombros.

—¿Habla *yiddish*, Lev?

—No —contestó Eshnev—. Soy *sabra*. Nunca lo he aprendido.

—Tienen un dicho —dijo el viejo—. Creo que se originó hace muchos años en Polonia o en Rusia, durante uno de los *pogroms*. «*Schver tzu zahn a Yid.*»

—¿Y eso qué significa? —preguntó Eshnev.

El viejo sonrió, pero sin humor.

—Es duro ser judío —dijo.

Libro tercero

EL FINAL DEL OTOÑO

1973

Dick Carriage llamó suavemente a la puerta del dormitorio de Baydr. La voz de Baydr llegó desde el otro lado levemente sofocada.

—Adelante.

Dick abrió la puerta y parpadeó un momento. Las cortinas estaban enteramente corridas y el cuarto inundado por el brillante sol matinal suizo. Baydr estaba sentado ante un pequeño escritorio, dando la espalda a la ventana. Su cara estaba en sombras debido a la luz que le llegaba desde atrás. Miró a Carriage.

—¿Qué hay?

—Los franceses están aquí, jefe.

Baydr miró su reloj.

—Han llegado temprano.

Carriage sonrió.

—No desean arriesgarse. No quieren que nadie se le acerque a usted antes.

Baydr rio.

—Es lo que me gusta de los franceses. Siempre se puede contar con que solo respeten los compromisos que tienen consigo mismos.

—¿Qué debo decirles?

—Dígales que esperen. —Tendió unos papeles a Carriage—. ¿Qué sabe usted de esto?

Carriage tomó el informe y lo miró. Las letras en el encabezamiento decían: MUÑECAS ÁRABES LTDA. Dentro de la carpeta había una serie de billetes de embarque y de facturas. Cada cuenta tenía el sello de «Pagado». Miró a Baydr.

—No mucho más que usted, fuera del hecho de que pagan pronto las cuentas.

Baydr tomó la carpeta.

—Justamente eso. No está de acuerdo con el carácter... ¿Conoce a algún libanés que pague en seguida las cuentas?

—No entiendo. Son buenos clientes. ¿De qué podemos quejarnos?

—Otra cosa —dijo Baydr—: pagan bonificaciones por entregas urgentes. ¿Qué hay tan importante en unas muñecas para que se paguen bonificaciones a la entrega? Eso tampoco concuerda. Los libaneses nunca están dispuestos a pagar bonificaciones por nada, aunque les vaya la vida en ello.

—Se acerca la Navidad. Tal vez quieren que las muñecas estén a la venta para entonces.

—Sería posible, si estuvieran embarcando ahora. Pero empezaron en septiembre.

—Baydr entregó el archivo a Carriage—. Hágame un informe sobre esa compañía.

—Lo haré, jefe. —Se dirigió a la puerta—. ¿Algo más?

Baydr agitó la cabeza.

—Deles café a los franceses. Los veré dentro de unos minutos.

Cuando la puerta se cerró detrás de Carriage, Baydr se puso de pie, abrió las puertas del balcón y salió a la terraza. El claro aire de la mañana traía la primera promesa del futuro invierno. Baydr inspiró profundamente, llenando sus pulmones.

A lo lejos las montañas se elevaban claras y azul-verdosas, con la nieve coronando ya los picos. Baydr miró hacia la ciudad, que empezaba a despertarse. Había sensación de excitación en las calles.

Ginebra. Todo estaba allí. El dinero, el poder, la diplomacia, el comercio. Aquí era donde iba a ganarse la guerra, no en los campos de Oriente Medio. Los Bancos y los salones de negocios de esta extraña y antigua ciudad suiza daban la ilusión de estar por encima de la competencia y la lucha, listos para aprovechar cualquier cambio de viento, viniera en la dirección que viniera.

Baydr volvió a su cuarto y miró alrededor. La *suite* en el hotel era arrendada anualmente y cumplía sus propósitos en sus ocasionales visitas. Ahora, por primera vez, se interrogaba. El próximo año tendría que pasar aquí mucho más tiempo. La *suite* ya no sería bastante grande, bastante importante para el tipo de relaciones que debería establecer.

Cuanto más pensaba, más sentido tenía la cosa. Una base permanente aquí no era dinero tirado. Además, la temporada de invierno en Suiza siempre era buena. Entre St. Moritz y Gstaad todo el mundo estaría allí. Y no le cabía duda de que a Jordana iba a encantarle, con los deportes de invierno, las fiestas, la vida social.

Tomó nota para llamarla más tarde y comunicarle su decisión. También tomó nota para decir a Carriage que informara a las inmobiliarias en las que él figuraba su intención de comprar una casa en Ginebra y una villa en Gstaad. Estaba seguro de que encontraría algo rápidamente. El dinero siempre arreglaba las cosas.

Se acercó al espejo y se contempló. Con su camisa blanca y sus pantalones negros parecía más europeo que árabe. Se dirigió al armario. Un momento después salió con sus ropas en la mano. Rápidamente se enfundó en el *mishlah* pardo, y la tela blanca con la banda negra cayó sobre sus hombros. Nuevamente se miró al espejo. Esta vez sonrió satisfecho. Ahora parecía árabe. Sonrió consigo mismo al dirigirse a la puerta. Presentarse como nativo tenía sus ventajas. Especialmente cuando se trataba de comerciar con los franceses, que se creían superiores a todo el mundo sobre la superficie de la tierra.



—Somos un pequeño país, *Monsieur* Duchamps —dijo Baydr en francés—, completamente rodeados, sin acceso al mar, como no sea por la bondad de nuestros vecinos, de manera que usted podrá entender muy bien nuestro problema. Agua. Tenemos petróleo, pero no tenemos agua. He oído decir muchas veces a mi príncipe que cambiaría con gusto el exceso de pozos petrolíferos por algunos manantiales de agua. Con agua, nuestro país florecería.

Duchamps miró a su socio y asintió comprensivamente.

—*Monsieur Al Fay*: Francia ha estado siempre entre las primeras naciones del mundo que han comprendido las dificultades de los países de Oriente Medio y su deseo de autodeterminación y libertad. Públicamente hemos lamentado la explotación de sus riquezas y hemos dado nuestro apoyo a la causa, frecuentemente en detrimento de nuestras relaciones con las grandes potencias y en contra del sentimiento público. ¿No recuerda usted que en el conflicto, en el 67, rehusamos embarcar para Israel cincuenta bombarderos Mirage?

—Lo recuerdo. —No añadió que recordaba que Francia no solo había rehusado el embarque a Israel, sino que también había rehusado devolver los cien millones de dólares que había cobrado por los aviones. De todos modos, no pudo resistir el deseo de burlarse un poco—: Desde que concedieron tan generosamente la libertad a Argelia, han estado ustedes en primera línea entre los que reconocen el gran principio árabe de autodeterminación.

Una momentánea expresión de incomodidad atravesó la cara del francés, después se borró.

—Francia está dispuesta ahora a cumplir cualquier pedido de material de los países árabes. Nuestras fábricas trabajan de lleno construyendo aviones, coches, tanques, casi todo lo que necesita el mundo árabe para demostrar su capacidad para defenderse.

Baydr sonrió cortésmente.

—Me alegro mucho, y pueden ustedes estar seguros de que comunicaré este mensaje al comité correspondiente. Como ustedes saben, no estoy comprando armas. No tengo nada que ver con eso. Estoy en la zona de desarrollo industrial. Si tienen ustedes una máquina que fabrique agua, les aseguro que me interesará mucho.

—Hay factorías que pueden fabricar agua, pero desgraciadamente necesitan agua como materia prima.

—¿Cómo es eso?

—Plantas de desalinización nuclear. Son costosas, pero dan resultado. Desgraciadamente, su país no tiene salida al mar.

—Es verdad, pero tenemos acuerdos con nuestros vecinos... Siria, Irak, Jordania, Arabia Saudita..., para desarrollar fuentes de fabricación de agua para nuestro mutuo beneficio.

—¿Representa usted también a esos países? —preguntó el francés.

—Por primera vez, el mundo árabe está unido en este punto. Juntos desarrollaremos nuestro potencial agrícola e industrial. Por ejemplo, hemos llegado a un nuevo acuerdo con la Fiat de Italia para fabricar una versión de sus coches. Las plantas de fabricación estarán diseminadas en nuestros países, para beneficio de los obreros de cada nación árabe.

—Muy bien hecho —dijo el francés secamente.

—Naturalmente, nos costará más fabricar esos coches que importarlos. Pero

como no estamos interesados en las ganancias sino en la idea de bastarnos a nosotros mismos, nos parece que la cosa vale la pena. También estamos negociando en otros terrenos, como en utensilios de uso doméstico y televisores. Es sorprendente todo lo que puede hacerse cuando uno está dispuesto a trabajar.

—¿Cuánto más cree usted que costará hacer esas cosas en lugar de comprarlas? —preguntó Duchamps.

Baydr se alzó de hombros.

—El cincuenta por ciento, el cien por ciento. ¿Qué importa? Tenemos dinero. Podemos hacerlo.

El francés guardó silencio un momento. Cuando habló, ya no estaba seguro de sí mismo como cuando había empezado.

—También tenemos interés en ayudar en el programa industrial de ustedes. Estoy seguro de que podremos encontrar muchos proyectos que sean de beneficio mutuo. Nuestra industria de productos manufacturados no es inferior a ninguna en el mundo.

—Me alegra saberlo. Lo que para mí ofrece especial interés son esos planes para la desalinización nuclear del agua. Esta es en verdad un área que merece intenso estudio, y en la cual seguramente podremos trabajar juntos.

—Quizás ese sea el proyecto más costoso de todos —dijo rápidamente Duchamps.

—Como ya he dicho, el dinero no es importante. En mi pequeño país solamente, los ingresos por el petróleo superan el millón de dólares diarios. Cuando se multiplica esto por el resto del mundo árabe, la suma se vuelve astronómica.

—Francia no es pobre. Tenemos todos los dólares que necesitamos. Más que suficientes, de hecho.

—Ya lo sé, pero hay otras formas de intercambio, y aunque no estoy encargado de la parte política, mis recomendaciones serán miradas favorablemente cuando se tomen las decisiones.

El francés lo miró sin inmutarse. Ambos sabían a lo que se refería Baydr. La fuerza negociable era el petróleo, no por dinero, sino por la cooperación.

—*Monsieur* Al Fay —dijo—, no puedo decirle a usted cuán satisfecho estoy de que hayamos encontrado un área en la que podemos colaborar. Puede tener usted la certeza de que pronto volveré a visitarlo con varias propuestas concretas.

Baydr se puso de pie.

—Esperaré ansiosamente su regreso. —El francés también se levantó. Baydr se inclinó formalmente, haciendo el gesto árabe de despedida convencional—. Vayan ustedes en paz.

Carriage entró en la habitación en cuanto los franceses se fueron.

—Ya están esperando ahí —dijo—. Es una versión en miniatura de la ONU: alemanes, italianos, rumanos, noruegos...

—No ha tardado mucho tiempo en correrse la voz, ¿eh?

Carriage agitó la cabeza. Ellos habían llegado el día anterior.

—Son como perros tras una perra en celo.

Baydr rio.

—Es mejor que telefonee al Banco y les pregunte si pueden prestarnos un par de secretarias. Después organice un fichero de citas. Tendremos que verlos a todos.

—¿Por qué? Solo hay unos pocos que pueden interesarnos.

—Ya lo sé, pero no importa. En este momento todos están atónitos ante el embargo. Todavía no creen en él. Cuando lo digieran, sentirán pánico y se enojarán. Una de nuestras tareas consistirá en conservar todos los amigos que podamos.

—De acuerdo, jefe. —Carriage se dirigió a la puerta. Baydr lo detuvo.

—Dick, comuníqueme por teléfono con la señora Al Fay. Está en Beirut, en casa de mi padre.

—Lo haré. —La puerta se cerró tras él, y un momento después sonó el teléfono. El servicio telefónico suizo se enorgullece de su eficacia. Jordana estaba al otro lado de la línea.

—¿Cómo están los chicos? —preguntó Baydr. La voz de Jordana era apagada.

—Bien.

—¿Les gusta el colegio?

—No sé si les gusta o no, pero van.

—¿Estás muy ocupada?

Un momento de silencio.

—Debes estar bromeando —dijo Jordana—. Estoy en Beirut. Aquí no tengo absolutamente nada que hacer.

—Entonces tal vez no te moleste venir aquí a ayudarme. He decidido comprar una casa en Ginebra y una villa en Gstaad, y estoy demasiado ocupado para encargarme de ello.

—Baydr, ¿lo dices en serio?

—¿Por qué no lo voy a decir en serio? Me parece que pasaremos aquí bastante tiempo en el futuro inmediato. ¿Vendrás?

Jordana rio.

—En el primer avión.

—Bien. —Sonrió al teléfono—. Comunícame el vuelo, y mandaré a Jabir a esperarte al aeropuerto.

Dick regresó a la habitación en cuanto dejó el teléfono. Había una extraña expresión en su cara.

—Fuera hay una chica que quiere verlo.

Súbitamente, Baydr se enojó.

—Debería usted saber cuando me molesta, Dick —dijo, cortante—. Hoy tengo demasiado trabajo como para perder el tiempo con muchachas. Despídala.

—Ya lo he hecho, señor —dijo Dick—. Pero ha vuelto unos minutos después con Jabir. Jabir dice que a usted le interesará verla.

A Baydr aquello le resultó curioso. Generalmente, Jabir no se ocupaba de las

mujeres.

—¿Quién es la muchacha?

—No lo sé, señor. Ni ella ni Jabir han querido darme su nombre. Dijeron que querían darle una sorpresa.

Baydr pensó un momento. Tenía que ser algo importante. A Jabir no le gustaba gastar bromas.

—Bueno, la veré —dijo—. Pero solo un momento. Y dígale a Jabir que lo hago únicamente por hacerle un favor, y que espero que la cosa no se repita.

—Sí, señor.

Baydr se dirigió al aparador y llenó una taza de café. Con la taza en la mano, volvió al escritorio. Oyó que la puerta se abría tras él y se volvió.

Una muchacha estaba tímidamente en la puerta. Baydr la miró. Había en ella algo vagamente familiar. Era bonita, con una cara en forma de corazón, luminosos ojos azul oscuro, y un brillante pelo negro que le caía sobre los hombros. Iba vestida con la camisa y los pantalones vaqueros que usaba la mayoría de la gente joven, pero por lo que pudo ver, su figura era buena. Notó que un poco de miedo asomaba en sus ojos azul oscuro. Súbitamente la reconoció.

—¡Leila! —exclamó.

Una trémula sonrisa asomó entre el miedo.

—Hola, papá —dijo ella suavemente.

Baydr atravesó el cuarto y la estrechó en sus brazos.

dos

—Tengo casi diecinueve años, papá, y no me gusta estar en el colegio —dijo Leila—. Están sucediendo demasiadas cosas importantes, y yo quiero ser parte de ellas.

Baydr sonrió. Había mucho en ella que le recordaba a sí mismo. La misma impaciencia, la misma curiosidad y deseo de participar.

—¿Exactamente, qué quieres hacer?

La respuesta fue vaga.

—No lo sé. Sé en cambio lo que no quiero hacer. No quiero ser como mi hermana. No quiero que el matrimonio y la familia sean la única finalidad en mi vida. Debe haber algo más que pueda hacer.

—¿Has hablado de esto con tu madre?

—Ya conoces a mamá. No lo entiende. Cree que debo hacer exactamente lo que he dicho que no quiero hacer. Mi abuelo incluso me ha elegido ya alguien con quien casarme.

Baydr se sintió divertido.

—Tu abuelo no ha cambiado. Supongo que se trata de algún joven rico, de buena familia...

—Naturalmente —rio ella—. El abuelo Riad siempre ha sido hábil para eso.

Baydr rio también.

—Yo debería saberlo. Ahora en serio, hay muchas cosas que puedes hacer. Necesitamos gran cantidad de profesores...

—¿Te refieres a las profesiones aceptables para las damas? —No pudo evitar una nota burlona en la voz—. Eso tampoco me gusta. Simplemente no quiero hacer las cosas que han estado haciendo las mujeres durante generaciones. Quiero estar metida en algo real, algo que nos lleve adelante. A mi manera, quiero hacer lo que tú haces, ayudando a que se nos acepte en nuestros propios términos.

—Eso no es tan fácil. ¿Sabes cuánta gente en el mundo sigue creyendo que somos un pueblo primitivo?

—Ya lo sé —dijo Leila rápidamente—. Y es lo que deseo cambiar. Ahora que hemos ganado la guerra, tenemos la oportunidad de que el mundo nos reconozca como iguales.

—¿Crees de verdad que hemos ganado la guerra? —preguntó Baydr con curiosidad.

—Sé que la hemos ganado. Si no nos hubieran forzado a un alto el fuego habríamos destruido todos los ejércitos israelíes de una vez por todas. Estaban marchando hacia las trampas que les habíamos tendido en Siria y Egipto.

Baydr la miró. ¡Había tantas cosas que ella ignoraba! Aquella era la corriente de

opinión con la que alimentaban al pueblo los propagandistas proárabes. Para él era una continua fuente de sorpresas que la mayoría de los árabes la creyera. Que Israel había acorralado ya el Tercer Ejército egipcio y que en unos días más hubiera ocupado El Cairo y Damasco era algo que no les entraba en la cabeza.

—Sigo sin saber qué puedes hacer —dijo.

—Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Podría trabajar contigo. —Lo miró a los ojos.

La expresión de Leila era tan intensa que Baydr no sonrió.

—¿Haciendo qué? —preguntó amablemente.

—Podría ser tu secretaria —dijo ella seriamente—. Mamá dice que yo debería haber sido un muchacho. Que soy idéntica a ti.

—Temo que no me sirvas —contestó él con cariño—. Mis secretarias han recibido todas una enseñanza especial para los cargos que desempeñan. La mayor parte del trabajo es altamente técnico y especializado.

—No quería decir ahora mismo —dijo ella con rapidez—. Podría empezar como empleada o asistente hasta aprender lo suficiente.

—¿Sabes taquigrafía y escribir a máquina? —preguntó él.

—Puedo escribir un poco a máquina.

Él guardó silencio, después agitó la cabeza.

—Me temo que no. Incluso para esas tareas menores necesitamos gente entrenada.

—Podría ser recepcionista. Estoy dispuesta a empezar donde sea.

—Eres mi hija. ¿Qué pensarían?

—Nadie tiene por qué saberlo. Lo podemos mantener en secreto.

—No, no daría resultado. En este negocio no hay secretos.

Leila quedó abrumada.

—No quiero volver al colegio —dijo con terquedad—. Lo detesto.

—No es necesario que vuelvas. Tengo una idea.

Lo miró esperanzada.

—Si has hablado en serio, puedo mandarte a una Universidad en los Estados Unidos donde te graduarás en administración de negocios en grandes empresas. En unos pocos años sabrás lo bastante como para ocupar un lugar en la organización.

—Pero eso tardará años —dijo Leila con impaciencia—. Yo quiero hacer algo ahora. Cuando termine de estudiar ya todo estará hecho.

Él rio.

—Eso no lo creo. Hay bastantes cosas que hacer como para que duren nuestras dos vidas.

—¿No puedo estudiar aquí? —preguntó ella—. De esa manera podría trabajar después del colegio y aprender al mismo tiempo.

—No es lo mismo. Lo único que podrán enseñarte es taquigrafía, escribir a

máquina, y tal vez algunas cuentas sencillas.

—Será un comienzo; después, si sirvo, podría ir a los Estados Unidos a estudiar.

—Déjame pensarlo.

—No hay nada que pensar —dijo ella, decidida—. He oído a tu secretario llamar al Banco pidiendo unas secretarias. Mientras las esperas, yo puedo atender el teléfono y actuar como recepcionista. Soy muy buena para atender el teléfono. De verdad.

Él empezó a reír.

—Eres una muchachita muy decidida.

Ella le miró fijamente.

—No sabes hasta qué punto.

—Empiezo a hacerme una idea. —Dejó escapar una risita, después la sonrisa abandonó su cara—. ¿Sabes que tengo que hablar de esto con tu madre?

—¿Para qué? Nunca has hablado de mí con ella.

—¿Eso es lo que ella dice?

—Sí... —Bajó los ojos un momento, después lo miró—. ¿Por qué no quisiste vernos nunca desde que te fuiste?

Baydr enfrentó su mirada.

—¿Es lo que te ha dicho tu madre?

Leila asintió.

Baydr guardó silencio. Era inútil que le hablara de las muchas veces que había querido verla o que había solicitado que se la mandaran para obtener siempre la misma respuesta de Maryam, diciendo que no quería saber nada de él. Lo único que sabía Leila era que él las había dejado, y que las cosas debían seguir así. Aspiró profundamente, y después dejó salir con lentitud el aire.

—Bueno, no es verdad —dijo tranquilamente.

Leila no habló.

Baydr captó su duda.

—Pero ahora ya no importa —dijo con suavidad—. Tú estás aquí y te estoy viendo.

Leila asintió, siempre en silencio.

—Dime —dijo él, torpemente—. ¿Cómo está tu hermana?

—Muy bien. Está casada. Los veo poco a ella y a su marido. No tenemos mucho en común. Hacen vida social. Ah, sí, Amal cree que está embarazada.

Baydr sonrió.

—¿Quieres decir que estoy a punto de convertirme en abuelo?

—Es posible.

Dio un lento silbido.

—Eso es muy norteamericano —dijo Leila, rápida.

—¿Qué?

—Ese silbido. ¿Qué significa?

Baydr rio.

—Tengo que asumir muchos cambios. Primero tengo que darme cuenta de que soy padre de una muchacha de diecinueve años, y ahora, de pronto, descubro que voy a ser abuelo.

Leila rio.

—No cuentes con eso. Amal todos los meses cree que está encinta. Esta vez puede haberse equivocado, como las otras.

—¿Sabes? Tienes dos hermanos.

—Ya lo sé. Mohammed y Samir.

—¿Conocías los nombres?

—No es exactamente un secreto. En los diarios siempre hay historias sobre ti. Y retratos.

—Son unos chicos muy buenos. Les tomarás cariño.

—Me gustaría conocerlos.

—Los conocerás, pronto... —se puso de pie—. ¿Dónde estás viviendo?

—Con una amiga —dijo Leila—. Su familia vive en Ginebra.

—¿Es suiza?

—Sí.

—¿Prefieres seguir allí o quieres mudarte a vivir conmigo?

—Como tú quieras —dijo ella, apartando los ojos.

—Ve a buscar tus cosas entonces —contestó Baydr—. ¿Crees que podrás estar de vuelta para la hora de cenar?

Leila levantó la cabeza. Sus ojos sonreían.

—Eso creo.

—Bien, vete entonces. Tengo mucho trabajo.

Ella se levantó del sillón y le echó los brazos al cuello.

—Gracias, padre.

Baydr besó suavemente la cabeza de Leila.

—No me des las gracias. Después de todo soy tu padre, ¿no?



Leila se paró en la puerta de la cafetería y observó las mesas. El restaurante estaba casi vacío, solo con algunos oficinistas demorándose con el café de la mañana antes de ir a trabajar. Miró su reloj. Llegarían en cualquier momento. Fue a una mesa y se sentó.

Un camarero apareció instantáneamente.

—*Oui, Mademoiselle.*

—*Coca-Cola avec citron.*

El camarero trajo la bebida y se alejó. Ella encendió un cigarrillo, después tomó unos sorbos. La bebida era dulce. No tan dulce como la Coca-Cola del Líbano, pero más dulce que la francesa, aunque la servían al estilo francés. Un pedacito diminuto de hielo flotaba en lo alto, no lo bastante grande como para refrescar la bebida, a

menos que uno sorbiera exactamente de ese lado.

Dos hombres jóvenes y una mujer aparecieron en la puerta. Iban vestidos de manera muy similar a la de Leila, con pantalones vaqueros, camisa y una chaqueta. Los saludó con la mano, y ellos se acercaron a la mesa y se sentaron. Nuevamente apareció el camarero. Un momento después trajo café y se fue.

La miraron, expectantes. Leila devolvió la mirada, sin hablar. Finalmente, dejó el cigarrillo y tendió los dedos formando el signo de la V.

Los otros estallaron en risas.

—¿Todo ha ido bien? —preguntó la mujer en un inglés vacilante.

—Perfectamente.

—¿No hizo preguntas?

—Solo las paternas de costumbre —contestó Leila. Después hizo una mueca—. «Sabes, tendré que hablar de esto con tu madre» —lo imitó.

Una expresión preocupada cruzó la cara de la mujer.

—¿Y si lo hace?

—No lo hará —contestó ella con firmeza—. Conozco a mi madre. Hace diez años que no habla con él, y no le hablará ahora.

—¿Vas a trabajar para él? —preguntó uno de los jóvenes.

—En parte. Cree que antes debo ir a algún colegio para aprender la técnica de los negocios. Después tendré trabajo fijo.

—¿Y piensas ir? —preguntó la mujer.

—Naturalmente. Si no lo hiciera sospecharía algo. Además, solo será por poco tiempo.

—¿Cómo es? —preguntó la mujer.

Leila la miró como si la viera por primera vez.

—¿Te refieres a mi padre?

—¿Y de qué otra persona quieres que hable? —replicó la muchacha—. ¿Se parece a las historias que cuentan de él? Quiero decir, ¿es un *playboy* irresistible para las mujeres y demás?

Los ojos de Leila se volvieron pensativos.

—Creo que sí —dijo vacilante—. Pero no lo veo así en modo alguno.

—¿Cómo lo ves?

La voz de Leila fue amarga.

—Lo miro, y veo todas las cosas contra las que luchamos: el dinero, el poder, el egoísmo. El tipo de persona que solo se interesa en sí mismo. Nada podría importarle menos que la lucha de nuestro pueblo. Solo piensa en las ganancias que podrá obtener de eso.

—¿De verdad lo crees?

—Si no lo creyera —dijo Leila con voz firme y dura— no estaría aquí haciendo lo que he aceptado hacer.

La primera idea que cruzó la mente de Leila cuando Jordana entró en el cuarto fue que era muy hermosa. Alta, con el pelo color miel, tostada por el sol de California, un cuerpo esbelto y largas y preciosas piernas. Era todo lo que una mujer árabe no podrá ser jamás. Por un momento entendió por qué su padre había hecho lo que había hecho.

Después, la antigua amargura y animosidad burbujearon, y tuvo dificultad en apartar aquello de sus ojos cuando Jordana avanzó hacia ella.

—Esta es Leila —dijo Baydr con orgullo.

Los ojos de Jordana fueron claros y directos, su sonrisa genuina y cálida. Tendió la mano.

—¡Me alegro mucho de conocerte por fin! Tu padre me ha hablado de ti con frecuencia.

—Yo también me alegro de conocerla —dijo Leila torpemente.

—Baydr, tu padre, me dice que piensas quedarte con nosotros...

—Si no molesto...

—Claro que no molestas —aseguró Jordana—. Y yo estoy encantada. Ahora por lo menos tendré a alguien con quien hablar cuando él esté de viaje. Baydr viaja mucho.

—Ya lo sé —dijo Leila. Miró a su padre—. Perdón. Estoy un poco cansada. ¿Te molestará mucho que no cene con vosotros y me acueste?

Baydr lanzó una rápida mirada a Jordana, después miró a Leila.

—Por supuesto que no.

—A usted tampoco le molesta, ¿verdad? —preguntó a Jordana—. Además, deben tener muchas cosas de qué hablar.

—A mí no me molesta —contestó Jordana.

—Buenas noches entonces.

—Buenas noches.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Baydr se volvió hacia Jordana.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Me parece que no simpatiza conmigo.

—¿Cómo puedes decir eso? —La sorpresa puso un eco en su voz—. Apenas te conoce.

—Tu hija está celosa.

—No seas tonta —dijo Baydr, y el enojo empezó a asomar en su tono—. ¿De qué puede estar celosa? ¿Acaso no le he pedido que se quede?

Jordana lo miró. Había cosas que los hombres nunca iban a entender. Recordó lo posesiva que había sido con respecto a su padre y lo que había sentido la primera vez

que lo vio con su nueva mujer.

—La verdad es que no tiene importancia —dijo—. Me alegro por ti.

Baydr no contestó.

—Es una chica muy bonita —dijo Jordana.

—Sí.

—¿Por qué decidió salir tan bruscamente del colegio?

—Dice que sintió que estaba perdiendo su vida —contestó Baydr. Después dejó escapar una risita—. A los diecinueve años.

—Eso no es gracioso —dijo Jordana—. Yo lo entiendo.

—¿Lo entiendes? —Se sorprendió—. Entonces tal vez puedas explicarme por qué en todos estos años de pronto ha tenido deseos de verme...

—¿Y por qué no va a tenerlos? Eres su padre. Las chicas sienten gran atracción por sus padres. Guardó silencio un momento.

—Debería llamar a la madre y decírselo.

—Tengo la sensación de que no es necesario. La madre ya debe estar enterada.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tu padre me ha dicho que Leila ha pasado casi todo el verano con su madre, y que salió de Beirut hace apenas unas semanas. Seguramente la madre debe saber dónde ha venido.

Baydr la miró fijamente. Aquello era extraño. Leila le había dado a entender que venía directamente del colegio. No había mencionado su estancia en casa de su madre. Se preguntó por qué no se lo habría dicho, pero decidió no decir nada a Jordana.

—Me parece que voy a telefonar a mi padre —dijo—. Le diré que hable con la madre de Leila.

Jordana sonrió. En cierto sentido era transparente. No deseaba hablar con su ex mujer.

—Los chicos preguntan si podrán venir a visitarnos cuando hayamos conseguido casa. Nunca han tenido ocasión de jugar en la nieve.

Baydr rio.

—Puedes decirles que vengan el primer día que empiece a caer la nieve.



Dick Carriage se reclinó en el sillón y tomó las gafas para leer. Sacó un trapito de una caja en el escritorio y, apartando el asiento de la brillante lámpara, empezó a limpiar lentamente los cristales. Grandes copos blancos pasaban flotando ante la ventana.

Llevaban casi un mes en Suiza cuando empezó a caer la nieve, y Baydr, fiel a su palabra, hizo que sus hijos llegaran volando el mismo día. Ahora estaban pasando el fin de semana en Gstaad. Él se había quedado en Ginebra para disminuir la pila de papeles. Baydr había llamado aquella mañana de muy buen humor. Los chicos, realmente, se estaban divirtiendo.

Carriage sonrió para sí. Los padres eran siempre iguales, fuera cual fuera su origen. Baydr sentía por sus hijos lo que Dick sentía por los suyos. Regresó al escritorio y miró las fotografías de su mujer y sus hijos. El retrato, tomado en el jardín de California, lo hizo sentirse muy solo de pronto. Su familia estaba muy lejos de la nieve de Suiza.

Oyó el clic del picaporte de la puerta principal del estudio que él y Baydr usaban como oficina cuando estaban en la gran casa de Ginebra. Miró su reloj. Eran poco más de las dos de la madrugada. Oyó el ruido de zapatos de suela dura sobre el piso de mármol de la entrada del vestíbulo. Tenían un ritmo femenino inconfundible. Debía ser Leila. Era el único miembro de la familia que no había ido a Gstaad. Había dicho algo sobre unas clases especiales en el colegio el sábado, pero después no había concurrido a las clases. En lugar de esto se había quedado en su cuarto hasta después del almuerzo, luego había salido, y solo ahora volvía.

«Había en ella algo raro», pensó. Pese a su apariencia exterior agradable y al deseo de cooperar, captaba cierto rechazo, una contención en sus ojos calculadores. Alguna vez había observado una mirada de resentimiento, especialmente hacia Jordana, aunque evidentemente, procuraba ocultarlo.

Los pasos llegaron a la escalera y empezaron a subir, después se detuvieron. Un momento más tarde, alguien movió el picaporte de la puerta del despacho.

—Adelante —dijo Dick.

La puerta se abrió de golpe y apareció Leila, vestida con sus inevitables vaqueros. A veces se había preguntado si tendría otra ropa.

—No quería molestarlo, pero vi la luz que salía por debajo de la puerta.

—No es nada. No me molesta. De todos modos, no estaba trabajando.

Ella entró en el cuarto, y pudo ver copos de nieve que se derretían en su pelo y en sus ropas.

—No ha dejado usted de trabajar desde que se fue mi padre, ayer por la mañana.

Dick sonrió.

—Es la única oportunidad que tengo para ponerme al día con el papeleo. Cuando él está aquí no dispongo de mucho tiempo.

—¿Nunca se toma usted vacaciones?

—Claro que sí. Estuve de vacaciones en California, cuando estuvimos allí hace unos meses. Pasé toda una semana con mi familia.

—¿Y desde entonces? —dijo ella—. Usted ni siquiera se toma tiempo libre los fines de semana.

—¿Para qué? —contestó él—. No hay nada especial que me atraiga.

—Podría salir a comer fuera. O ir al cine.

—Prefiero trabajar. No me gusta hacer esas cosas solo.

—No es necesario que las haga solo. Ginebra está llena de chicas que están deseando pasear.

Dick rio.

—Hay cantidad de chicas en todas partes. Pero no olvide que soy un hombre casado.

—Mi padre es un hombre casado y eso no lo detiene —dijo Leila.

Dick le lanzó una mirada penetrante, preguntándose qué era lo que sabía.

—Hay ciertas cosas que su padre debe hacer —dijo rápido—. Son cosas de negocios.

—¿De veras? He oído muchas historias acerca de él.

Dick guardó silencio.

—También he oído historias de Jordana. —Sus ojos eran provocadores—. ¿También es cuestión de negocios?

Dick sostuvo fríamente su mirada.

—Siempre hay gente que está dispuesta a contar chismes. La mayoría no conoce a la gente de la que habla. He aprendido que la contribución más importante que puedo hacer para colaborar con su padre es meterme solo en mis propios asuntos.

Leila rio.

—Ya veo por qué mi padre confía tanto en usted. Usted le es leal.

—Es mi jefe —dijo él, envaradamente—. Y lo respeto muchísimo.

—¿Pero simpatiza con él? —preguntó ella, decidida.

La respuesta fue rápida y directa.

—Sí.

—¿Aunque no le dé vacaciones?

—Eso depende de mí —contestó él sin perder la calma—. Si decido no tomar vacaciones, es asunto mío.

Leila se acercó al rincón del escritorio y miró la pila de papeles.

—El dinero compra muchas cosas, ¿verdad? —Era una afirmación más que una pregunta—. Usted es tan esclavo del sistema como cualquiera.

—La única manera mejor que esta de ganarse la vida —contestó él en árabe—, es tener un padre rico.

Vio el relámpago de furor en los ojos de ella, y comprendió que acababa de poner el dedo en la llaga.

—Yo no tengo... —después se dio cuenta de lo que iba a decir y se contuvo bruscamente.

—Usted no tiene..., ¿qué? —preguntó él suavemente.

La rabia fue rápidamente remplazada por el control. Leila sonrió.

—Nada. ¿Dónde aprendió a hablar tan bien el árabe?

—En mi casa.

Leila quedó sorprendida.

—Creía que usted era norteamericano.

—Lo soy —dijo él, sonriendo—. Pero mis padres vinieron de Jordania. Mi nombre era Jureiyi. Mi padre lo cambió por Carriage antes de que yo naciera, cuando abrió su primer restaurante. Pensó que para los norteamericanos iba a ser más fácil

decir Carriage House que Jureiyi House.

—¿Todavía viven?

—No.

—¿Nunca quisieron volver a su patria?

—Sí.

—Tal vez fue mejor que no lo hicieran —dijo Leila rápidamente—. No estando los judíos ahí, acechando.

Dick la miró sin hablar. La verdadera tragedia era que habían vuelto. Si no lo hubieran hecho quizá todavía estuvieran vivos.

Leila creyó que su silencio era asentimiento.

—No siempre será así. Pronto nos libraremos de los judíos. Casi lo logramos esta vez, pero nos traicionaron.

—¿Quién los traicionó?

—Algunos de los nuestros. Gente que piensa solo en su bolsillo, en el poder. Si no nos hubieran detenido hubiéramos echado a los judíos al mar.

—Sigo sin saber quién es esa gente.

—Ya lo descubrirá —dijo Leila en un tono secreto—. Muy pronto. —Sonrió y cambió de tema—. ¿Quiere que prepare café?

—Es muy amable de su parte, pero no quiero que se moleste.

—No es ninguna molestia. Además, tengo ganas de tomar una taza. ¿Lo quiere a la turca o a la americana?

—A la turca —dijo Dick, aunque lo prefería a la americana.

—Bien —dijo ella, dirigiéndose a la puerta—. Vuelvo en seguida.

Dick se quedó mirando la puerta cuando ella salió. Era una muchacha rara. Le habría gustado saber lo que realmente pensaba. Al descuido, recogió la próxima carpeta de la pila de papeles. Era el informe que le había pedido Baydr sobre Muñecas Árabes Ltda. Su visión se nubló y dejó la carpeta en el escritorio. Estaba más cansado de lo que había supuesto. Esperaría hasta después de tomar el café.

Pasó casi un cuarto de hora hasta que Leila volvió con el café. Cuando la vio abrió la boca de sorpresa. Llevaba otras ropas. En lugar de los perennes vaqueros azules se había puesto un caftán blanco con bordes de oro que bajaban al frente y seguía la línea de los botones que unían los dos lados de la prenda. Trozos de su cuerpo dorado y tostado, visibles en los espacios abiertos del caftán, revelaban que no llevaba nada debajo.

Leila colocó la bandeja de plata con el café sobre una mesita frente al diván. El vapor blanco subía en volutas cuando lentamente vertió el café en las tacitas. Lo miró.

—Puede usted salir de detrás de ese escritorio para tomar el café —dijo—. Prometo no decir nada a mi padre.

Dick sonrió y se puso de pie.

—Algo me dice, de todos modos, que usted no iba a decirle nada.

—Así es.

Dick se sentó en el diván junto a ella. Leila tomó una taza y se la tendió.

—Pruebe.

Obediente, bebió. La dulzura casi lo asqueó. Tomaba el café sin azúcar.

—¿Tiene bastante azúcar?

—Está perfecto —dijo él con cara tensa.

Ella sonrió, encantada.

—Me gusta el café extradulce.

—Es muy bueno.

Leila bebió su café.

—¿Fuma? —preguntó.

—Tengo cigarrillos en el escritorio —contestó Dick, empezando a levantarse.

La mano de ella lo detuvo.

—No me refiero a esa clase de cigarrillos.

—¡Oh! —dijo él mirándola—. A veces los he fumado. Pero no cuando trabajo.

Leila abrió una cajita de plata que estaba en la bandeja junto a la cafetera.

—¿No te parece que esta noche ya has trabajado bastante?

Dick miró los cigarrillos prolijamente enrollados.

—Me los dio Jabir —dijo ella—; posee el mejor hachís del mundo. Los prepara especialmente para mi padre.

—Ya lo sé —dijo Dick.

Leila tomó un cigarrillo y encendió un fósforo. La llama ardió un momento mientras el sulfuro se quemaba, después la acercó al cigarrillo. Tras algunas bocanadas se lo tendió.

Él lo miró sin moverse.

—Vamos —dijo Leila—. Relájate. Afloja un poco. El trabajo estará todavía ahí mañana por la mañana.

—Bien —dijo él. Tomó el cigarrillo que ella le tendía y aspiró. Después de unas bocanadas se lo devolvió—. Es bueno —dijo.

—Así es mejor —dijo Leila, aspirando de nuevo el cigarrillo. Sonrió—. ¿Sabes? Por primera vez empiezas a parecer humano.

Dick le cogió el cigarrillo y aspiró. Empezó a sentir que le zumbaba la cabeza.

—¿Qué suelo parecer?

Leila se reclinó en el diván.

—Generalmente, pareces muy serio. Muy cortante y directo. Sin expresión. Rara vez sonríes. Sabes lo que quiero decir.

—No me había dado cuenta.

—La mayoría de la gente no es consciente de su aspecto... —lo miró—. ¿Sabes? No serías feo sin esas gafas... —tendió la mano y se las quitó—. Mírate en el espejo y te convencerás.

—No es necesario. Sé cómo soy. Me afeito todas las mañanas.

Leila se echó a reír.

—Eres muy gracioso.

Dick sonrió.

—¿De verdad?

Leila asintió.

—No estás mal para ser norteamericano. Generalmente no me gustan los norteamericanos. Pero tú pareces distinto. Tal vez sea porque tus padres eran árabes.

Dick no habló.

Leila lo miró fijamente y en silencio unos momentos, después se inclinó bruscamente y lo besó en la boca. Él quedó sorprendido y se mantuvo muy quieto.

Leila se apartó y lo miró a los ojos.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—No es eso —dijo él torpemente—, pero después de todo soy un hombre casado.

—Ya lo sé. Y tu mujer está en el otro extremo del mundo.

—¿Se supone que eso representa alguna diferencia?

—¿No la representa? —preguntó ella, mirándolo.

Dick no contestó. Pero aspiró otra bocanada del cigarrillo. El zumbido cesó súbitamente en su cabeza, dejándola extraordinariamente clara. Sintió que sus sentidos se habían agudizado. Ya no estaba cansado.

—¿Qué es exactamente lo que deseas de mí?

Leila sostuvo su mirada.

—Quiero estar enterada de todo lo concerniente a los negocios de mi padre. Y tú puedes ayudarme a aprender.

—Puedo hacer eso sin que tengas que acostarte conmigo —no le dijo que Baydr le había dado instrucciones para que alentara el interés de ella en los negocios.

Los ojos de Leila siguieron mirándolo, imperturbables.

—Pero yo quiero acostarme contigo.

Tendió la mano hacia ella, pero Leila lo contuvo con un gesto.

—Espera un momento.

La vio ponerse de pie, dirigirse al escritorio y apagar la luz. Leila parecía estar flotando. Recorrió el cuarto apagando lentamente las luces, con excepción de una lámpara en un rincón apartado. Después volvió al diván y, parándose ante él, desabrochó lentamente los botones de su caftán y lo dejó caer al suelo, a sus pies.

Dick tendió los brazos y Leila se precipitó en ellos. Dick apretó sus labios contra los de ella, casi rudamente.

—Tómatelo con calma —susurró ella—. Aún estás vestido. —Empezó a desabrocharle los botones de la camisa—. Relájate. Déjame desnudarte.

Más tarde, mientras ella gemía bajo él, mientras se maravillaba ante la firme dureza del joven y elástico cuerpo de la muchacha, mientras sentía el poder de sus aferrantes caderas, la oyó empezar a murmurar algo inaudible.

Forzó su mente para aclararla y escuchar sus palabras. Era una única palabra

repetida una y otra vez, mientras se debatía en los espasmos de un extraño orgasmo físico y mental.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá!

Pese al frío de noviembre y a la lluvia que cubría París como una sombría vestimenta gris, Yusef se sentía bien al caminar por la Avenue George V, girando más allá de Fouquet hacia sus oficinas en los Champs-Élysées. Entró en el estrecho ascensor francés, cerró la puerta y apretó el botón del último piso. Lentamente la jaula de hierro empezó a subir hacia el techo.

Se sonrió a sí mismo, pensando en su nuevo amiguito, un chico griego, esbelto y joven, con oscuros rizos negros enmarcando su rostro y unos enormes ojos oscuros. El muchacho estaba enamorado de él. Estaba seguro de ello. Tenía que ser real. Cuando le ofreció dinero, el muchacho pareció dolido y sus ojos se llenaron de lágrimas. Él se disculpó rápidamente y borró sus lágrimas a besos. El muchacho sonrió radiante cuando le prometió verle la noche siguiente.

El ascensor crujió al detenerse en el piso. Salió cerrando la puerta cuidadosamente tras de sí, para que pudieran llamarlo de otras plantas. En verdadero estilo francés, la puerta de la oficina era de madera, con el nombre de la compañía grabado en letras negras en un gran panel de vidrio opaco. MEDIA (Francia), S. A.

La secretaria, que también servía de recepcionista, miró cuando entraba y sonrió.

—*Bonjour, Monsieur Ziad.*

—*Bonjour, Marguerite* —contestó él, dirigiéndose a su despacho. Cerró la puerta tras él, se quitó el impermeable, y se acercó a la ventana. Pese a la lluvia, los Champs-Élysées estaban repletos. Los turistas compraban ya las entradas para la función de la noche en el Lido, al otro lado del bulevar, y las tiendas estaban llenas de clientes.

La puerta se abrió y, sin volverse, Ziad tendió su impermeable.

—¿Algo nuevo? —preguntó cuando la mujer recogió el impermeable.

—Había un *télex* de Ginebra en la máquina esta mañana cuando llegué —contestó ella.

—¿Dónde está?

—En su escritorio. Lo puse encima de los otros papeles.

Abrió la carpeta, tomó la hoja del *télex* y leyó rápidamente:

ZIADMED. CANCELE PROYECTO FILM Y ARREGLE INMEDIATAMENTE CONTRATO VINCENT STOP. REHÚSE NUEVOS EMBARQUES MUÑECAS ÁRABES HASTA NUEVAS NOTICIAS. TENEMOS LA COMPAÑÍA BAJO INVESTIGACIÓN STOP. INFORME TÉRMINOS ACUERDO CON VINCENT LO ANTES POSIBLE STOP. SALUDOS ALFAYMED.

Sintió un pinchazo de dolor en los intestinos. Se dejó caer en el sillón, la frente llena de sudor. Los pensamientos corrían por su cerebro. Algo había ido mal. De algún modo había sido descubierto. Sintió una náusea en el fondo de la garganta, y

apenas tuvo tiempo de llegar al cuarto de baño.

Después de vomitar se sintió mejor. Se sirvió un vaso de agua de la botella que tenía sobre el escritorio, y bebió lentamente mientras releía el *télex*. Su estómago empezó a calmarse. Tal vez no fuera lo que había pensado. Era su propia culpa y miedo los que lo habían descompuesto. Baydr podía tener miles de razones comerciales para tomar decisiones, en lugar de las razones que él temía.

Tenía que conservar la calma para poder pensar y determinar los verdaderos motivos del comportamiento de Baydr. Entonces sabría lo que debía hacer. Encendió un cigarrillo y puso el *télex* boca abajo sobre el escritorio. Debía ejecutar de inmediato las órdenes recibidas. Tomó el teléfono.

—Localice a Michael Vincent —dijo a la secretaria.

—*Oui, Monsieur Ziad* —contestó Marguerite—. ¿Desea hablar con él?

—Todavía no —replicó—. Primero quiero hablar con *Monsieur Yasfir*. Tendrá que localizarlo también.

Dejó el teléfono y procuró ordenar sus pensamientos. Había recibido ya cuatrocientos mil dólares para la cuenta de Vincent; pero solo le había desembolsado la mitad de la suma. Se preguntó si podría llegar a algún acuerdo para cerrar el trato en esa cifra. Convenía que quedaran libres con lo que ya se había pagado. Y Baydr quedaría impresionado. Empezó a sentirse mejor. Tal vez las cosas no estuvieran tan mal como había creído.

Sonó el teléfono del escritorio. Era su secretaria.

—*Monsieur Yasfir* está al teléfono.

—¿De dónde habla?

—De Ginebra.

Apretó el botón y habló en árabe, de modo que, si alguien escuchaba, no pudiera entender.

—He recibido instrucciones de detener los embarques de Muñecas Árabes. ¿Tiene usted alguna idea de por qué ha sucedido esto?

La voz de Yasfir fue tranquila.

—No. ¿Le han dado algún motivo?

—La verdad, no. Lo único que dicen es que están investigando la compañía.

Yasfir guardó silencio.

—Tendré que cablegrafiar a Beirut —dijo Yusef.

—No —la voz de Yasfir era helada—. Tenemos embarques planeados dos veces por semana hasta Navidad. Es la temporada más importante del año para nosotros.

—No puedo evitarlo —explicó Yusef—. Si no hago lo que me ordenan, puedo perder mi empleo.

—Entonces está usted en un dilema, amigo. Si esos embarques no se hacen, mis socios perderán más de veinte millones de dólares. Y es algo que no va a gustarles.

—No puedo evitarlo —repitió Yusef—. Tampoco me gusta perder mi comisión. Pero tengo que conservar el empleo.

—Ese no es el asunto —dijo Yasfir—. La cuestión es quedar sin empleo y vivo..., o conservar el empleo..., muerto.

Bruscamente se cortó la comunicación. La telefonista francesa surgió en seguida.

—*Avez vous terminé, Monsieur?*

Yusef miró fijamente el teléfono por un momento.

—*Oui* —contestó con rapidez. Nuevamente sintió dolor en los intestinos, y el sudor llenó su frente. Puso la cabeza entre sus manos. Tenía que pensar. Tenía que encontrar la manera de que Baydr cambiara de idea.

El teléfono sonó de nuevo. Lo cogió. La voz de su secretaria era muy alegre y lo enfureció. Era extraordinario comprobar cómo los franceses consideran cualquier llamada de larga distancia que se obtenía como una victoria personal.

—*Monsieur* Vincent acaba de salir de Londres en dirección a París —dijo—. Lo esperan en el George V a la una.

—Déjele recado de que debo verlo a la hora de almorzar, es muy importante.

Dejó el teléfono y volvió a cogerlo casi en seguida.

—Traígame dos aspirinas —dijo—. Y comuníqueme con *Monsieur* Carriage en Ginebra.

Las aspirinas no sirvieron de mucho, y las líneas con Ginebra estaban ocupadas por el momento. Yusef miró su reloj. Eran más de las once. Generalmente, no bebía, pero hoy iba a hacer una excepción.

Se puso de pie y dejó la oficina.

—Vuelvo dentro de un momento —dijo a la secretaria.

Marguerite estaba intrigada.

—¿No se siente bien? —preguntó con voz preocupada.

—Estoy perfectamente —contestó. Salió al vestíbulo y se metió en el ascensor, que lentamente lo llevó a la planta baja. Salió del edificio y giró a la izquierda, hacia Fouquet.

Se encaminó al bar. El barman se acercó de inmediato.

—*Monsieur* Ziad, ¿qué desea usted tomar?

—¿Tiene algo para calmar un estómago nervioso?

El barman lo miró.

—Alka-Seltzer. Es muy eficaz.

—No. —Yusef fue brusco—. Algo más fuerte.

—Fernet Branca, *Monsieur* —dijo con rapidez el barman—. Es un remedio antiguo, pero sigue siendo el mejor.

—Lo tomaré. Que sea doble.

—¿Doble, *Monsieur*? —el barman lo miró extrañado.

—Sí. Y rápido... —Yusef estaba enojado. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado?

—*Oui, Monsieur*. —El barman se volvió y tomó una botella. Un momento después el licor marrón oscuro estaba en un vaso de forma antigua ante Yusef—. *Je*

pense que c'est trop, Monsieur —dijo—. *Va doucement.*

Yusef le miró con desprecio. Los franceses siempre insistían para que uno hiciera las cosas a la manera de ellos. Tomó el vaso y lo vació de un trago. Quedó paralizado cuando el horrible licor le quemó la garganta. Después se llevó las manos a la boca, se dio media vuelta y corrió escaleras arriba hacia el cuarto de baño.



Michael Vincent estaba tranquilo y relajado cuando abrió la puerta a Yusef. Sonrió y tendió la mano.

—Tengo buenas noticias —dijo con calor—. He terminado el primer borrador del argumento.

Yusef lo miró sin entusiasmo.

—Tenemos algunos problemas que debemos discutir, amigo mío.

Vincent se puso de inmediato en guardia. Sabía que la palabra «problemas» en el lenguaje del cine era una palabra fatal. Pero también sabía que no debía darse por aludido.

—No existen problemas que no puedan solucionarse.

Yusef miró al norteamericano. Por primera vez desde que lo conocía el hombre estaba totalmente sobrio. Siempre era más cómodo tratar con Vincent cuando estaba medio borracho.

—Me he tomado la libertad de hacer reservar abajo una mesa para el almuerzo —dijo.

Vincent sonrió.

—Excelente idea. Estoy muerto de hambre. No he desayunado.

—¿Qué desea usted beber? —preguntó cuando se sentaron a la mesa.

Vincent agitó la cabeza.

—No conviene beber con el estómago vacío.

Yusef se volvió hacia el *maître*.

—Veamos entonces el menú.

—Tenemos un excelente salmón ahumado, *Monsieur Ziad* —sugirió el *maître*.

A Yusef no le importaba lo que iba a comer.

—Me parece perfecto. —Miró al norteamericano—. ¿Qué opina?

—También me parece perfecto.

Yusef maldijo mentalmente. El hombre era demasiado amable. Había que esperar a que bebiera un poco.

—Una botella de Montrachet —dijo al *maître*. Tal vez un buen vino ayudara a plantear la cosa.

El *maître* se inclinó y se fue. Por un momento los dos guardaron silencio. Vincent fue el primero en hablar.

—Ha mencionado usted problemas...

—Sí —contestó Yusef con seriedad. Miró a Vincent y decidió ir directamente al

grano, por extraño que fuera esto para su verdadera naturaleza—. Esta mañana he recibido instrucciones de cancelar el proyecto.

No hubo expresión en la cara de Vincent. Después, un leve suspiro escapó de entre sus labios.

—Imaginé que podía ocurrir algo por el estilo. Todo era demasiado bonito para ser verdad.

—No parece estar muy sorprendido.

El director negó con la cabeza.

—No desde que leí en las noticias de Hollywood, hace unas semanas, que otra compañía va a filmar la vida del Profeta en Marruecos la próxima primavera.

Yusef sintió una inmediata sensación de alivio. Entonces aquel era el motivo del *télex*. No era porque Baydr sospechara de los arreglos que había hecho.

—Sí —dijo, con cara impasible.

—No esté tan deprimido —dijo Vincent—. Si hubiera estado en el negocio del cine tanto tiempo como yo, las habría visto peores.

—De todos modos —dijo Yusef—, nos queda un asunto ingrato que arreglar. Se me ha pedido que lleguemos a un acuerdo para cancelar su contrato.

Vincent estaba alerta.

—No hay nada que arreglar. El contrato es firme. Debo recibir un millón de dólares se haga o no se haga el film.

—No lo creo. Según tengo entendido, la mitad de esa suma había que pagarla durante la filmación. Si no iniciamos la filmación, el pago no podrá hacerse en esa forma. Además, el millón de dólares incluye doscientos mil para gastos inherentes a la producción si esta se detiene, tampoco tenemos que pagar esa suma.

—Interpreto el contrato de otra manera. Creo que puedo forzar el pago de toda la cantidad.

—¿Cómo? —preguntó secamente Yusef—. Si lee usted el contrato verá que las leyes del Gobierno del Líbano son las que rigen el acuerdo, y cualquier cuestión que surja deberá arreglarse ante los tribunales libaneses. ¿Cree que usted, un extranjero, tendrá posibilidad de ganar un juicio contra Al Fay? No sacará nada. La verdad es que ni siquiera encontrará un abogado que quiera pleitear contra nosotros.

Vincent guardó silencio. Aquella era la cláusula que no le había gustado en el contrato. Era también la única cláusula sobre la que los otros se habían mantenido firmes. Ahora sabía por qué.

Yusef se sentía ahora más seguro.

—Los amigos no tienen nada que hacer ante los tribunales —dijo—. Será mucho más agradable llegar a un acuerdo entre nosotros. El mundo es pequeño. Nunca se puede saber si no necesitaremos el uno del otro en el futuro.

—¿Qué sugiere usted?

—Usted ya ha recibido doscientos mil dólares. El pago de otros cien mil liquida nuestra obligación por el guión. Sugiero que nos detengamos en esta cifra.

Vincent guardó silencio.

—Y dejaré de lado mi comisión —dijo Yusef rápidamente—. Creo que eso es justo, ya que el proyecto no se lleva a cabo. De este modo el dinero será suyo.

—¿Y mis gastos? —preguntó el otro—. Se suponía que se me iban a pagar cien mil dólares mientras escribía el argumento.

Yusef pensó un momento. Lo que el norteamericano decía era verdad. Además, tenía el dinero para pagarle, de manera que no había problema. En lo que a Baydr se refería, el dinero ya había sido entregado. De todos modos, no pudo contener su natural avidez:

—Si pagamos los gastos, insistiré en cobrar mi comisión.

Vincent sacó mentalmente cuentas. Trescientos mil netos o cuatrocientos mil menos el veinte por ciento. La diferencia era solo de veinte mil dólares, pero era mejor que nada. Rio súbitamente.

—De acuerdo —dijo—, con una condición.

—¿Cuál? —preguntó Yusef con cautela.

—Que haga usted todos los esfuerzos posibles para meterme en el otro film.

Yusef sonrió, aliviado.

Llegó el camarero con el vino, abrió la botella con un ademán florido, y sirvió una gota para que Yusef lo probara.

—*Très bon* —dijo Yusef, haciendo un gesto al hombre para que llenara el vaso de Vincent.

Vincent alargó la mano.

—He cambiado de idea —dijo—. Tráigame un whisky doble, con hielo.

Alí Yasfir se dirigió al café situado frente al President Wilson Hotel, en Ginebra. Miró su reloj. Eran casi las seis, y el café estaba repleto de empleados de oficina que tomaban un trago antes de dejar la ciudad para dirigirse a sus hogares, en las afueras. Encontró una mesa tranquila en el fondo del restaurante contra la pared, pidió un café y se puso a esperar. Ella le había dicho que no creía poder salir antes de las seis. Abrió un ejemplar del *Paris Herald Tribune*.

El diario estaba lleno de historias acerca del pánico que había provocado en los Estados Unidos el embargo petrolero. En el primer momento el país se había quedado atónito. La gente no podía creer que realmente les estuviera pasando eso a ellos. Pero después se habían tranquilizado y habían empezado a maniobrar para acrecentar los suministros. Sonrió para sí mismo. En verdad, no iban a poder hacer mucho. Cuando llegara el invierno sentirían el pellizco. En la primavera, cuando comprendieran al fin, iban a necesitar cinco años para volver a desarrollar sus propias fuentes petrolíferas, que habían dejado olvidadas debido al precio tan bajo de las importaciones, y caerían de rodillas pidiendo misericordia.

Esto es, si los árabes eran capaces de mantener la unidad. Ya empezaban a notarse grietas en la armadura. Había rumores de que buques petroleros con destino a los Estados Unidos se deslizaban todavía por el golfo de Omán, no solo desde Irán sino también desde los Emiratos Árabes Unidos, Kuwait e incluso Arabia Saudita. No dudaba ni por un momento que los rumores eran verdaderos. Todos aquellos países estaban ligados a los Estados Unidos, no solo por el sentimiento sino por el frío y duro dinero. Las inversiones en la economía norteamericana eran tan grandes que no se atrevían a mantener el embargo por miedo de que se produjera el caos y la pérdida de todas sus inversiones. El hecho de que su interés personal se interpusiese en el camino para la completa libertad del mundo árabe no significaba nada para los escasos elegidos que dominaban esos países. Utilizaban la crisis para acrecentar su propio poderío y riqueza. Eran hombres como Al Fay —quizá el peor de todos—, hombres que deberían desaparecer para que los árabes asumieran el lugar que les correspondía bajo el sol. Lo que daban al movimiento era una mera miseria cuando se comparaba con sus propios beneficios.

El Profeta había dicho: «Esperad el día del Juicio.» Pero ellos estaban decididos a no esperar tanto. Ya se habían hecho planes para que el poder de esos hombres se volviera contra ellos mismos. Pronto empezaría la cosa y, con el tiempo, sentirían la ira de un pueblo traicionado.

Alí Yasfir estaba tomando la segunda taza de café cuando apareció la muchacha y se plantó ante él. Le señaló la silla que tenía enfrente, sin hablar.

Se sentó, y apareció el camarero.

—Coca-Cola con limón —dijo ella. Cuando el mozo se fue, lo miró—. Lamento haberme demorado, pero me fue difícil salir con tan poca anticipación.

—No te habría molestado si no fuera importante.

—Comprendo. —Llegó el camarero con la bebida, y volvió a irse—. ¿Qué pasa? —preguntó.

—Muchas cosas —dijo Yasfir pesadamente—. La peor es que el embargo está en peligro de ser desbordado.

Ella bebió sin hablar, con los ojos fijos en la cara de él.

—Los americanos están ejerciendo mucha presión sobre hombres como tu padre. Amenazan con confiscar sus inversiones en Estados Unidos.

—No he visto nada de eso. Y estoy en la oficina todos los días. Leo casi todos los papeles que llegan.

—No son tan tontos. Hay cosas que jamás serán confiadas al papel. Pero las amenazas siguen. Y tu padre responde a ellas.

—¿Cómo? Mi padre no tiene nada que ver con la distribución del petróleo.

—Pero su influencia en el consejo es grande. Tarde o temprano lo escucharán, y a otros como él.

Ella encendió un cigarrillo y aspiró profundamente.

—Las cosas nunca son como parecen, ¿verdad?

Yasfir asintió.

—Tendremos que actuar antes de lo que habíamos pensado.

Dejó que el humo escapara lentamente de su boca.

—¿No has cambiado de idea? —preguntó rápidamente—. ¿Sigues teniendo las mismas creencias?

—No he cambiado de ideas. ¿Cómo puedes suponerlo? Todavía recuerdo la atrocidad perpetrada contra nosotros por los aviones israelíes. Todavía veo los cadáveres, y las caras de mis amigas muertas. He visto la crueldad no provocada de los israelíes. No cambiaré hasta que todos estén muertos.

Se sintió levemente aliviado.

—Temía que tu amante norteamericano te hubiera hecho cambiar.

Ella sostuvo su mirada.

—No es mi amante —dijo con frialdad—. Lo utilizo para tener acceso a los asuntos de mi padre y enterarme de lo que pasa.

—Entonces estarás enterada de la orden para detener los embarques de Muñecas Árabes.

—Sí.

—¿Y sabes por qué?

—No estoy segura, pero creo que sospechan que Ziad ha estado escamoteando dinero. Investigan ahora para saber si eso es verdad.

—Es muy importante para nosotros que continúen esos embarques. Es nuestra fuente principal de dólares norteamericanos. ¿Crees tener bastante influencia sobre tu

amigo norteamericano como para hacer rescindir esas órdenes?

—No sé —dijo, vacilante—. Ha recibido instrucciones de mi padre para detener esos embarques. —Lo miró—. ¿Y si hablara directamente con mi padre?

—No, tu padre no sabe nada de los embarques. Si lo supiera, seguramente los detendría. Cuando se lo propusimos, se negó.

—Entonces no sé qué puedo hacer.

—Tal vez puedas convencer al norteamericano para que diga a tu padre que no hay problemas con los embarques, que Ziad no los usa para escamotear dinero.

—¿Es verdad?

—Claro que no —dijo arriesgándose—. No seas tan ingenua. ¿Cómo crees que se puede lograr que un cerdo como él colabore si no es sobornándolo? Podrías decir a tu amigo que te has enterado de que Muñecas Árabes es propiedad de unos amigos tuyos, y que no te gustaría que tuvieran dificultades.

—¿Y supones que creerá eso?

—¿Quién puede decirlo? Tú debes saber mejor que nadie si tienes poder sobre él. Una débil sonrisa asomó a los labios de Leila.

—Tal vez lo haga. Hemos estado juntos lo menos cuatro veces diarias mientras mi padre estaba en Gstaad. Está como loco. No me deja en paz ni un momento.

—Si eso es cierto, no creo que tengas dificultades.

—¿Y si se niega?

—Puedes amenazarlo con contarle a tu padre la aventura que ha tenido contigo. —Vio la expresión sobresaltada de la cara de ella, y añadió con rapidez—: Pero solo como último recurso. Por ahora basta con que se lo pidas. Nos reuniremos a la misma hora mañana por la noche, y me dirás cuál ha sido su respuesta.

—¿Algo más?

—Por ahora no.

—¿Cuanto tiempo debo seguir aquí? —preguntó Leila—. No he pasado todo ese tiempo en un campo de entrenamiento para ser una secretaria. ¿Cuándo tendré ocasión de hacer algo real?

—Estás haciendo algo muy importante para nosotros en este mismo momento. Pero tal vez lo otro va a llegar antes de lo que esperas.



Carriage miró el reloj cuando el mensajero especial de la oficina del cónsul partió. Las siete. Abrió el cajón del escritorio y sacó la llave gemela que abría la maleta. Tenía que ser algo muy importante para haber sido enviado por valija diplomática sellada en el último avión que había salido aquel día de Beirut.

Dentro había una sola carpeta con una hoja de papel. Escrito a máquina en la carpeta, en letras rojas mayúsculas, estaban las palabras: INFORME CONFIDENCIAL. MUÑECAS ÁRABES.

Abrió la carpeta y empezó a leer rápidamente. El contenido era breve y directo.

Muñecas Árabes era una tapadera del sindicato de drogas. Entre sus dueños conocidos figuraba un mafioso norteamericano, un corso conocido como operador de refinerías de heroína y dos libaneses, uno de ellos un hombre que tenía amplios contactos entre los cultivadores de amapolas en el Líbano y en Turquía y el otro un banquero que representaba a varios grupos *fedayines* en muchas transacciones financieras.

Ahora la bonificación pagada por los embarques empezaba a tener sentido. Habían encontrado un embarcador para llevar las drogas a los Estados Unidos porque MEDIA no solo proporcionaba el carguero, sino que, como tenían licencia en la Aduana de Estados Unidos, podían retirar los cargamentos y entregarlos directamente en Nueva York. Aunque el consignatario de Nueva York era un conocido importador norteamericano de juguetes al por mayor, no dudaba que se habían hecho arreglos adecuados para pasar de contrabando los embarques a los Estados Unidos.

Carriage tomó el teléfono y pidió que le comunicaran con el funcionario encargado de MEDIA en la oficina de embarques de Beirut. Había otra cosa que quería averiguar.

El funcionario contestó tartamudeando ante el honor de recibir una llamada personal del secretario ejecutivo del señor Al Fay. Era la primera vez que hablaba con alguien más alto que Yusef en la jerarquía. Se mostró dispuesto a colaborar.

No, personalmente él no sabía nada de Muñecas Árabes, solo que los dueños eran muy corteses, y que pagaban rápidamente las facturas. Hubiera deseado que todos sus clientes fueran igualmente puntuales, pero ya sabe usted cómo son...

Dick simpatizó con él, dijo que el señor Al Fay estaba enterado de los problemas, y que los comprendía. Después preguntó cómo habían abierto la cuenta..., cuál de sus agentes la había solicitado.

El funcionario se deshizo en disculpas. Desgraciadamente, ninguno de sus hombres había estado lo suficientemente alerta como para abrir la cuenta. Tenía que concederle el mérito de esto al señor Ziad, que había realizado todos los acuerdos en París. Lo único que ellos hacían era supervisar los embarques. Y se ocupaban especialmente de que el cliente tuviera el mejor servicio. Buenas cuentas, como aquellas, no eran fáciles de encontrar.

Dick le dio las gracias y colgó el teléfono. Se preguntó hasta qué punto Yusef estaba enterado del contenido de los embarques. Era duro para él creer que Yusef procediera en contra de la política de Baydr. Desde el incidente con Alí Yasfir el verano pasado en Cannes, estaba bien enterado de que Baydr había rehusado hacer de tapadera para las actividades ilegales de los *fedayines*, por dignas que ellos afirmaran que eran sus motivaciones.

Pero el trato solo podía haberse hecho de una manera. Alguien tenía que haberse puesto en contacto con Yusef. Se preguntó si Yusef conocería a Alí Yasfir. Procuró recordar si los había visto juntos en Cannes, pero lo único que pudo recordar es que había pedido a Yusef que transmitiera a Yasfir la invitación de Baydr para la fiesta en

el yate.

Acababa de guardar la carpeta en la caja fuerte cuando regresó Leila. La miró, sin dejar de pensar que debía telefonar inmediatamente a Baydr por la mañana.

—¿Qué pasa? —preguntó Leila, rápida—. Pareces preocupado.

—Creo que tengo demasiadas cosas en la cabeza. —Forzó una sonrisa—. ¿Cómo estaban tus amigas?

Leila le devolvió la sonrisa.

—Son unas chicas tontas. No estaban mal en el colegio, pero me parece que las he superado. Solo saben hablar de muchachos.

Dick rio.

—Me parece normal.

—Pero es en lo único que piensan.

—¿Y tú en qué piensas?

Ella se acercó al escritorio y se inclinó hacia él, de manera que su cara casi lo rozó.

—En joder contigo —dijo.

Baydr sonó muy alegre en el teléfono.

—Buenos días, Dick.

—Buenos días, jefe. ¿Cómo andan por ahí las cosas?

—Es un lugar hermoso. Y los chicos lo adoran. Tendría que verlos esquiar. Es como si siempre lo hubieran hecho...

—Bueno —dijo Dick—, quería hablar con usted de unos asuntos. ¿Está conectado el desmodulador?

—No —dijo Baydr—. Llámeme dentro de diez minutos por la otra línea, lo habré hecho conectar entonces.

Dick dejó el teléfono y se ocupó de que su propio desmodulador estuviera conectado. Apretó el botón y se encendió la luz roja. Estaba en marcha. Lo apagó. El desmodulador había sido fabricado especialmente para ellos, de manera que cualquiera que accidentalmente pudiera oír la comunicación no escuchara más que una serie de ruidos ininteligibles.

Recordó la noche anterior. El asunto de Muñecas Árabes se volvía más raro a cada momento. Ahora había una nueva ramificación. Cautelosamente, Leila había mostrado un inesperado interés en el asunto.

Había presentado las cosas en forma oblicua, de una manera realmente árabe. Estaban echados desnudos en su cama, fumando marihuana, después de hacer el amor. Él sentía que se adormecía y que flotaba.

—Me pregunto si podremos seguir viéndonos así cuando vuelva mi padre —había dicho Leila.

—Encontraremos alguna forma.

—No tendrás tiempo. Cuando él está aquí nunca tienes un momento libre.

No contestó.

—A veces creo que eres todavía más esclavo que Jabir.

—No es tan grave como parece.

—Es bastante grave —dijo ella, y sus ojos parecieron llenarse de lágrimas.

—Vamos, no te pongas así —había dicho él, abrazándola.

Ella había apoyado la cabeza en su pecho.

—Perdona —murmuró—. Estoy empezando a acostumbrarme a ti, empezando a descubrir hasta qué punto eres maravilloso.

—Tú eres bastante maravillosa.

—Tengo que hacerte una confesión.

—No quiero confesiones.

Pero Leila prosiguió:

—Eres el primer hombre de verdad con quien he estado. Los demás eran unos

chicos. Nunca he sentido con ninguno de ellos lo que siento contigo.

Él no contestó.

—¿A ti te pasa lo mismo? ¿Sientes con tu mujer lo mismo que has sentido conmigo?

Pensó en su mujer y en sus hijos, que estaban a diez mil kilómetros de distancia, y sintió remordimientos.

—Lo que dices no es justo —replicó.

—Perdón, soy una estúpida. No volveré a preguntarte. —Le cogió el cigarrillo de los dedos—. Dame una chupada.

La contempló cuando aspiraba la dulce fragancia. Después de unas chupadas volvió a tenderle el cigarrillo. Él lo tomó y lo dejó en el cenicero. Luego la tendió de espaldas y se montó sobre ella.

Ella gimió suavemente, sus manos sujetando el rostro de él fuertemente apretado contra ella.

—¡Por la vida de Alá, cómo te quiero! —Alzó el rostro de él para poder contemplarlo—. ¿Sabes que eres el primer hombre que ha practicado el sexo oral conmigo?

Él agitó negativamente la cabeza.

—Ninguno de los muchachos con los que fui lo hizo nunca. Pero todos eran árabes —dijo—. Los chicos árabes son unos pésimos amantes. En lo único que piensan es en su propio placer. Dime, ¿todos los americanos hacen eso?

—La verdad es que no lo sé.

—¿Quieres que te la chupe un poco?

Él asintió.

—Entonces, déjame —dijo ella, poniéndose sobre él. Cogió su falo erecto con sus dos manos y cubrió el glande con sus labios. Tras un momento, alzó la cabeza y lo miró—. Tienes un hermoso aparato, ¿lo sabías? Grueso y encantador. Es muy americano.

Él soltó una carcajada.

—No te rías, lo digo de veras —dijo ella seriamente—. Todos los chicos árabes que he conocido lo tenían con un largo pellejo.

Él no le dijo que probablemente se debiera a que no habían terminado su desarrollo.

—¿Solo has conocido a muchachos árabes? —preguntó.

—No, una vez estuve con un chico francés. Pero estaba oscuro y fue tan rápido que realmente no tuve oportunidad de vérselo. —Lo miró—. ¿Sabes?, voy a echarlo de menos.

Después, inesperadamente, se rio.

—Se me acaba de ocurrir una locura. He visto en una revista un anuncio de muñecas que se inflan, de tamaño natural. ¿Qué te parece si mandara hacer un muñeco que fuera como tú? De ese modo te podría tener en mi cuarto y, cuando no

puedas estar allí personalmente, yo lo soplaría y tú aparecerías.

—Es una locura —dijo él, riendo.

—Estoy segura de que mi amigo en Muñecas Árabes puede fabricarme uno —dijo Leila.

La campana de alarma sonó en la cabeza de él, fuerte y clara.

—No creo que se ocupen de esas cosas —dijo.

—Tal vez lo hagan por mí. El padre de Essam Mafrad es dueño de la compañía, y es muy amigo del padre de mi madre.

Mafrad era el banquero libanés que representaba al Al-Ijwah, y era muy posible que el abuelo de ella lo conociera. La comunidad libanesa de banqueros era muy estrecha. Pero descartó la idea de una mera coincidencia cuando hizo la siguiente pregunta.

Sentándose en la cama, como si acabara de ocurrírsele la idea, Leila preguntó:

—¿No es esa la compañía de cuyos embarques no quiere ocuparse mi padre?

Dick asintió.

—Papá no debería hacer eso. Son muy buenos amigos. Van a sentirlo mucho.

—Entonces díselo a tu padre. Estoy seguro de que, si se entera de eso, reconsiderará su decisión.

—No puedo hacerlo. Ya conoces a mi padre. No le gusta que nadie le diga lo que debe hacer.

Dick guardó silencio.

—Tú podrías hacer algo. Podrías aprobar los embarques.

—¿Y tu padre? Si lo descubriera me daría una patada.

—No tiene por qué saberlo. No le muestres los informes. Tiene tantas cosas en la cabeza que nunca se le va a ocurrir.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? En realidad le harás un favor. Nuestras familias han sido amigas durante años, y le ahorrarás muchas molestias.

—A mí no me corresponde. No tengo suficiente autoridad.

—Entonces hazlo por mí. Y, si mi padre lo descubre, puedes decirle que yo te pedí que lo hicieras. Solo deseo que no haya problemas entre las dos familias.

—Lo siento —dijo él con firmeza.

Súbitamente, Leila se enojó. Se levantó de la cama y se plantó ante él.

—¡Te estás portando como si yo fuera una muchacha idiota! —gritó, furiosa—. ¡Sirvo para hacer el amor, pero en cuanto se trata de otra cosa, ya no existo!

—Eh, un momento —había dicho Dick, en tono conciliador—. No pienso nada de eso. Respeto mucho tus opiniones. No me cabe duda que tienes razón, pero me estás pidiendo que haga algo que no tengo autoridad para hacer. Te propongo otra cosa. Mañana le diré a tu padre lo que me has dicho, y estoy seguro de que aprobará los embarques.

—¡No necesito favores tuyos! —exclamó Leila—. No quiero que le digas nada a

él. ¿Entiendes? Nada.

—No lo haré entonces, si eso es lo que deseas.

—Eso es lo que deseo. Si hay alguna cosa que decirle, se la diré yo.

—Bueno, bueno —dijo Dick.

Leila había recogido su vestido, que estaba en una silla, y se había dirigido a la puerta; después, se había vuelto hacia él.

—Todos tienen miedo a mi padre, pero yo no le temo. ¡Y algún día todos se enterarán!

Por largo rato Dick había permanecido en la cama, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Tenía que tratarse de algo más que de una coincidencia. Aunque las familias de Riad y Mafrad fueran buenas amigas, todo el asunto surgiendo de Leila en aquel preciso momento era demasiado turbio.

Se preguntó si diría algo de su conversación a Baydr, pero decidió no hacerlo. Solo serviría para revelar la relación que tenía con Leila, y aquello significaría perder el empleo. Por liberal que fuera Baydr hacia muchas cosas, era, de todos modos, el padre de la muchacha. Tal vez por la mañana Leila se calmaría. Entretanto, se decidió a hacer una cosa.

Pese a la hora tardía, buscó el teléfono privado sobre la mesilla de noche y apretó el botón que cortaba las conexiones, de manera que nadie, en la casa, pudiera escucharlo desde otro aparato. Marcó el número de un detective privado que la compañía había utilizado algunas veces.

Cuando colgó el teléfono, tras hablar con el hombre, se sintió mejor. De ahora en adelante, cuando Leila dejara la casa, iba a ser seguida. Para el fin de semana tendría una idea clara de la gente a la que veía y de todos los amigos que tenía en Ginebra. Quizá cuando reuniera todos los elementos entendería el sentido de las acciones de la muchacha.



Había ido a la oficina a eso de las ocho, cuando nadie había llegado aún, y cuando sabía que podía encontrar a Baydr a la hora del desayuno. Ahora ya casi era hora de volver a llamarlo. Sin duda ya había conectado el desmodulador. Marcó el número.

Baydr contestó.

—¿Dick?

—Sí.

—Conecte su desmodulador.

Oyó el zumbido en la línea, y apretó el botón del desmodulador. Bruscamente, el zumbido desapareció.

—¿Está bien ahora?

—Perfecto —dijo Baydr—. ¿De qué se trata?

—Muñecas Árabes. —Fue breve—. Son una tapadera. Creo que les hemos servido para pasar drogas... —Rápidamente, contó todo lo que sabía.

Baydr guardó un momento de silencio.

—¿Cómo nos hemos metido en esto? —preguntó—. ¿El acuerdo se hizo en Beirut?

—No, en París. Me han informado que Yusef en persona hizo el contrato.

—Eso me temía. He oído que se ha estado viendo con Alí Yasfir. Pero no sospechaba que Yusef tuviera coraje para hacer una cosa así por su cuenta. Deben haberle ofrecido mucho dinero.

Carriage se quedó sorprendido.

—¿Estaba usted enterado de los contactos entre ellos?

—Sí, pero creí que era la manera que tenía Yasfir para mantenerse cerca. Parece que estaba equivocado. Siempre he tolerado esos pequeños negocios a escondidas. Son más o menos la costumbre. Pero esto es otra cosa.

—¿Qué vamos a hacer con este asunto?

—No podemos hacer mucho. No podemos destapar la cosa porque puede convertirse en una caja de Pandora para nosotros. Una palabra, y perderemos nuestros privilegios aduaneros en Estados Unidos, además de otras franquicias de embarque. Tenemos que arreglar la cosa internamente. Lo primero es traer aquí a Yusef. Debemos averiguar hasta qué punto está metido en el asunto.

—¿Vendrá usted aquí para verse con él? —preguntó Dick.

—No, Ginebra está llena de ojos curiosos. Es mejor que le diga que venga a Gstaad a verme.

—Bien. ¿Quiere que vaya yo también?

—Creo que es mejor que usted se quede ahí. Cuanta menos gente se vea con él, tanto mejor.

Otro pensamiento cruzó la mente de Dick.

—He oído comentar que las familias de Riad y Mafrad son muy amigas. ¿Cree usted posible que su ex suegro tenga algo que ver con ellos?

—Imposible —la reacción de Baydr fue convincente—. Riad es un conservador de estilo antiguo. No se acercaría a un filibustero como Mafrad aunque estuviera revestido de oro.

—Se me ocurrió que usted debía saberlo —dijo Dick. Nuevamente pensó en Leila. Tenía ya las palabras en los labios cuando lo reconsideró. No diría nada hasta el fin de semana, cuando tuviera más datos. Después de dejar el teléfono, quedó unos momentos sumido en sus pensamientos. Si no había conexión entre las familias, ¿por qué era tan importante para Leila insistir en que la había? Nada de aquello tenía sentido, al menos por ahora.

Se abrió la puerta y entró su secretaria. Se detuvo sorprendida.

—Señor Carriage —dijo en su inglés con acento suizo—. ¡Ha llegado usted muy temprano!

—Sí. Tenía que hacer unas llamadas importantes.

—¿Quiere que le prepare café?

—Por favor. Y traiga su cuaderno. Quiero mandar un *télex* a Ziad en París.

Cuando volvió con el bloc de notas él había cambiado de idea y decidió que, en lugar de *télex*, iba a hacer una llamada. Podía parecer más casual para transmitir la convocatoria de Baydr una llamada telefónica que un frío *télex*. Bebía su café cuando Yusef contestó al teléfono.

—El jefe me ha pedido que lo llame y le diga que vaya a verlo a Gstaad, si está usted libre.

Una nota de preocupación surgió en la voz de Yusef.

—¿Algo especial?

Dick rio.

—No lo creo. Entre nosotros, le diré que se aburre un poco jugando al padre de familia. Tal vez busca una excusa para salir de Gstaad.

Dick captó el alivio del otro.

—Pues tengo la excusa. Vincent ha accedido a romper el contrato sin que tengamos que pagarle más de lo que ya le hemos pagado. Puedo decir que el jefe debe venir para firmar los papeles.

—Eso le gustará —dijo Dick.

Sintiendo que se había establecido la confianza, Yusef puso una nota de camaradería en la voz.

—¿Qué interés tiene el jefe en Muñecas Árabes?

Dick conservó su voz al mismo nivel.

—Realmente, no lo sé. No me lo ha dicho. Pero usted lo conoce tan bien como yo. Se interesa en cualquier negocio donde huela dinero. Tal vez quiera entrar en ese.

—Por lo que he oído, es una pequeña operación. No creo que sea bastante importante para él.

—Si la cosa se presenta cuando usted esté en Gstaad —dijo Dick, siempre con tono casual—, podría decírselo.

—Es una buena idea. —Dick casi pudo oír las ruedas que giraban en la cabeza del hombre—. Tengo algunas cosas que arreglar aquí. Dígale al jefe que llegaré esta noche, en cualquier momento.

—Se lo diré —dijo Dick, y colgó el teléfono.

La secretaria entró en la oficina con otra cafetera.

—La señorita Al Fay espera fuera —dijo, colocando la bandeja sobre el escritorio—. Pregunta si puede recibirla usted esta mañana.

—Díglele que pase —dijo Dick. «Leila debía tener algo en mente», pensó mientras se servía el café. Generalmente, nunca iba a la oficina por la mañana.

Lo cierto es que aquella mañana le pareció como nunca una muchachita muy joven. Se plantó vacilante ante el escritorio de él.

—Espero no molestar —dijo con una débil vocecita—. No te entretendré demasiado.

—No es nada. ¿Quieres café?

—No, gracias. He venido a decirte que lamento lo que pasó anoche.

—Olvidalo. Yo ya lo he olvidado.

—No, hablo en serio —dijo ella con insistencia—. Me porté como una niña mimada. No tengo derecho a pedirte cosas como esa. No quiero que esto haga cambiar nada entre nosotros.

—Nada ha cambiado.

—¿De verdad?

—De verdad —contestó.

Vio la expresión de alivio en la cara de ella, y el extraño fulgor de triunfo oculto en sus ojos.

—¿Puedo ir esta noche a tu cuarto? —preguntó, siempre con una débil vocecita.

—Me sentiría muy desdichado si no vinieras.

—He prometido a unos amigos cenar con ellos esta noche. Los dejaré lo antes posible para volver a casa.

—Te esperaré.

Dio la vuelta al escritorio, le cogió la mano y la llevó a su seno.

—No sé si podré esperar hasta esta noche... —dijo.

Sonó el teléfono. Él retiró la mano y la tendió hacia el aparato.

—Mucho me temo, señorita —dijo con burlona severidad— que ambos tengamos que esperar... —tomó el teléfono—. Un momento —dijo. Cubrió el teléfono con la mano y la miró—. Como ves, tengo bastante trabajo.

Ella le besó rápidamente en los labios y se dirigió a la puerta. A mitad de camino se detuvo, como si se le hubiera ocurrido una idea.

—A propósito, no irás a decirle nada a mi padre, ¿verdad?

—No —contestó Dick, mientras su mano seguía cubriendo el aparato.

—Bien —ella le tiró un beso—. Hasta la noche.

Conservó la sonrisa en los labios hasta que la puerta se cerró tras ella, pero una expresión preocupada apareció en su cara cuando retiró la mano del aparato.

En lo profundo de la médula de sus huesos sabía que algo andaba mal. Muy mal.

Baydr descolgó el teléfono. La voz de Yusef era alegre.

—Estoy en un hotel en la ciudad y he traído de París algo muy especial —dijo—. ¿Quiere usted venir a cenar conmigo?

—No es posible.

—Jefe, usted me conoce. Cuando digo que es algo especial, es algo especial. Tiene un cuerpo increíble y está loca, totalmente loca. No hay nada que a usted pueda ocurrírsele que a ella no le encante hacer.

—Póngala en hielo. Será para otra vez. Esta noche tenemos gente a cenar.

—Entonces, por la mañana.

—Tampoco podré. Tengo algunas citas aquí en casa mañana por la mañana.

—Entonces, ¿cuándo podrá verme? —preguntó Yusef—. ¿Mañana a la hora de almorzar?

—Tengo todo el día ocupado. Tiene que ser esta noche.

—¿Esta noche? —una nota de preocupación apareció en la voz de Yusef.

—Sí. Los invitados a la cena se habrán ido a eso de la medianoche. Podría usted venir a las doce y media.

—¿Seguro que no quiere usted venir acá? —sugirió Yusef—. La chica va a quedar muy desilusionada. Le he dicho que es usted un gran tipo.

—Cómprele algún regalito en la joyería del hotel, dáselo con mis saludos, y dígle que lo lamento tanto como ella.

—Bien, jefe. Le veré esta noche, entonces. ¿A las doce y media?

—Bien —dijo Baydr, y colgó el teléfono. Estaba todavía sentado en la semioscuridad de la biblioteca cuando entró Jordana en la habitación.

—Los chicos van a acostarse —dijo—. Preguntan si quieres subir a darles las buenas noches.

—Naturalmente —dijo él, poniéndose de pie. Pasaba junto a ella cuando Jordana le detuvo poniéndole la mano en el brazo.

—¿Pasa algo? —preguntó, mirándole a la cara.

—¿Por qué lo preguntas?

—Pareces inquieto. ¿Con quién hablabas?

—Con Yusef. Vendrá a verme después que se hayan ido los invitados.

—Ah.

—Vendrá solo. Tenemos asuntos importantes que discutir.

Jordana guardó silencio.

—Tú no simpatizas con él, ¿verdad? —dijo Baydr.

—Nunca me ha gustado —contestó ella—, y tú lo sabes. Es como muchos de los hombres que andan a tu alrededor. Se reúnen como cuervos, esperando apoderarse de

los restos. Al mismo tiempo te adulan como si fueras una especie de Dios. Hay otro a quien he visto dos veces, una vez en el barco y otra en California, cuando tú ya te habías ido. Alí Yasfir. También es uno de ellos.

—No sabía que Yasfir había estado en California —dijo Baydr.

—Estuvo. Se cruzó conmigo cuando salía del Polo Lounge. Iba a encontrarse con Yusef. No me atreví a darles la espalda.

La miró fijamente. Era curioso que ella los relacionara. Era más despierta de lo que había pensado.

—Es mejor que subas —dijo Jordana—. Los chicos esperan, y no tenemos tiempo para vestarnos antes que lleguen los invitados.

—Bien.

—Baydr...

Se volvió otra vez.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Nunca he visto a los chicos tan felices. ¿Sabes que has estado más tiempo con ellos en estas dos semanas que en los últimos tres años? Les gusta estar junto a su padre. A mí también me gusta.

—Y también a mí.

—Ojalá podamos repetirlo con frecuencia. —Le puso la mano en el hombro—. Hace mucho tiempo que las cosas no eran así.

Él no se movió.

—¿Crees que podremos conseguirlo? —preguntó ella.

—Veremos. ¡Siempre hay tanto que hacer!

La mano de Jordana cayó, soltándole el brazo. Su cara fue cuidadosamente inexpresiva.

—Es mejor que nos demos prisa —dijo, apartándose de él—. Tengo que hacer los últimos preparativos para la cena.

La vio cruzar el cuarto en dirección a la puerta que llevaba al gran salón. Solo cuando hubo partido se dirigió al vestíbulo y subió la escalera en dirección al cuarto de los chicos.

Estaban sentados en las camas, esperándolo. Baydr habló en árabe.

—¿Os habéis divertido hoy?

Contestaron en el mismo idioma, casi en coro:

—Sí, padre.

—Jordana me dijo que queríais verme.

Los chicos se miraron entre sí.

—Pídele tú —dijo Mohammed.

—No —contestó Samir—, pídeselo tú. Eres el mayor.

Baydr rio.

—Uno de los dos debe decidirse, porque tengo que ir a vestirme.

—Pídele —insistió Samir a su hermano.

Mohammed miró a su padre. Sus ojos estaban muy abiertos y graves.

—Nos gusta estar aquí, papá.

—Me alegro.

Mohammed miró a su hermano menor pidiendo apoyo.

—A mí también me gusta —dijo Samir con su tenue vocecita. Miró hacia la cama en donde estaba su hermano—. Ahora puedes pedirle.

Mohammed dio un gran suspiro.

—Queríamos vivir aquí, papá. Contigo.

—¿Y no volver a Beirut?

—Aquello no nos gusta, papá —dijo Mohammed rápidamente—. No hay nada que hacer allí. No hay nieve ni nada.

—¿Y el colegio?

—Nuestro árabe ha mejorado mucho, papá —dijo Samir con rapidez—. ¿No podrías...? Nosotros pensábamos... —su voz se apagó. Miró ansioso a Mohammed.

—Queremos decir —dijo Mohammed, continuando la frase— si no sería posible trasladar aquí el colegio para nosotros. De ese modo podríamos tener la nieve, y seguir yendo al colegio.

Baydr rio.

—No es tan fácil.

—¿Por qué? —preguntó Samir.

—No se puede coger todo un colegio y trasladarlo. ¿Qué iban a hacer los otros alumnos? No tendrían escuela adonde ir.

—Podríamos traerlos —dijo Mohammed—. Apostaría a que también les gustaría más aquí.

—La *nanny* dice que tú puedes hacer todo lo que quieras —dijo Samir.

Baydr sonrió.

—Bueno, está equivocada. Hay algunas cosas que ni siquiera yo puedo hacer. Y esta es una de ellas. Vio la expresión de desilusión en los rostros.

—Pero pienso hacer otra cosa —añadió Baydr.

—¿Cuál? —preguntó Mohammed.

—Habrá otras vacaciones en el colegio dentro de dos meses —dijo—. Y las pasaréis aquí.

—Pero ya no habrá nieve —dijo Samir.

—Todavía quedará alguna. Te lo prometo. —Se arrodilló y los besó, uno tras otro—. Ahora, a dormir. Hablaré con el profesor de esquí. Tal vez nos deje probar mañana la vertiente Norte.

—¿Donde van a esquiar los chicos mayores? —preguntó Mohammed, excitado.

—Sí, pero tendréis que prometerme ser muy cuidadosos.

—Lo haremos, papá —dijeron los dos a la vez.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches, papá —contestaron ellos.

Se dirigió a la puerta.

—Papá... —llamó Mohammed.

—Sí...

—Olvidábamos darte las gracias. Gracias, papá.

Permaneció muy quieto un momento.

—Que Alá os proteja, hijos míos. Que durmáis bien.

Jordana esperaba en el vestíbulo cuando él dejó el dormitorio de los chicos.

—¿Duermen?

Sonrió.

—Acabo de arroparlos. ¿Sabes lo que querían pedirme?

—No. No quisieron decírmelo, aunque aseguraron que era importante.

Caminó por el corredor en dirección a las habitaciones de ambos. Jordana caminó a su lado.

—Dicen que quieren vivir aquí. No quieren volver a Beirut.

Jordana no habló.

—Incluso querían que trasladara aquí el colegio con todos los alumnos... —rio—. Nunca puede saberse qué ideas locas se les ocurren a los chicos...

—No es una idea tan loca —dijo Jordana—. No cuando se comprende lo que en verdad están pidiendo.

—¿Y qué es eso?

Los ojos de Jordana se encararon con los de él.

—Te quieren —dijo—. Eres su padre, y nada puede reemplazarte. Quieren vivir contigo.

—¿No les has explicado nunca que, tengo mucho que hacer? Seguramente pueden llegar a entender eso.

—No es tan fácil como crees —contestó Jordana—. ¿Cómo explicar a un niño que el sol que está en el cielo y que es fuente de toda vida es algo que no puede tenerse todos los días?

Pese al frío, la cara de Yusef estaba cubierta por una leve niebla de sudor mientras subía con la pesada maleta los escalones de la villa. Jabir abrió la puerta.

—*Ahlan* —dijo.

—*Ahlan biik* —replicó Yusef, atravesando el umbral y dejando la maleta. Se irguió—. ¿Quieres cuidar de esto hasta que me vaya? —preguntó.

—Será un placer, señor —replicó Jabir—. El patrón lo espera en la biblioteca. Sígame, por favor.

Yusef se quitó el abrigo y se lo dio a Jabir, después lo siguió por el amplio vestíbulo de entrada hasta unas grandes puertas de madera. Jabir golpeó con discreción.

—Adelante —dijo Baydr.

Jabir abrió la puerta, la sostuvo para que pasara Yusef, después la cerró suavemente. Yusef miró alrededor en la biblioteca. Era una amplia habitación de estilo antiguo, con estanterías de libros que iban desde el suelo hasta el techo. Baydr estaba sentado tras un escritorio, dando la espalda a unos amplios ventanales que llevaban al jardín. Una lámpara con una hermosa pantalla que estaba sobre el escritorio de Baydr lanzaba la única luz que había en el cuarto, y dejaba su cara en sombras. No se levantó cuando Yusef avanzó hacia él.

—La villa es hermosa —dijo Yusef—. Aunque no esperaba menos.

—Es cómoda.

—Debía haberme prevenido usted que el camino era malo —dijo Yusef, sonriendo—. Estaba cubierto en parte por el hielo. Especialmente en las curvas, cerca del borde de la montaña.

—No lo recordé —dijo Baydr, cortésmente—. Había olvidado que a veces el camino se hiela durante la noche. Debí haber mandado un chófer a buscarlo.

—No importa. He llegado bien. —Sé dejó caer en el sillón del otro lado del escritorio—. Lástima que no haya podido ir usted al hotel esta noche. La chica se ha quedado muy desilusionada.

—¿El regalo no ayudó a calmar el dolor?

—Le compré un Piaget de oro. Ayudó algo.

Baydr lo miró. Yusef no tenía mucha imaginación. Pero ¿qué había en Suiza para regalar a la muchacha aparte de un reloj? Vio el brillo del sudor en la cara de Yusef.

—¿Quiere un café? ¿O alguna bebida fría? ¿Champán, quizá?

—¿No hay nada más que eso? —bromeó Yusef, quizá demasiado rápidamente.

Baydr sacudió la cuerda de la campanilla que tenía detrás. Jabir abrió la puerta.

—Una botella de champán para el señor Ziad.

—¿Le ha hablado Dick del acuerdo que he hecho con Michael Vincent? —

preguntó Yusef, cuando Jabir salió a buscar el vino.

—Sí. ¿Cómo lo convenció tan fácilmente?

—No fue tan fácil. Pero finalmente le hice comprender que sería malo para él llevarnos ante los tribunales. Que podíamos tenerle atado durante años y que, finalmente, la cosa iba a costarle todo lo que había recibido. Después le prometí que íbamos a intentar meterle en la otra película y que, si había algo en el futuro, seguramente recurriríamos a él.

—Muy bien manejado —dijo Baydr.

Jabir regresó con una botella de Dom Pérignon en un cubo para champán lleno de hielo y dos copas en una bandeja de plata.

—Me alegro que haya quedado usted satisfecho —dijo Yusef, observando a Jabir que abría hábilmente la botella y llenaba las dos copas. El criado volvió a salir, y Yusef tomó una copa. Miró a Baydr—. ¿Usted no bebe?

Baydr negó con la cabeza.

—Tengo que levantarme temprano. He prometido a los chicos salir a esquiar mañana con ellos.

—Salud, entonces —dijo Yusef. Vació la copa de un solo y ávido trago, y volvió a llenarla—. No me había dado cuenta de que estaba tan sediento.

Yusef bebió la segunda copa con más lentitud. Se reclinó en el sillón, sintiéndose un poco más animado.

Las palabras siguientes de Baydr cortaron aquel estado de ánimo.

—Hábleme de Muñecas Árabes —dijo.

Yusef sintió que el sudor volvía a brotar de su frente.

—No hay nada que decir. Son buenos clientes. Fuera de eso no sé nada de ellos.

Baydr lo miró fijamente.

—Eso no parece cosa suya. Generalmente, está usted enterado de todo lo referente a la gente con la que tenemos negocios. Ha sido siempre una de sus reglas principales.

—No son un cliente muy importante. No he visto motivos para averiguar. Los embarques eran pequeños, pero pagaban bien.

—Con bonificación —dijo Baydr—. ¿No es bastante como para despertar su curiosidad?

—No. Tenía cosas más importantes en la cabeza.

—¿No le pareció raro que lo contactaran a usted en París en lugar de dirigirse a nuestra oficina en Beirut? Hubiera sido más normal para un negocio de ese calibre.

—Creí que era pura casualidad —dijo Yusef, rápido—. Conocí a ese norteamericano en el bar del George V, me habló de todos los problemas que tenían para importar muñecas a los Estados Unidos, y yo le dije que se pusiera en contacto con nuestra oficina en Beirut. Que tal vez pudiéramos ayudarlo.

—Según la oficina de Beirut, actuaron con un contrato de embarque enviado por usted. Nunca hablaron con nadie de la compañía.

Yusef sintió el sudor bajo los brazos.

—Es posible. Creo haber dejado instrucciones a mi secretaria para seguir adelante. Como ya he dicho, me pareció que no era bastante importante como para preocuparme personalmente.

—Está mintiendo —dijo Baydr tranquilamente.

Yusef quedó anonadado.

—¿Qué? ¿Cómo? —tartamudeó, como si no hubiera entendido.

—He dicho «está usted mintiendo» —repitió Baydr—. Estamos enterados de todo lo referente a esa compañía. Nos ha utilizado usted como traficantes de drogas en los Estados Unidos. A causa de ello, corremos el peligro de perder todo lo que hemos obtenido estos años. Ahora le pido que me diga la verdad.

Baydr lo observó buscar un cigarrillo y encenderlo con dedos temblorosos.

—Dígame —dijo con suavidad—, ¿cuánto le ha dado Alí Yasfir para hacer esos embarques?

Yusef se derrumbó ante sus ojos. Ahora su voz temblaba, al igual que sus dedos.

—Me obligó a hacerlo, jefe —gimió—. Me forzó. Yo solo lo hice para protegerle a usted.

—¿Protegerme? —la voz de Baydr era helada.

—Él tenía unas películas, patrón. Amenazaba con hacerlas públicas en todo el mundo.

—¿Quién hubiera dado crédito a unas películas sobre mí? ¿Especialmente proviniendo de una fuente semejante? ¿Por qué no me lo dijo en seguida?

—No quería lastimarlo, patrón. Eran unas imágenes de su esposa. —Los ojos de Yusef estaban llenos de lágrimas auténticas.

—¿Las tiene usted consigo?

—Sí, patrón —la voz de Yusef fue muy baja—. Están en una maleta que he dejado en el vestíbulo. Esperaba no llegar al punto que hemos llegado...

—Tráigalas —dijo Baydr, con calma.

Yusef salió casi corriendo del cuarto, volvió un momento después con la maleta. Baydr lo observó en silencio mientras abría la maleta, sacaba un equipo de video portátil y un televisor norteamericano de pantalla pequeña. Rápidamente conectó los dos aparatos. Miró en el cuarto buscando un enchufe eléctrico. Había uno junto al escritorio. Metió allí la clavija y después colocó la cinta.

Vaciló y miró a Baydr.

—Creo que no debería someterse a esto, patrón.

La voz de Baydr fue casi salvaje.

—¡Haga pasar esa cinta!

Yusef apretó el botón, y la pantalla se llenó con una gran luz vacía. Llegaba un ligero zumbido de la cinta que se desenrollaba. Un momento después, las primeras imágenes borrosas aparecieron en color. Yusef hizo un ajuste, y las imágenes quedaron de pronto centradas.

Jordana y un hombre estaban echados de espaldas sobre una cama, y evidentemente, los habían filmado con una cámara que había en el techo. Ambos estaban desnudos y se pasaban un cigarrillo, mientras miraban, evidentemente, algo que pasaba fuera de la pantalla. Bruscamente, la pantalla quedó vacía un momento, y la imagen regresó luego con el sonido de las voces en el altavoz. Jordana se inclinaba sobre el hombre. «Sencillamente maravilloso», decía el hombre, mirándola.

Baydr no dijo una palabra hasta que terminó la cinta y la pantalla quedó en blanco. Después, tendió el brazo por encima del escritorio y apagó el aparato. Su cara era inescrutable.

—Yo he visto antes a ese hombre. ¿Quién es?

—Un actor norteamericano —contestó Yusef—. Rick Sullivan. Su nombre es Israel Solomón.

—¿Judío?

Yusef asintió.

—Es otro de los motivos por los que no quería que eso se hiciera público.

La cara de Baydr siguió inexpresiva.

—¿Cuándo sucedió esto?

—Fue en una fiesta en casa de ese actor en California, después de partir usted para Tokio.

—¿Estaba Yasfir en esa fiesta?

—No.

—¿Y usted?

—Sí. Acompañé a la fiesta a Michael Vincent y a la señora Al Fay. Pero me retiré temprano porque tenía dolor de cabeza.

—¿Cómo consiguió Yasfir esa cinta?

—No sé. No me lo dijo.

—¿Hay otras copias?

Yusef aspiró profundamente. Si Baydr creía sus próximas palabras, quizá todavía pudiera salvarse.

—Dijo que tenía otras, y que las distribuiría si pasaba cualquier cosa que detuviera los embarques.

—¿Y por qué le dejó a usted esta copia?

—No lo sé —contestó Yusef, vacilando.

—¿Sugirió, acaso, que si se presentaban problemas, me mostrara usted esa cinta?

—No, patrón, debe usted creerme —dijo Yusef, con sinceridad—. Solo la idea de que usted pueda suponer que lo traiciono me ha forzado a revelarle esto... —cayó de rodillas ante Baydr, se apoderó de su mano y la besó—. Por la vida de mi padre, preferiría morir antes que traicionarlo... —empezó a llorar.

Baydr le miró un momento en silencio. Cuando habló, su voz era dura:

—Conténgase, hombre. No llore como una mujer.

Yusef se puso de pie, con las mejillas llenas de lágrimas.

—Deseo oír de sus labios unas palabras de perdón, jefe —dijo, llorando.

—Lo perdono —dijo Baydr, pesadamente. Se puso de pie e hizo un gesto hacia la puerta—. Allí hay un cuarto de baño. Lávese la cara. No me gusta que se presente así delante de los criados.

—Gracias, patrón —dijo Yusef con fervor, apoderándose de la mano de Baydr y besándola—. La luz vuelve nuevamente a mi vida, ahora que el peso ha sido retirado de mi alma.

Baydr lo vio ir al cuarto de baño y cerrar la puerta tras él. No creía una palabra de lo que había dicho aquel hombre. Yusef se había condenado a sí mismo.

Solo Yusef podía haberse apoderado de aquella cinta. No era posible que Yasfir hubiera conseguido la cinta si no había ido a la fiesta. Silenciosamente, atravesó la habitación y abrió la puerta.

Jabir estaba en el corredor, sentado en un banco. Se puso de pie al ver a Baydr. Baydr cruzó el vestíbulo en dirección hacia donde él estaba.

—¿Sí, patrón?

La voz de Baydr era tranquila.

—Esa mierda de camello ha traído el deshonor a nuestro nombre.

Los ojos de Jabir fueron helados, la piel se puso tensa sobre sus pómulos. No habló.

—A dos kilómetros de aquí en el camino hay una curva en la montaña, y la pendiente cae abruptamente unos doscientos metros. Lamento que su coche deba patinar en la superficie helada...

Jabir asintió. Su voz fue un gruñido en la garganta.

—Será una tragedia, patrón.

Baydr volvió a la biblioteca. Unos momentos después oyó el ruido de un automóvil a través de la ventana cerrada. Se volvió, y miró entre las cortinas a tiempo para ver el Land Rover de Jabir que desaparecía en el sendero. Volvió a su escritorio y se sentó pesadamente.

Un momento después, Yusef salió del cuarto de baño. Se había recuperado. Incluso el tono de su voz denotaba que había recobrado su confianza.

—¿Qué quiere usted que hagamos con esto, jefe?

—Necesito tiempo para pensar antes de tomar ninguna decisión. Esta noche no podemos hacer más.

—Supongo que no —dijo Yusef, vacilante.

—Más vale descansar. Es mejor que vuelva usted al hotel.

Yusef miró el vídeo.

—¿Quiere usted que guarde eso?

—No. Déjemelo. —Se puso de pie—. Lo acompañaré. Los criados deben haberse acostado.

Cuando el poderoso Land Rover, con las luces apagadas, apareció por un costado y empujó inexorablemente al pequeño Opel alquilado hacia el precipicio, Yusef miró

enloquecido hacia atrás y vio a Jabir inclinado torvamente sobre el volante; y entonces recordó lo único que nunca debería haber olvidado. El pensamiento le llegó en el mismo momento en que su coche chocaba contra el frágil pretil que había en el borde del precipicio y caía saltando al aire. No alcanzó a oír el grito de terror que escapó de su garganta en el momento de caer hacia el olvido, pero el pensamiento ardía en su cerebro. Jabir nunca dormía cuando Baydr estaba despierto.

Baydr estaba solo en la alcoba del desayuno, mirando hacia el jardín, leyendo el *Paris Herald Tribune* y sorbiendo café cuando el *snob* criado inglés entró en la habitación. El hombre carraspeó y Baydr miró.

Había una nota de desaprobación en la meticulosa voz del criado.

—Unos señores de la Policía desean ver a Su Excelencia.

Baydr lo miró. Por más que había explicado muchas veces al criado que no tenía ningún título que lo autorizara a que le llamaran «excelencia», el hombre rehusaba dirigirse a él de otra manera. Su último patrón había sido el pretendiente al trono de España, y «excelencia» era el máximo a lo que el criado podía descender después de «alteza».

—Hágalos pasar a la biblioteca —dijo Baydr—. Los veré en un momento.

—Sí, Excelencia —y el criado dejó el salón; su espalda erguida y sus hombros cuadrados sugerían de algún modo desaprobación.

Lentamente, Baydr dobló el periódico y lo colocó limpiamente sobre la mesa. Tomó un último sorbo de café, después se levantó y fue a la biblioteca.

Había dos policías, uno de uniforme, otro de civil. El hombre de civil se inclinó. Habló en inglés.

—¿El señor Al Fay?

Baydr asintió.

El policía se inclinó de nuevo.

—Permítame usted presentarnos. Soy el inspector Froelich, y este es mi asistente, el sargento Werner.

—¿En qué puedo servirles, señores?

—Primeramente debo disculparme por haber interrumpido su desayuno, pero lo cierto es que traigo noticias desagradables. ¿Conoce usted al señor Yusef Ziad?

—Sí, es el director de mi oficina en París. Nos reunimos aquí anoche. ¿Por qué me pregunta por él? ¿Ha tenido alguna dificultad?

—No, señor Al Fay. No está en dificultades, está muerto —dijo el inspector.

—¿Muerto? —Baydr fingió sorpresa—. ¿Qué ha sucedido?

—Aparentemente, perdió el control de su coche y se salió del camino. Su coche cayó desde unos doscientos metros.

Baydr lo miró fijamente un momento, después se dirigió al escritorio y se sentó. Su cara estaba sombría.

—Perdón, señores —dijo—, pero esta es una noticia realmente desagradable. El señor Ziad era un antiguo y valioso colaborador.

—Entendemos, señor —dijo cortésmente el policía de civil—. Debemos hacer algunas preguntas de rutina, pero seremos lo más breves posible... —Sacó un

cuadernito del bolsillo y lo abrió—. Usted ha dicho que se entrevistó anoche con el señor Ziad. ¿A qué hora llegó él aquí?

—A eso de las doce y media.

—¿Había algún motivo especial para que viniera a una hora tan tardía?

—Teníamos importantes negocios que discutir. Y desgraciadamente, mi mujer y yo teníamos invitados a cenar, lo cual impidió que nos viéramos más temprano.

—¿Aproximadamente, a qué hora se marchó?

—A eso de las dos, supongo.

—¿Bebió el señor Ziad algo durante el tiempo que estuvo aquí?

—No mucho.

—¿Querría usted ser más preciso?

—Tomarnos una botella de Dom Pérignon. Él la bebió casi toda. Pero eso no podía hacerle daño. El señor Ziad bebía constantemente ese vino. Era el que más le gustaba.

—Tenía buen gusto —dijo el inspector. Miró al sargento uniformado. Un signo subliminal se cruzó entre ellos. El inspector cerró su libreta y se volvió hacia Baydr—. Creo que eso es todo, señor Al Fay —dijo con voz satisfecha—. Gracias por su cooperación.

Baydr se puso de pie.

—Debo ocuparme del funeral. Tendremos que enviar el cuerpo a su país. ¿Dónde está ahora?

—En el depósito. —Era la primera vez que hablaba el sargento—. Lo que ha quedado de él.

—¿Fue tan terrible?

El inspector agitó tristemente la cabeza.

—Hemos recobrado los restos que hemos podido. Hicimos la identificación por la billetera y el pasaporte. El coche se hizo mil pedazos. Es muy malo que la gente no comprenda lo importante que puede ser la más mínima cantidad de alcohol en un camino helado por la noche.

Baydr permaneció sentado un momento cuando los policías se fueron. Después, tomó el teléfono y llamó a Dick en Ginebra.

—Llámeme con el desmodulador —dijo Baydr a Dick, cuando este contestó. Un momento después sonó el otro teléfono, y contestó.

—¿Dick?

—Sí.

Baydr habló con voz inexpresiva.

—La Policía acaba de irse. Yusef tuvo anoche un accidente con su automóvil y se ha matado.

—¡Dios mío! ¿Qué le pasó?

—El camino estaba helado, y la Policía opina que Yusef había bebido un poco más de la cuenta. Estaba muy preocupado cuando salió de aquí, y se había tomado

casi toda una botella de champán.

Dick guardó silencio un momento.

—¿Se enteró usted de algo sobre Muñecas Árabes?

—Yusef afirmó que Alí Yasfir lo había obligado a meterse en el asunto.

—Entonces teníamos razón. ¿Reconoció que le habían pagado para eso?

—No. Juró que no había recibido dinero de ellos.

—No lo creo.

—Ahora no importa mucho, ¿verdad? Está muerto, y todo ha pasado.

—¿Le parece? —replicó Dick—. No sabemos lo que puede hacer ahora Yasfir.

—No puede hacer mucho. Sabe que no puede coaccionarnos.

—Eso espero. Pero nunca se sabe con un hijo de puta como ese. Es difícil adivinar con qué puede salir después.

—Ya lo afrontaremos cuando se presente —dijo Baydr con calma—. Ahora tenemos algunos asuntos sin terminar. Es posible que lo mande a usted a la oficina de París la próxima semana para que se haga cargo de ella hasta que encontremos un sustituto.

—Bien.

—Entretanto, ocúpese de comunicar el accidente a la familia de Yusef y a la oficina de París. Avise también a una funeraria para que recojan del depósito de Gstaad los restos de Yusef y los embarquen para su patria.

—Me ocuparé de eso.

—Alerte a la tripulación que tenga el avión listo para volar a Beirut el viernes. Jordana y los chicos vuelven a casa.

—¿No es una semana antes de lo pensado, jefe?

La voz de Baydr fue cortante.

—Haga lo que le digo. Creo que estarán mejor en casa. —Colgó el aparato y permaneció allí, mirando el televisor.

Bruscamente, atravesó la habitación y cerró las puertas. Después, tomando una llave del bolsillo, abrió el cajón central del escritorio y sacó la cinta de vídeo. La puso en la máquina y apretó el botón.

La pantalla quedó en blanco un momento, después llegó la imagen y el sonido. Permaneció casi inmóvil mientras la película se desarrollaba ante él. Todo estaba allí, tal y como había sido con él. La belleza del cuerpo de ella, los lánguidos movimientos sensuales, las palabras, los leves grititos como de animal que se elevaban hasta un *crescendo* orgiástico. Todo estaba allí, pero esta vez no era para él. Era para otro hombre. Un judío.

La pantalla quedó vacía en el momento en que el nudo de su estómago estallaba en un dolor abrasador. Furioso, golpeó con el puño el botón para detener la máquina, y casi lo destrozó. Después, tendió las manos ante sí y miró sus dedos temblorosos.

Bruscamente, cerró los puños y los golpeó contra el escritorio. Los golpeó una y otra vez, al unísono, mientras murmuraba una palabra:

—¡Maldita, maldita, maldita! —hasta que las manos le quedaron hinchadas y doloridas.

Volvió a mirar sus manos, después miró la máquina.

—¡Jordana! —exclamó, como si ella estuviera dentro de la máquina—. ¿Es para esto que me he convertido en asesino?

La pantalla no le contestó. Estaba vacía. Apoyó la cabeza en el escritorio y lloró, como no había hecho desde que era niño. Una plegaria que no decía desde la niñez llegó a sus labios.

*En nombre de Alá el Benefactor, el Misericordioso,
me refugio en el Señor de los hombres,
el Rey de los hombres,
el Dios de los hombres,
del mal de la insinuación, del que se escabulle,
que insinúa en el ánimo de los hombres,
sea genio, sea hombre.*

El consuelo de la plegaria lo invadió. Cayeron las lágrimas, y sintió que la herida y el dolor lo abandonaban. Olvidamos con demasiada facilidad la sabiduría de Alá, la sabiduría revelada por el Profeta. Y con demasiada facilidad olvidamos que las leyes de Alá reveladas por el Profeta fueron dadas a los hombres para que las cumplan.

Durante mucho tiempo había procurado vivir de acuerdo a la ley de los no creyentes, pero esas leyes no eran para él. Ahora iba a vivir como debía vivir. De acuerdo a la única ley verdadera. La ley de Alá.



Jordana entró en la biblioteca. La sorpresa estaba aún en su voz.

—Acabo de enterarme de lo de Yusef —dijo—. No puedo creerlo.

—Era una mierda —dijo él, fríamente—. Pero ahora está ante el trono del juicio y tendrá que dar cuenta de sus propios pecados. E incluso Alá, el todo misericordioso, no encontrará perdón para él. En verdad, se consumirá por toda la eternidad en el fuego del infierno.

—Pero Yusef era amigo tuyo. —No podía entender el cambio operado en él—. Te ha servido durante muchos años.

—Solo se sirvió a sí mismo. No era amigo de nadie, como no fuera de sí mismo. Ella se sintió aterrada.

—¿Qué pasó entre vosotros? ¿Qué hizo él?

Su cara era una máscara impenetrable, sus ojos estaban encapotados.

—Me traicionó, como tú me has traicionado.

Jordana lo miró fijamente.

—No entiendo lo que dices.

Baydr la miró casi como si no la viera.

—¿No me entiendes?

Jordana negó con la cabeza, en silencio.

—Entonces te mostraré... —Fue al escritorio, y apretó el botón del aparato de video—. Ven.

Jordana permaneció detrás del escritorio, junto a Baydr, mirando la pequeña pantalla. Por un momento fue blanca y brillante, después llegó la imagen. Casi gritó, el aliento sofocándole la garganta, en atónita incredulidad.

—¡No! —gritó en voz alta.

—Sí —dijo él, tranquilamente.

—No quiero mirar —dijo Jordana, haciendo ademán de irse.

La mano de Baydr la agarró firmemente del brazo, con tanta fuerza que sintió el dolor hasta el hombro.

—Te quedarás, mujer, y mirarás.

Jordana cerró los ojos y apartó la cabeza. Los dedos de él le agarraron el mentón como garras de acero, obligándola a enfrentar la pantalla.

—Mirarás —dijo él fríamente—. Todo. Toda tu vergüenza. Como yo tuve que hacerlo.

Permaneció en silencio mientras pasaba la cinta. Pareció durar una eternidad. Se sintió asqueada. Era una locura. Todo. Había habido una cámara filmándolos todo el tiempo, y solo podía hacerse de una manera: Sullivan mismo debía haber controlado la cámara.

Después lo recordó todo. El momento en que había salido del cuarto, antes de que empezara. Entonces había puesto en marcha la máquina. Y su insistencia en que siempre se mantuvieran en la parte superior de la gigantesca cama. La cámara debía haber cubierto aquella área. Sullivan debía ser un enfermo, más enfermo que todas las personas que conocía.

Súbitamente, todo terminó. La pantalla quedó vacía, y Baydr apagó el aparato. Jordana lo miró.

La cara de Baydr carecía de expresión.

—Te pedí discreción. No has sido discreta. Específicamente te dije que evitaras a los judíos. Ese hombre es judío.

—¡No lo es! —gritó, furiosa—. ¡Es un actor llamado Rick Sullivan!

—Conozco su nombre. El nombre verdadero es Israel Solomón.

—No lo sabía.

Él no contestó. Era evidente que no creía en sus palabras.

De pronto, Jordana recordó. Yusef había estado en la fiesta.

—¿Fue Yusef quien te trajo esa cinta?

—Sí.

—Eso sucedió hace más de tres meses. ¿Por qué tardó tanto tiempo en dártela?

Baydr no contestó.

—Debía sentirse culpable por algún motivo —adivinó ella audazmente—. Y

pensó que, usando esta película, podría asegurarse la inmunidad.

—Dijo que había sido forzado por alguien que le llevó esa cinta. Y que, a menos que hiciera lo que se le pedía, iban a exponerte al escándalo.

—No lo creo. Era el único de los presentes que tenía interés en esa película. ¡Seguramente estaba mintiendo!

Nuevamente no contestó. Lo que Jordana decía confirmaba su propia creencia.

—¿Hay otras copias?

—Espero que no, por mis hijos y también por ti. No me gustaría que se enteraran que su madre ha cometido adulterio con un judío.

Por primera vez, el dolor surgió en su voz.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, mujer? Si esto se hiciera público, Mohammed nunca sería adoptado como heredero del trono. Estando en guerra contra Israel, ¿cómo podría aceptar ningún árabe que su dirigente y jefe espiritual tuviera una madre que ha cometido adulterio con un judío? Incluso su legitimidad sería cuestionada. Con tu acción no solo has puesto en peligro la herencia para la que ha nacido tu hijo, sino que puedes provocar la pérdida de todo lo que mi padre y yo hemos luchado por obtener en nuestras vidas.

—Perdón, Baydr —dijo Jordana—. Pero estamos tan separados que creí que ya nada importaba entre nosotros. Estoy enterada de tus historias con mujeres. Las he aceptado. Ahora veo que ni siquiera se me permitía aceptar la opción que me otorgaste. Tal vez, si yo fuera mujer árabe, lo habría sabido. Pero no lo soy. Y nunca podré vivir la vida hipócrita que ellas viven, viendo y fingiendo no ver, creyendo palabras que contrarían los hechos.

—Ahora es tarde para eso. He dispuesto que tú y los chicos salgáis pasado mañana para Beirut. Permanecerás allí recluida en nuestro hogar. No saldrás de la casa, no verás a nadie, y no hablarás por teléfono excepto con los miembros más cercanos de nuestra familia y con los criados hasta enero, cuando Mohammed sea oficialmente investido como príncipe y heredero del trono.

—¿Y después?

—Al día siguiente de la investidura te permitiré regresar a tu casa en Estados Unidos, para visitar a tus padres. Permanecerás allí hasta que recibas los papeles de divorcio.

—¿Y los chicos?

Los ojos de Baydr eran oscuros como hielo azulado.

—Nunca volverás a verlos.

El dolor en su corazón cortó el aliento a Jordana.

—¿Y si me niego? —logró preguntar.

Había en Baydr una implacabilidad que no le conocía.

—No tienes elección. Para la ley del Islam el castigo de la adúltera es la muerte por lapidación. ¿Quieres, acaso, que tus hijos vean eso?

—¡No te atreverías! —exclamó, horrorizada.

Los ojos de Baydr no se inmutaron.

—Me atrevería.

Súbitamente, comprendió la verdad.

—Yusef..., ¡tú lo mataste!

La voz de Baydr fue despectiva.

—Yusef se mató a sí mismo —dijo, señalando el video—. Con esto.

Se sintió abrumada. Sin poder dominar ya las lágrimas, sin atreverse a mirarlo, cayó de rodillas y se cubrió la cara con las manos. Su cuerpo fue sacudido por los sollozos.

Baydr permaneció allí impasible, mirándola; solo una vena que latía en su sien indicaba el esfuerzo que hacía por controlarse.

Después de un rato cesaron las lágrimas y lo miró. Tenía los ojos hinchados y la cara contraída de dolor.

—¿Qué será de mí? —murmuró con voz ronca, casi hablando sola—. ¿Qué será de mi vida sin ellos?

Baydr no contestó.

Lentamente, ella se puso de pie y se dirigió a la puerta. A mitad de camino se volvió.

—Baydr... —dijo, la súplica clara en sus ojos y en su voz.

La fría implacabilidad seguía en la voz de él.

—No pierdas tiempo, mujer, suplicando que te perdone. En lugar de eso deberías agradecer a Alá su misericordia.

Sus ojos se encontraron un breve instante, después Jordana bajó la mirada. Ya no había lucha en ella. Lentamente, salió del cuarto.

Baydr cerró la puerta con llave y volvió al escritorio. Permaneció mirando el aparato de video por largo tiempo, después se inclinó y apretó una vez más el botón de contacto. Casi en el mismo momento apretó el otro botón, con la marca: «Borrar».

La cinta corrió en la máquina a diez veces la velocidad normal. Cuarenta minutos de cinta pasaron por la máquina en cuatro minutos. Hubo un clic, y apretó el botón de *stop*. Un momento después volvió a apretar el primer contacto. Esta vez la cinta se movió a velocidad normal de reproducción, pero la pantalla siguió blanca y vacía.

La cinta había sido borrada.

Baydr apretó el botón para parar el mecanismo. Las máquinas lo simplificaban todo.

Si por lo menos hubiera un botón que uno pudiera apretar para limpiar la cinta de la vida y poder empezar otra vez.

Cuando subió al avión, Jordana se quedó sorprendida al encontrar allí a Leila con dos hombres jóvenes. Los dos hombres, vestidos con los acostumbrados trajes oscuros mal cortados y de bolsillos prominentes que usan en general los funcionarios del Oriente Medio cuando están en el extranjero, se pusieron cortésmente de pie.

—No sabía que ibas a viajar con nosotros —dijo Jordana.

Había un tono extraño y provocador en la voz de Leila. Habló en árabe.

—¿Le molesta?

Jordana quedó intrigada. Leila siempre le había hablado en inglés o francés. Tal vez lo hacía porque sus amigos no dominaban esos idiomas. Rechazó el pensamiento y contestó en árabe.

—En modo alguno. Me alegro que vengas con nosotros. Me sorprendió un poco, eso es todo. Tu padre no me dijo nada.

—Lo debe haber olvidado —dijo Leila.

Baydr no olvidaba, pensó Jordana. No había vuelto a verlo desde la mañana en la que le había dicho que debía partir. Más tarde, aquel mismo día, había vuelto a Ginebra, y se había detenido un momento en la casa para despedirse de los chicos.

—Tiene muchas cosas en la cabeza —dijo, siempre en árabe. Hizo un gesto hacia los jóvenes.

Leila comprendió la sugerencia y los presentó.

—*Madame* Al Fay, segunda esposa de mi padre; este es Fuad Aziz y este Ramadán Sidki. Van a pasar conmigo un fin de semana en casa.

—*Ahlan* —dijo Jordana.

—*Ahlan biki* —contestaron ellos, torpemente, inclinándose, bruscos, como si no estuvieran acostumbrados a hacerlo.

En aquel momento los dos niños, la *nanny* escocesa, Anne, y la doncella personal de Jordana, Magda, subieron por la rampa hacia el avión. Los chicos estallaron en gritos alegres al ver a su hermana.

—¡Leila, Leila! —exclamaron, corriendo hacia ella.

Leila los trató casi con frialdad, aunque cuando los conoció les había hecho grandes demostraciones de afecto y había pasado dos días jugando con ellos antes de que partieran para Gstaad.

Jordana pensó que no quería ocuparse de los chicos a causa de sus amigos.

—Sentaros, chicos —dijo—. Y no olvidéis ajustaros los cinturones. Partimos en unos minutos.

—¿Podemos sentarnos al lado de Leila? —preguntó Samir—. ¿Podemos?

Jordana miró a Leila.

—Si a tu hermana no le molesta.

—A mí no me molesta —dijo Leila.

Nuevamente Jordana percibió el tono hosco de su voz.

—Bueno, pero hay que portarse bien...

—Mamá —preguntó Mohammed—. ¿Por qué hablas en árabe?

Jordana sonrió.

—Supongo que es porque los amigos de tu hermana no hablan tan bien el inglés como nosotros. Es de buena educación hacerlo para que la gente entienda lo que uno dice.

—Hablamos inglés, señora —dijo el joven cuyo nombre era Ramadán, con claro acento británico.

—Ah, entonces... —dijo ella. Miró a Leila, cuya cara era impasible—. Perdón por el malentendido.

Raoul, el camarero, volvió a la cabina.

—El capitán Hyatt pregunta si está lista para partir, señora.

—Lo estaremos en cuanto cada uno haya ocupado su puesto —dijo Jordana, avanzando hacia el asiento trasero, cerca de la mesa redonda que ocupaba generalmente Baydr.

Hubo una agitada actividad mientras ataban los cinturones de los chicos y los otros ocupaban sus asientos. Raoul y la azafata, una bonita norteamericana de nombre Margaret, recorrieron rápidamente la cabina controlando los cinturones de seguridad. Hizo una señal de asentimiento a Jordana y se adelantó. Un instante después, el gran avión avanzaba por la pista.

En cuanto estuvieron en el aire y se apagó la señal del cinturón de seguridad, Jordana se puso de pie. Hizo un gesto a Raoul, que se adelantó.

—Por favor, ¿quiere prepararme la cama en la cabina del señor Al Fay? Tengo ganas de echarme a descansar.

—Sí, *Madame* —hizo una rápida seña despachando a la azafata a cumplir la orden.

Los chicos rodeaban a Leila, que parecía nerviosa y crispada.

—No hay que molestar a Leila —dijo bruscamente Jordana—. Me parece que está cansada.

Obedientes, los chicos volvieron a sus asientos.

—No me siento muy bien —explicó Jordana—. Voy a acostarme un rato.

Leila asintió sin hablar. Observó a Jordana, que se dirigió a la parte de atrás del avión y entró en el camarote. Realmente, no podía entender qué veía su padre en esa mujer. A la luz del día no era tan bonita como le había parecido la primera vez. Sin maquillaje tenía la cara tensa, había círculos oscuros bajo sus ojos, su pelo caía en mechones y no era tan rubio como había creído. Era mejor que se fuera a dormir. Aquello facilitaba las cosas.

Miró al otro lado del pasillo a Fuad y Ramadán. Fuad observó su reloj de pulsera y después la miró a ella.

—Otra media hora —dijo.

Leila asintió y se reclinó contra el respaldo. Cerró los ojos. Esperar otra media hora no era mucho, después de todo el tiempo que había pasado preparándose para aquello.



A Jordana le pareció que acababa de cerrar los ojos cuando, en sueños, oyó llorar a un niño. Se removió, inquieta, esperando que el ruido cesara. Pero no cesó, y gradualmente comprendió que uno de los chicos lloraba. Se sentó bruscamente en la cama y escuchó.

Era Samir. Pero no era su manera habitual de llorar o gemir. Tenía una nota peculiar. Una nota de miedo.

Rápidamente, se levantó de la cama y se alisó el vestido. Después abrió la puerta, salió a la cabina y tomó por el estrecho pasillo hacia el frente. A la entrada del salón se detuvo, atónita. Su mente no podía aceptar lo que veía. «Era una pesadilla», pensó, enloquecida. Tenía que serlo.

Apelotonados en la zona de atrás de la cocina, en el pequeño espacio que Carriage usaba como oficina cuando estaba a bordo, estaban los niños, la *nanny*, la doncella y la tripulación de la cabina, Raoul y Margaret. Raoul apoyaba una mano en el tabique para sostenerse, y la sangre manaba de un tajo que tenía en la mejilla. Frente a ellos estaban Leila y sus dos amigos.

Pero era una Leila que nunca había visto. En la mano llevaba una pesada pistola automática, del bolsillo de sus pantalones pendían dos granadas de mano. Los dos hombres estaban todavía más armados. Además de las granadas que pendían de sus cinturones, cada uno llevaba un rifle de asalto.

Samir fue el primero en verla.

—¡Mamá, mamá! —gritó, soltándose de los brazos de la *nanny* y corriendo hacia ella.

Leila intentó agarrarlo, pero él fue más rápido. Jordana se inclinó y el chico se precipitó en sus brazos. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Le pegaron a Raoul y ahora está sangrando! —gritó Samir.

—No es nada, no es nada —dijo Jordana para apaciguarlo, estrechándolo con fuerza.

Leila la apuntó con el revólver.

—Póngase junto a los otros.

Jordana le clavó la mirada.

—¿Te has vuelto loca? Como broma no es graciosa.

—Ya me ha oído —dijo Leila, tensa—. ¡No es ninguna broma!

En lugar de esto Jordana le dio la espalda y se encaminó por el pasillo hacia la cabina. Leila se movió con tanta rapidez que Jordana no se dio cuenta de que la mujer estaba tras ella hasta que un súbito golpe del revólver contra su espalda la precipitó

por el estrecho pasillo, haciendo que soltara al niño.

De inmediato, Samir volvió a llorar. Se precipitó contra su hermana, con los puñitos cerrados.

—¡Mala, no le pegues a mi mamá, mala...!

Indiferente, Leila lo lanzó lejos dándole una bofetada en la mejilla. El chico cayó apelotonado contra su madre, y Jordana lo rodeó con sus brazos.

En el extremo de la cabina, Mohammed empezó a gritar. Se soltó de la *nanny*, corrió hacia ella y se arrodilló en el suelo, a su lado. Jordana lo abrazó también.

—Estos niños son tus hermanos —dijo, sin prestar atención al atroz dolor de la espalda cuando intentó sentarse. Miró a Leila—. ¡Tendrás que dar cuenta a Dios de tus pecados!

—¡Ramera! —Sus labios se contrajeron en una mueca—. ¡No son hermanos míos! ¡Son los hijos de una puta norteamericana!

—Está escrito en el Corán que hermanos y hermanas están unidos por el padre —dijo Jordana.

—¡No me cites el Libro Sagrado, puta! —exclamó Leila—. Los verdaderos hermanos y hermanas están unidos, no los hijos que has tenido convenciendo a mi padre de que son suyos. Mi madre me ha contado la historia.

—Estás cometiendo un crimen contra tu padre —dijo Jordana.

Leila rio.

—Mi padre ha traicionado cualquier vínculo que yo hubiera podido tener con él. Ha traicionado a su pueblo y se ha convertido en cómplice e instrumento de los judíos y los imperialistas.

«Curiosamente —pensó Jordana—, no sentía miedo por sí misma, sino por los chicos.»

—Todo se va a arreglar —les dijo en un murmullo—, no lloréis.

—¡De pie! —gritó Leila.

Haciendo muecas de dolor, Jordana luchó por ponerse de pie. Leila hizo señas con el revólver de que avanzaran. Dolorosamente, llevando a Samir en un brazo y dando la mano a Mohammed, Jordana atravesó la cabina.

—Entregue los chicos a la *nurse* —ordenó Leila.

Jordana la miró.

—Haga lo que le digo. Rápido. Si no quiere que les pase algo a ellos...

En silencio, Jordana entregó los chicos a la *nanny*. Ellos la miraron con ojos asustados. Jordana los palmeó para tranquilizarlos.

—No os asustéis. Todo irá bien.

Casi aulló de dolor cuando sintió el cañón de un arma en la parte inferior de la espalda. Cuando se volvió percibió una extraña mirada de placer en los ojos de Leila. Apretó los labios. No iba a darle el gusto de que la escuchara gemir.

—Vaya a la cabina de vuelo con Ramadán —dijo Leila.

El joven la hizo avanzar delante de él. Cuando abrió la puerta de la cabina de

mando, la empujó con violencia. Jordana cayó de rodillas, y el joven se precipitó de un salto en el estrecho espacio detrás de ella.

El capitán Hyatt, Bob, el copiloto, y el ingeniero de vuelo, George, se volvieron sorprendidos. George tendió el brazo para coger una tenaza.

Actuando con inesperada velocidad, Ramadán lo golpeó en la cara con la culata del rifle, haciéndolo retroceder hasta caer sentado. La sangre empezó a brotar de la nariz partida.

—¡Qué nadie haga tonterías —dijo con su cortante acento británico— si no quieren que muera todo el mundo en este avión!

Andy Hyatt le miró, después miró a su ingeniero de vuelo.

—¿Estás bien, George?

George asintió, llevándose un pañuelo a la nariz.

Jordana se puso de pie.

—¿Dónde está el botiquín de primeros auxilios?

—En el armario, sobre el asiento de George —dijo Bob.

Tomó la caja de metal y la abrió. Rápidamente, rompió el envoltorio de varios paquetes de vendas de gasa y las tendió a George. Miró al capitán.

—Raoul tiene un feo corte en la mejilla —dijo.

Se dio la vuelta para dirigirse a la cabina.

—¡Un momento! —gritó Ramadán, cerrándole el paso—. Todavía no ha terminado usted aquí. —Se volvió hacia el capitán—. Somos tres compañeros a bordo, y todos estamos armados con armas automáticas y granadas. Esto pone el avión a nuestra disposición, ¿entiende?

La voz de Hyatt sonó, intrigada.

—¿Tres compañeros?

—Leila es uno de ellos —dijo Jordana.

—¿Leila? —Hyatt dio un largo y lento silbido—. Bueno, que me cuelguen. Esto es el colmo. Ser secuestrados por la hija de nuestro patrón.

—Ahora que ha entendido, deberá usted cumplir mis órdenes tal como yo se lo ordene —dijo Ramadán.

Hyatt miró a Jordana. Ella asintió. Miró entonces al joven.

—Bien —contestó.

—Primero: debe informar a Beirut de que ha habido un cambio en el plan de vuelo; pedirá usted paso desde el Líbano hasta Damasco.

Hyatt tomó algunas notas en el bloc que tenía a su lado.

—Ya está.

—Cuando lleguemos a Siria, diga que ha habido otro cambio de planes, y pida paso desde Irak a Teherán.

Hyatt le miró.

—No tengo bastante combustible como para llegar a Teherán.

—No se preocupe —dijo Ramadán con confianza—, no vamos allá.

—¿Adónde vamos entonces? —preguntó el capitán.

Ramadán sacó una hoja de papel del bolsillo de la chaqueta. La tendió al piloto.

—Ahí es donde vamos.

El capitán miró el papel, después miró al joven.

—Usted está loco —dijo—. No hay lugar ahí para que aterrice un avión de este tamaño. No hay más que montañas.

—Hay un lugar —dijo Ramadán—. Se lo mostraré cuando lleguemos.

—¿Hay equipo para un aterrizaje de emergencia? —preguntó Hyatt.

—No —contestó Ramadán. Tuvo una risita breve y nerviosa—. Pero usted tiene fama de ser uno de los mejores pilotos que andan por ahí. Al Fay siempre tiene lo mejor. No creo que tenga usted dificultades para una aproximación visual y para el aterrizaje.

—Espero que tenga usted razón —murmuró Hyatt. Buscó el contacto de la radio—. Es mejor que me comunique con Beirut.

—Un momento. —Ramadán extrajo un par de audífonos del escritorio del ingeniero de vuelo y se llevó uno a la oreja, sin quitar el dedo del gatillo de la ametralladora, que apoyaba en el otro brazo doblado—. Ahora puede llamar. Y recuerde: ni una palabra del secuestro o lo dejo seco en el asiento. No queremos que nadie se entere de esto. Al menos por ahora.

Hyatt le miró sombríamente y asintió.

—Ahora, ¿puedo ir a curar a Raoul? —preguntó Jordana.

—Naturalmente. —Ramadán parecía más tranquilo—. Y de paso dígales que aquí tengo todo bajo control.

once

Baydr se presentó en la oficina de Dick a eso de las cuatro de la tarde. Había ido a almorzar al Banco y después había tenido varias entrevistas. Miró alrededor de la oficina.

—¿Dónde está Leila?

Dick le miró, sorprendido.

—Salió esta mañana para Beirut.

—¿Para Beirut?

Dick, vio la expresión vacía en la cara de su jefe.

—Creía que estaba usted enterado. Se fue con Jordana y los chicos. Me dijo que usted estaba de acuerdo en que ella y dos amigos hicieran el viaje. Quería volver a casa para el fin de semana.

—Debo estar haciéndome viejo. Es raro. No recuerdo nada.

Se dirigió a su despacho y cerró la puerta. Dick se quedó mirando fijo a un punto indeterminado, y un vago temor empezó a crecer dentro de él. Baydr no era hombre que olvidara las cosas. Sonó el teléfono y atendió. Escuchó un momento, después pulsó el botón para retener la comunicación y se dirigió al despacho de Baydr.

Baydr le miró desde el escritorio.

—¿Que pasa?

Dick logró controlar su voz.

—Nuestro encargado en el aeropuerto de Beirut ha telefoneado. Está allí desde la una y el avión todavía no ha llegado.

Baydr tomó el teléfono y cubrió el micrófono con la mano.

—¿A qué hora lo esperaban?

—Alrededor de la una y media.

La cara de Baydr palideció levemente. Retiró la mano del micrófono.

—Habla Al Fay —dijo—. Comuníquese con el control y averigüe si saben algo del avión. Espero.

Miró a Dick, cubriendo de nuevo el micrófono.

—Espero que no haya pasado nada.

—No se preocupe —dijo Dick para tranquilizarlo—. Andy es un piloto demasiado bueno como para que suceda nada.

Volvió a oírse una voz en la línea. Baydr escuchó un momento, después pareció tranquilizarse un poco.

—Bien, muchas gracias.

Colgó el teléfono. Tenía una expresión intrigada en la cara.

—No entiendo. El control de Beirut dice que el piloto pidió paso para Damasco.

Dick no dijo nada.

—Comuníquese con Damasco, y averigüe si han aterrizado allí.

—En seguida, jefe. —Dick regresó a su despacho y tomó el teléfono. Tardó veinte minutos en conectar con el control aéreo de Damasco. Escuchó un momento, después asintió, hizo otra llamada, y volvió a la oficina de Baydr.

—¿Están allí? —preguntó Baydr.

Dick negó con la cabeza.

—No. Me dicen que continuaron con el avión hacia Teherán, vía Bagdad.

Baydr estalló.

—¡Hyatt se ha vuelto loco! ¡Ya me tendrá que oír...! —después se calmó—. Llame a esos aeropuertos y vea qué puede averiguar.

—Ya lo he hecho —dijo Dick.

—Bien. Avíseme en cuanto le comuniquen algo. —Se reclinó en el sillón, y observó la puerta que se cerraba detrás de Dick. No podía haber más que un motivo para el cambio en el plan de vuelo: Jordana. Ella estaba procurando robarle los chicos. Se enfureció contra su propia estupidez. Nunca debió haber confiado en que ella cumpliera sus órdenes. Sobre todo después de lo que había sucedido.

Media hora después regresó Carriage. Tenía la cara sombría.

—No han aterrizado en Teherán, y Bagdad informa que no ha habido huellas de su paso sobre territorio Iraquí en el radar. He vuelto a hablar con Damasco, y dicen que no han recibido noticias de que haya habido problemas, de hecho no se han comunicado con el avión desde que sobrevoló su espacio aéreo, a eso de las dos de la tarde.

—El avión no puede haberse desvanecido sin dejar huellas. —Baydr guardó silencio un momento—. Creo que es mejor que pidamos que lo busquen.

—Antes de eso, tengo aquí a un hombre con quien creo que debería usted hablar —dijo Dick.

—Dígale que vuelva luego —replicó Baydr—. ¡En este momento tengo cosas más importantes que los negocios en la cabeza!

—Creo que lo que tiene que decirnos nos dará una idea de dónde se encuentra el avión.

Baydr le miró fijamente.

—Hágalo pasar.

Dick abrió la puerta.

—¿Quiere usted pasar, señor Dupree?

Un hombre de mediana estatura, con un traje gris indescriptible, apareció en la puerta. Dick se acercó con él al escritorio.

—Señor Dupree... Señor Al Fay.

Dupree se inclinó.

—Muy honrado, *Monsieur*.

Baydr asintió, sin hablar. Miró a Dick, interrogativo.

—¿Qué tiene esto que ver con el avión?

—Quizá nada —dijo Dick rápidamente—. Pero tal vez sea mejor que primero explique las cosas.

Baydr asintió.

Dick carraspeó. Era evidente que se sentía incómodo.

—El señor Dupree es detective privado. Lo hemos utilizado varias veces para asuntos confidenciales, y siempre se ha mostrado digno de nuestra confianza. A principios de esta semana, tras algunas frases que dijo Leila, decidí ponerla por mi cuenta bajo vigilancia.

La voz de Baydr fue helada.

—¿Por qué?

—Porque, al día siguiente de interrumpir los embarques de Muñecas Árabes, me pidió que los continuáramos. Cuando rehusé, porque iba contra las órdenes que usted había dado, dijo que las familias Riad y Mafrad eran antiguas amigas, y que a su abuelo iba a molestarle mucho este asunto. También dijo que yo podía continuar con los embarques sin que usted tuviera que enterarse nunca... —Aspiró profundamente—. Cuando me enteré por usted que las familias no eran amigas, decidí averiguar lo que se pudiera acerca de ella.

Baydr se volvió hacia el detective privado.

—¿Y qué ha averiguado usted?

El señor Dupree sacó algunos papeles del bolsillo interior de su chaqueta y los desplegó. Tendió una copia sobre el escritorio de Baydr, dio una a Dick, y se quedó con otra.

—Escritos en esta hoja están los nombres de todas las personas con quienes su hija ha estado en contacto esta semana, junto con la hora y el lugar de los encuentros.

Baydr miró el papel. Un nombre se destacaba entre todos los demás. Alí Yasfir. Leila se había visto con él cinco veces esta semana, dos veces ayer. Había otros nombres repetidos, pero no conocía ninguno. Miró al detective privado.

—Mucho me temo que su hija se haya estado viendo con gente peligrosa, *Monsieur* —dijo el detective—. Casi todos los nombres en esa lista son conocidos terroristas árabes o guerrilleros y, como tales, son vigilados muy de cerca por la Policía suiza. Son jóvenes, y parece que un hombre llamado Yasfir es su mayor apoyo financiero.

»Por eso la Policía suiza dio un suspiro de alivio cuando Fuad Aziz y Ramadán Sidki, los dos considerados más peligrosos por ser expertos en el uso de bombas y armas, subieron al avión con su hija y dejaron el país. Puede usted estar seguro de que no se les otorgará otro visado de entrada.

Baydr estudió un momento el papel.

—¿Hay algo más?

—Solo una cosa, *Monsieur* —contestó Dupree—. Me tomé la libertad de investigar en el colegio al que asistía su hija, en Montreux. Esperaba obtener información sobre las muchachas que ella había estado viendo. Pero no pudieron

decirme nada, excepto que no habían visto a su hija desde finales de mayo, fecha en que dejó el colegio en compañía de un caballero de nombre Alí Yasfir, que se había presentado como socio suyo. Me dijeron que iban a reunirse con usted en el festival de cine de Cannes. Leila no ha vuelto desde entonces al colegio.

Baydr miró a Dick, después se volvió hacia el detective privado.

—Muchas gracias, señor Dupree. Su ayuda nos ha sido muy útil.

El detective suspiró.

—Los jóvenes de hoy en día... —abrió las manos en un típico gesto galo—. Yo tengo una hija adolescente. Uno nunca sabe en qué están. —Se inclinó—. Si puedo serle útil en algo más, *Monsieur Al Fay*, no vacile en llamarme. —Se inclinó ante Dick, y abandonó la oficina.

Dick se volvió hacia Baydr.

—No me gusta lo que estoy pensando..., ¿y usted?

—No... —Baydr dejó escapar un profundo suspiro—. Pero ahora por lo menos sabemos que el avión está a salvo, aunque no sepamos dónde.

—Es un avión muy grande. No podrá esconderse por mucho tiempo.

—Tal vez —la voz de Baydr era inexpresiva.

—¿Y qué haremos ahora?

—Esperar.

—¿Esperar? —había sorpresa en la voz de Dick.

—Sí. —Baydr le miró—. Nos estábamos preguntando cuál sería el próximo movimiento de Alí Yasfir. Ahora ya lo sabemos. Pronto se pondrá en contacto con nosotros para decirnos lo que desea.



Estaban en la linde de un bosquecillo, mirando el plateado 707. Nueve hombres trepaban sobre el avión, acomodando la funda para camuflarlo, de modo que no pudiera ser detectado desde el aire. Otro avión tendría que volar a menos de seis metros de altura para percibirlo.

Jordana se volvió hacia Hyatt, que estaba cerca, con los ojos fijos en el avión.

—Ha aterrizado usted espléndidamente, capitán. Gracias.

—Ha sido un momento espeluznante. Creí que íbamos a chocar contra esos árboles en el fondo de la pista. —Se volvió hacia el avión—. ¿Por qué supone que han construido aquí una pista tan grande? Por lo que parece, hace unos tres años que no ha sido utilizada.

—No lo sé, capitán —dijo ella.

El individuo llamado Fuad se les acercó.

—Bien. Adelante... —Su inglés tenía acento norteamericano. Señaló con el arma hacia el bosque.

Jordana se acercó a los niños, que estaban con la *nanny* y la doncella, Magda. Los niños contemplaban con gran interés cómo camuflaban el avión. Los tomó de la

mano y esperó.

Frente a ellos había dos soldados con unos toscos y mal cortados uniformes de batalla. No había en ellos marcas que indicaran a qué Ejército pertenecían. Ante una señal de Fuad, echaron a andar, delante de los demás. Unos soldados los rodearon; otros se situaron detrás. Todos los apuntaban con sus rifles.

Jordana caminaba en silencio con los chicos. Leila y Ramadán habían desaparecido. Habían sido los primeros en bajar del avión y, unos minutos después de aterrizar, ya no se los vio por parte alguna.

La selva se espesaba y las ramas de los árboles y los matorrales los arañaban y desgarraban sus ropas. Jordana procuró proteger a los niños, pero, en cinco minutos, sus caras y brazos estuvieron llenos de rasguños. Llamó a la *nanny*.

—Anne, si usted, Magda, Margaret y yo caminamos al frente, con los niños detrás, ellos no recibirán tantos rasguños.

La *nanny* asintió y las otras muchachas se les unieron, formando un semicírculo con los niños en medio.

Unos momentos después salían del bosque y emergían a un camino estrecho y angosto. Había allí dos *jeeps*, cada uno con su chófer.

—A los coches —ordenó Fuad—. Las mujeres y los chicos en el primero, los hombres en el segundo.

Un momento después, los vehículos se ponían en marcha. Era un camino tortuoso y lleno de baches; una serpenteante senda que parecía entrar y salir del bosque, y que seguía ascendiendo continuamente por la ladera de la montaña. Después de unos diez minutos el aire pareció más fresco.

Jordana miró hacia el cielo. Anochecía. Llegaba ya la noche. Se volvió hacia los niños, lamentando no haber traído sus abrigo. Pero habían quedado en el avión, junto con todo lo demás.

Cinco minutos después emergieron a un claro. En el borde del claro había un grupo de ruinosas construcciones de madera. Las construcciones estaban rodeadas por un muro bajo, y en lo alto del muro, a intervalos, habían apostado pesadas ametralladoras. Cada ametralladora era custodiada por dos soldados. Y había reflectores en todos los rincones.

Jordana miró a los soldados cuando entraban al campo, y ellos le devolvieron la mirada con evidente interés. Algunos lanzaron exclamaciones atrevidas, pero no pudo entender nada por el ruido de los motores de los *jeeps*.

Los *jeeps* se detuvieron ante el más grande de los edificios. El chófer les hizo señas de que descendieran.

Dos hombres salieron de la casa y permanecieron mirándolos. Ramadán, ahora vestido de uniforme, era uno de ellos. Pero Jordana tuvo que mirar dos veces antes de reconocer al otro. El uniforme la había desorientado. El segundo soldado era Leila.

Leila se le acercó. De alguna manera, con el uniforme, parecía más corpulenta y más ruda. Toda la belleza que Jordana había percibido en ella estaba borrada por la

brutalidad de sus modales.

—Usted ocupará una cabaña con los chicos y las otras mujeres —dijo—. Los hombres irán a otra. Les traerán la cena dentro de una hora. Después de cenar las luces se apagarán toda la noche. No se permite fumar cuando está oscuro. Desde el cielo la luz de un cigarrillo puede ser vista desde kilómetros de distancia. Cualquier infracción a las reglas será severamente castigada. ¿Entiende?

—No lograrás triunfar —dijo Jordana—. Cuando tu padre se entere de esto, no te quedará un rincón donde esconderte ni en el cielo ni en la tierra.

Leila le lanzó una mirada de desprecio.

—Mi padre hará lo que le diga..., es decir, si quiere volver a ver vivo a cualquiera de ustedes.

Tuvieron que esperar a la mañana siguiente para tener noticias. La voz graznó en la línea telefónica.

—Tenemos cosas importantes que discutir —dijo—. Demasiado importantes para tratarlas por teléfono. Creo que una reunión entre nosotros redundaría en mutuo beneficio.

La voz de Baydr fue helada.

—Es posible.

—¿Dónde quiere usted que nos reunamos? —preguntó Yasfir.

—Estoy en mi despacho.

—No me parece una buena idea. Con todo el respeto que usted me merece, habrá allí demasiadas ocasiones de que nos oigan.

—Estaremos solos.

—Solo Alá sabe cuántas chinches hay ocultas en las paredes de los edificios —dijo Yasfir.

—¿Dónde sugiere usted?

—¿No le parece un lugar mutuamente grato un banco en el parque que queda frente a su hotel?

—¿A qué hora estará usted allí?

—Puedo llegar en quince minutos.

—De acuerdo. —Baydr colgó el teléfono. Pulsó el timbre de su escritorio. Dick entró en el despacho.

—Quiere verme en el parque frente al hotel. ¿Cree usted que nuestro especialista en electrónica podrá oír la conversación con un micrófono telescópico desde aquí?

—No lo sé. Podemos intentarlo.

—Llámele entonces. Solo tenemos quince minutos.

El hombre llegó al despacho en menos de diez. Baydr lo llevó a la ventana y señaló el parque.

—¿Podrá escucharnos desde aquí?

—Tal vez —contestó el hombre—. Depende de muchas cosas. Los ruidos de la calle. El movimiento. Ayudaría si se quedan ustedes quietos en un lugar.

—No sé —dijo Baydr—. Dependerá mucho del otro hombre.

—Lo intentaré. Veremos qué pasa.

El hombre trabajó rápidamente. Estaba controlando los amplificadores cuando Dick asomó la cabeza por la puerta.

—Casi es la hora.

De mala gana, Baydr se dispuso a salir. Hubiera querido quedarse unos minutos más para saber si el micrófono electrónico funcionaba, pero tenía miedo de retrasarse.

Atravesó el despacho en dirección a la puerta. Jabir se puso de pie para seguirlo.

Baydr hizo un gesto.

—Espera aquí —dijo.

Jabir volvió a su asiento. En cuanto la puerta se cerró tras Baydr, Dick le hizo una seña.

—Tu patrón estará en el parque al otro lado de la calle —dijo—. Síguelo, pero a distancia, y no dejes que te vea. Tengo miedo por él.

Jabir asintió y, sin hablar, dejó la oficina. Cuando salió del hotel Baydr ya cruzaba la calle. Jabir se plantó cerca de la esquina, en un lugar donde podía verlo todo el tiempo.

Baydr cruzó la calle y entró en el pequeño parque. Una anciana estaba sentada en el primer banco, arropada contra el frío viento del otoño, dando de comer a las palomas. Baydr se sentó en el extremo del banco, apartado de la vieja. Miraba a un lado y a otro del camino. No había nadie allí..., ni siquiera empleados de oficina que tomaban un atajo para llegar a su trabajo. Buscó un cigarrillo.

Quince minutos después fumaba ya el cuarto cigarrillo, y empezaba a preguntarse si Yasfir habría querido desorientarlo, cuando bruscamente la vieja se levantó y abandonó el banco. Los ojos de Baydr la siguieron con curiosidad cuando se dirigió a la acera que bordeaba el parque y tomó un taxi. Era raro que una mujer tan mal vestida pudiera pagar un taxi. Después, súbitamente, tuvo una idea. Miró el rincón del banco donde la vieja había estado sentada. Allí, bajo la bolsita de cacahuets que había dejado, había una hoja de papel blanco corriente. Sus ojos recorrieron el mensaje escrito a máquina.

Pido disculpas por no acudir a la cita, pero asuntos importantes me alejan del país. Además, nuestro encuentro no tendría ningún propósito efectivo, porque nuestras peticiones son simples y pueden ser transmitidas en una hoja de papel. Me complace informarle que su mujer y sus hijos han llegado felizmente a su destino y están todos bien. Mañana por la mañana recibirá usted una grabación con la voz de su esposa para tranquilizarlo sobre este hecho. Para garantizar nuestro continuo interés en el bienestar de ellos, deberá usted cumplir los siguientes requisitos:

1. Depositará cien mil \$ USA cada mañana antes de las 12 a. m. en la cuenta N. AX1015 de la Banque d'Assurance de Ginebra. Esto es para reembolsarnos los gastos que nos producirá el cuidado de su familia mientras sean nuestros huéspedes.
2. Permita que los embarques rescindidos continúen como se había planeado. El próximo embarque tendrá lugar dentro de cuatro días a partir de ahora, y será seguido por un embarque cada dos días hasta fin de año.
3. Preparará usted y firmará, en blanco, un instrumento efectivo de transferencia por la cantidad equivalente a un 50% de las acciones de su compañía. Esto, junto con un pago de diez millones de \$ USA, será transferido a la cuenta del Banco señalado, no más tarde del 5 de enero de 1974.

En caso de que cumpla rápidamente con todos estos requisitos, su esposa y sus hijos le serán devueltos antes del 10 de enero, a tiempo para la investidura de su hijo mayor como príncipe. Cualquier ruptura del secreto de este acuerdo, o el hecho de no cumplir con los términos tal como han sido especificados, podrá provocar la muerte de uno o todos los miembros de su familia. Como otra prueba de nuestra buena voluntad y para asegurarle a usted

que todos se encuentran bien, recibirá usted diariamente en su oficina de Ginebra una grabación con la voz de su esposa, en la cual ella leerá un titular del *Paris Herald Tribune* del día anterior y añadirá también algunas palabras personales referentes a su situación en general. Naturalmente, esperamos su ayuda en la guerra contra nuestro común enemigo.

Idbah al-adu.

Estaba firmado por la HERMANDAD DE LUCHADORES PALESTINOS POR LA LIBERTAD.

Lentamente, Baydr se puso de pie y regresó a su oficina en el hotel. Dick lo esperaba en la puerta.

—¿Qué pasó? No hemos visto a nadie y no pudimos escuchar nada.

—No ha ido nadie —dijo Baydr—. Solo han dejado esto... —Tendió el papel a Dick, que le siguió al despacho.

Fue detrás del escritorio y se dejó caer pesadamente en el sillón. Dick siguió leyendo el papel mientras el experto en electrónica recogía su equipo y partía.

—Están locos —dijo Dick al terminar de leer—. No hay manera de que pueda usted cumplir con esto.

Baydr asintió, abrumado. No había manera de cumplir con la tercera y última petición. Él no era dueño del 50% de las compañías que estaban a su nombre. Como máximo poseía un 20%.

—Yo lo sé y usted lo sabe —dijo con voz cansada—. Pero ellos no lo saben. ¿Y cómo negociar con alguien que no habla con uno? ¿Alguien a quien no vemos?

—Tenemos que encontrarlos. Debe haber algún medio.

—Los encontraremos seguramente, pero lo que me preocupa es lo que pasará con Jordana y los niños cuando los encontremos.

—¿Qué podemos hacer entonces? —preguntó Dick.

—Primero debemos ocuparnos de efectuar diariamente ese depósito, y dejaremos seguir los embarques, tal como piden. Esto nos dará tiempo.

—Esos embarques pueden provocar la muerte de centenares de personas en los Estados Unidos. No quiero tener eso sobre mi conciencia.

—Tampoco yo. Encontraremos alguna manera de detener los embarques cuando lleguen a puerto.

—¿Cómo piensa hacer eso?

—Tengo un amigo en Nueva York. Paul Gitlin. Es abogado, hombre de gran fuerza moral y con un fuerte sentido de la justicia. Estoy seguro de que entenderá mi posición y respetará el secreto. Encontrará la manera de detener los embarques y de protegernos al mismo tiempo.

—¿Y luego?

—Tenemos que utilizar el tiempo para averiguar dónde tienen secuestrada a mi familia y liberarlos. Ocúpese de los depósitos bancarios y telefonee a Nueva York —dijo, sin volverse.

—Sí, señor —dijo Dick, listo ya para dejar la oficina.

—Otra cosa, Dick...

Dick se volvió.

Baydr le miró de frente. Había en su cara arrugas que Dick nunca había visto antes.

—Llame a Uni-Jet y resérveme un avión. Recogeré a mi padre en Beirut e iremos juntos a ver al príncipe. Quizás él pueda ayudarnos.



El viejo príncipe dejó de leer la hoja de papel, después se quitó las gafas con dedos vacilantes. Su arrugada cara de halcón bajo la *ghutra* miró a Baydr y a su padre, comprensivamente.

—He oído hablar de esa organización —dijo—. Son un grupo que se ha separado de Al Fatah debido a sus tendencias nihilistas.

—Ya he oído eso, Alteza —dijo Baydr—. Pensé que, con vuestra protección, quizá tengamos bastante apoyo como para hacerlos salir a la luz.

—¿Y qué harás entonces? —preguntó el príncipe.

—Los destruiré —dijo Baydr salvajemente—. Son ladrones, chantajistas y asesinos. Disminuyen y deshonoran la causa a la que pretenden servir.

—Todo lo que dices es verdad, hijo mío. Pero no podemos hacer nada.

—¿Por qué no? —preguntó Baydr. Hizo todo lo posible para contener su ira—. Se trata de vuestro heredero, Alteza, el heredero del trono, cuya vida está en peligro.

Los ojos del viejo fueron débiles y nebulosos, pero sus palabras sonaron claras y distintas.

—Todavía no es mi heredero. Y no lo será hasta que yo lo nombre.

—Entonces, ¿no nos ayudaréis? —preguntó Baydr.

—No puedo..., oficialmente —replicó el príncipe—. Y tampoco podrán ayudarte los jefes de otros Estados a los que recurras. Esa organización, la Hermandad ha ganado mucho apoyo entre ciertos elementos. Incluso Al Fatah opina que no hay que meterse con ellos... —tomó la hoja de papel y la tendió a Baydr.

Baydr la cogió en silencio.

—De manera no oficial, si encuentras dónde tienen secuestrada a tu familia esos demonios, puedes venir a pedirme todos los hombres y todo el dinero que se necesite para liberarlos.

Baydr se puso de pie con el corazón dolido.

—Os agradezco vuestro ofrecimiento, Alteza —dijo como convenía. Pero sabía que era inútil. Sin ayuda oficial nunca se encontraría a los secuestrados.

El viejo príncipe suspiró al tenderle la mano.

—Si fuera más joven —dijo— te acompañaría en la búsqueda. Vete con Dios, hijo mío. Rogaré a Alá por la seguridad de tu amada familia.

Fuera del palacio, en el sol cegador, Dick esperaba en la limusina con aire acondicionado. Los vio avanzar hacia el coche.

—¿Qué ha dicho el príncipe? —preguntó.

—Que no puede hacer nada —contestó el padre de Baydr.

Baydr miró por la ventanilla mientras el coche enfilaba por el camino.

—Es inútil —dijo con voz apagada—. Nadie puede hacer nada. No hay nadie dispuesto a ayudarme.

Dick guardó silencio un largo momento. Había tanto que arriesgar, tantos años... Todo el trabajo, todo el esfuerzo que lo habían llevado a la posición que tenía, iba a hundirse de pronto. Pero había cosas que eran más importantes que su trabajo. La vida de unos niños inocentes, por ejemplo. Pensó en sus dos hijos, y en lo que sentiría si estuvieran en la misma situación. Aquello fue lo que finalmente lo decidió.

Se volvió en el asiento para encararse con Baydr.

—Sé de alguien que podría ayudarlo —dijo.

—¿Quién?

La voz de Dick fue tranquila:

—Los israelíes.

La risa de Baydr sonó amarga.

—¿Por qué van a ayudarme? Soy, por nacimiento, su enemigo.

Samir miró a su hijo.

—Los hombres no han nacido enemigos. Es algo que aprenden después.

—¿Y qué importa eso? —replicó Baydr, con sarcasmo. Se volvió hacia Dick—. ¿Por qué van a ayudarme? —preguntó otra vez.

Los ojos de Dick se clavaron en los de él directamente.

—Porque yo se lo pediré a ellos —dijo tranquilamente.

Baydr guardó silencio un momento. Después, un leve y pesado suspiro se escapó de sus labios.

—¿Trabaja usted para ellos?

Dick asintió.

—Sí.

—Usted no es israelí —dijo Baydr—. ¿Por qué lo hace?

—Mis padres volvieron a vivir a Jordania —dijo Dick—. Un día, un hombre llamado Alí Yasfir fue a visitarlos y les pidió que permitieran que su organización usara como base su pequeña aldea. Después de tres meses en los que tres muchachas fueron violadas y muchas insultadas, los aldeanos pidieron que se fueran. La respuesta de los *fedayines* fue la muerte.

Alí Yasfir en persona condujo a sus hombres a una matanza sistemática, casa por casa, en la aldea. Solo un niño y dos chicas pudieron escapar. Nos contaron la verdadera historia, mientras los *fedayines* proclamaban a voz en cuello la última atrocidad israelí. Las dos chicas vieron personalmente a Alí Yasfir asesinar a mi madre y a mi padre.

—Y, ahora que usted me ha traicionado —dijo Baydr, amargamente—, cree que debe ayudarme.

Dick enfrentó sinceramente su mirada.

—No es por ese motivo. Sino porque ambos creemos que los árabes y los israelíes

pueden vivir y trabajar juntos en paz. Son los hombres como Alí Yásfir los que matan esa posibilidad. Ellos son nuestros enemigos. Ellos deben ser destruidos.

Baydr miró a los dos hombres que estaban en la puerta. Parecían más árabes que él o que su padre. El viejo era alto. El pañuelo de su cabeza casi le cubría la cara, excepto la gran nariz de halcón, y su polvoriento y descolorida chilaba se arrastraba por el suelo. El joven era moreno y tostado, con un pesado bigote sirio sobre los labios. Llevaba una descolorida camisa caqui y pantalones del mismo tono.

Baydr y su padre se levantaron cuando el general Eshnev los condujo hasta ellos.

—El doctor Al Fay, el señor Al Fay..., el general Ben Ezra.

El general miró fijamente a Samir por un momento, después, sonrió.

—Ha pasado mucho tiempo, amigo.

La cara de Samir se puso súbitamente pálida. Sintió que temblaba por dentro. Por el rabillo del ojo miró a Baydr, esperando que no percibiera su nerviosismo. Baydr miraba al general.

—Y este es su hijo... —dijo el general—. Alá ha sido bueno con usted. Es un hombre cabal.

El nerviosismo de Samir desapareció.

—Me alegra volver a verle, general.

Baydr miró a su padre.

—¿Ustedes se conocían?

Su padre asintió.

—Nuestros senderos se cruzaron una vez en el desierto. Hace muchos años.

El general Eshnev habló rápidamente.

—Debo repetir nuestra posición oficial, señores, para que la entiendan claramente. Por el momento existe un delicado alto el fuego, de manera que no podemos apoyar ninguna acción oficial que suponga penetrar en territorio enemigo. Tal acción podría destruir los sinceros esfuerzos que se hacen para mantener la paz que Israel desea tan profundamente.

Se detuvo para tomar aliento.

—Pero no podemos hacer nada contra las acciones de ciudadanos particulares mientras ignoremos lo que están haciendo. ¿He hablado con claridad?

Los otros asintieron.

—Bueno —prosiguió—, el general Ben Ezra es, naturalmente, un ciudadano particular. Hace muchos años que se ha retirado del Ejército israelí. Y lo mismo ocurre con el joven que lo acompaña. Antiguo sargento primero en el Ejército sirio, fue tomado prisionero en las alturas del Golán y, a petición del general, fue puesto bajo su custodia. Su nombre es Hamid.

El sirio se inclinó respetuosamente.

—Me siento muy honrado.

—El honor es nuestro —replicaron Baydr y su padre.

—Y ahora, señores, debo dejarles —dijo el general Eshnev—. Desgraciadamente, tengo deberes que me reclaman en otra parte.

Cuando la puerta se cerró tras él, los otros se sentaron ante la mesita redonda. Ben Ezra sacó varios mapas que llevaba bajo la chilaba. Los tendió sobre la mesa.

—Hace una semana, tras la llegada de ustedes a Tel Aviv, me informaron de su problema. Por mi propia cuenta, decidí examinar la posibilidad de un plan de rescate. Pero primero comprendí que debíamos localizar el campo en el que mantienen a los secuestrados. Para esto pedí que se liberara a Hamid y lo pusieran bajo mi custodia. Hace muchos años, cuando ambos éramos muy jóvenes, el abuelo de Hamid y yo combatimos juntos en el Ejército inglés, y Hamid, siguiendo la tradición de su familia, es un soldado profesional. Supe que antes de la guerra el último trabajo de Hamid había sido el de instructor en un campamento especial donde la Hermandad entrenaba a un Cuerpo femenino similar a los de Al Fatah. La cosa fracasó.

Miró a Baydr, después continuó con el mismo tono tranquilo:

—Su hija Leila pasó tres meses en ese campamento. Hamid me ha informado que ella era un buen soldado, mucho más seria que las otras en el cumplimiento de su deber, y mucho más idealista en política. Cuando dejó el campo, Hamid la acompañó hasta Beirut, donde él se quedó hasta que decidió volver a Siria para ejercer tareas militares, ya que no había más oportunidades para los mercenarios entre los *fedayines*.

Baydr miró a Hamid.

—Entonces, usted conoce a mi hija...

—Sí, señor.

—¿Le habló alguna vez de mí?

—No, señor.

—¿De qué hablaban?

—Generalmente, de liberar Palestina —contestó Hamid—. Ella suponía que no eran únicamente los judíos los que obstaculizaban la liberación, sino también los ricos, los árabes de élite que querían perpetuar su poder sobre la tierra y sobre los pueblos.

—¿Cree usted que me incluía en ese grupo?

Hamid vaciló, después asintió.

—Sí, señor. Creo que lo incluía.

Baydr se volvió hacia Ben Ezra.

—Perdón, general. Todavía estoy procurando entender qué pasó...

El general asintió. Miró el mapa y señaló un punto.

—Creemos haber localizado el campo donde deben estar. ¿Dice usted que su avión es un 707?

—Sí.

—Entonces estoy seguro de que lo tenemos —dijo el general, y una leve nota de

triunfo asomó en su voz—. Existe un antiguo campamento construido por los sirios y que ha sido abandonado hace más de diez años. Está situado al norte del límite con Jordania, al oeste de su país. Cuando lo construyeron pensaban usarlo como base para bombarderos gigantes, pero como no podían comprar los aviones, todo el proyecto fue abandonado. La pista de aterrizaje existe todavía, y corren rumores en los alrededores de que el campamento ha sido ocupado por la Hermandad. De todos modos, hay una gran dificultad: la pista de aterrizaje está en las montañas, sobre una meseta a unos setecientos metros de altura, y el campo mismo está unos ciento cincuenta metros más alto. Solo existen dos maneras de penetrar. Podríamos ir por aire, pero el ruido de los aviones los pondría demasiado alerta, y ejecutarían a los cautivos antes de que pudiéramos rescatarlos. El otro camino es ir a pie. Para evitar ser detectados tendríamos que partir a unos ochenta kilómetros del campo, ocultándonos durante el día y viajando de noche por un terreno terriblemente difícil, y deberemos atacar la tercera noche. Mi cálculo, basado en el tamaño del campo, es que debe haber allí por lo menos unos cien hombres. De manera que, aunque tengamos éxito y liberemos a los cautivos, nos quedará el problema de ponerlos a salvo antes de que nos persigan.

Los miró.

—¿Alguna pregunta?

—¿Cómo sabemos que están en ese lugar? ¿O que seguirán allí cuando lleguemos? —preguntó Baydr.

La voz del general fue seca.

—No lo sabemos. Pero debemos arriesgarnos. Por el momento no queda otra posibilidad. A menos que sepa usted de algún otro lugar donde pueda aterrizar un 707.

—No conozco otro lugar.

—Entonces es usted quien debe decidir si vamos o no.

Baydr miró un momento a su padre, después se volvió hacia el general.

—Iremos.

El general sonrió.

—Bien dicho. Como se trata de una acción no oficial, necesitaremos reclutar voluntarios. Yo diría unos quince, no más de veinte hombres. Más serían difíciles de manejar y nos haría demasiado visibles. Habrá que pagarles un salario muy elevado, lógicamente, porque es un trabajo peligroso.

—Daré lo que me pidan.

—Bien. Conozco diez hombres de los que puedo estar seguro.

—Me gustaría ser uno de los voluntarios —dijo Hamid—. He estado una vez en ese campo. Conozco la disposición.

—Aceptado —dijo el general, sombríamente—, aunque usted ya ha sido incluido.

—Mi príncipe me ha prometido todos los hombres que necesitamos —dijo Baydr.

—¿Son buenos?

—Su guardia personal está formada por guerreros de las montañas del Yemen.

—Servirán —dijo el general. Los guerreros montañeses del Yemen eran considerados los luchadores más salvajes del Islam—. Necesitaremos quince equipos, fusiles, granadas, lanzaproyectiles portátiles, comida, agua y otros suministros, al igual que aviones para que nos lleven al punto de partida. Será costoso.

—Tendrá usted todo lo necesario.

—Algo más. Necesitaremos un helicóptero para que nos saque de allí. Su llegada a la pista debe ser simultánea con el ataque.

—También lo tendrá —dijo Baydr.

El general asintió.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en estar listos? —preguntó Baydr.

—Tres días, si sus hombres pueden llegar aquí entretanto.

—Estarán aquí —contestó Baydr. Se volvió hacia su padre—. ¿Quieres tener la bondad de ir a ver al príncipe y reclamarle la ayuda que me prometió? Yo quiero quedarme aquí con el general para que todo esté preparado y en orden.

Samir asintió.

—Lo haré.

—Gracias, padre.

Samir lo miró.

—Son también mis nietos... —Se volvió hacia Ben Ezra—. Mi más honda gratitud, amigo mío —dijo—. Una vez más, según parece, Alá me lo ha enviado a usted en tiempo de necesidad.

—No me lo agradezca, amigo —dijo Ben Ezra en árabe—. A mí me parece que ambos hemos sido bendecidos.

catorce

—Mamá, ¿cuándo vendrá papá a buscarnos?

Jordana miró la carita de Samir que asomaba de la manta que lo arropaba hasta el mentón. Miró a Mohammed en el otro camastro. Ya estaba dormido, con los ojos apretadamente cerrados, la cara contra la almohada. Se volvió hacia Samir.

—Pronto, tesoro, pronto —murmuró para tranquilizarlo.

—Quisiera que viniera mañana —dijo Samir—. No me gusta estar aquí. La gente no es simpática.

—Papá vendrá pronto. Cierra los ojos y duerme.

—Buenas noches, mamá.

Jordana se inclinó y lo besó en la frente.

—Buenas noches, querido. —Se incorporó y se dirigió al otro cuarto de la pequeña cabaña de dos habitaciones que ocupaban. Una lamparita a petróleo ardía en el centro de la mesita donde comían. Las otras mujeres estaban sentadas alrededor de la mesa, mirando la lámpara. Incluso la conversación se había secado. Después de dos semanas ya no les quedaba de qué hablar y, además, no tenían mucho en común.

—Los chicos duermen —dijo, para oír el sonido de una voz.

—Que Dios los bendiga, pobrecitos —contestó Anne, la *nanny*. Las otras ni siquiera levantaron la cabeza.

—¡Dios mío! —exclamó Jordana—. ¡Cómo estamos! ¡Nunca ha habido un grupo de mujeres tan harapientas como nosotras!

Esta vez las otras alzaron la vista.

—Tenemos que decidarnos —dijo Jordana con vigor—. Mañana tenemos que hacer algo por nosotras. Seguramente debe haber un poco de hilo y una aguja en este maldito campo.

—Si los hay —dijo Margaret, la azafata—, probablemente no nos lo darán. Tenemos toda la ropa necesaria en el avión, pero no mandarán a nadie a buscarla.

—Debemos insistir.

—No servirá de nada —dijo Margaret. Miró a Jordana—. No entiendo por qué el señor Al Fay no paga el rescate y nos saca de aquí.

Jordana la miró.

—¿Cómo sabe que no lo ha hecho? Tal vez nos retienen para obtener más.

—Para mí esto no tiene sentido —dijo Margaret. Se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar—. Esto es terrible. Solo nos dejan salir para ir al cuarto de baño, y aún entonces los guardias se quedan vigilando, con la puerta abierta. No nos dejan hablar con los hombres. Ni siquiera sabemos cómo están. Pueden haberles matado sin que lo sepamos.

—Están bien —dijo Jordana—. Vi a un hombre que les llevaba una bandeja con

comida el otro día.

Bruscamente, la azafata dejó de llorar.

—Perdón, señora Al Fay. No quise molestarla. Sencillamente, creo que ya no aguanto más. Eso es todo.

Jordana asintió, comprensiva.

—Creo que ninguna de nosotras aguanta más. Lo infernal es no saber qué está pasando. Lo saben, y por eso nos vigilan de la manera que lo hacen.

Se acercó a la ventana con tablones claveteados y espió por una rendija entre los tablones. No pudo ver nada, era de noche y estaba oscuro. Volvió a la mesa y se sentó en la silla que quedaba libre. Un momento después, ella también miraba con fijeza el brillo de la lámpara.

Perdió toda noción del tiempo. Ya no sabía si había pasado media hora o dos horas cuando la puerta de la cabaña se abrió bruscamente. Jordana, al igual que las otras, miraron con sorpresa a los soldados que estaban en la puerta.

Uno de los soldados la señaló.

—Usted —dijo con voz ruda, en árabe—. Venga con nosotros.

—¿Yo? —preguntó, abrumada. Era la primera vez que sucedía aquello. Incluso las grabaciones diarias se hacían en la cabaña. Le entregaban un recorte del *Herald Tribune* que llevaba un titular, la fecha y nada más. Ella lo leía ante el micrófono, y después añadía algunas palabras sobre sí misma y los niños. Luego, se llevaban el micrófono y la grabadora. Solo adivinaba que las grabaciones se utilizaban para asegurar a Baydr que todos estaban vivos y con buena salud.

—Sí, usted —repitió el hombre.

Las otras miraron, alarmadas.

—No se preocupen —dijo ella rápidamente—. Tal vez podamos saber algo más. Volveré pronto y las informaré.

Se levantó de la silla y se dirigió a la puerta. Los soldados se pusieron a su lado y la acompañaron en silencio hasta la cabaña de la comandancia. Abrieron la puerta para hacerla pasar, la cerraron luego, y se quedaron fuera.

Permaneció allí parpadeando, con los ojos desacostumbrados al brillo de la luz. Aquí no había lamparitas de petróleo. En alguna parte, detrás del edificio zumbaba un generador. Electricidad. En el fondo, una radio transmitía música árabe.

Leila y Ramadán estaban sentados ante una mesa, con un tercer hombre que Jordana no reconoció hasta que se levantó a saludarla.

—*Madame* Al Fay —dijo, inclinándose.

Le miró, atónita.

—¡Señor Yasfir!

Yasfir sonrió.

—Veo que recuerda usted mi nombre. Me siento muy honrado.

No contestó.

—Espero que estén ustedes cómodos —dijo con suavidad—. Lamento no poder

corresponder al lujo de su hospitalidad, pero hacemos todo lo que podemos.

—Señor Yasfir —dijo Jordana con frialdad—. ¡Basta de mentiras y vayamos al asunto!

Los ojos de Yasfir se endurecieron.

—Casi había olvidado que es usted norteamericana. —Se echó hacia atrás y recogió una hoja de papel de escritorio—. Deberá usted leer esta declaración ante una grabadora.

—¿Y si me niego?

—Sería muy lamentable. ¿Sabe? El mensaje que deberá leer ante el micrófono es nuestro último esfuerzo para salvar su vida y la de sus hijos.

Apartó los ojos de Yasfir y miró a Leila. La cara de Leila era inexpresiva. Había una botella de Coca-Cola sobre la mesa, vacía a medias. Se volvió hacia Yasfir.

—Lo haré.

—Venga. —La condujo hasta un rincón del cuarto, donde habían colocado la grabadora, en una mesa entre dos sillas. Tomó el micrófono y se lo tendió—. Hable lenta y claramente —dijo—. Es importante que se entienda cada palabra de esta grabación... —apretó el botón del contacto—. Empiece.

Jordana miró el papel y empezó a leer fuerte.

Baydr: Leo este mensaje porque es un aviso final y quieren que yo lo sepa, al igual que tú. Acaban de enterarse de que todos los embarques realizados bajo el acuerdo que tenían contigo han sido confiscados en los Estados Unidos. Saben que tú eres responsable de esas pérdidas, por lo que deberás añadir ahora diez millones de dólares USA adicionales el lunes siguiente al recibo de esta grabación, y no más tarde, en la cuenta que ya conoces. Si no lo haces, o si vuelven a confiscar algún embarque, esto será considerado como una ruptura del acuerdo y dará como resultado la aplicación inmediata de la última pena. Solo tú puedes impedir que tu familia sea ejecutada... —Jordana hizo una pausa y miró a Yasfir, horrorizada.

Él indicó con un gesto que siguiera leyendo.

También se ha sabido que has recurrido a tu príncipe y a otras fuentes árabes pidiendo ayuda. Confiamos en que ahora estés convencido de que el mundo árabe está con nosotros. Y te aconsejan que no pierdas más tiempo buscando una ayuda que no encontrarás.

Yasfir le arrebató el micrófono de la mano y habló él.

—*Este es nuestro mensaje final. No habrá más avisos, Solo acción.*

Apretó el botón para detener el mecanismo.

—No puede decir usted eso en serio —dijo Jordana.

Yasfir sonrió.

—Claro que no —replicó—. Pero su marido es un hombre muy difícil, como usted sabe. Debe quedar convencido de nuestra amenaza. —Se puso de pie—. Estará usted exhausta —dijo—. ¿Me permite que le ofrezca un trago?

Jordana se sentó pesadamente, sin contestar. De pronto, todo resultaba excesivo

para ella, no podía entender nada. Era algo más que un secuestro: había implicaciones políticas que no se le habían ocurrido antes. Le parecía que no había forma humana de que Baydr pudiera responder a todas las exigencias que le planteaban.

Iba a morir. Ahora lo sabía. Lo raro era que no la importaba. Aunque viviera, ya no le quedaba nada en la vida. Ella misma había destruido cualquier posibilidad que le hubiera podido quedar de recobrar el amor de Baydr.

Después, un estremecimiento helado la traspasó. Los niños. Ellos no habían hecho nada para merecer esta suerte. Ellos no debían pagar por los pecados de sus padres.

Se puso de pie.

—Me parece que acepto ese trago —dijo—. ¿Tiene vino, por casualidad?

—Sí. —Se volvió—. Leila, trae la botella de vino.

Leila lo miró fijamente y después, con lentitud, se puso de pie. De mala gana, pasó al otro cuarto y volvió con el vino. Lo colocó sobre la mesa y se dirigió otra vez a su sitio.

—Dos vasos, Leila —dijo Yasfir.

Leila se acercó a un armario y volvió con dos vasos corrientes. Los colocó junto a la botella de vino y se sentó.

—No tenemos sacacorchos —dijo.

—No importa —dijo Yasfir. Tomó la botella y se dirigió hacia un lavabo en un rincón del cuarto. Dio un golpe seco con el cuello encorchado de la botella contra la porcelana. La botella se rompió limpiamente. Lo había hecho tan expertamente que solo se perdieron algunas gotas de vino. Volvió, sonriendo, y llenó los dos vasos. Los tomó, se volvió hacia Jordana, y le tendió uno.

Jordana miró, fascinada, el rojo vino en el vaso. No se movió. El color le recordaba la sangre. Su sangre. La sangre de sus hijos.

—Tome —dijo él, con rudeza.

La voz rompió la parálisis que se había apoderado de ella.

—¡No! —exclamó bruscamente, golpeando el vaso con la mano—. ¡No!

El vaso chocó contra el pecho de él, manchando su traje y su camisa con vino rojo. Yasfir miró sus ropas, después la miró a ella, y una violenta cólera saltó a sus ojos.

—¡Putá! —exclamó, abofeteándola.

Jordana cayó al suelo. Era raro que no sintiera dolor, solo pesadez. El cuarto parecía girar a su alrededor. Después vio la cara de Yasfir que se inclinaba sobre ella, y vio su mano. Cerró los ojos mientras el dolor estallaba en su cara, primero en una mejilla, después en la otra. En la distancia le pareció oír el ruido de las carcajadas de Leila.

Después, las explosiones terminaron, y sintió que unas manos desgarraban sus ropas. Oyó el rasgarse de la tela cuando él tiró de su vestido. Abrió los ojos. Súbitamente, el cuarto se había llenado de soldados.

Yasfir estaba ante ella, con la cara roja por el esfuerzo; junto a él estaba Leila, con una extraña alegría en los ojos. Lentamente, volvió la cabeza. Los dos soldados que la habían traído la miraban y, junto a ellos, estaban los dos guardias que custodiaban la cabaña y, detrás, otros soldados que nunca había visto. Pero todas las caras parecían ser la misma, todas tenían la misma expresión sensual y feroz. Solo Ramadán no se había movido. Seguía en su silla, con una expresión de desdén en el rostro.

Súbitamente, fue consciente de su desnudez. Movi6 las manos, procurando cubrirse de los ojos que la devoraban.

Leila rio de nuevo.

—La ramera oculta lo que una vez tuvo tanto orgullo en mostrar. —Se dejó caer sobre una rodilla; agarró las muñecas de Jordana, apartó los brazos del cuerpo, la tendió en el suelo, con los brazos abiertos. Miró a los soldados—. ¿Quién quiere ser el primero en aprovecharse de la puta de mi padre?

—¡La esposa de tu padre! —chilló Jordana, luchando para soltarse de las manos de Leila—. ¡Estamos casados de acuerdo al Corán, ante los ojos de Alá!

Hubo un súbito silencio en el cuarto. Un cambio sutil se había producido en los soldados. Torpemente, incómodos, se miraron entre sí; después, lentamente, se dirigieron a la puerta.

—¡No seáis cobardes! —gritó Leila tras ellos—. ¿Tenéis acaso miedo de probar vuestra virilidad con esta puta?

Los soldados no se volvieron a mirar. Uno tras otro salieron de la cabaña. Solo quedó Yasfir, mirándolas. Después también se volvió, regresó ante la mesa y se sentó. Se llevó el vaso de vino a los labios, con dedos temblorosos, y lo vació de un solo trago.

De pronto, Leila le soltó las muñecas y se puso de pie. Miró a los dos hombres sentados ante la mesa, después se dirigió a un rincón del cuarto. Se dejó caer en la silla junto a la grabadora y se quedó allí en silencio, sin mirarlos.

Por primera vez Ramadán se movió. Se inclinó ante Jordana y pasó el brazo bajo sus hombros para sostenerla. Con suavidad, la ayudó a ponerse de pie.

En vano procuraba cubrirse con su vestido desgarrado. La condujo hacia la puerta, tomó una chaqueta de soldado que colgaba de la pared, y se la echó por encima. Abrió la puerta y llamó a los soldados que estaban fuera.

—Acompañen a *Madame Al Fay* de vuelta a su cabaña.

—Gracias —murmuró Jordana.

Ramadán no contestó.

—¿No hay esperanza para nosotros? —preguntó ella.

Aunque él no respondió, un sutil cambio en la expresión de sus ojos le dio la respuesta.

Lo miró a la cara.

—No me importa lo que hagan conmigo. Pero me importan mis hijos. Por favor, no los deje morir.

—No soy más que un soldado que debe obedecer las órdenes que recibe —dijo él, con simpatía—. Pero haré lo que pueda.

Jordana lo miró a los ojos, después asintió y se dio la vuelta. Estaba débil y se tambaleaba ligeramente. Uno de los soldados la agarró del codo para sostenerla. Curiosamente, sintió que recobraba la fuerza mientras andaba hacia la cabaña.

Había alguna esperanza. Tal vez no mucha, pero sí alguna.

quince

Hamid bajó sus gafas nocturnas. Desde su posición en los árboles que rodeaban el campamento había podido determinar en qué cabaña estaban secuestradas las mujeres. Los hombres debían estar en la cabaña contigua. Con cuidado, sin ruido, se deslizó por el tronco del árbol.

Ben Ezra le miró.

—¿Y bien?

—He localizado las cabañas donde guardan a los prisioneros. Están en el centro del campamento. Deberemos pasar ante las otras cabañas para llegar hasta ellas. En la primera están los hombres; en la segunda, las mujeres. Cada cabaña está custodiada por dos guardias delante y dos detrás. La cabaña de la comandancia es la más grande, junto a la entrada. En este momento hay tres *jeeps* parados ante ella.

—¿Cuántos hombres calcula que hay allí?

Hamid calculó rápidamente. Doce ametralladoras montadas sobre los muros, dos hombres siempre de guardia frente a cada una. Si cada hombre cubría doce horas, aquello solo representaba cuarenta y ocho hombres. Ocho guardias para los prisioneros en las cabañas. Además de los otros que había visto.

—Noventa, quizá cien.

Ben Ezra asintió, pensativo. Contaba como máximo con dieciocho hombres para el asalto. Tenía que dejar atrás dos hombres para proteger la pista de aterrizaje que habían tomado hacía menos de una hora. Había estado custodiada por siete soldados de la Hermandad. Ahora todos estaban muertos. Los yemeníes habían pedido permiso para tomar la pista, y él se lo había otorgado. Demasiado tarde había recordado que los yemeníes no hacen prisioneros.

Había querido que Baydr y Carriage se quedaran en la pista, pero Baydr había insistido en acompañarlo, de modo que tuvo que designar para que quedaran de guardia a dos de sus voluntarios, hombres que le era difícil sustituir. Miró su reloj. Eran las diez. A las cuatro de la madrugada el gran helicóptero que Baydr había contratado los esperaba en la pista de aterrizaje. El doctor Al Fay, con un equipo completo y otros médicos, esperaba allí. Todo tenía que hacerse minuciosamente cronometrado, de manera que llegaran a la pista de aterrizaje antes de que se organizara la persecución.

El ataque debía iniciarse a las dos. Tenían que estar en camino para la pista de aterrizaje no más tarde de las tres. Una hora era apenas tiempo para el viaje a pie, especialmente no sabiendo en qué condiciones estaban los ocho prisioneros. Esperaban que estuvieran lo bastante fuertes como para cubrir la distancia sin ayuda. Si era necesario transportar a alguno, tal vez no pudieran contar con bastantes hombres para hacerlo.

Miró otra vez su reloj. Faltaban cuatro horas para la hora cero. Miró a Hamid.

—¿Cree usted poder penetrar y colocar las bombas de plástico?

—Lo intentaré.

—Lo primero que quiero destruir son esos cuatro reflectores gigantes. Después los *jeeps*.

Hamid asintió.

—Quiero que todos los relojes estén sincronizados para las dos.

—Se hará —dijo Hamid.

—¿Necesita ayuda?

—Un hombre no me vendría mal —dijo Hamid, cortésmente.

Ben Ezra se volvió y miró a los soldados. Todos eran profesionales, todos altamente entrenados. Realmente, no podía prescindir de ninguno; tenía una tarea para cada uno. Sus ojos se fijaron en Jabir. El hombre no era joven, pero tenía un aire de tranquila responsabilidad. Le clavó los ojos y le llamó con un gesto.

—Hamid necesita un hombre que lo ayude con las bombas de plástico —dijo Ben Ezra—. ¿Quiere usted hacer de voluntario?

Jabir miró a Baydr.

—Será para mí un honor si usted protege a mi patrón durante mi ausencia.

Ben Ezra asintió.

—Lo guardaré como si fuera mío... —Más adelante, el pensamiento de lo que había dicho volvió a él. Era suyo.

Llamó al cabo israelí encargado de aquel grupo.

—Prepare los lanzaproyectiles y apunte a los muros debajo de las ametralladoras. Después de eso, el blanco debe ser la cabaña de la comandancia.

El israelí saludó y se alejó.

Ben Ezra se dirigió al capitán yemení.

—He elegido a sus soldados para dirigir el asalto. A la primera detonación de las bombas deben apoderarse de tantos hombres junto a las ametralladoras como sea posible. Después, sin esperar los resultados, deberá usted seguirme por la puerta y desplegar sus hombres alrededor de las cabañas de los soldados mientras nosotros buscamos a los cautivos.

El capitán saludó.

—Agradecemos el honor que nos ha otorgado usted. Cumpliremos con nuestro deber hasta la muerte.

Ben Ezra devolvió el saludo.

—Gracias, capitán.

Se volvió y miró los muros del campamento. Brillaban fantasmagóricamente blancos bajo la pálida luna. Se volvió. Los hombres se diseminaban ya, tomaban posiciones, se preparaban para el ataque. Lentamente, se dirigió hacia Baydr y Carriage y se puso en cuclillas junto a ellos.

—¿Cómo andan las cosas? —preguntó Baydr.

Ben Ezra miró a su hijo. «Qué raro —pensó—. Podríamos haber sido tanto el uno para el otro. Y, sin embargo, los caminos del Señor sobrepasaban el entendimiento humano. Después de tantos años, estaban juntos de nuevo, superando sus diferencias religiosas, luchando juntos frente a un enemigo común...»

El viejo parecía sumido en sus pensamientos.

—¿Cómo andan las cosas? —repitió Baydr.

Los ojos de Ben Ezra se aclararon. Movi6 con lentitud la cabeza.

—La cosa marcha —dijo—. A partir de este momento estamos en las manos de Dios.

—¿A qué hora atacamos?

—A las dos... —Su voz se volvió grave—. Y no quiero que usted nos estorbe. No es usted soldado y yo no quiero que le maten. Debe esperar aquí hasta que yo le llame.

—Es mi familia la que está allí —dijo Baydr.

—No les hará usted ningún bien si le matan.

Baydr se apoyó contra el tronco del árbol. El general era un viejo muy notable. En dos noches de larga y ardua marcha por el peor terreno que Baydr había visto, el general se había movido con tanta agilidad y rapidez como cualquiera de ellos. Ni una sola vez Baydr le había visto cansado. ¿Cómo le llamaban los israelíes? ¿El León del Desierto? Era un nombre merecido.



Ben Ezra se volvió hacia el cabo israelí.

—Quince minutos para la hora cero. Haga correr la voz.

El soldado salió corriendo inmediatamente. El general parecía preocupado.

—Hamid y Jabir no han regresado.

Baydr se puso de pie. Miró hacia el campo. Todo estaba tranquilo.

Se oyeron crujir unos árboles vecinos. Un momento después aparecieron Hamid y Jabir.

—¿Por qué han tardado tanto? —preguntó el general, enojado.

—Tuvimos que esquivar a los guardias —dijo Hamid—. Merodean por el lugar como moscas. Creo que mi cálculo ha sido bajo. Tal vez haya ahí ciento cincuenta hombres.

—Eso no cambia nada —dijo Ben Ezra—. Usted se quedará cerca de mí cuando entremos. En cuanto comiencen los disparos, los israelíes nos ayudarán a liberar a los rehenes.

—Sí, general. —Hamid miró alrededor. Baydr no podía escucharlo—. He visto a la hija. Estaba en la cabaña de la comandancia. Había dos hombres con ella. Uno de ellos era Alí Yasfir. No conozco al otro.

Ben Ezra hizo una mueca. Le gustara o no, la muchacha era su nieta.

—Haga correr la voz de que, si es posible, no hieran a la chica —dijo.

—Sí, general. —Hamid echó a correr y desapareció entre los árboles.

Diez minutos para la hora cero. Ben Ezra buscó bajo su chilaba y desabrochó el cinturón con la espada. Con rapidez, volvió a ajustarlo sobre sus flotantes ropas. Del otro lado de la cintura extrajo de la vaina una cimitarra. El acero graciosamente curvado brilló a la luz de la luna. Ben Ezra se sintió joven una vez más. La espada, sin la cual jamás entraba en batalla, estaba a su lado. Todo andaba bien en el mundo.



Leila tomó una nueva botella de Coca-Cola y la llevó a la mesa.

—¿Cuándo regresas? —preguntó a Alí Yasfir.

—Por la mañana.

—Me gustaría irme contigo. Me estoy volviendo loca aquí. No hay nada que hacer.

—¿Eres la única muchacha en medio de cien hombres y te aburres?

—Ya sabes lo que quiero decir —contestó ella, enojada.

—Pronto terminará todo. Entonces podrás volver a Beirut.

—¿Qué les pasará a ellos cuando todo haya terminado?

Yasfir se alzó de hombros.

—¿Tenemos que hacerlo? ¿Aunque mi padre acceda a todo lo que hemos pedido?

—Son demasiados. Pueden llegar a identificarnos.

—Pero los chicos: ¿también tendrán que morir?

—¿Qué te pasa? Creí que los odiabas. Te han robado tu herencia.

—Los niños, no. Jordana y mi padre, estoy de acuerdo. Pero no los niños.

—Los niños también pueden identificarnos.

Leila guardó silencio un momento, después se puso de pie.

—Voy a tomar un poco el aire —dijo.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Yasfir se volvió hacia Ramadán.

—Si no regreso a tiempo, cumple las órdenes.

—Sí —contestó Ramadán.

—Ella debe ser la primera —dijo Yasfir—. Ella, más que nadie, nos puede hacer ahorcar. Sabe demasiadas cosas de nosotros.

El aire nocturno era fresco, y le hizo bien a Leila sentirlo en la cara. Caminó lentamente en dirección a su cabaña. Habían pasado muchas cosas que no había calculado. No había aquí nada del brillo y la excitación que había soñado. En general, no había más que aburrimiento. Aburrimiento, y días y noches vacíos.

Y tampoco existía el sentimiento de participar en la causa de la libertad. Hacía tiempo que había cesado de buscar un vínculo entre lo que pasaba aquí y la lucha para liberar a los palestinos. Todos los soldados eran mercenarios. Y muy bien pagados por cierto. A ninguno parecía importarle la causa. Solo les interesaba el sueldo mensual. No se parecía en nada a lo que habían hablado los muchachos y las chicas en el colegio. Aquí la libertad era una palabra más.

Recordó que Hamid había procurado explicárselo una vez. Pero entonces se había negado a entender. Parecía que había ocurrido hacía mucho tiempo, pero solo habían pasado seis meses. ¿Por qué se había sentido tan joven entonces y se sentía tan vieja ahora?

Hizo una pausa a la entrada de la cabaña y miró hacia el campo. Estaba tranquilo. Algo la inquietó, pero no supo qué. Sus ojos percibieron un relámpago de movimiento en la pared. Uno de los centinelas se había erguido para desperezarse. Contra la pálida luz de la luna pudo ver sus manos, tendidas hacia el cielo. Después, bruscamente, cayó hacia delante en el campo. Un momento después se oyó el ruido de un disparo. Se quedó helada de sorpresa, y en ese momento los cielos parecieron abrirse para dejar caer los fuegos del infierno.

La idea se presentó enloquecida en su mente, mientras huía. Ahora sabía lo que la había inquietado. La tranquilidad. Había estado todo demasiado tranquilo.

Los niños despertaron gritando de terror. La pequeña cabaña reverberaba con las luces de las explosiones que parecían rodearlos. Jordana saltó de su catre, corrió hacia los niños y los abrazó.

Oyó gritar a una de las mujeres en el otro cuarto, pero no habría podido decir quién era. Por las ranuras entre los tablones de las ventanas pudo ver relámpagos de luz roja y anaranjada. Toda la cabaña pareció estremecerse convulsivamente cuando otra explosión desgarró la noche.

Curiosamente, no estaba asustada. Por primera vez desde el secuestro se sentía segura.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó Mohammed, entre lágrimas.

—Papá viene a buscarnos, querido. No temas.

—¿Dónde está? —preguntó Samir—. Quiero verlo.

—Lo verás —dijo ella para tranquilizarlo—. Dentro de unos minutos.

Anne, la *nanny*, apareció en la puerta.

—¿Están todos bien, señora? —preguntó.

—Perfectamente —gritó Jordana por encima del estrépito—. ¿Y ustedes?

—Magda tiene una astilla de madera en el brazo, pero, aparte de eso, estamos bien. —Hizo una pausa cuando otra violenta explosión sacudió la cabaña—. ¿Necesita que la ayude con los chicos?

—No, estamos bien —dijo Jordana. Recordó algo que había visto en una película de guerra—. Dígales a las mujeres que se echen al suelo con las manos sobre la cabeza. Así estarán más seguras.

—Sí, señora —contestó Anne, sin que se hubiera turbado su imperturbabilidad escocesa. Desapareció de la puerta.

—Al suelo, niños —dijo Jordana, arrastrándolos con ella. Se tendieron, uno a cada lado, y los cubrió con sus brazos, protegiendo sus cabezas bajo sus hombros.

El ruido de las explosiones disminuía. Ahora, más y más oía disparos de rifle mezclados con el ruido de hombres que corrían y gritaban. Apretó contra sí a los niños y esperó.



Leila atravesó el campamento, que estaba lleno de hombres corriendo de aquí para allá, en medio de la confusión. El ataque parecía provenir de todos lados.

Solo un hombre parecía saber lo que iba a hacer. Vio a Ramadán, con el fusil en la mano, correr hacia la cabaña de las mujeres.

Súbitamente recordó la pistola automática que llevaba en el cinturón y la extrajo. El frío peso del acero fue como un consuelo en su mano. Ahora ya no se sentía tan

sola y sin protección.

—¡Ramadán! —gritó, corriendo tras él.

No la oyó; siguió avanzando, y desapareció tras la esquina de la cabaña de las mujeres. Sin saber por qué, Leila corrió tras él.

La puerta de la cabaña estaba abierta cuando llegó.

Se precipitó dentro y súbitamente se detuvo, atónita. Apelotonadas contra la pared del segundo cuarto, las mujeres formaban un grupo alrededor de Jordana y los niños. Ramadán, de pie en la estrecha puerta que comunicaba los cuartos, dándole la espalda, ponía su rifle automático en posición de hacer fuego.

—¡Leila! —gritó Jordana—, ¡son tus hermanos!

Ramadán se volvió y apuntó a Leila con el rifle.

Solo al ver la helada ausencia de expresión en la cara de Ramadán comprendió Leila la verdad. Ella no significaba más que sus hermanos para el Al-Ijwah. Ellos reconocían los lazos de la sangre, aunque ella no los reconociera. Para ellos era únicamente un instrumento que podía utilizarse y desecharse cuando ya no fuera necesario.

Sostuvo con ambas manos, frente a sí, la pesada pistola automática. Por reflejo, sus dedos apretaron el gatillo. Solo cuando se apagó el traqueteo del arma y Ramadán cayó con violencia contra el suelo comprendió que había apretado el gatillo.

Por encima del hombre caído vio a Jordana que, rápidamente, hacía que los niños volvieran la cara para no ver la sangre que manaba del cuerpo de Ramadán.

Súbitamente sintió un fuerte par de brazos que la sujetaban desde atrás, hundiendo sus propios brazos en su cuerpo. Con violencia, procuró soltarse.

—¡Leila, basta! —dijo una voz conocida en su oído. Leila volvió la cara para ver quién era.

—¡Hamid! —exclamó, sorprendida—. ¿De dónde sales?

—Ya te lo diré más adelante —dijo el hombre, arrastrándola hacia la puerta. Aflojó un poco la presión, pero la sostuvo siempre por un brazo y la llevó hasta un boquete que las bombas habían abierto en el muro del campamento.

Cuando llegaron a la linde del bosque, la obligó a echarse a tierra. Leila levantó la cabeza para mirarlo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Él volvió a hacerle agachar la cabeza.

—¿No recuerdas lo primero que te he enseñado? —dijo con dureza—. Mantén la cabeza baja.

—No has contestado a mi pregunta —dijo Leila con voz sofocada.

—Vine a buscarte.

—¿Por qué, Hamid, por qué?

—Porque no quería que te hicieras matar, eso es todo —dijo él con rudeza—. Siempre fuiste un pésimo soldado.

—Hamid, tú me amas —dijo ella, y una nota de maravilla apareció en su voz.

Hamid no contestó.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Hamid se volvió a mirarla.

—¿Acaso tengo derecho a enamorarme de una muchacha como tú?



Ben Ezra andaba a zancadas, arengando a sus soldados, con la cimitarra flameando sobre su cabeza.

Miró ferozmente a su alrededor. La resistencia parecía aminorar. Buscó a Hamid, pero no lo vio por ninguna parte. En voz alta, lo maldijo. Detestaba a los soldados que participaban en la batalla hasta el punto de olvidar las órdenes. Le había dicho que se mantuviera cerca de él.

Hizo una seña al cabo judío.

—¡Reúna a sus hombres! —Un momento después vio la mirada de Jabir—. ¡Busca a tu patrón! —dijo— vamos a liberar a los rehenes.

Hubo un estallido de fogonazos al otro lado del campo. Vio a varios yemeníes correr en esa dirección. Asintió sombríamente para sí. Había escogido bien. Eran magníficos luchadores.



Baydr fue el primero en entrar a la cabaña. Sintió un vuelco en el corazón al ver a sus hijos. Se dejó caer sobre una rodilla para recibirlos en sus brazos, y ellos corrieron hacia él gritando:

—¡Papá, papá!

Besó a uno y a otro, y sintió en los labios la sal de sus propias lágrimas.

—No estábamos asustados, de verdad, papá —dijo Mohammed—. Sabíamos que ibas a venir a buscarnos.

—Sí —dijo la vocecita de Samir—, mamá nos lo decía todos los días.

Baydr la miró. Su visión estaba enturbiada por las lágrimas. Lentamente, se puso de pie.

Jordana no se movió; sus ojos estaban clavados en él.

En silencio, él le tendió la mano.

Lentamente, con miedo, ella la tomó.

La miró a los ojos por un largo momento. Su voz fue ronca.

—Casi no pudimos hacerlo...

Jordana sonrió, trémula.

—Yo nunca dudé ni un momento.

—¿Podrás perdonarme? —dijo Baydr.

—Eso es fácil: te quiero —dijo ella—. Pero ¿podrás perdonarme tú?

Él hizo una mueca. Súbitamente fue el Baydr que ella había conocido y amado.

—Es fácil —dijo—; yo también te quiero.

—¡Pronto! —gritó el cabo israelí desde la puerta—. ¡No podemos quedarnos aquí toda la noche!



Ben Ezra estaba de pie cerca de la entrada del campo.

—¿Alguno más? —preguntó el general.

—Estamos todos —contestó el cabo.

Ben Ezra se volvió hacia el capitán yemení.

—¿Ha dejado apostada una retaguardia?

—Sí, general —replicó el capitán—. Cuatro hombres con fusiles automáticos los tendrán entretenidos un tiempo. No los esperaremos. Irán retrocediendo, y los recogeremos en nuestro punto de aterrizaje original dentro de unos días.

Ben Ezra asintió. Aquellos eran buenos soldados.

—¿Cuántas bajas?

—Un muerto..., algunos heridos leves. Eso es todo.

Ben Ezra se volvió hacia el israelí.

—Dos muertos.

—Hemos tenido suerte —dijo el general sombríamente—. ¡Los cogimos con los pantalones bajados!

—Miró hacia el camino. Los cautivos estaban disfrutando de una dichosa reunión. Los hombres de la tripulación aérea estaban en forma, y lo mismo podía decirse de las mujeres. Se apretaban en un grupo compacto, y todos querían hablar a la vez.

—Es mejor ponerse en marcha —dijo Ben Ezra—. Nuestros amigos no tardarán en darse cuenta de que somos muy pocos, y entonces se nos vendrán encima.

El israelí abrió la marcha. Ben Ezra le llamó.

—¿Has visto al sirio?

El soldado negó con la cabeza.

—No lo he visto desde que entramos, cuando se dispararon los proyectiles. Estaba delante de mí, y de pronto desapareció.

Ben Ezra quedó intrigado. Aquello no tenía sentido. A menos que hubieran matado al hombre y el cadáver estuviera escondido en alguna parte. Pero no: eso no era posible. El sirio era un soldado demasiado bueno. Aparecería tarde o temprano. Ben Ezra se volvió y miró hacia el camino. Consultó el reloj. Las tres. Tal como había planeado.

Ahora, si el helicóptero llegaba a tiempo, podrían desayunar por la mañana en el palacio del príncipe.

Dick Carriage avanzó lentamente por el campamento. Por la puerta abierta pudo ver a los otros que regresaban por el camino rumbo a la pista. Pero él todavía no había terminado. Aún tenía que ocuparse de un asunto.

Ruido esporádico de disparos llegaba desde varios rincones del campo. Los yemeníes cumplían con su tarea. Lenta, cuidadosamente, abrió una tras otra las puertas de la cabaña, sin encontrar huellas.

Pero el hombre debía estar allí, no era posible que hubiera salido antes del ataque. Nadie podía salir del campamento sin ser visto. Además, había oído a Hamid decir al general que lo había visto quince minutos antes de iniciarse el ataque.

Se volvió a mirar la cabaña de la comandancia. Frente a ella había tres *jeeps* quemados. Pensativo, retrocedió y se dirigió hacia allí. Ya había estado una vez en la cabaña, pero tal vez hubiera algo que no había visto.

Con precaución, volvió a acercarse a la puerta. Con la pistola automática en la mano, se hizo a un lado y la abrió de golpe. Esperó un momento. Del interior no surgió ningún ruido.

Cruzó la puerta. El primer cuarto estaba hecho añicos. Los proyectiles habían abierto agujeros a los lados de la cabaña. Papeles y muebles estaban desparramados por el cuarto, como si hubiera pasado por allí un ciclón.

Se dirigió al otro cuarto. Lentamente, miró alrededor. Era imposible. No había lugar para que el hombre se escondiera. Empezó a retroceder hacia la salida.

De pronto, se detuvo.

Sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. El hombre estaba allí. Su instinto se lo decía. No importaba que no pudiera verlo. Estaba allí.

Se giró, y volvió a mirar nuevamente, con lentitud alrededor de la cabaña. Nada. Permaneció muy quieto un momento, y después se dirigió al banco junto al lavabo, donde había visto varias lámparas de petróleo.

Las abrió y desparramó rápidamente el petróleo por el suelo. Después tomó una silla, la puso ante la puerta de salida y se sentó, mirando el cuarto. Sacó una caja de fósforos del bolsillo, encendió uno. Lo sostuvo hasta que la caja estalló en llamas, y después la tiró dentro del cuarto.

El fuego corrió con rapidez por el suelo, alcanzó y después trepó por las paredes. El humo empezó a llenar el cuarto, pero él siguió esperando. El calor se hizo intenso, pero no se movió.

Súbitamente, se oyó dentro un leve ruido. Procuró ver entre el humo, pero no consiguió adivinar nada. Nuevamente llegó el sonido; un ruido de algo quebradizo, como si abrieran una puerta de goznes oxidados. Podía ver el cuarto, y no había otras puertas.

Luego, algo en el suelo se movió. Se puso de pie. Parte del piso de madera se levantaba. Avanzó hacia allí con sigilosos pasos de gato.

Se detuvo junto a la entrada al sótano. Sacó un pañuelo y se lo llevó a la boca y nariz, para protegerse contra el humo. Súbitamente, la tapa del sótano se hizo a un lado y emergió un hombre, tosiendo.

El agente israelí asintió para sí, satisfecho. Este era el hombre que buscaba. Nunca había que temer a los idealistas, sino a los hombres que corrompían el ideal. Este hombre era el corruptor. Lenta, deliberadamente, antes que el hombre se diera cuenta de que estaba allí, Dick vació en él el contenido de su pistola automática.

Después, sin volverse siquiera a mirar, salió de la cabaña y se dirigió al camino, dejando a Alí Yasfir muerto en un feroz ataúd de llamas.

Había avanzado medio kilómetro cuando tropezó con ellos. Acababa de pasar una curva del camino cuando emergieron del bosque. Se detuvieron los tres, mirándose.

—Leila —dijo Dick.

Hamid se volvió hacia ella. Dick vio la extraña expresión en el rostro de ella. Permaneció en silencio.

—Dick —dijo ella con voz forzada—. Yo...

El sonido de un disparo la interrumpió. Una mirada de intensa sorpresa surgió en la cara de Dick. Después, un raro burbujeo de sangre apareció en la comisura de sus labios, y se dejó caer sobre el camino.

Hamid reaccionó inmediatamente. Arrojando a Leila al suelo, se dejó caer boca abajo, enfrentando el lugar desde el cual había salido el disparo. Un momento después vio al hombre entre los árboles. Con cuidado, colocó la mira de su fusil automático entre los dos árboles por los que iba a pasar el hombre. Esperó hasta que fue un blanco perfecto, y entonces apretó el gatillo. El rifle automático casi partió al hombre en dos.

Entonces se volvió hacia Leila.

—¡Vamos! —dijo brutalmente—. ¡Salgamos de aquí!

Dick gimió.

—No podemos dejarlo —dijo Leila—. Morirá.

—Morirá de todos modos —dijo Hamid con dureza—. Vamos.

—No. Tienes que ayudarme a llevarlo con los otros.

—¿Estás loca? ¿Sabes lo que te pasará si vuelves? Si no te cuelgan, pasarás el resto de tus días en la cárcel.

—No me importa —dijo ella con terquedad—. ¿Vas a ayudarme o no?

Hamid la miró y agitó la cabeza. Le entregó el rifle.

—Toma, lleva esto... —Se inclinó, recogió a Dick, y se lo echó sobre los hombros—. Vamos. ¡En unos minutos habrá otros detrás de ese que hemos liquidado!



Ben Ezra consultó su reloj. Eran casi las cuatro.

—¿Dónde estará ese maldito helicóptero?

Apenas había articulado las palabras cuando se oyó el ruido en la distancia. Miró hacia el cielo, pero ahora que se había ocultado la luna solo pudo ver la negrura de la noche.

Diez minutos más tarde oyó el rugir sobre su cabeza. Un momento después, el helicóptero pasó la cresta de la montaña y desapareció.

El ruido de las descargas de fusil llegó desde el camino, al otro lado del bosque. El cabo israelí llegó corriendo.

—¡Nos persiguen por el camino!

—¡Manténgalos ocupados! El helicóptero bajará en cualquier momento.

Pero el tiroteo se hacía más intenso y el helicóptero aún no llegaba. Ocasionalmente se oía el ruido de los motores, pero después se desvanecía.

El cabo israelí regresó.

—Es mejor apurarse, general —dijo—. Vienen con material bastante pesado.

—¡Vuelva allá! —exclamó Ben Ezra. Miró hacia el cielo—. ¿Saben qué creo? Que el imbécil de arriba se ha extraviado y no puede dar con nosotros en la oscuridad.

—Quizá si encendiéramos una hoguera —sugirió Baydr—, podría servirle de guía.

—Buena idea —dijo el general—. Pero no tenemos nada para hacer una fogata lo bastante grande. Tardaremos una hora en juntar bastantes ramas, y no se quemarán en seguida. Todo está húmedo por el rocío de la noche.

—Yo tengo algo que arderá.

—¿Qué?

Baydr señaló el Boeing 707 bajo el camuflaje.

—Eso hará una fogata inmensa.

—¿Pero haría usted eso...? —la voz de Ben Ezra sonó sorprendida.

El ruido de tiros se oyó más cerca.

—He venido a sacar de aquí a mi familia, y eso es lo único que importa.

Se volvió hacia el capitán Hyatt.

—Andy: ¿Qué le parece si usted inicia el fuego?

El piloto le miró.

—Hablo en serio, Andy —replicó Baydr—. ¡Nuestras vidas dependen de eso!

—Abran los tanques del ala y tiren algunas bombas incendiarias —dijo Hyatt.

—Ábranlos —ordenó Baydr.

Andy y el copiloto corrieron hacia el avión. Treparon a la cabina. Uno corrió hacia el otro lado del avión. Volvieron dos minutos después.

—Listos —dijo Andy—. Pero es mejor que todos vayan al extremo de la pista, por si vuela en pedazos.

Ben Ezra rugió las órdenes. Tardaron unos cinco minutos en llegar al otro extremo del campo.

—¡A tierra todo el mundo! —dijo, dando la orden a los soldados.

Los rifles automáticos empezaron a funcionar. Un momento después hubo un extraño silbido y luego un gruñido cuando estalló el gigantesco avión. Un torrente de llamas ascendió unos treinta metros en el aire.

—Si no ven eso es que están ciegos —dijo Hyatt con tristeza.

Baydr vio la expresión de su cara.

—No lo lamente: es solo dinero —dijo—; si salimos de aquí vivos le compraré otro...

Hyatt sonrió, no muy animado.

—Voy a mantener los dedos cruzados, jefe...

Los ojos de Baydr fueron sombríos mientras escrutaba el cielo. Detrás de ellos el tiroteo se aproximaba. Se acercó a Jordana.

—¿Estás bien?

Ella asintió, mientras los chicos se aferraban a ella. Todos miraban el cielo.

—¡Me parece que lo oigo! —chilló Mohammed.

Escucharon. El débil sonido de los motores llegó hasta ellos, y aumentó a medida que pasaba el tiempo. Dos minutos después lo oyeron sobre sus cabezas, y lo vieron reflejado en el resplandor del avión que ardía. Lentamente, empezó a bajar.

Los disparos comenzaron a verse desde la pista de aterrizaje cuando los soldados retrocedieron, de acuerdo al plan.

El helicóptero tocó tierra. El primer hombre en descender fue el padre de Baydr. Los dos chicos corrieron hacia él.

—¡Abuelo!

Él los rodeó con sus brazos mientras Baydr y Jordana se acercaban. Todos acudieron hacia el helicóptero. Subieron rápidamente, y solo unos hombres quedaron en el campo, conteniendo a los guerrilleros.

Baydr estaba al pie de la rampa, junto a Ben Ezra.

—¿Están todos a bordo? —preguntó el general.

—Sí —contestó Baydr.

Ben Ezra colocó sus manos alrededor de la boca.

—¡Tráígalos, cabo! —gritó con voz estentórea, que pudo oírse en todo el campo.

Otro depósito de combustible del 707 voló por los aires, iluminándolo todo con un resplandor diurno. Baydr pudo ver a los soldados que retrocedían desde la linde del campo, apuntando hacia el bosque con sus fusiles.

Un momento después estaban casi al pie de la rampa. El primero de ellos se volvió y trepó la escalera. Ben Ezra le dio una palmada en el trasero con la espada, en un gesto de aprobación.

La luz amarilla del avión incendiado llegaba al borde del bosque. Baydr, que miraba, creyó oír que alguien lo llamaba. Y de pronto la vio, mientras salía corriendo del bosque. Detrás de ella había un hombre que llevaba un cuerpo sobre los hombros.

Automáticamente, un soldado la apuntó. Baydr tuvo tiempo de golpear el arma,

de manera que el tiro partió hacia el cielo.

—¡Quietos! —aulló.

—¡Papá, papá! —gritó Leila.

—¡Leila, ven por aquí! gritó.

Leila se volvió, corrió hacia él en línea recta, y se precipitó en sus brazos. Un soldado llegó corriendo.

—¡Hay que salir de aquí, señor!

Baydr hizo un gesto hacia Hamid.

—Ayúdelo —dijo al soldado.

Se volvió y, rodeando a su hija con el brazo, subió la rampa hacia el helicóptero. Hamid y el soldado, llevando entre ambos a Dick, los seguían. Ben Ezra salió a la rampa y se plantó ante la puerta abierta.

Hamid y el soldado habían colocado ya a Dick en una camilla, y el doctor Al Fay y el equipo médico preparaban el plasma y la glucosa.

—¡En marcha! —gritó Ben Ezra.

Cuando los grandes motores empezaron a girar perezosamente sobre ellos, Hamid se volvió hacia el general. Detrás de él pudo ver a los guerrilleros que se precipitaban en el campo.

—Yo no me quedaría ahí si fuera usted, general —dijo respetuosamente.

—¿Dónde diablos pasó usted la noche? —gritó Ben Ezra enojado, mientras el helicóptero empezaba a elevarse pesadamente.

—Simplemente, estuve cumpliendo sus órdenes, general —dijo el sirio con expresión grave. Señaló a Leila, que estaba arrodillada junto a Dick—. Me ocupé de que no sufriera ningún daño...

—Usted tenía orden de permanecer junto a... —La ira desapareció de la voz del viejo, y fue remplazada por una nota de sorpresa—. ¡Oh, Dios mío! —exclamó. La cimitarra cayó de su mano, que súbitamente había perdido la fuerza. Dio un paso hacia el sirio, después empezó a caer.

Hamid lo recibió en sus brazos tendidos. Sintió cómo manaba la sangre del viejo entre las leves vestiduras de beduino.

Hamid dio un tumbo y casi cayó cuando el helicóptero pareció saltar en el aire.

—¡El general está herido! —gritó.

Baydr y su padre se situaron a su lado casi cuando las palabras acababan de dejar su boca. Con suavidad, colocaron a Ben Ezra en una camilla. El doctor Al Fay le dio la vuelta rápidamente, cortando al mismo tiempo las vestiduras.

—No se moleste, amigo mío —murmuró el general—. Guarde su tiempo para ese joven que está herido...

—Ese joven se curará —dijo Samir, casi enojado.

—Y yo también —dijo con suavidad Ben Ezra—. Ahora que he visto a mi hijo, no temo morir. Se ha portado usted bien, amigo. Ha hecho usted de él un hombre.

Samir sintió que las lágrimas le nublaban los ojos. Se inclinó y colocó los labios

en el oído del viejo.

—Lo he dejado vivir demasiado tiempo en una mentira. Ahora ha llegado el momento de que conozca la verdad.

Una débil sonrisa llegó a los labios del viejo moribundo.

—¿Qué verdad? Usted es el padre. Es lo único que él necesita saber.

—¡Usted es el padre, no yo! —murmuró Samir con vehemencia—. ¡Él debe saber que ha sido el Dios de ustedes quien le trajo a este mundo!

Ben Ezra miró con ojos que se nublaban rápidamente. Su mirada se volvió a Baydr, después miró al doctor. Su voz fue muy débil cuando reunió sus últimas fuerzas en el aliento final. Estaba muerto al terminar de pronunciar las palabras:

—No hay más que un Dios...

F I N



HAROLD ROBBINS. Francis Kane o Harold Rubin, más conocido por su seudónimo Harold Robbins (Nueva York, 21 de mayo de 1916 - 14 de octubre de 1997), fue un escritor estadounidense de literatura popular, autor de 25 *best-sellers* que vendieron 750 millones de copias y fueron traducidos a más de 30 idiomas.

Al nacer recibió el nombre de Francis Kane, pero quedó huérfano y recibió el nombre adoptivo de Harold Rubin, cuando pasó su infancia en un orfanato. Fue educado en el Instituto George Washington y después de dejar la escuela, trabajó en diversos oficios. Dotado para el comercio, ya a la edad de veinte años había ganado su primer millón de dólares vendiendo azúcar para una multinacional. Sin embargo a principios de la Segunda Guerra Mundial, había perdido su fortuna y se mudó a Hollywood para trabajar en los estudios Universal.

Su primer libro, *No amaras a un extraño* (1948), estaba basado en su propia vida en el orfanato y en las calles de Nueva York y creó gran polémica y controversia por sus gráficas explicaciones sobre la sexualidad. Lo escribió para ganar una apuesta de 100 dólares con un directivo de Universal Pictures y demostrarle que era capaz de escribir un guion más interesante que lo que se hacía en ese momento en la meca del cine. Resultó ser un *best-seller* de gran tirada al que le siguieron más de 20, muchos de los cuales fueron llevados al cine con el correspondiente éxito taquillero.

Robbins aprovechó su experiencia en Hollywood para escribir *Los vendedores de sueños* (1949), basado en la industria cinematográfica, desde sus inicios hasta la era sonora.

Su novela de 1954, *Una lápida para Danny Fisher*, fue adaptada al cine en 1958 con el título *King Creole*, que fue protagonizada por Elvis Presley.

Probablemente su novela más conocida fue *Los insaciables*, que estaba inspirada en la vida del magnate Howard Hughes. En 1995 se publicó su continuación, *The Raiders*.

Robbins se casó cinco veces. Desde 1982 necesitó usar una silla de ruedas, lo cual no impidió que siguiera escribiendo.

Pasó mucho tiempo viviendo en la Riviera francesa y en Montecarlo, hasta que murió por problemas respiratorios el 14 de octubre de 1997. Tenía 81 años. Desde su muerte han aparecido varias novelas inéditas terminadas por otros autores.